



ANNE HOLT OFFLINE

Roja & Negra

OFFLINE

ANNE HOLT

Traducción de
Lotte Katrine Tollefsen

R

ROJA Y NEGRA

SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Una paloma mensajera sobrevolaba Oslo.

Su dueño la llamaba Coronel, por las tres manchas en forma de estrella que tenía en el pecho. Era un pájaro pequeño y compacto que iba a cumplir doce años. La edad y la experiencia le habían dado seguridad y mucha prudencia. Volaba a poca altura para evitar a las rapaces. Concentrado, atravesaba el aire tras enfilarse el fiordo, entre las torres del Ayuntamiento, y desvió el curso ligeramente hacia el sudeste.

El Coronel se dispuso a aterrizar en una torre envuelta en lonas y andamios. Venía volando desde muy lejos. Las ganas de llegar a casa atenazaban su pecho ancho y gris con sus condecoraciones tan visibles y hermosas. Por ellas, su dueño había pagado más de lo que correspondería a su pedigrí cuando era tan solo un pichón. Sus padres eran sencillas aves obreras. Pero cuidados primorosos y grandes expectativas habían convertido al Coronel en un as. El pájaro, que descansaba sobre una torre destruida por una bomba un día de julio de hacía menos de tres años, era una de las aves más premiadas del norte de Europa.

El Coronel quería irse a casa. Deseaba estar junto a Ingelill, que era su pareja desde hacía más de diez años. Oír los silbidos de su dueño avisando de que era hora de comer y el tranquilizador arrullo de las demás palomas. El pequeño pájaro gris de mirada penetrante sentía la llamada del palomar construido entre los manzanos del jardín, del nido donde le esperaba Ingelill. Sabía exactamente adónde iba, no faltaba mucho. Sería cuestión de minutos si abría las alas y se ponía en camino.

Muy arriba, entre el Coronel y el frío sol de abril, volaba un ave rapaz. Era tan joven que de vez en cuando se arriesgaba a dejar los bosques del norte de la ciudad y saciarse con las indolentes tórtolas turcas de los parques del centro. El Coronel entró en su campo de visión en el mismo instante en que el viejo pájaro gris agitó ligeramente las alas y se arrancó una pluma del pecho dispuesto a despegar.

El gavián se dejó caer.

Un tipo flaco estaba muy quieto junto a las barreras que rodeaban el edificio, protegiéndose los ojos con la mano. Vio que era un gavián. Estaba seguro de que era un gavián común, aunque era poco frecuente que se acercaran al centro. El hombre se quedó mirando. El gavián común tenía las alas más cortas y su plumaje era denso. No solía cazar así. Su seguridad dependía de terrenos irregulares donde pudiera ocultarse, era más un asesino por sorpresa que un gran planeador.

En ese momento el pájaro se dejó caer de forma abrupta y repentina contra algo que el hombre no podía ver. En esa postura, con la mano sobre los ojos, percibía el hedor que despedía su cuerpo. Llevaba una semana sin lavarse. A pesar de todos los años que había pasado entre la droga, los albergues y la caridad de la Iglesia, seguía avergonzándose de estar tan sucio.

Hubo un tiempo en que lo sabía todo de los pájaros, en que su nombre era Lars Johan Austad y vestía un uniforme militar. Ahora nadie le llamaba otra cosa que Zapatones, en las raras ocasiones en que alguien se tomaba la molestia de dirigirse a él con un nombre. Le dolían los pies, y siempre llevaba los zapatos demasiado holgados.

El gavián había cazado una paloma, eso dedujo el hombre cuando vio caer una nubecilla de plumas grises del tejado, allá en las alturas. A Zapatones le gustaban las palomas, le hacían compañía, sobre todo en verano cuando solía optar por dormir al aire libre.

Dejó caer el brazo y echó a andar.

Una bonita manera de morir, pensó mientras arrastraba los pies camino de la calle Karl Johan con las manos enterradas en las profundidades de los bolsillos. Un instante estás disfrutando del paisaje y al siguiente le sirves a alguien de almuerzo.

En el fondo, a Lars Johan Austad le hubiera gustado sufrir el mismo destino. Al llegar a la sombra del Ministerio de Economía intentó protegerse del frío de abril, y pensó que ya era hora de buscar algo de comer. Era mediodía, se oía la música del carillón del Ayuntamiento.

Se oía el débil tañido de una campanilla de bronce.

—Vamos, Coronel. Pitas, pitas, pitas.

Sus silbidos provocaban arrullos desconcertados en las otras palomas. Era

casi de noche y hacía mucho que habían comido.

—¡Coronel! ¡Pitas, pitas, pitas!

—Creo que será mejor que lo dejes por hoy.

Una mujer menuda caminaba por el sendero de losetas de pizarra entre manchas de nieve sucia que seguían cubriendo el césped que conducía al palomar.

—¡Coronel! —repitió el hombre, y volvió a silbar y a llamar con la campanilla.

La mujer le rodeó los hombros con delicadeza.

—Vamos, Gunnar. El Coronel encontrará el camino a casa sin que le llares, ya lo sabes.

—Ya debería estar aquí —se quejó el hombre balanceando el cuerpo rígido de lado a lado—. El Coronel debería haber llegado hace horas.

—Solo se ha retrasado —le consoló la mujer de más edad—. Verás cómo está en su nido cuando te levantes mañana. Con su Ingelill. El Coronel nunca decepcionaría a su Ingelill, ya lo sabes. Vámonos. He preparado el té y unos bollos pequeños de los que más te gustan.

—No quiero, mamá. No quiero.

Ella sonrió sin hacerle caso. Le cogió de la mano con cuidado y le llevó hacia la casa. Él la seguía a regañadientes.

—Mañana es tu cumpleaños, Gunnar —dijo la mujer—. Treinta y cinco años. ¡Cómo ha pasado el tiempo!

—El Coronel —gimió el hombre—. Le ha pasado algo.

—Para nada. Vamos. He preparado un bizcocho y mañana podrás ayudarme a decorar la tarta. Con nata y fresas y velas.

—El Coronel...

—¿Qué habrá sido de todo ese tiempo? —repitió para sí misma, y abrió la puerta empujando a su hijo hacia el cálido interior.

El tiempo formaba un bucle. Puede que fueran los kilos de más los que, paradójicamente, le hicieran parecer menos alto de los dos metros dos que medía en un buen día. Tenía los anchos hombros caídos y el cinturón se escondía bajo su barriga. Llevaba la cara afeitada, a juego con la cabeza.

—Hanne —dijo.

—Billy T. —respondió ella unos segundos después, sin hacer ademán de apartar la silla de ruedas de la puerta para dejarle entrar—. Ha pasado mucho tiempo.

Billy T. puso el brazo en el marco, se apoyó y escondió la cara en su manaza.

—Once años —murmuró.

Se oyó una puerta que se cerraba en el descansillo y pasos firmes camino del ascensor. Los pasos se hicieron más lentos cuando se acercaron a la puerta de Hanne Wilhelmsen y al hombretón que tenía una postura que fácilmente podía parecer amenazante.

—¿Va todo bien? —preguntó una voz grave de hombre.

—¿Cómo has conseguido entrar? —inquirió Hanne sin contestar al vecino—. Está el telefonillo, y tenemos...

—¡Por Dios! —gimió Billy T. quitándose la mano de la cara—. He sido policía más años que tú. ¡Una mierda de cerradura de un portal! Si hubiera llamado no me habrías dejado pasar, igual que has rechazado todos los malditos intentos que he hecho de hablar contigo.

—Oye —dijo el vecino bruscamente, e intentó interponerse entre la silla de ruedas y Billy T. Era casi tan alto como él—. No parece que Wilhelmsen tenga muchas ganas de verte.

La miró interrogante. Ella no contestó.

Once años.

Y tres meses.

Y unos días.

—¿A ti qué te parece? —le preguntó el vecino a Hanne, poniéndole la mano en el pecho a Billy T. para empujarle hacia el pasillo.

—Así es —dijo ella por fin—. No me interesa. Estaría bien que le acompañaras hasta la calle.

—Hanne...

Billy T. apartó la mano del hombre y cayó de rodillas. El vecino dio un paso atrás. Se quedó con la boca abierta al ver a ese tipo enorme arrodillado con las manos entrelazadas para suplicar.

—Hanne, te lo pido por favor. Necesito ayuda.

Ella no contestó. Intentó mirar hacia otro lado, pero la mirada de él se había aferrado a la suya. Tenía los ojos de un perro de raza husky, imposibles de olvidar, uno azul y otro castaño. Su mirada era lo que más temía. Salvo eso quedaba muy poco del hombre que Billy T. había sido. La cazadora vaquera forrada de borreguillo le quedaba pequeña y uno de los bolsillos lucía una gran mancha que parecía de ketchup. En las comisuras de los labios quedaban surcos de tabaco de mascar y la piel de su rostro estaba descolgada y con la palidez propia del final del invierno.

Pero el ojo azul y el castaño seguían siendo los mismos. Frente a la silla de ruedas, a unos pocos centímetros de sus piernas inútiles, la observaban todos los años olvidados. Imponían su presencia. Quiso resistirse y se dio cuenta de que había dejado de respirar.

—Vamos —dijo por fin el vecino en voz tan alta que Hanne dio un respingo—. Ya has oído que no eres bienvenido. Si no vienes conmigo tendré que llamar a la policía.

Billy T. no se puso de pie. Sus manos seguían entrelazadas. La cara levantada hacia ella. Hanne no dijo nada. Una ambulancia se aproximaba por la calle Kruse y una luz atravesó brusca y rápidamente la ventana del final del pasillo, recorrió la pared y desapareció junto con el aullido de la sirena.

Volvían a estar en silencio.

Por fin Billy T. se levantó, con dificultad. Gimió. Se sacudió las rodillas del pantalón e intentó estirar la estrecha cazadora. Fue hacia el ascensor sin decir palabra. El vecino le dedicó a Hanne una sonrisa satisfecha y fue tras él.

Ella les siguió con la mirada, solo veía a Billy T. Empujó la silla silenciosa hacia el pasillo.

—Billy T. —dijo en el instante en que él apretaba el interruptor para llamar al ascensor.

Se dio la vuelta.

—¿Sí?

—No conoces a Ida.

—No. —Se pasó la mano por la cabeza y sonrió con prudencia—. Pero supe que tú... Que tuvisteis una hija. ¿Cuántos años tiene ya?

—Diez. Cumplirá once este verano.

Una campanilla avisó de que se abría la puerta del ascensor. Billy T. no se movió cuando el vecino le indicó con un gesto que pasara.

—A estas horas estará en el colegio.

—Sí.

—¿Vamos? —insistió el vecino poniendo el pie para evitar que se cerrara la puerta.

—Necesito ayuda, Hanne. Necesito ayuda con algo que... —Billy T. tomó aire como si estuviera a punto de echarse a llorar—. Se trata de Linus. ¿Te acuerdas de él, Hanne? ¿Mi niño? ¿Recuerdas...?

Se calló y movió la cabeza de lado a lado. Se encogió de hombros y dio un paso hacia el interior del ascensor.

—Ven —oyó, y se detuvo de golpe.

—¿Qué?

Retrocedió y miró por el pasillo. Hanne ya no estaba, pero vio que la puerta estaba abierta, invitándole a pasar, y estuvo seguro de haber oído bien.

—Que tenga un buen día —le dijo al vecino en un murmullo, y se dirigió dudando, casi con miedo, hacia el piso de Hanne.

Resultaba simbólico que las oficinas de la Asociación de Colaboración Islámica de Noruega, el ISAN, tuvieran como inmediato vecino a la iglesia luterana de Estados Unidos en el barrio residencial de Frogner. La organización, cada vez mayor y más influyente, había adquirido dos apartamentos en la calle Gimle Terrasse, en una de las mejores zonas de Oslo, y los había unido para hacer una oficina imponente. Las protestas de los vecinos y los enredos políticos habían hecho que el proceso fuera largo y complicado, pero algún tiempo después de la inauguración la mayoría de los vecinos estaban satisfechos. Una señora que vivía dos plantas por encima de las oficinas había sido entrevistada por la televisión pública NRK con motivo del quinto aniversario del ISAN. Estaba muy contenta porque no cocinaban,

algo que había temido. Además, la organización había costado una muy necesaria mejora de las zonas comunes. Y la mujer octogenaria también había comentado que sus musulmanes iban muy bien vestidos. Ninguno de ellos llevaba las pintas del famoso mulá Krekar. Su elegante vecindario no se había visto contaminado por turbantes ni túnicas.

Al otro lado de la calle, en diagonal, estaba la iglesia norteamericana, que, vista desde el aire, parecía un potos rechoncho. Casi toda ella era de hormigón y por eso el impacto de la tremenda explosión fue limitado.

Pero las cosas fueron peor para el edificio en el que estaban las oficinas del ISAN y para la anciana.

Era temprano, un día como otro cualquiera. Había amanecido con una lluvia helada que no figuraba en las previsiones meteorológicas y con muchos atascos. En algunos parterres unos narcisos valientes habían asomado la cabeza para comprobar la temperatura. Ahora se arrepentían, cabizbajos. Más tarde, cuando toda la zona había sido inspeccionada y se había tomado declaración a varios cientos de testigos que tuvieron que contar dónde estaban y qué habían visto, surgió un detalle poco habitual en una zona tan acomodada.

Un joven vestido con «ropa tradicional islámica» se había aproximado a las oficinas del ISAN. Llevaba una bolsa. Según pasaban los días desde el momento de la explosión, la bolsa se iba haciendo cada vez más grande. La ropa cada vez más llamativa. Algunos creían recordar que llevaba un turbante, otros creían haber visto asomar una metralleta entre sus amplias ropas. Había quien decía que eran dos, y tres testigos aseguraban haber visto antes de la explosión una pandilla entera de esos exóticos individuos.

Era difícil saberlo con seguridad. La bomba había sido tan potente que no fue nada sencillo establecer la identidad de los fallecidos. A pesar de ello, y basándose en la información que aportaron rápidamente los allegados de los vecinos del inmueble y los numerosos miembros del ISAN que no estaban presentes en el momento de la explosión, la policía pudo hacer pública una cifra aproximada de fallecidos la misma noche. O desaparecidos, la manera correcta de referirse a ellos.

En los locales del ISAN se encontraban dieciséis personas que ya no era posible localizar. También un desafortunado mensajero. De los vecinos de los pisos superiores solo estaba en casa la señora mayor. La encontraron con todas las extremidades pegadas al torso, pero con el pecho atravesado por un

sin número de esquirlas de cristal y el pomo de una puerta incrustado cuatro centímetros en la sien. También habían muerto tres peatones de la calle Gimle Terrasse y dos de la calle Fritzner, pero estaban lo bastante reconocibles como para recibir un sepelio digno unos días más tarde. Una de ellas era una empleada local de la embajada de Chequia, que estaba un poco más abajo, en la misma calle. Iba camino de una cita para almorzar demasiado temprano.

Además de las veintitrés víctimas mortales, las cifras provisionales indicaban que había ocho personas heridas de mayor o menor gravedad. Entre ellas el pastor norteamericano de la iglesia del otro lado de la calle, que había salido a pasear al pequeño cachorro de Jack Russell de su esposa. El perro murió de forma instantánea, el pastor sufrió una lesión en la cara que le supondría varias operaciones de cirugía estética. Casi nadie pareció preocuparse mucho los primeros días por los daños materiales, pero más adelante resultarían ser enormes.

La bomba estalló a las 10.57 del martes 8 de abril de 2014.

Hanne Wilhelmsen miró su reloj. Las once menos tres minutos.

—¿Qué demo...?

—¿Qué demonios ha sido eso? —exclamó Billy T.

Puso las manos sobre la gran mesa de salón de cristal ahumado. Todavía vibraba. Uno de los ventanales del salón que daba a la calle Kruse se había rajado en diagonal, con una línea marcada de esquina a esquina.

—Otra vez no —susurró Hanne, y se desplazó hasta la pared, junto a la ventana, para mirar al exterior con cuidado—. No puede ser...

—¿Una bomba? No...

Billy T. se levantó del sofá mientras manoseaba el móvil.

—En la edición digital del *VG* no dice nada —murmuró, y se acercó dubitativo a la ventana.

—Internet va rápido —dijo Hanne con ironía—, pero tal vez no a la velocidad del rayo.

—¿Una explosión de gas, una bomba?

Hanne volvió la silla hacia la mesa de cristal y cogió un mando a distancia. Una pantalla plana gigantesca, suavemente curvada, apareció tras un panel que, sin hacer ruido, desapareció hacia el techo. A los pocos segundos se vio

el logo de Twitter, fácilmente reconocible.

—¿Twitter? ¿Estás... estás en Twitter, Hanne?

—Solo soy un huevo anónimo. No tengo seguidores, pero sigo a tres mil. Nunca tuiteo. Pero es el medio más rápido del mundo, y en casos como este... Mira.

Hizo una señal con el mando a distancia.

Los tres últimos tuits publicados eran sobre la explosión. Hanne volvió a actualizar. Siete. Otra tecla. Once mensajes. Empezó a bajar. Muy pronto apareció un hashtag, y fue a #osloexpl para saber más.

—Ahí —dijo apoyando el brazo que sujetaba el mando sobre la pierna—. ¡Demonios!

Billy T. se pasó las manos por la cabeza.

—Joder —dijo en voz baja—. Las oficinas del ISAN. El cruce de las calles Fritzner y Gimle Terrasse. ¿Otro maldito caballero templario?

Hanne no contestó. Estaba ocupada leyendo los cada vez más numerosos mensajes. Parecían bastante confusos. Algunos afirmaban que se trataba de un atentado fallido contra la iglesia luterana. Otros parecían estar en un idioma que podría ser checo. Entonces recordó que la embajada de Chequia estaba muy cerca de las oficinas del ISAN.

—Precisamente el ISAN no debería darle miedo a nadie —continuó Billy T.—. ¿Esos no son los musulmanes más noruegos de todos? ¿Esos que, si te interesa saber mi opinión, no parecen musulmanes de verdad? Quieren colaborar con todo el mundo y tengo la impresión de que hablan el noruego mejor que yo. La segunda de la organización es una mujer, y no lleva hiyab.

—En los viejos tiempos habrías ido allí corriendo —dijo Hanne sin hacer caso a lo que decía, y cambió al canal de la televisión pública NRK.

—¿Corriendo?

—Estamos a unos centenares de metros de Gimle Terrasse. Podrías llegar antes que la policía, antes que las ambulancias.

—Ya no trabajo en la policía. Creí que al menos te habrías enterado de eso.

—Billy T...

Su voz parecía hastiada y giró la silla hacia él. La NRK no tenía nada que ofrecer, pasaban una repetición de *Noruega en directo*.

—Esa explosión ha sido fuerte, puede haber heridos. Si no fuera porque estoy atada a esta silla ya estaría a mitad de camino. La gente va a necesitar ayuda.

La miró fijamente. Entornó los ojos y se mordió un trozo de piel seca del labio inferior.

—Vuelve aquí más tarde —le dijo con voz serena—. Hablaremos entonces. Te prometo que te dejaré pasar.

Billy T. ya estaba en la puerta.

Bajó por las escaleras y le faltó el resuello antes de llegar a la calle. Al atravesar el cruce del bulevar Bygdøy con la calle Gabel, haciendo zigzag entre coches que apenas podían moverse en el caos que había originado la explosión, ya no podía respirar. Contrariado, redujo la velocidad. Tenía la lengua seca, con sabor metálico, y pinchazos en los pulmones. Además tenía un fuerte dolor en el costado y se lo sujetó con la mano. En todo caso habría resultado complicado seguir corriendo por la ancha acera. A pesar de que el martes no era el día de más compras, los clientes y los empleados habían salido de las tiendas y llenaban las aceras. Algunos conductores se bajaban dubitativos de sus coches parados. Dos taxistas discutían en medio de la calle, pero el resto de la gente parecía estar totalmente desconcertada. Nadie sabía adónde dirigirse. La mayoría tenía la vista levantada hacia el cielo, miraban a través de los castaños aún desnudos del invierno que se alineaban en la acera, como si creyeran que había estallado un avión en el aire. Una mujer mayor lloraba y la consolaba torpemente un hombre trajeado de mediana edad que consultaba su reloj cada cinco segundos. El sonido de las sirenas se acercaba cada vez más.

Billy T. ya estaba arrepentido.

No pintaba nada en el lugar de los hechos. En cuestión de minutos la policía, el personal sanitario y los coches de bomberos estarían frente a las oficinas del ISAN, a pesar del caos del tráfico. Tendrían trabajo de sobra intentando mantener al público alejado y no hacía falta que él también interfiriera. Llegaba tarde. Resultaría inútil, como lo había sido durante muchos años.

Disminuyó la velocidad de forma casi imperceptible.

Un joven venía de frente, con mucha prisa, pegado a la pared del edificio de ladrillo marrón.

Su piel era más oscura que la de la mayoría de los noruegos, y debajo del chaquetón gastado que llevaba abierto asomaba una túnica verde. Vestía pantalones anchos y unas deportivas sucias. Uno de los cordones se había desatado. Tenía la barba rala y mal recortada. Subía demasiado por sus

mejillas y bajaba por su cuello. Era el único de todo el bulevar Bygdøy que se alejaba de la explosión.

Habían pasado casi cinco años desde que Billy T. dejó la policía. Probablemente no tuvo elección. No esperó a conocer el resultado de los tres expedientes disciplinarios que le habían abierto en los cuatro últimos meses de su carrera, entregó su renuncia en junio de 2009 y se marchó. Al fin y al cabo, causaría mejor impresión a posibles futuros empleadores que se hubiera marchado por su propia voluntad.

El problema era que en realidad nunca lo había dejado del todo. Calculó rápidamente la distancia que le separaba del joven. Recorrió con la mirada ciento ochenta grados a cada lado y antes de que el otro hubiera dado un solo paso Billy T. ya sabía cuántas personas había sobre la ancha acera. Los coches que habían cometido una infracción subiéndose a la acera entre los castaños para aparcar, cuáles estaban atascados en el tráfico. Había calculado la velocidad y todas las posibles trayectorias de todos los elementos potencialmente móviles que tenía a cien metros frente a él. Sin necesidad de pensarlo dio un paso muy largo al frente y a la izquierda.

—¡Oye, tú!

El hombre le miró fijamente. Estaría a unos ocho metros de distancia, junto a un carrito de niño empujado por una madre que se había detenido para escuchar a un grupo de mujeres de cierta edad que hablaban en voz muy alta y que de repente se callaron.

—¡Sí, tú!

Billy T. fue con paso decidido hacia el chico y se preparó para cortarle el paso si echaba a correr.

—¿Yo? —El joven se detuvo y se dio un golpecito en el pecho—. ¿Me hablas a mí?

—Sí. ¿Adónde vas? ¿Qué vas a...? Pero... Shazad... ¿eres tú?

El hombre apartó los ojos. Billy T. ya estaba junto a él. Cada vez más personas de las que les rodeaban se estaban fijando en ellos.

—Creo que tengo que seguir mi camino —dijo Shazad, nervioso.

—¿Adónde vas?

—A casa. Me parece que este no es el mejor sitio para mí.

—Si te digo la verdad, creo que será mejor que te quedes pegado a mí —le dijo Billy T. en voz baja—. Ven.

Pasó el brazo por los estrechos hombros del chico, que como mínimo

medía veinticinco centímetros menos que él. Con aire decidido dio la espalda al grupo de mujeres y empezó a retroceder hacia la calle Gabel. Los semáforos habían pasado a estar en ámbar intermitente, como si se hubieran rendido ante el tráfico incontrolable.

—La policía debería ocuparse de ese —gritó un hombre con vaqueros de diseño y cazadora de piel ceñida—. ¡Oye, tú! ¡Esos hijos de puta han hecho saltar medio Frogner por los aires!

Por el rabillo del ojo Billy T. vio que tres hombres se les acercaban deprisa por la derecha. Habían salido de la tienda de fotografía de la esquina, uno de ellos llevaba un trípode en la mano.

—¡Alto! —gritó el de la cazadora de cuero, acelerando.

El sonido de las sirenas se hacía insoportable. Billy T. detectó dos motos de la policía al otro lado de la calle y no supo si sentirse aliviado o asustarse. Shazad, que hasta ese momento se había ido pegando cada vez más a él, se escabulló deteniéndose de golpe, girándose y pasando por debajo del brazo de Billy T. Para cuando la primera de las motos alcanzó el paso de cebra y aceleró al ver un tramo despejado de unos cincuenta metros entre los coches, Shazad ya había echado a correr.

El policía intentó desviar la moto. El pesado vehículo de dos ruedas derrapó, volcó y siguió avanzando en línea recta. Billy T. permaneció inmóvil. No dijo nada, no gritó. Nadie lo hizo. Entre el escándalo de las sirenas cada vez más cercanas la rueda delantera de la moto impactó en las piernas de Shazad a la altura de sus tobillos, que le partió antes de lanzarle a un vuelo que terminó cuatro metros más allá sobre el capó de un BMW X5.

Los tres hombres de la tienda de fotografía retrocedieron a la acera. Un compañero ayudó al policía que se había caído de la moto; había aparcado la suya a gran velocidad para acudir en su auxilio.

Billy T. caminó despacio hacia el BMW. El cuerpo de Shazad estaba boca abajo, con los brazos abiertos, como si quisiera abrazar el capó. Sus pies apenas se sujetaban a sus piernas y se abrían en un ángulo grotesco. Una mujer muy gruesa con el cabello gris acero llegó corriendo a pasos cortos y sin resuello.

—¡Soy médico! —gritaba apartando a la gente de su camino—. ¡Soy médico!

A tres metros del coche se detuvo de pronto.

Billy T. sentía un fuerte deseo de colocar la cabeza del fallecido en su

lugar. Abrió la boca y respiró profundamente. Se pasó el pulgar y el dedo índice por las comisuras de los labios y murmuró algo inaudible.

—Billy T. —dijo alguien—, ¿qué haces aquí?

El último policía en llegar se había levantado la visera del casco. Su colega estaba sentado en el suelo a unos metros, con las rodillas dobladas y el casco en las lumbares como punto de apoyo. Hacía muecas, pero parecía haber salido sin mayores consecuencias del accidente.

—Gundersen —dijo Billy T. asintiendo con la cabeza a modo de reconocimiento, pero sin tenderle la mano.

—¿Qué ha pasado? ¿Quién demonios es...? ¿Qué es esto?

El policía señaló un bulto bajo la túnica. Se había enganchado en la cremallera del chaquetón y tuvo que quitarse los guantes y utilizar las dos manos para soltarlo.

—Tal vez no deberías tocarlo —dijo Billy T. en voz baja—. Quizá convendría hacer antes unas fotos, ¿no?

—¿Qué es esto?

Gundersen sacó un juguete de plástico de entre las amplias ropas.

—Darth Vader —se respondió él mismo, y observó la figura más de cerca—. Pues sí que estamos bien, un maldito juguete.

Tendría unos treinta y cinco centímetros de altura y parecía bastante sofisticado. El panel de control del pecho estaba reproducido hasta el más mínimo detalle, y cuando Billy T. se inclinó hacia delante para verlo mejor le pareció que los interruptores podían apagarse y encenderse. Darth Vader llevaba una espada láser en la mano derecha. Estaba partida.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Billy T. sin apartar los ojos del muñeco.

—Lo sabes tú mejor que yo. ¿Conocías a ese tipo? ¿Por qué echó a correr...?

—Me refiero a un poco más allá, en Gimle Terrasse.

—Una explosión. Parece algo muy gordo. Dicen que en las oficinas del ISAN. La situación es bastante caótica. ¿Podrías...?

Se interrumpió y le tendió el Darth Vader a Billy T.

—Me parece que mi compañero Krogvold está algo mareado.

Señaló a su colega con un movimiento de cabeza. Se había levantado del asfalto y parecía estar comprobando con mucho cuidado si todas sus articulaciones funcionaban.

—Pero él puede ocuparse de esto. ¿Podrías ayudarlo? Tengo que continuar,

parece que la situación está que arde, en todos los sentidos.

Hizo un gesto hacia el oeste. Billy T. cogió la figura, dubitativo.

—Supongo que no puedo hacer mucho. No tengo radio y habría que avisar a...

El agente Gundersen ya no le oía. Se había montado en la moto y le ladró una breve orden a Krogvold antes de arrancar.

Billy T. seguía observando la oscura figura.

Sabía que no se trataba de un juguete. Era un objeto para coleccionistas, y sería valioso si la espada roja no estuviera partida. En su día, muchos años antes, había comprado una igual. Con la misma pose. Los mismos interruptores en el pecho. Exactamente la misma capa negra, de una tela negra rígida, metálica, que colgaba formando ondas.

Krogvold se aproximaba y Billy T. le dio la espalda. La cazadora vaquera era demasiado estrecha, tendría que hacerse con otra, pero consiguió encajar la figura en el sobaco, debajo del forro de borrego.

Sin saludar, sin esperar, sin hablar con nadie, empezó a caminar con tranquilidad. A sus espaldas oyó al policía ordenando a la gente que se alejara más. Oyó las interferencias en la radio policial cuando llamó para pedir una ambulancia y más presencia policial, y Billy T. aceleró. Solo cuando ya estaba a la altura de la calle Frogner, donde empezaba la calle Kruse, se detuvo. Sacó la figura con mucho cuidado. Había llevado la mano apoyada en la cadera durante todo el camino para no dañarla más de lo necesario y, salvo por la espada rota, estaba entera.

Billy T. comprobó que se le podía quitar el casco.

Exactamente igual que la figura de Darth Vader que él había comprado tiempo atrás. Sentía un picor incómodo en la lengua y no pudo aplazarlo más. Le dio la vuelta al muñeco. Billy T. intentó tragar saliva, pero sintió unas náuseas repentinas.

Había un nombre grabado en la peana con una tijera de uñas y letra infantil. Billy T. recordó lo cabreado que estaba porque el niño había sacado de la caja original el valioso objeto de coleccionista, a pesar de que le había advertido de que era un regalo muy caro que debía dejar en la estantería solo para mirarlo.

«Linus Bakken», ponía con letra insegura.

Billy T. volvió a guardarse a Darth Vader debajo del brazo. Levantó la vista y se giró hacia el oeste. Una densa columna negra se alzaba hacia el

cielo para mezclarse con una capa de nubes cada vez más baja.

La vela se había consumido. Hanne Wilhelmsen se inclinó hacia delante para ahogar la mecha entre los dedos y detener la columna de humo negro que subía hacia el techo.

—Es muy tarde —le dijo a Billy T.

—Sí.

—¿Té? ¿Cerveza?

—Nada, gracias. Tengo esto.

Le mostró con desgana una botella de Coca-Cola light y se dejó caer en un sillón.

La televisión estaba encendida con el volumen silenciado. Hanne no apartaba la mirada de la pantalla. Las imágenes de Gimle Terrasse eran aterradoras. A pesar de que la policía había alejado a la prensa en cuanto pudieron organizarse en torno al lugar de la explosión, no dejaban de aparecer grabaciones hechas con teléfonos móviles durante los largos minutos en los que la situación fue caótica. Muchos transeúntes habían estado tan cerca de las oficinas del ISAN que había que pixelar cadáveres y miembros mutilados antes de emitir las imágenes.

—¿Pudiste hacer algo? —preguntó ella.

—¿Qué?

—Allí.

Indicó la pantalla con la cabeza.

—No, no llegué tan lejos.

Negó con un gesto y miró a su alrededor. El salón era enorme y hacía tan poco que se había reformado que el suelo aún olía a madera nueva.

—Vaya chabola —murmuró—. Recordaba que era bonito, pero ahora es todavía más impresionante. Ya sé que Nefis tiene dinero, pero aun así me pregunto cuánto habrá costado esto.

Hanne agarró el mando a distancia. El sonido surgió bruscamente del altavoz que recorría toda la parte inferior del aparato. Habían pasado la conexión al estudio, y un grupo de expertos en temas como explosivos o extremismo, reunido a toda prisa, rodeaba una mesa con forma de media luna. Hanne chasqueó la lengua con desagrado al ver que Kari Thue estaba entre los invitados, la única mujer.

—Esa tía está paranoica —dijo Billy T., y abrió la botella, que soltó gas con furia—. Como una puta cabra. La gente como ella estará encantada si finalmente resulta que han sido los mismos musulmanes quienes han atacado a los suyos. Al menos me ha parecido entender que esa es la teoría con la que se especula. Pobres desgraciados. Siempre les echan la culpa. La vez anterior, cuando las víctimas fueron el gobierno y las Juventudes Socialistas, todo el mundo creyó que eran ellos hasta que identificaron a ese asqueroso y patético pijo de barrio bien. Ahora, cuando el objetivo es musulmán, resulta que también les echan la culpa.

Hanne no contestó. Siete años atrás había tenido el dudoso privilegio de pasar unos días cargados de dramatismo en Finse, en compañía de la fanática antiislamista Kari Thue. El tren en el que ambas viajaban descarriló a la entrada del túnel de Finsenut. Dos personas fueron asesinadas mientras todos los pasajeros estaban aislados por la nieve en el hotel 1222, y la antipatía que Hanne sentía por la tipeja era tan fuerte que en un principio sospechó, equivocadamente, que era la asesina.

—Todavía no se sabe nada —dijo ella—. Todo son especulaciones. Hicieron lo mismo la vez anterior, durante las horas siguientes, y siempre es un error. Tú lo sabes bien. Hay que mantener abiertas todas las opciones, no bloquearse en una sola teoría. Por eso tú y yo éramos... insuperables.

Le sonrió por primera vez en más de once años. No era una gran sonrisa, ni siquiera muy amistosa, pero sonreía. Él respondió con una media sonrisa.

—Esos sí que fueron buenos tiempos.

Ella asintió, y su sonrisa se esfumó.

—Dijiste que necesitas ayuda, algo relacionado con Linus. No tengo ni idea de cómo voy a poder ayudarte, salvo que necesites dinero. Yo no tengo mucho, pero puedo hablar con Nefis. Como acabas de comentar con mucha insistencia, ella tiene de sobra.

Billy T. entornó los ojos y enroscó el tapón en la botella con movimientos bruscos.

—¿Por quién coño me tomas? No vengo aquí rebajándome, humillándome... —la botella de Coca-Cola apuntaba al piso del vecino— ¡para pedirte dinero! O, peor todavía, ¡pedirle dinero a tu mujer!

Ella se encogió de hombros con indiferencia. Volvió a bajar el volumen del televisor, pero no lo apagó. Billy T. la observaba fijamente, como si estuviera buscando algo, pero ella miraba las imágenes de la pantalla, no le miraba a él.

Él no era el único que había cambiado con el paso de los años. Hanne tenía el cabello canoso, sobre todo en las sienes. Le llegaba por los hombros y el flequillo asimétrico le cubría constantemente uno de los ojos. Antes del fatídico día de las navidades de 2002, cuando entró en tromba en una cabaña de la sierra de Nordmarka y recibió un disparo de un policía corrupto, había empezado a tener problemas de sobrepeso. Ahora estaba delgada, casi flaca. La nariz se dibujaba en su rostro más que antes y sus pómulos estaban más marcados. En sus estrechas manos se veían los tendones y las venas azules destacaban nítidas bajo la piel. Sus piernas inertes parecían tallos de plantas.

Le pareció que incluso sus ojos habían cambiado. Seguían siendo de color azul hielo, con la misma aureola negra en torno al iris. El blanco de sus ojos seguía siendo immaculado, a pesar de los años. Billy T. no habría sabido decir qué era diferente, hasta que Hanne clavó su mirada en él y le preguntó:

—Vale, si no vas a pedirme dinero, ¿de qué se trata?

Se quedó helado.

Habían sido compañeros de estudios y colegas. Hanne Wilhelmsen y Billy T. habían sido amigos, más que amigos. Y en un momento determinado casi novios. Una noche había estado más cerca de él de lo que nadie había estado jamás. Lo había rechazado muchas veces, lo había herido. Se había encerrado en sí misma, había salido corriendo, le había enloquecido con su silencio y su secretismo.

Pero nunca le había tratado con frialdad, nunca le había humillado de aquella manera. Bajó la mirada.

—¿Qué te pasó en realidad? —preguntó cuando estuvo seguro de que su voz sonaría firme.

—¿A mí? Me pegaron un tiro. Me destrozaron la espalda. Dejé la policía. Agua pasada.

—No logro entenderlo. Después de tantos años y todo lo que teníamos. Y de pronto... —Intentó chasquear los dedos sin mucho éxito—. Voilà, y me quedé fuera de tu vida, sin una explicación, sin ni siquiera un reproche por algo, algo que lo hubiera hecho más fácil de...

—¡Billy T.!

Su voz era tan cortante que él cerró la boca de golpe.

—Dijiste que tenías un problema con Linus —dijo sin apartar la mirada de la pantalla del televisor—. Te sugiero que me cuentes de qué se trata y entonces podré sacar la conclusión más evidente: no puedo ayudarte. Y luego

podrás marcharte. En realidad, preferiría seguir viendo el especial informativo.

—Lo van a emitir a todas horas y habrá un montón de repeticiones.

—Sí, claro.

—A Linus le pasa algo.

Hanne cogió unas gafas y se las colocó en la nariz. Siguió mirando la televisión unos segundos y se volvió para mirarle por encima de los cristales.

—¿Está enfermo?

—No.

—¿Cuántos años tiene ya? ¿Veinti... uno?

—Dos. Veintidós.

—¿Y no está bien?

—No. Sí, bueno. Ese es el problema. Él probablemente te diría que nunca ha estado tan bien como ahora. En el caso de que consiguieras que te respondiera. A mí apenas me ha dirigido la palabra en el último medio año.

—¿Qué hace?

—Se está preparando para volver a presentarse a los exámenes de bachillerato. Por libre. No acabó el instituto cuando debía, perdió el tiempo.

—¿Iris le consintió eso?

—Grete. La madre de Linus es Grete.

—Cinco hijos con cinco mujeres distintas, Billy T. No puedes reprocharme que no sea capaz de distinguirlas después de tantos años.

—Seis —murmuró.

—¿Seis? ¿Seis hijos? ¿Tone-Marit y tú habéis tenido otro?

—No, con ella solo tengo a Jenny. Tone-Marit y yo nos separamos el verano después de que te quedaras... —Señaló la silla de ruedas con un movimiento de cabeza—. Niclas es hijo de... otra.

Le pareció intuir la sombra de otra sonrisa. Al menos movió la cabeza con suavidad.

—Recuerdo a Linus —dijo después de una pausa y sin preguntarle con quién había tenido su sexto hijo—. Era un niño muy majo. No veo ningún problema en que esté estudiando, que vuelva a presentarse para arreglar...

—Se ha transformado en otra persona, Hanne...

—La gente cambia, y más a esas edades.

—No de esta manera...

—Ya son las diez y media, Billy T. Cuando estalló la bomba te dije que

volvieras más tarde, pero no por la noche. Para mí ya es por la noche. Y a juzgar por lo que me has contado, poco puedo hacer por Linus. No parece necesitar ninguna ayuda. ¿Qué dice él al respecto?

—Como te digo, no habla mucho. ¡Linus, Hanne! ¿Recuerdas cómo parloteaba sin parar? No callaba nunca, él...

—¡Hammo!

Una niña esbelta, alta para sus diez años, estaba en la puerta.

—No puedo dormir. ¿Crees que habrá otra explosión?

—Ida —dijo Hanne—, ven aquí.

La niña corrió descalza. Ágil y rápida, se sentó de un salto en el regazo de Hanne.

—Hola —dijo seria, mirando a Billy T. con los ojos más grandes y castaños que él hubiera visto nunca—. Me llamo Ida Wilhelmsen.

—Hola. Yo me llamo Billy T. Soy amigo de...

—Billy T. y yo trabajamos juntos en la policía hace mucho tiempo —dijo Hanne con voz serena—. Pero ya se marchaba.

Le dio un beso a Ida en la cabeza y le acarició la mejilla.

—Deberías irte a dormir, mi vida. Mañana tienes colegio. No habrá más explosiones. Vuélvete a la cama y enseguida iré a darte las buenas noches otra vez. ¿Vale?

La niña recorrió el salón y desapareció en el interior del piso a la misma velocidad a la que había aparecido. A Billy T. le dio la impresión de que dejaba un aroma a niñez, a ropa de cama y tal vez a champú.

—Una niña muy maja.

—Sí, se parece a Nefis, en eso hemos tenido suerte.

—¿Cómo te ha llamado? ¿Hammo? ¿Por qué te llama así? ¿Y por qué lleva solo tu apellido?

Hanne se levantó la manga en un gesto elocuente, dejando su reloj a la vista.

—Encontrarás la salida tú solo, ¿verdad?

Él no se movió.

Ella giró la silla de ruedas hacia la pantalla.

—¿Por qué has venido? —preguntó en voz tan baja que él no estuvo seguro de haber oído bien.

—Como te he dicho, estoy preocupado por Linus, por que esté involucrado en algo...

—No —le interrumpió ella en voz más alta—. ¿Por qué has venido aquí? ¿Precisamente a mí? Después de tantos años, ¿por qué demonios acudes a mí para pedir ayuda?

Billy T. se levantó despacio y se metió la botella de Coca-Cola medio vacía en el bolsillo de la cazadora.

—Creo que Linus está metido en algo ilegal —dijo deprisa y en voz alta, como si tuviera miedo de que ella le interrumpiera de nuevo—. No quiero acudir a la policía, no tengo nada para llevarles, llegado el caso. Pero necesito ayuda para pensar, razonar. Tiene que ser alguien con experiencia policial pero que no trabaje en la policía. Que no tenga nada que ver con ella. Entiendo que tú no te relacionas con nadie. Además conocías a Linus, cuando todo era... —Se encogió de hombros—. Da igual. Estoy muy desesperado. Parecía una buena idea. Me doy cuenta de que me equivocaba.

—Sí. Te has equivocado.

Él se encogió de hombros y empezó a caminar hacia el recibidor.

—Te has equivocado —repitió ella, y él se paró y se dio la vuelta.

—Sí —contestó irritado—. Ya lo has dicho.

—No solo con respecto a que podía ayudarte.

—Vale, de acuerdo. Oye, entiendo que he venido para nada.

Abrió los brazos con desánimo y paseó la mirada por el enorme salón.

—Joder, Hanne. Te has encerrado en esta cárcel tan chic por voluntad propia. Has cortado toda relación con tus amigos de antes. Por lo que he sabido de ti en los últimos once años apenas sales de este piso. No trabajas. Tú...

—Error.

—¿Error?

—Sí. He empezado a trabajar.

—¿Qué? —Su gesto cambió de escéptico a incrédulo.

—Sí —repitió ella—. He vuelto a trabajar.

—¿Tú? Pero si esta mañana estabas en casa y... ¿Dónde? ¿Dónde trabajas?

—En la policía —contestó Hanne Wilhelmsen—. He vuelto a la policía de Oslo, Billy T., y no puedo ayudarte.

La comisaria de la policía de Oslo, Silje Sørensen, tiró una lata de Red Bull sin azúcar a la papelera, se acercó a la ventana y apoyó la frente en el cristal.

Su respiración dibujaba ráfagas de vaho sobre la superficie. Fuera estaba oscuro y el tiempo había empeorado aún más. Le parecía que cada año que pasaba se hacía más duro esperar la llegada de la primavera. Abril era el peor mes. Grandes copos de nieve húmeda caían con fuerza y habían empezado a cubrir el césped gris de primavera frente a la vieja cárcel de Bot.

—Es más de medianoche —dijo el subdirector de la policía Håkon Sand entrando en su despacho sin llamar—. Al menos uno de nosotros podría irse a casa.

—Vete tú, la verdad es que yo no tengo nada de sueño.

—Gracias por el ofrecimiento. En todo caso, antes querría hacerte un pequeño resumen.

Silje Sørensen se giró. Håkon Sand, uno de sus tres adjuntos y responsable de la policía judicial, bostezó largo y tendido sin hacer ningún intento de disimularlo.

—Menudo caso para que te caiga tan pronto —dijo abriendo mucho los ojos mientras sacudía la cabeza de lado a lado—. No hará ni cuatro semanas que asumiste el puesto...

—Cinco —dijo ella sin más, y volvió a sentarse—. Y sí, vaya caso.

—El número confirmado de víctimas —empezó con tono voluntariamente recitativo—, diez. Además hay trece desaparecidos que damos por fallecidos. Una cifra que podría aumentar, pero eso parece poco probable. Además...

—Me informaron de eso hace varias horas, Håkon, si no tienes nada más que contarme me parece bien que te vayas a casa.

—Mohamed Awad.

—¿Qué?

—Hay indicios de que el responsable de la bomba puede ser un joven llamado Mohamed Awad. —Levantó el trasero y se sacó una caja de tabaco de mascar del bolsillo. Un uso prolongado había dejado una marca redonda en la tela del pantalón vaquero—. Pero no tenemos mucha idea de quién es.

Silje Sørensen se inclinó hacia delante, apoyó los brazos en el escritorio y juntó las manos. Le miró y se limitó a arquear las cejas.

—Mohamed Awad —repitió Håkon, y empujó el tabaco con la lengua hasta dejarlo en su sitio—. Veintitrés años, nacido en Noruega, sus padres son originarios de Sudán. Refugiados. Llegaron aquí en 1988. Cuando Mohamed vino al mundo acababan de asignarles a sus padres una vivienda en el valle de Grorud y allí creció, con dos hermanas mayores y tres pequeñas,

todas chicas.

Volvió a bostezar con tanta fuerza que se le saltaron las lágrimas. Agarró una taza de café del escritorio y echó una mirada a su interior antes de beberse los restos de café a temperatura ambiente sin cambiar de expresión.

—Buenas chicas. Las dos mayores están en la universidad, a las pequeñas también les va bien. Su padre regenta una gasolinera en Furuset, su madre es ama de casa.

La comisaria de la policía seguía sin decir nada.

—Mohamed también era un buen chico —continuó Håkon Sand, masajeándose la nuca lentamente—, lo fue durante mucho tiempo. Acabó el bachillerato con notas aceptables. De eso hace cuatro años, y no sabemos qué ha hecho desde entonces. Salvo que tenemos motivos para pensar que ha sufrido un proceso de radicalización.

—¿En Sudán no hay muchos cristianos? ¿O practican alguna religión tribal?

—Pero, Silje... Casi el ochenta por ciento son musulmanes. Es una república islámica.

—¿Qué dicen los servicios de inteligencia?

—Dicen exactamente lo que te estoy contando. Hemos tenido suerte.

—¿Suerte?

—Los de inteligencia le tenían en el punto de mira, de milagro. Hay un pequeño dossier sobre el tipo. Van juntando archivos grandes y pequeños relativos a tipos del perfil de Mohamed.

—Que es... —La comisaria abrió los brazos con gesto interrogante.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Håkon Sand.

—El tipo de Mohamed. ¿Cuál se supone que es?

Él se encogió ligeramente de hombros.

—Inmigrante. Le dan todas las posibilidades en este país y a pesar de eso se radicaliza. Muerde la mano que le da de comer, por así decirlo.

—Por como me lo has contado, diría que son sus padres los que han dado de comer a este chico. Pero sigue.

—Como sabes, las labores de identificación en el lugar de los hechos van a llevar un tiempo. —Escupió unas hebras de tabaco de mascar sobre el dorso de su mano, se incorporó y siguió hablando—. Pero, mientras tanto, han encontrado una pista sobre la que trabajar. La iglesia americana que está al otro lado de la calle tiene cámaras de vigilancia en el exterior. Dos no

funcionan, por desgracia. Pero tienen una precisamente aquí...

Sin pedir permiso, dio la vuelta a un MacBook Pro que estaba sobre la mesa de la comisaria. Tras escribir durante unos segundos lo volvió y se inclinó hacia ella. En la pantalla había una vista aérea del barrio de Frogner.

—Ahí —dijo señalando un punto de la bóveda norte de la iglesia—. Y milagrosamente la explosión no la destrozó. Tiene una ligera orientación hacia el este y desde ese ángulo cubre el tráfico de Gimle Terrasse y un trozo de la calle Fritzner.

—Esa iglesia es una construcción curiosa. Parece un árbol de Navidad.

—Y ahí hay un 7-Eleven —prosiguió Håkon Sand sin hacerle caso, y señaló una dirección del bulevar Bygdøy—. Como es sabido, también tienen cámaras. De momento, el cruce de las imágenes de las dos cámaras solo registra a una persona repetida.

—Supongo que se trata de Mohamed Awad.

—Exacto. Se le ve en el 7-Eleven a las once menos veinte. Menos de un cuarto de hora después, solo tres minutos antes de la explosión, pasa por aquí... —su dedo se movió hacia el este por Gimle Terrasse y subió por la calle Fritzner— y aquí. Lo más probable es que haya cogido la calle Thomas Heftye desde el bulevar Bygdøy.

—No se tarda un cuarto de hora en hacer ese recorrido. Como mucho cuatro o cinco minutos.

—Vale. Estoy de acuerdo. Pero está claro que estaba por la zona en el momento de la explosión y desde entonces ha sido imposible dar con él.

—¿Cuándo hemos empezados a buscarle?

—Esta tarde, a las cinco. De momento hemos conseguido mantener ocultos tanto su nombre como nuestras sospechas. Es solo cuestión de tiempo que se sepa, su familia acabará contándole a alguien que buscamos al chico con insistencia.

—¿Así que sería del tipo... dispuesto a autoinmolarse? ¿Daría vueltas por Frogner con una bomba debajo del brazo, se pasaría por el 7-Eleven a comprarse un refresco y luego volaría el ISAN y a sí mismo por los aires?

—Compró una botella de agua.

—En ese caso...

Silje Sørensen infló los carrillos y dejó escapar el aire poco a poco. Luego abrió mucho los ojos y se pasó el dedo índice por debajo para quitarse el rímel que estaba segura de que había empezado a correrse.

—Eso es lo que tenemos, Silje. Al menos de momento.

—Pues algo es algo.

—La investigación está en una fase muy temprana.

—Es jodidamente tarde, eso es lo que es.

Ahora era ella quien bostezaba intentando mantener la boca cerrada y tapándose la con una mano menuda en la que un diamante enorme brillaba a la luz de la lámpara del escritorio. Luego se reclinó en la silla y cerró los ojos.

—¿Pertenece a algún grupo? —murmuró.

—No que los de inteligencia sepan. Tiene alguna relación con los Seguidores del Profeta a través de un amigo de la infancia de Furuset, pero no está registrado como... miembro de pleno derecho, o como sea que se organicen.

—Los Seguidores del Profeta —repitió ella, desanimada.

—Esa gente está loca.

—¿Quiénes son «esa gente»?

—Venga ya, Silje.

Håkon Sand se levantó. Se puso las manos a la espalda y se balanceó levemente hacia atrás.

—Te pasas de sensible, la verdad. Después de tantos años, deberías conocerme lo suficientemente bien como para saber que no soy racista. Al contrario, he aportado mi granito de arena trabajando activamente a fin de reclutar gente para la policía de otro origen étnico que no fuera el paliducho que representamos tú y yo. Mis hijos tienen muchos amigos musulmanes. Unos niños estupendos, buenos estudiantes que juegan muy bien al fútbol y no sé cuántas cosas más. Y frecuentan mi casa. Así que contrólate.

—No me gustan expresiones como «esa gente».

—¡Me refiero a los sinvergüenzas, Silje! Exactamente igual que me disgustan los traficantes, la mierda de los pedófilos, los ladronzuelos y las bandas, vengan de donde vengan. Y de la misma manera que me cabrean los jóvenes a los que les tocó la lotería el día que sus padres llegaron a Noruega y les dieron posibilidades que ellos nunca tuvieron, para luego agradecerémoslo con verborrea religiosa, odio y maldad.

—Tu forma de expresarte no es propia de un subdirector de la policía.

—A la mierda. No tengo tiempo que perder con chorradas.

Trotó hacia la puerta y estuvo a punto de tropezarse con el borde de una gruesa alfombra de un precio muy superior al que permitían los presupuestos

públicos. Se detuvo de golpe y lanzó un vistazo iracundo a la habitación, como si fuera ahora, varias semanas después de que la nueva comisaria de la policía de Oslo se hubiera instalado en la última planta de Grønlandsleiret 44, cuando veía por primera vez que se había convertido en un escaparate del buen gusto.

—¿Has pagado todo esto de tu bolsillo?

—Sí.

Él movió la cabeza despacio.

—Hay gente con suerte, vaya que sí. Heredera y comisaria de la policía de Oslo. Comisaria. Y eso que solo hace tres años que hiciste el máster. Si no te importa, me voy a mi casa. Volveré dentro de unas horas —dijo sin mirarla.

—¿Cuánto hace que nos conocemos? —le dijo ella a su espalda.

—¿Qué?

—Tú y yo. ¿Cuánto hace que nos conocemos?

—Pues... ¿quince años?

—Dieciocho. Nos conocemos desde que entré aquí como agente y tú eras un asistente que estudiaba derecho en sus ratos libres. Y hemos sido amigos durante más de once años. Desde que le pegaron un tiro a Hanne Wilhelmsen y tú, Karen y Billy T. iniciasteis una cruzada para intentar abrir un hueco en el muro del que se rodeó.

—Vale.

—¿Sabes cuántas veces has comentado, como de pasada, que soy rica?

—No. Nos vemos... —levantó la vista para comprobar la hora en un precioso reloj de roble pulido— a las siete.

—Todas las semanas, como mínimo, durante once años. Una impertinencia por aquí, un comentario sarcástico por allá. Y va a peor, Håkon. Has ido a más desde que me dieron un puesto que pensabas merecer más que yo. ¿Es porque tú estás licenciado en derecho y yo solo tengo un máster en jurisprudencia? —dijo dibujando unas comillas en el aire—. ¿Porque eres mayor que yo o porque eres un hombre?

Håkon Sand se encogió de hombros y abrió la puerta.

—Soy del sexo equivocado. Eso quedó claro desde que presenté mi solicitud... Y si ahora... —se pasó la mano lentamente por la cara— vas a decirme que además de racista soy antifeminista, te recordaré que llevo un cuarto de siglo casado con una mujer que hoy sería magistrada del Tribunal Supremo si no fuera porque mi puesto podría inhabilitarla para el cargo. No

parece que yo tenga nada en contra de que hagáis carrera.

—Pero ¿no se te ha ocurrido la posibilidad de cambiar de trabajo para que Karen pueda ascender?

—Joder, Silje, mira que te pones difícil. Mi argumento se sostiene. Adiós.

Håkon Sand se detuvo de golpe cuando estaba a punto de salir por la puerta. Casi chocó con un hombre de unos treinta años, con un traje de raya diplomática, camisa de un blanco inmaculado y una corbata tan bien anudada que parecía que se la acababa de poner.

—Enciende la tele —dijo echándose hacia atrás la espesa cabellera con un gesto nervioso, casi femenino—. Han enviado un vídeo a la TV2.

—¿Quiénes?

Silje agarró un mando a distancia y encendió el televisor del rincón, un Bang & Olufsen de 46 pulgadas montado sobre un mueble lacado en negro, y repitió:

—¿Quiénes?

Su secretario no contestó. Se limitó a cogerle el mando sin pedir permiso y apretó una tecla.

«... nombre de Alá, el misericordioso, el compasivo.»

Un hombre muy serio, tocado con un kufi y con la cara tapada por un pañuelo, pestañeó.

—Noruego —dijo Håkon Sand bajito—, habla noruego.

«Allahu akbar», pronunció el hombre de la pantalla.

La imagen se fundió en negro unos instantes y, a continuación, un presentador de aire solemne tomó la palabra desde los estudios de la televisión.

«Este vídeo nos ha sido entregado hace veinte minutos. Lo remitimos a la policía de forma inmediata, por supuesto, pero en TV2 consideramos que es nuestra obligación dar a conocer toda la información de la que disponemos en un caso tan serio como este.»

—Mierda —susurró la comisaria de la policía—. ¿Se han atribuido el atentado?

—Sí —dijo el secretario—. De momento nadie tiene ni idea de quiénes son. Pero el director de los servicios de inteligencia nos ha pedido una reunión. ¿Quieres que insista en que sea aquí?

—Sí. ¿Qué ha dicho? —Señaló la pantalla del televisor.

—Por lo que he podido entender, se responsabilizan de la explosión. La

Verdadera Umma del Profeta. Una organización de la que no había oído hablar. La verdad es que me cuesta entender todos esos conflictos entre los islamistas, ¿no?

Se cepilló una imperceptible mota de polvo del hombro izquierdo y estiró la espalda.

—No es que quiera criticar, pero resulta casi incomprensible todo el lío que se trae esta gente, ¿no? —Abrió mucho los ojos, como si estuviera horrorizado por su propia afirmación—. Pero, claro, no es asunto mío opinar al respecto. La reunión será aquí, ahora mismo doy aviso.

—La Verdadera Umma del Profeta —murmuró Håkon Sand tapándose la cara con las manos—. ¿Qué coño es eso? Nunca los había oído mencionar. —Empujó el tabaco de mascar húmedo para sujetarlo mejor bajo el labio—. Digo yo que habría que expulsarles de una patada en el culo. Fuera.

Pero lo dijo tan bajito que nadie le oyó.

Estaba claro que Linus se esforzaba para que no le oyeran. Salió de su cuarto con las zapatillas de deporte puestas y pasó de puntillas por delante del ropero del recibidor sin pararse a coger ninguna prenda de abrigo. Abrió y cerró la puerta de la calle con mucho cuidado sin darse cuenta de que su padre le observaba desde su dormitorio con la pupila azul pegada a una rendija de la puerta.

Billy T. dejó pasar treinta segundos. Seguramente Linus bajaría por la escalera, el ascensor hacía mucho ruido y eran las dos de la madrugada pasadas. Se obligó a esperar en el dormitorio. Minuto y medio.

A toda prisa se calzó las deportivas en el recibidor y agarró la cazadora vaquera que colgaba de un clavo junto al armario. Comprobó que tenía las llaves en el bolsillo y salió corriendo.

Al salir se vio envuelto en el frío aire de la noche. Los meteorólogos habían prometido temperaturas primaverales, pero era evidente que los dioses del clima habían decidido dar un poco la nota. La sensación térmica era equivalente a tres grados bajo cero. La vestimenta de Linus parecía indicar que no iba muy lejos. La nieve húmeda caída la noche anterior estaba seca y gruesa y le permitía ver hacia dónde había ido Linus. A juzgar por la distancia que separaba las pisadas iba a la carrera. Billy T. corrió siguiendo las nítidas huellas con la vista fija alternativamente en el suelo y la noche que se abría frente a él.

Hacia el final de la curva que rodeaba los altos bloques de viviendas vio que Linus había bajado el ritmo. Billy T. anduvo más despacio y al llegar a la altura de la calle Refstad se detuvo por completo. Hacia el sur pudo ver a Linus que subía corriendo las escaleras que llevaban a la explanada frente a la biblioteca y el pequeño restaurante chino. Billy T. esperó a que hubiera salido por completo de su campo de visión antes de seguirle. Su hijo subía por el parking del supermercado Rema 1000. Desde la carretera de Trondheim llegaba el sonido del motor de algún que otro coche, pero no el zumbido

constante del intenso tráfico diario.

Era evidente que Linus iba a utilizar la pasarela que cruzaba la carretera nacional. Billy T. vio que tenía frío, llevaba las manos dentro de los bolsillos de sus ceñidos pantalones y los hombros levantados. Eso le hacía ir más despacio, hasta el punto de que Billy T. se vio obligado a detenerse en varias ocasiones para no acercarse demasiado a él.

El chico no echaba la vista hacia atrás.

Al otro lado de la carretera de Trondheim prosiguió su camino hacia Årvoll. Billy T. se mantuvo a entre cien y ciento cincuenta metros de distancia y ya no tenía tanto miedo a ser visto.

Nunca había llegado a saber con seguridad si a su hijo sencillamente le habían echado de casa. Unos meses antes se había presentado de pronto en la puerta de su viejo piso de dos dormitorios para vivir con su padre. Como su hijo era un adulto, al menos según el calendario, Billy T. no se había molestado en contactar con Grete. Dio por terminada la obligación de hablar con ella el día en que Linus cumplió los dieciocho. Suponía que, si hubiera estado preocupada por su hijo, habría llamado.

El chico solo había murmurado que no le gustaba el nuevo novio de su madre. Podía ser cierto. O no. Hasta hacía poco a Billy T. no le había importado gran cosa. Al principio sintió una rara alegría porque Linus quisiera vivir con él. Las primeras semanas se esforzó para que se sintiera a gusto, limpiando la casa y preparando la comida. Compró un televisor nuevo y una PlayStation y alimentó la esperanza de que entre ellos pudiera surgir algo parecido a su antigua complicidad.

Pero, cuando estaba en casa, Linus se pasaba la mayor parte del tiempo en su cuarto. Y cuando no se encontraba en casa, solía decir que estaba en el instituto. Las pocas veces que Billy T. le preguntaba adónde iba solía contestar malhumorado que a un grupo de debate. Al menos parecía que era cierto que estaba preparándose para volver a presentarse al examen de bachillerato. Cuando alguna vez accedía a cenar con su padre dejaba los libros junto al plato y solo levantaba la vista para pedir más.

Al parecer, la transformación había empezado antes de que se mudara con su padre. Linus seguía vistiendo pantalones caídos y chaqueta militar con los codos agujereados, pero se había rapado el pelo. Con el paso de las semanas y los meses la desastrada ropa juvenil fue desapareciendo. Como regalo de Navidad solo pidió una gabardina corta y Billy T. fue a la tienda Ferner

Jacobsen y gastó más dinero del que debía con la intención de alegrar a Linus. Y funcionó. Su hijo le dio las gracias por la prenda de la marca Boss con un beso desgano y algo parecido a una sonrisa.

Esos eran los únicos momentos en los que sonreía, cuando quería algo o le regalaba algo: una camisa, incluso una corbata. Con frecuencia le pedía dinero para ir al cine o para un bonobús. Esto último se le hacía raro a Billy T., puesto que Linus había utilizado el transporte público durante años sin pagar nunca el billete.

Esta noche iba a pie con un pantalón de vestir azul marino y un jersey de ochos a juego. Parecía tener cada vez más frío, correteaba sin sacarse las manos de los bolsillos. Cada pocos pasos estaba a punto de perder el equilibrio.

Seguía sin mirar hacia atrás.

Billy T. redujo la distancia que les separaba. Recorrieron unos cientos de metros de la calle Årvoll. Un par de taxis pasaron a su lado. Un tipo con pinta de ir borracho que paseaba a un perro hizo que Linus diera un rodeo a la altura del centro cultural de Årvoll. El resto del tiempo caminaba por el carril derecho de la carretera con una determinación que hizo pensar a Billy T. que quizá iba más lejos de lo que había creído. El chico giró a la derecha antes de que tuviera tiempo de seguir especulando. Sacó las manos de los bolsillos y volvió a correr por la calle Rødberg. Una decena de viejos bloques de pisos se apiñaban en torno a parches de césped embarrado con restos de nieve. Al llegar a la altura del segundo bloque Linus cruzó la calle con tanta prisa que Billy T. se detuvo de golpe por temor a ser visto. Solo le separaban cincuenta metros de su hijo y se agachó detrás de un Mazda mal aparcado encima de la acera.

En cuanto Linus desapareció detrás del edificio, Billy T. siguió a la carrera. Tardó menos de un minuto en cruzar la calle un poco más adelante sin ser descubierto. Desde esa posición, resguardado tras un contenedor verde de basura, podía ver el primero de los tres portales de la calle Rødberg número 2.

Linus parecía indeciso, porque se quedó un rato parado sobre unos pocos escalones de hormigón. Había vuelto a meter las manos en las profundidades de los bolsillos, como si quisiera evitar la tentación de llamar a uno de los timbres que flanqueaban la puerta. Cambió el peso de su cuerpo de una pierna a otra con aire nervioso y luego retrocedió un par de pasos. Se detuvo

apoyando el trasero sobre una barandilla oxidada, pero seguía con la vista clavada en el portal.

De pronto Linus se adelantó y acercó la mano a uno de los timbres. Billy T. entornó los ojos detrás del contenedor y se inclinó un poco hacia delante sin darse cuenta.

Vio que era el segundo del lado izquierdo empezando por abajo.

—El segundo por la izquierda —murmuró tres veces seguidas.

Apenas pudo oír el zumbido del portero automático. Linus entró. Billy T. contó hasta veinte y volvió a la calle. Se aproximó al bloque dando un rodeo y se acercó a la puerta que se había cerrado tras su hijo, tan pegado a la pared como le fue posible.

—El segundo por la izquierda —susurró acercándose al telefonillo.

Cuando leyó el nombre en el cartoncito sujeto con celo sintió una descarga de adrenalina. Estaba escrito a mano, pero se leía con facilidad. Billy T. tragó saliva y se humedeció los labios. Se sintió mareado y tragó de nuevo. Procuró respirar con tranquilidad, aspirar por la nariz, espirar por la boca. Se mareó e hizo un intento de ajustar mejor el ritmo. Puede que Linus tuviera un buen motivo para visitar a alguien en plena noche un día laboral. Seguro que había miles de razones posibles. El problema era que a Billy T. solo se le ocurría una a la vista de quién vivía allí. Era lo que había temido, sin llegar a reconocérselo ni siquiera a sí mismo. En las últimas semanas una difusa intranquilidad se había convertido en preocupación. Después, al encontrar la valiosa figura de Darth Vader de Linus en manos de un musulmán muerto cuando habían pasado pocos minutos desde la explosión, se transformó en una profunda angustia. Ahora estaba aterido e intentó sin éxito abrocharse del todo la estrecha cazadora antes de echar a correr.

—Hammo, ¿qué quiere decir un caso frío?

Ida Wilhelmsen, de diez años y medio, estaba tumbada boca arriba y muy despierta sobre la cama de sus madres.

—Solo es una expresión tomada del inglés —murmuró Hanne dándose la vuelta por tercera vez en un minuto—. *Cold case*. Y ahora, ¡a dormir!

—No puedo. ¿Y si nos levantamos de una vez?

—Son las dos y media de la madrugada, Ida. Dentro de pocas horas tienes que ir al colegio. Si no te duermes ya, será mejor que vuelvas a tu cama.

Estoy agotada.

—Pero ¿qué quiere decir? ¿Y por qué nunca quieres contarme nada de cuando trabajabas en la policía? Parece emocionante. ¿Has atrapado a algún ladrón?

Hanne no pudo reprimir una sonrisa cuando su hija apoyó la cara a unos centímetros de la suya. En sus ojos brillaba el reflejo de la luz azulada del rúter que estaba junto a la ventana.

—Pues no, no recuerdo haber detenido a ningún ladrón —dijo Hanne—. Llevaba casos bastante peores.

—¿Como qué? ¿Terroristas? ¿Como los que han puesto una bomba hoy? ¿Asesinatos y cosas así?

La niña se incorporó de golpe.

—¿Has atrapado asesinos, Hammo?

Hanne se tapó la cabeza con una almohada.

—Tenemos que dormir —dijo con voz medio ahogada por las plumas.

—¿Qué?

—¡Ida!

Hanne tiró la almohada, suspiró con fuerza y se sentó empujándose con los brazos. Ida se inclinó hacia la mesilla y encendió una lámpara.

—Ahora sí que no voy a poder dormir —lamentó—. ¿De verdad que has detenido a asesinos, Hammo? ¿Y qué son esos casos fríos en los que vas a trabajar? ¿Esos también son de asesinos?

—Entre otras cosas. Supongo que la mayoría. Pero también habrá casos de personas desaparecidas, y algún asunto más. Y se dice homicida, no asesino.

—Pero ¿vas a...? ¿Vas a hablar con asesinos? ¿Tendrás que verte con ellos y eso?

Parecía muy asustada. Se deslizó bajo el edredón y se puso de rodillas mirando a su madre.

—No dejaré que hagas eso. ¿Lo sabe mamá?

—Por supuesto —dijo Hanne con aire abatido—. Y ya te he dicho que apenas notarás ningún cambio. Trabajaré casi todo el tiempo desde casa, mientras estés en el colegio. Los *cold cases* son expedientes antiguos que la policía ha desistido de aclarar. Será sobre todo papeleo y mucho ordenador, claro. No dejaré que ningún asesino venga por aquí.

Puso una mano sobre la piernecita de Ida.

—Te lo prometo.

—El que vino esta tarde parecía un asesino.

—¿Eso te ha parecido?

—Estaba un poco sucio, ¿no?, y con unos ojos que daban miedo.

—Bueno...

Hanne agarró una almohada, la sacudió un poco y la colocó a su lado.

—No es ningún asesino. Ya no lo trato, pero antes era una persona muy bondadosa. Y ahora acuéstate. ¡Ya!

Su voz había adquirido un tono que hizo que la niña de diez años se dejara caer sobre la cama y se subiera el edredón hasta la barbilla.

—Si dejas la luz al mínimo. Buenas noches.

Bajó la intensidad de la luz. Un reflejo suave, casi rosado, invadió el amplio dormitorio. Hanne dio la espalda a su hija y cerró los ojos. Tras sus párpados apareció la mirada entre azul y castaña de Billy T. Los abrió.

—Echo de menos a Marry —susurró Ida en la penumbra.

—Todas la echamos de menos, pero estaba cansada y era vieja, y ahora está muerta. Duerme.

—Echo de menos a mamá.

—¡Ida!

—Pero es que la echo de menos.

—El viernes estará de vuelta, tontita. Y ahora a dormir, o me enfadaré, y no me apetece nada. ¿Tienes ganas de que me enfade?

—Buenas noches.

Hanne intentó pensar en otra cosa. En nada. Intentó relajar sus piernas insensibles, dejar que sus pensamientos siguieran sus propios derroteros. Ir hacia el futuro, no mirar hacia atrás. Soñar en lugar de tener pesadillas. Cuando notó que el sueño llegaba Ida susurró en voz muy alta:

—Si quien quiere que vuelvas es la comisaria en persona es que tienes que haber sido muy buena.

—La mejor —dijo Hanne Wilhelmsen, y se quedó dormida.

—Pero ¿es que ya no te acuerdas de lo buena que era?

La comisaria de la policía abrió los brazos. Håkon Sand se llevó las manos a la cabeza y puso los ojos en blanco.

—¿Buena? ¡Era jodidamente eficaz! La mejor. Y hacia el final también estaba como una cabra. Rara, difícil, y la persona más testaruda que haya

conocido.

—Era la mejor, Håkon. Y tiene ganas de hacerlo, de verdad.

Eran las cinco de la mañana y Håkon Sand estaba tan recién duchado que se le dibujaban manchas húmedas bajo la camisa del uniforme. No se había ido a casa, pero había seguido las órdenes de la comisaria y había robado hora y media de sueño en un sofá para luego ponerse el uniforme, también obligado. A sus cincuenta y dos años seguía teniendo un pelo envidiable, que llevaba húmedo y peinado hacia atrás.

—¿Y se puede saber quién te ha autorizado? ¿Por qué no he sabido nada? Al fin y al cabo, estamos hablando de...

Se interrumpió y se quedó de pie, respirando por la boca con los hombros caídos.

—Hanne Wilhelmsen —dijo Silje acabando la frase por él—. La que fuera una de tus mejores amigas. Si no recuerdo mal, estaría loca, pero eso no impidió que tu familia y tú celebrarais la Nochebuena en su casa pocos días antes de que le dispararan.

—Y esa fue la última vez que la vi. ¿Tienes idea de cuántas veces intenté visitarla en el hospital? ¿Y luego en Sunnås durante su rehabilitación? ¿Y en su casa? ¿Sabes...?

—Déjalo estar, Håkon. No podemos perder el tiempo con esto. Debemos centrar toda nuestra atención en el atentado terrorista. ¿De acuerdo?

—Pero...

—Te he dicho que lo dejes. Nos han llegado noticias de que el nuevo ministro de Justicia tiene intención de crear una comisión nacional para los casos fríos. Me parece buena idea. En vista de que hay un par de funciones que no están muy claramente atribuidas, he querido cogerle la delantera creando un pequeño equipo de dos personas de la casa. De momento es solo un proyecto piloto de un año. Vale la pena intentarlo. Y Hanne fue la primera persona en que pensé. En el incidente de Finse demostró que su instinto de policía sigue intacto y, sorprendentemente, aceptó.

Håkon se dejó caer sin prisa en una de las butacas para visitas. Se agarró al apoyabrazos y movió la cabeza despacio.

—Ni siquiera fue al entierro de Harrymarry —dijo en voz baja—. Vi la esquela por pura casualidad, y fui. Nefis estaba allí. La niña también y... me alegré de verla. La hija de Hanne, ¿no?, no la conocía. Una niña preciosa. No paró de llorar. Quise pasar desapercibido y me senté en la última fila. Pero

Hanne... —levantó la vista de golpe y tomó aire— ni siquiera estaba allí. En el entierro de su propia ama de llaves, que la quería todo lo que un ser humano es capaz de querer a otro. ¿Y vas a dar empleo en la policía a alguien así?

Silje abrió la boca para contestarle, pero unos golpes vehementes en la puerta la interrumpieron. El secretario, que seguía impecablemente vestido como si veintidós horas de servicio ininterrumpido no le afectaran, entró en tromba sin esperar respuesta.

—Han identificado al hombre de la cinta —dijo en voz tan alta que dejó escapar un falso—. Es el de... la Verdadera Umma del Profeta. El jefe de los servicios secretos ha adelantado la reunión. Llegará dentro de media hora, igual que la directora de... Está en la línea... —el secretario señaló el teléfono de la comisaría— cinco. Deberías contestar inmediatamente.

Lo haría sin dilación. Billy T. ya se había planteado antes la posibilidad de registrar la habitación de Linus, pero más de una década revolviendo en la intimidad ajena como investigador le había provocado un fuerte rechazo a seguir haciéndolo en su tiempo libre. Del mismo modo que exigía a sus hijos que respetaran su vida privada siempre les había correspondido con el mismo trato.

Pero el momento había llegado.

Su decisión se había hecho más firme mientras corría de vuelta desde Årvoll pisando las mismas huellas que había dejado tan solo unos minutos antes. Pero al llegar a casa había dudado de nuevo. Se preparó una gran jarra de café y se sentó en el cuarto de estar deseando intensamente que Linus regresara, que su hijo entrara por la puerta con la amplia y cariñosa sonrisa ladeada que parecía haber perdido definitivamente. Se sentaría y le pediría que le sirviera un café. Le contaría su excursión nocturna, le daría una explicación, tal vez algo un poco embarazoso sobre una mujer que había conocido y con la que mantenía una relación. O tal vez fuera un hombre. De verdad que a Billy T. eso no le importaría lo más mínimo. Linus se reiría al saber lo preocupado que estaba su padre por su visita a ese apartamento; el cartelito con un nombre pegado al telefonillo de la calle Rødberg número 2 era del anterior dueño. Así se quedarían, Billy T. y Linus, viendo la luz de la mañana deslizarse grisácea hacia el interior del pequeño y desvencijado

apartamento, los dos juntos.

Pero Linus no apareció.

Y Billy T. lo haría ahora. Inmediatamente.

Se levantó con fingida determinación. Dejó la taza de café en la cocina. Se lavó las manos con mucho cuidado, sin saber muy bien por qué, y fue hacia el cuarto de Linus. La lamparita de la mesilla estaba encendida junto a la estrecha cama. Billy T. había sugerido la posibilidad de comprarle una de matrimonio, pero Linus era de la opinión de que apenas quedaría espacio en la habitación. La cama estaba hecha, las cortinas cerradas. Sobre el escritorio, un pupitre escolar que Billy T. había comprado en un mercadillo y reparado, había un estuche de lápices y un libro. Un manual de historia, dedujo Billy T. al echar un vistazo a la portada, o tal vez de ciencias sociales. Nunca se le habían dado bien ninguna de las dos. En realidad, lo único que indicaba que alguien vivía allí y que no era una habitación alquilada era la colección de minerales de Linus. La mayor parte estaba guardada en el interior de un arcón colocado en el rincón, junto al armario. Sobre la tapa se exhibían seis piedras semipreciosas especialmente bonitas.

La impresión que daba aquel cuarto era, sobre todo, de vacío. No solo estaba falta de espíritu por la ausencia de pertenencias personales, sino vacía. El chaval pasaba allí muchas horas, pero no se veía ni un plato usado o una taza de café. Ni una revista. Todo estaba limpio y ordenado. Billy T. nunca había visto a su hijo llevar la aspiradora o el cubo de fregar a su habitación, así que debía de hacer las tareas domésticas cuando su padre estaba trabajando. Sobre la mesilla había un ordenador portátil con la tapa cerrada. En la pequeña estantería, sobre el escritorio, se alineaban varios libros, todos ellos eran libros de texto. Junto a la mesa estaba la vieja cómoda de cuando Billy T. era un niño. Dudó unos instantes y abrió el primer cajón. Le costó un poco, la había hecho su abuelo paterno y nunca fue muy dócil.

Sorprendido, levantó el primer calzoncillo. Estaba recién planchado. Cuidadosamente doblado, descansaba sobre uno de los tres pulcros montoncitos de ropa interior. Billy T. no había visto un calzoncillo planchado en su vida, ni siquiera en la mili. Pasó los dedos con cuidado sobre las prendas, volvió a cerrar el cajón rebelde y abrió el siguiente. Un libro. Nada más. Era verde y llevaba el título enmarcado en dorado.

El Corán, simple y llanamente.

Billy T. notó que le temblaban las manos al levantarlo con mucho cuidado.

Lo abrió, y sus ojos se fijaron en la oración inicial:

¡En el nombre de Alá, el Compasivo, el Misericordioso!
Alabado sea Alá, Señor del Universo,
el Compasivo, el Misericordioso,
Dueño del Día del Juicio,
a Ti solo servimos y a Ti solo imploramos ayuda.
Dirígenos por la vía recta,
la vía de los que Tú has agraciado, no de los que han incurrido en la
ira, ni de los extraviados.

La oración estaba destacada en amarillo. Las dos últimas líneas estaban entre paréntesis y al lado había un grueso signo de exclamación.

Billy T. dejó caer el Corán y se echó a llorar. Hacía once años, tres meses y unos cuantos días de la última vez.

La paloma a la que Gunnar de Korsvoll llamaba Winnie-the-Pooh tenía más de once años. Era el hermano pequeño del fallecido Coronel. El hombre que transportaba a Winnie en una jaula entre las rocas, junto al mar, no entendía qué sentido podía tener ponerles nombres a los pájaros. En realidad no le gustaban los animales, así, en general, pero comprendía que los perros y los gatos podían aportar algo a la vida doméstica. Y había que llamarlos de alguna manera. También resultaba razonable poner nombre a los caballos, aunque vivieran por su cuenta, pero bautizar a ese montoncito de plumas como Winnie-the-Pooh era una de las cosas más idiotas de las que había tenido noticia.

Pero, claro, el hijo mayor de su hermana era bastante idiota, en el sentido literal de la palabra. El chico, o mejor dicho el hombre, puesto que pese a su escasa inteligencia no dejaba de ser un adulto, daba pena, claro. Estuvo a punto de morir siendo adolescente, cuando unos jóvenes, a los que por supuesto nunca detuvieron, le golpearon brutalmente para robarle. Unos malditos extranjeros, cómo no. A su pobre sobrino le había dado tiempo de darse cuenta de ello.

—Un instante eres consciente de todo —murmuró mientras observaba las rocas resbaladizas—, y al siguiente estás completamente ido.

Se detuvo.

Había llegado a su destino. Amanecía. El mar estaba sereno y el tiempo era tan gris que al frente se fundían el mar y el cielo, tras los ramilletes de islotes y rocas de Stauper.

El hombre se puso en cuclillas y abrió la jaula. Cogió al pájaro con mucho cuidado. Algo temeroso de que le picara, comprobó que el aro que sujetaba el minúsculo cilindro siguiera en su sitio en la pata de Winnie. Luego se incorporó, levantó los brazos hacia el cielo y dejó que el ave volara a casa, con el tonto.

—Idiota.

El joven policía se maldecía entre dientes.

—¡Idiota!

Henrik Holme se dio tres tortas en la mejilla derecha con la mano abierta y luego se golpeó la frente con el puño. Estaba indeciso frente a un bloque de pisos de ladrillo rojo del barrio de Frogner.

Había vuelto a ocurrir.

Cuando Oslo fue sacudida por una de las mayores tragedias de su historia, el 22 de julio de 2011, era un policía recién salido de la academia. Le mandaron a investigar lo que aparentemente era un accidente doméstico de un niño. El caso había resultado ser interesante y trágico pero, en aquel momento, la explosión en el centro de Oslo era el destino que todos anhelaban. Y ahora, poco más de tres años después, cuando la ciudad era víctima de otro ataque terrorista, Henrik Holme volvía a estar en fuera de juego y debía funcionar como una especie de enlace entre la comisaria de la policía y una señora de la que había oído contar rumores inauditos. Y que no tenía ni la más mínima relación con los dramáticos sucesos acaecidos unas pocas manzanas más allá.

Podría haber protestado, haberse negado, pero la comisaria le había elegido.

—Mierda —susurró mirando hacia el noroeste, donde aún, casi veinticuatro horas después de la explosión, creía ver una columna de humo.

Tomó una gran bocanada del húmedo aire de la mañana y acercó el índice al telefonillo en que ponía, sencillamente, «Wilhelmsen».

Aún dudaba. Era como si su dedo no quisiera obedecerle. Tal vez fuera la

sonrisa de Silje Sørensen la que le detenía. La recordaba demasiado bien. Cuatro días antes estaba en su despacho, ocupando la butaca de las visitas, cuando ella remató sus breves palabras diciendo:

—Hanne Wilhelmsen es un poco... exigente. Pero es muy, muy competente. No es una mujer cualquiera, no. Pero tú tampoco eres del montón, Henrik Holme, así que seguro que os entenderéis.

Y luego sonrió de manera un poco extraña, casi en contra de su voluntad, como si le hiciera gracia mandarle precisamente a él a tratar con esa loca y no quisiera, de ninguna manera, admitirlo.

Desde entonces no podía quitarse esa sonrisa de la cabeza.

Dejó que su dedo se posara sobre el timbre y lo dejó allí apoyado.

Hanne Wilhelmsen apretó el mando a distancia con el pulgar y buscó el canal público NRK. Era evidente que los periodistas y los entrevistados habían hecho cambio de guardia después de una larga noche de emisiones en directo. El nuevo presentador vestía un traje negro y dialogaba con tres hombres de vestimenta igualmente tétrica.

Llamaron a la puerta, pero ella no se inmutó. Cuando no esperaba visitas, que eran muy poco frecuentes, no abría la puerta.

«Para poner al día a los espectadores que acaban de incorporarse esta mañana a nuestra emisión —dijo el presentador—, ¿podría explicarnos brevemente qué es lo que diferencia la Verdadera Umma del Profeta de otros grupos islámicos noruegos? Hasta hoy no se les había mencionado en ninguna parte. ¿Se sabe algo, lo que sea, de esta organización?»

Volvieron a llamar al timbre.

Hanne cogió la taza de café y se bebió el último trago. Ya estaba enfriándose. Molesta, dejó la taza sobre la mesa y agarró su iPhone. Apretó la app del telefonillo y le echó un vistazo.

No le había visto antes. Era bastante joven, tenía el pelo rubio y lo llevaba muy corto, demasiado. Miraba fijamente al telefonillo y el ángulo hacía que su nariz pareciera enorme.

Hanne se percató de que era un policía de uniforme y, de pronto, cayó en la cuenta de que sí que esperaba a alguien. Se sintió invadida por el malestar habitual, ligeras náuseas y un repentino dolor en las muñecas. Sintió unos pinchazos tras los ojos y se quitó las gafas. Con la explosión del día anterior

y la inesperada visita de Billy T. había olvidado la cita por completo. Y la intranquilidad de la noche, con Ida muy alterada, no había contribuido a mejorar las cosas. Notó muy cerca las dentelladas de un ataque de pánico. Dos semanas atrás había dedicado tres días a prepararse para el reencuentro con su amiga Silje Sørensen. Y este era un tipo que no conocía de nada.

Imposible.

Hanne permaneció inmóvil, sin cambiar de postura, y contuvo la respiración intentando combatir el mareo.

—Vete —susurró cuando tuvo que tomar aire.

Miró la app. Seguía allí parado.

Del recibidor llegó otra vez el insistente sonido.

—Joder —dijo en voz alta, y se sorprendió al darse cuenta de que había apretado el botón que abría la puerta de abajo.

«Acabamos de recibir un comunicado del servicio de inteligencia —oyó que decían en la televisión—. El representante de la Verdadera Umma del Profeta, que ayer se atribuyó la autoría del atentado, acaba de ser identificado. Se nos informa de que el grado de alerta se ha incrementado tras la reunión mantenida esta mañana por la policía de Oslo, el servicio de inteligencia, el PST y la Dirección General de la Policía. Conectamos con...»

El policía debía de haber subido las escaleras corriendo, porque ya estaba llamando otra vez.

Llevaba mucho tiempo sin correr, correr de verdad, con zapatillas y chándal. Sin más objetivo que cansarse. Y no tardó mucho en conseguirlo. Billy T. apenas había llegado hasta la estación de autobuses de Lofthus y ya no podía más. Echándole buena voluntad podría decirse que había corrido un kilómetro. Le ardían los pulmones y tenía los muslos cargados de ácido láctico antes de empezar a subir la ligera cuesta que discurría paralela al césped. Había salido con la esperanza de aclararse las ideas, pero solo había obtenido un dolor intenso que irradiaba desde la nuca. Se detuvo por completo.

Linus no había vuelto a casa la noche anterior.

Después de registrar a fondo el cuarto de su hijo, Billy T. se había quedado sentado en una butaca del cuarto de estar, en penumbra, esperando. Se había tomado otras cuatro tazas de café sin leer ni ver la televisión. Se había

limitado a dejar pasar el tiempo.

Con la llegada de la luz del día al pequeño apartamento de Refstadsvingen, la decisión de aclarar las cosas de una vez por todas con Linus había palidecido. En las últimas semanas había evitado preguntar mucho al chico por lo que hacía, por respeto a su vida privada. Y porque cada vez tenía más miedo de saber cuál sería la respuesta verdadera. Durante la noche, cuando se dio cuenta de que Linus se había metido en algo que era mucho peor que cualquier cosa que Billy T. pudiera imaginar siquiera, comprendió que tendría que actuar.

Pero su hijo no regresó.

Eran algo más de las ocho de la mañana cuando Billy T. intentó hacer estiramientos apoyando el pie en un banco roto, después de una carrera de novecientos metros escasos. Cuando ya había decidido volverse andando a casa, y se sentía cada vez más ridículo enfundado en unas mallas demasiado ajustadas y una sudadera de Nike verde fosforescente, su mirada se cruzó con la de un corredor que venía en sentido contrario. Le resultaba familiar. Billy T. vio que era de mediana edad, un tipo grandote de complexión atlética.

El hombre redujo la velocidad. Se quedó mirándole unos instantes, medio desconcertado, y de pronto le dedicó una amplia sonrisa.

—Vaya, pero si es Billy T. ¡Cuánto tiempo!

Billy T. estrechó la mano que le tendía.

—¿Yngvar? ¡Vaya! Veo que te has puesto en forma de verdad.

—No me quedaba más remedio.

—Sí...

Billy T. le soltó la mano.

—Mi más sentido pésame —murmuró al recordar que el hombre había enviudado por segunda vez.

Miró con los ojos entornados hacia la colina de Grefsen, donde las nubes colgaban tan bajas que no podía verse la cima.

—Gracias —le dijo su colega de los primeros años noventa—. Ya ha pasado bastante tiempo.

—¿Te va...? —No tuvo tiempo de decir nada más.

—Sí —contestó el hombre—. Me va bastante bien. Tengo que ocuparme de la niña, ya sabes. Al menos yo tengo que seguir vivo. He empezado a entrenar, y esas cosas. Voy corriendo hasta el trabajo, aunque me pilla lejillos.

—Vaya —asintió Billy T.

Quería marcharse, pero si se daba la vuelta para volver a casa, como había sido su intención, tendría que ir en compañía de su excolega, que, evidentemente, estaba en mucho mejor forma que él.

Optó por preguntarle:

—¿Sigues en la policía judicial?

El hombre negó con la cabeza y se secó el sudor de la frente con la manga.

—Me harté de tanta mierda —dijo con firmeza—. El 22 de julio, la muerte de mi mujer y... Era suficiente. ¿Tú también lo has dejado? Creo recordar que alguien me comentó que estás en una empresa de seguridad.

—Sí. Es un trabajo cómodo, bien pagado y con pocos marrones. ¿Y tú?

—Estoy en la comisaría de Stovner —dijo señalando hacia el norte—. Coordino un proyecto de prevención entre los jóvenes de origen inmigrante.

—¿Qué bien! —dijo Billy T. intentando de nuevo distinguir la cima de la colina de Grefsen.

Tragó saliva con tanta fuerza que él mismo pudo oír el sonido que produjo.

—Es interesante, de verdad —prosiguió el otro—. Una cosa es prevenir la delincuencia tradicional, pero ahora también debemos tener en mente la radicalización de los jóvenes musulmanes. No es menos relevante después de lo que ocurrió ayer. Incluso chicos noruegos, aparentemente bien integrados, se convierten de pronto y en pocos meses...

—Entiendo. Claro. Que te vaya bien. Me alegro de haberte visto.

Billy T. dio unos saltos sin moverse del sitio y movió la cabeza de un lado a otro, como si se estuviera preparando para una carrera rápida.

—Pero oye... —Yngvar puso la mano sobre el hombro de Billy T.—. ¿Te apetecería dar una charla un día? Tú eres uno de esos tipos que los chicos admiran. ¿Recuerdas...?

Se interrumpió. Dos patrullas de la policía subían por la calle Årrund. Sin sirenas, bastante despacio. Cuando llegaron a la barrera que impedía el paso a todos los vehículos que no fueran autobuses, el primer vehículo se desvió sin acelerar hacia la plaza de Mons Søvik y se detuvo. El otro coche aparcó justo detrás.

Las dos patrullas encendieron la luz azul de la sirena.

Yngvar hizo una mueca de desagrado y cogió la botella de agua que llevaba sujeta a la espalda con una correa.

Abrieron las puertas del coche más cercano y bajaron dos agentes de

uniforme, uno mucho mayor que el otro. Yngvar empezó a caminar hacia ellos. Billy T. se quedó parado. La visión de la botella de agua le había producido una sed insoportable.

El policía no prestó atención al exagente de la policía judicial. Siguió hacia delante con gesto inexpresivo y se detuvo a un metro de Billy T.

—Debes acompañarnos —dijo en voz baja—. Ahora mismo. Lo siento, lo siento de veras, Billy T.

—Perdona que haya tardado en abrirte —dijo Hanne Wilhelmsen al entornar la puerta—. Llevas los galones al revés.

—¿Qué?

La nuez de Henrik Holme subía y bajaba como si estuviera a punto de desprenderse. Confuso, intentó mirarse los hombros, pero le dolieron los ojos y el cuello.

—¿Al revés?

—Olvídalo. Supongo que eres Henrik Holme.

—Sí.

Levantó una mano pálida y sudada, pero se sintió desconcertado por la silla de ruedas y la retiró de golpe.

—Pasa —dijo ella impulsándose hacia el salón—, y cierra la puerta.

Henrik Holme no sabía qué hacer. Se miró fijamente los pies. Iba en contra del reglamento llevar el uniforme descalzo. Pero tenía delante una gran estantería para dejar el calzado y el imponente suelo de tonos claros parecía nuevo.

—¿Vienes?

Su voz parecía llegar de muy lejos.

—Sí —dijo él en voz alta—. Es solo que...

—Descálzate aunque vayas de uniforme. Los suelos son nuevos y no pienso chivarme.

Henrik Holme respiró aliviado y desató los cordones con cuidado antes de liberar sus pies. Limpió una mancha del tacón izquierdo con el pulgar y dejó los dos zapatos bien colocados en el estante con los cordones estirados hacia delante en paralelo. Los cuatro medían exactamente lo mismo. Colgó la chaqueta del uniforme de una percha en el ropero. Luego cogió el gran archivador que había traído de la comisaría y entró en el salón con toda la

decisión que le permitieron sus pies descalzos.

—Qué bonito es esto —dijo muy serio.

—Un momento, por favor.

Henrik nunca había visto un televisor tan grande salvo en una tienda. Debía de medir al menos setenta pulgadas. Incluso la barra de sonido era más larga que el viejo televisor de tubo que había heredado de su abuela y que era tan grande y aparatoso que casi no dejaba espacio para nada más en su estudio.

—¿Noticias? —dijo, y volvió a sonrojarse.

Los dos presentadores que hablaban a la cámara y el logo del programa hacían que la pregunta resultara innecesaria.

La delgada mujer de la silla de ruedas ni siquiera se molestó en contestar.

En la pantalla pasaron la conexión a una rueda de prensa. Henrik reconoció al instante a los protagonistas sentados tras una estrecha mesa en una estancia repleta de periodistas y fotógrafos.

La comisaria Silje Sørensen parecía muy menuda, casi perdida, pensó Henrik al verla colocada entre el director de los servicios de inteligencia, un tipo robusto de cabello y barba roja, y la directora de la policía, Caroline Bae. La directora Bae pesaría más de cien kilos, pero como medía casi un metro noventa y además era lo que la madre de Henrik llamaba «guapa de cara», parecía más una impresionante amazona que gorda.

La comisaria de la policía de Oslo era bajita y menuda. Hasta que empezó a hablar.

«En esta ocasión seremos bastante breves —dijo en voz tan alta e investida de autoridad que un técnico de sonido alargó el brazo a la velocidad del rayo para alejar el micrófono—. Tenemos prevista una sesión más larga por la tarde. Nuestro objetivo principal en estos momentos es hacer un breve resumen de tres aspectos. Quiero, ya desde el primer momento, hacerles saber que la policía conoce la identidad del hombre que ayer por la noche envió un vídeo a la TV2 en el que asumía la autoría del atentado en nombre de la, hasta ahora, desconocida organización la Verdadera Umma del Profeta. Pero no haremos público su nombre todavía. Les puedo asegurar...»

La cartera que contenía la documentación pesaba mucho. Henrik volvió a observar el suelo recién barnizado. La cartera podía haberse ensuciado en el maletero del coche patrulla que le había acercado desde la comisaría a Frogner. Así que en lugar de dejarla en el suelo se la cambió de la mano

derecha a la izquierda.

«... que la investigación será exhaustiva, y en ella...»

Hanne Wilhelmsen todavía no le había invitado a sentarse.

Henrik estaba molesto consigo mismo por haber dejado que la silla de ruedas le desconcertara. Sabía bien que ella estaba inválida. El tiroteo que casi le había costado la vida y provocó su retirada total del servicio, era parte de la mitología que todos los miembros de la policía de Oslo debían conocer. La silla era pequeña y ligera, con grandes ruedas oblicuas. Se sorprendió al darse cuenta de que le recordaba a las que había visto usar en el deporte para discapacitados. Corrían rumores de que casi nunca salía a la calle, pero aquel salón era lo bastante grande para jugar un partido de baloncesto. O más.

La verdad es que era bastante guapa, aunque fuera vieja. Tendría por lo menos cincuenta. Tan mayor como su madre, tal vez más, aunque su cabello aún no estaba del todo gris.

Tenía los hombros muy estrechos.

Permanecía inmóvil.

Henrik intentó retener todo el aire que pudo en los pulmones porque tenía hipo. Tal vez pudiera ir al baño a beber agua.

«... y no se trata de un explosivo casero. Al contrario. No estamos ante una bomba de grandes dimensiones que hayan transportado en un vehículo.»

Silje Sørensen seguía teniendo la palabra en la conferencia de prensa.

«Hasta este momento las investigaciones indican que estamos ante una bomba compacta y profesional, montada en el edificio antes de la explosión. No podemos revelar más información al respecto en esta fase para no interferir con la labor policial.»

Sus declaraciones fueron seguidas por un jaleo tremendo. A pesar de las claras indicaciones de la comisaria en el sentido de que se mantuvieran en silencio hasta que los tres comparecientes hubieran terminado, fue sometida a un bombardeo de preguntas en varios idiomas.

Hanne Wilhelmsen apagó el televisor.

—¿Quieres agua? —le preguntó sin mirarle.

—Sí, gracias.

—Los vasos están en el armario de encima del fregadero. Hay un dispensador de hielo y agua.

Señaló a su espalda con un índice largo y delgado.

—¿Sabes lo que me parece extraño? —preguntó mientras volvía a cambiar

el maletín de mano.

—No. ¿Te importa traerme un vaso a mí también?

—Que esa panda... —hipó— tenga capacidad para fabricar una bomba profesional.

—¿Qué panda?

—La Verdadera Umma del Profeta, ¿no?

Hanne Wilhelmsen se encogió de hombros y se deslizó hacia la mesa del comedor.

—Sabemos tan poco que no podemos pronunciarlos sobre sus posibles capacidades —dijo con indiferencia—. ¿Traes el agua?

Henrik notó que volvía a sonrojarse. Con la mano que tenía libre se tocó tres veces la aleta nasal derecha con un movimiento rápido y ligero. Como no sabía dónde dejar el maletín cargó con él en la dirección que ella le había indicado.

—Ya me ocupo yo del agua —dijo ella—. Deja la cartera ahí, anda. Y siéntate.

Se dio la vuelta, sin mirarle todavía, y a Henrik le pareció ver que sonreía cuando posó la mano sobre una gran mesa de comedor junto a la ventana.

—Eh... claro, sí.

Hasta ese momento no se había dado cuenta de que el ventanal estaba rajado en diagonal. La explosión, claro, en línea recta estaban a unos pocos cientos de metros. Colocó el maletín con mucho cuidado en un extremo de la mesa. Y como ella le había indicado, tomó asiento.

—Verás —empezó él cuando ella volvió poco después con dos vasos de agua entre las piernas—, si se trata de una bomba compacta solo podemos estar ante dos opciones. Puedes colocar detonadores repartidos con cargas de explosión rápida o puedes utilizar una bomba que se activa al entrar en contacto con la atmósfera y...

—Aquí tienes —le interrumpió ella, y puso uno de los vasos de agua sobre la mesa.

—Con tapa —murmuró esforzándose en quitarla—. Qué... práctico... para alguien que de alguna manera usa una silla de ruedas —hipó.

—No uso esta silla de ruedas «de alguna manera», y no me explico por qué no podrían haber mandado estos archivos por mensajería.

—Bueno... Se supone que te voy a poner al día y a lo mejor servirte de apoyo si...

—Tú mismo. Ponme al día, venga.

Apartó una silla de la mesa y se colocó frente a él.

—¿Por qué sabes tanto de explosivos?

—Sé mucho de bastantes cosas.

Una vez más sintió que el sofoco ascendía por su cuello, sabía que sería a ronchas y de un tono bastante oscuro. Abrió el maletín y sacó con prisa un grueso montón de papeles metidos en una funda verde.

—Una desaparición —aclaró—, de 1996.

Reprimió el hipo.

Hanne Wilhelmsen observó el voluminoso archivo unos instantes. Después de un rato lo agarró con las dos manos y se lo acercó a la nariz.

—¿Lo hueles? —se le escapó a él.

Ella no respondió. Tenía los ojos cerrados. Estaba nada menos que olisqueando ese viejo caso. Como no era la documentación original sino una copia reciente, no podía oler a nada. De pronto, de manera totalmente inesperada, golpeó la mesa con el grueso fajo de papeles. Un estallido que a él le hizo dar un bote tremendo. La silla retrocedió con fuerza y estuvo a punto de caerse.

—¿Qué...? ¿Qué haces? —balbuceó cuando recuperó el equilibrio.

—Chsss...

—Pero...

—Chsss...

Cerró la boca. Le zumbaban los oídos, un molesto acúfeno que siempre le asaltaba cuando estaba estresado.

—¿Ves? —dijo ella por fin—. Se te ha pasado el hipo.

Había hecho aparecer un ordenador portátil como por arte de magia. Henrik no pudo resistirse a pasar los dedos por debajo de la mesa para ver si había un cajón. No encontró nada. No pudo ver qué escribía, pero después de unos segundos apartó el portátil con la pantalla abierta hacia ella.

—Una desaparición —dijo con voz inexpresiva, y empezó a pasar páginas.

—Sí. Una chica, Karina Knoph, tenía diecisiete años cuando desapareció volviendo del instituto a casa.

—Por la tarde, entonces.

—Sí, hacía primero de bachillerato en el instituto de Foss. Está en Grunnerløkka.

Ella le miró por encima de los cristales de sus gafas. Su mirada no era

despreciativa, pero sí lo bastante irónica para que su maldita nuez se descontrolara de nuevo. Volvió a tocarse tres veces la aleta de la nariz a toda velocidad y escondió las manos debajo de las piernas.

—Ya lo sabes, claro. Era un poco... —se humedeció los labios— rara, un poco artística, creo.

—¿Por qué crees eso?

—Bueno... hay una foto en el expediente. Llevaba el pelo teñido de azul.

Hanne se concentró en los informes. Dedicaba un buen rato a algunos y pasaba otros con prisa. Marcaba páginas con pósits amarillos que habían aparecido también como por arte de magia. Pensó que tal vez tuviera una especie de bolsa debajo del asiento de la silla de ruedas, y tuvo que contenerse para no agacharse a mirar.

De vez en cuando Hanne levantaba la vista de los papeles y comprobaba la pantalla del ordenador. Él estaba deseando poder verla.

—¿Sabes qué? —dijo ella de pronto quitándose las gafas y reclinándose en su silla—. Recuerdo este caso.

—¿Ah, sí?

—Nunca tuve que ver con él, pero causó bastante revuelo, de eso me acuerdo. Siempre pasa cuando se trata de chicas que desaparecen.

—Al menos si son noruegas de nacimiento —se le escapó, y añadió una disculpa apresurada.

—No hay nada que perdonar. Es una observación bastante acertada. ¿Has estudiado el caso?

Él asintió con la cabeza y tragó saliva.

—¿Y qué te parece?

Ella había cruzado los brazos sobre el pecho. Le miró con los ojos entornados y gesto escéptico, como un examinador ante un estudiante nervioso.

—¿Parecer? Bueno, no...

—Sí.

Henrik liberó las manos de la presión de sus muslos y empezó a tamborilear con los diez dedos sobre la mesa.

—Se torció desde el primer día —dijo deprisa—. Por alguna razón la policía se empeñó en que el padre tenía algo que ver con su desaparición.

Ella asintió de manera casi imperceptible. Ya no tenía los ojos entornados y le miraba sin más. Fijamente. A él le resultó imposible apartar la mirada y

se fijó por primera vez en sus ojos. Eran de un azul claro intenso. Dos canicas rebosantes de agua del fiordo. Un aro negrísimo rodeaba el iris e impedía que el agua se desbordara. Parecía que le hubieran hecho Photoshop.

—No se llevaban muy bien —prosiguió—. El padre era entrenador de fútbol de primera división y por eso se habían mudado muchas veces. Cuando Hanne empezó en el instituto de Foss deberían haberse cambiado de casa otra vez. Su padre había conseguido trabajo como entrenador en Sandefjord. Ella se negó, había empezado a tocar en un grupo y tenían alguna que otra actuación contratada. Además...

Se inclinó hacia delante para coger los papeles y se detuvo de golpe.

—¿Puedo?

—¡Claro!

—Aquí está —dijo con más entusiasmo, y cogió una foto en tamaño A-4—. No parece una chica muy deportista, ¿verdad?

Hanne echó una mirada a la foto de una joven con el pelo azul recogido en dos trenzas altas, con un piercing en la aleta derecha de la nariz y demasiado pintada.

—Cyan —dijo ella.

Henrik sonrió por primera vez desde que había llegado.

—Sí, se parece. Pero Nemi no se transformó en un personaje de dibujos animados hasta 1997. Creo que Cyan hizo su aparición aún más tarde.

Sus dedos volvieron a tamborilear sobre la mesa.

—No hagas eso —dijo ella—. ¿Qué más has pensado?

—El conflicto que mantenía con su padre fue el centro de atención desde el principio. En realidad, la policía no hizo gran cosa. Al menos no en un primer momento, quiero decir. Su madre se había empezado a preocupar la misma tarde, pero como Karina y su padre habían tenido una bronca descomunal por la mañana, no denunciaron su desaparición hasta las nueve de la noche.

Deslizó las manos bajo los muslos y tragó saliva.

—El caso es que como la chica tenía diecisiete años pasaron un par de días antes de que pusieran en marcha la investigación. Y el padre entrenador debió de causarles muy mala impresión a nuestros colegas porque tengo la sensación de que pusieron el foco en él y allí lo dejaron.

—Mal hecho.

—Sí.

—Pasa con frecuencia.

—Sí.

Asintió entusiasmado con la cabeza y se estiró para coger otros documentos.

—¡Mierda! —dijo ella de pronto, y se inclinó hacia el portátil.

—¿Qué pasa? —preguntó él sin obtener respuesta.

Durante más de un minuto Hanne se dedicó a leer. Movía el ratón y seguía leyendo. Henrik estuvo tentado de levantarse, dar la vuelta a la mesa y colocarse a su espalda para ver qué había en la pantalla, pero no se atrevió. Optó por quedarse sentado y dejar que su mirada inspeccionara la gran estancia mientras se obligaba a reprimir el impulso de sacar las manos y tamborilear sobre la mesa.

—Debes irte —dijo ella de pronto.

—Pero si no hemos acabado con...

—Lo siento. Esto es más importante.

—Pero si ni siquiera hemos...

Miró el maletín que contenía tres casos fríos más que no habían tocado y después el dossier que tenían sobre la mesa.

—Han arrestado a un policía en relación con la bomba de ayer —dijo ella.

—¿Un... policía?

—Sí, o, mejor dicho, un expolicía. Un expolicía al que yo conozco.

—¿Ya han publicado el nombre? Pues sí que...

—No. Pero le describen. Lo que hacía en la policía y su trabajo de ahora. Varios años en la patrulla de seguridad ciudadana, después investigador en la brigada criminal. También informan de su edad. No hay un alma que trabajara en la policía en los años noventa que no sepa de inmediato a quién le cuadra esa descripción.

Respiró profundamente y dejó escapar el aire muy despacio.

—Y ahora debes irte.

Cerró la tapa del portátil con un chasquido y se apartó de la mesa.

—Deja los informes —dijo en voz tan baja que casi no la oyó. Luego levantó algo el tono y añadió—: Ya conoces el camino.

Billy T. se sentía atrapado en una de sus pesadillas recurrentes en las que daba vueltas en un laberinto cada vez más estrecho sin encontrar la salida. La detective que tenía delante debía de ser bastante nueva en Oslo. Tendría más

de cuarenta años, pero Billy T. nunca la había visto. De vez en cuando cerraba los ojos con fuerza para poder abrirlos de golpe con la esperanza de que todo fuera un sueño. Tras sus párpados bailaban puntos rojos. Tenía la boca seca y no conseguía aplacar la sed por muchas veces que se sirviera agua de la gran jarra que la detective Havenes había puesto sobre la mesa.

—Darth Vader —repitió por quinta vez en media hora—. Así que el fallecido tenía un juguete debajo de la chaqueta.

Billy T. sacudió la cabeza, desesperado.

—No era un juguete. Ya he dicho que era una figura de coleccionista.

—Será lo mismo, ¿no?

—No.

—Vale, pues no.

La mujer ladeó la cabeza, le observó con los párpados entornados y se pasó despacio la punta de la lengua por los labios en los que ya casi no quedaban rastros de carmín.

—¿Por eso la robaste? ¿Porque una figura de coleccionista es mucho más valiosa que un juguete?

Billy T. se reclinó en la silla. La lengua parecía agrandarse dentro de su boca. Imaginó que chupaba un caramelo para obligarse a salivar.

—No lo robé —dijo con voz monótona—. Podemos estar aquí sentados hasta mañana, puedes hacerme las mismas preguntas una y otra vez. Cambiarlas un poco cada vez, agotarme, hacer que me contradiga. Pronto se acabará el agua y te tomarás tu tiempo antes de conseguirme más.

Elevó una plegaria silenciosa pidiendo parecer más seguro de sí mismo de lo que estaba.

—En ningún caso sacarás nada en limpio: no robé nada.

Una sonrisa imposible de interpretar se insinuó en el rostro de la mujer. Tal vez tuviera un perverso sentido del humor y disfrutara viéndole sudar embutido en un chándal acrílico.

—Eso dices —dijo con un vago acento de Ålesund o esa zona—, pero el agente Gundersen no afirma lo mismo. Por el contrario, afirma que te vio parado en el cruce entre la calle Gabel y el bulevar Bygdøy, con un Darth Vader en la mano junto a un BMW que, para la ocasión, estaba decorado con el cadáver de un musulmán. Uno de los musulmanes que murieron ayer, si me permites la precisión. Tantos que resulta de gran importancia saber con exactitud qué ocurrió en la zona. Total precisión. ¿Qué ocurrió?

—Como ya he dicho...

Billy T. resistió la tentación de volver a vaciar el vaso de un trago. Se llevó la mano al cuello y se dio un masaje bajo el omóplato izquierdo.

—Estaba en la zona por casualidad. Acababa de visitar a una antigua amiga, Hanne Wilhelmsen.

Incluso en esta ocasión, al mencionar su nombre por cuarta vez, le pareció que la inspectora se ponía tensa. La mujer iba a decir algo, pero Billy T. elevó la voz y continuó:

—Es jodidamente fácil comprobarlo. ¡Llámala! Llámala y pregunta si estaba con ella ayer por la mañana cuando se produjo la explosión. Una de sus ventanas se rajó por la mitad, ya lo he dicho varias veces. Por si fuera poco acaban de darle un trabajo como asesora de la casa, o algo así. Tiene que resultar muy fácil comprobarlo.

No apartaba la mirada de sus ojos.

«Tan parecido a la verdad como sea posible.»

«Miente sin apartarte de la verdad.»

Oía la voz de su padre, su padre que había salido y entrado de su vida según le convenía. Que le había enseñado tanto de la vida al límite de la ley que era un milagro que Billy T. hubiera acabado en la policía y no al otro lado.

—Al oír la explosión Hanne dijo que debería acercarme corriendo a ver si podía ayudar en algo.

—Una propuesta bastante tonta —dijo Havenes.

—Estoy de acuerdo. Pero en ese momento pareció una buena idea.

—¿Y luego?

Suspiró con fuerza, tomó aire y empezó a hablar a un ritmo trepidante.

—Fui corriendo hacia el bulevar Bygdøy. Vi a un hombre joven, moreno y de aspecto claramente musulmán que caminaba hacia mí. Como para entonces, gracias a los mensajes de Twitter que había leído en casa de Hanne, ya sabía que se trataba de una gran explosión, quise alejarle de allí.

—Porque era musulmán —dijo ella mirándole con indisimulado escepticismo.

—Sí.

—¿O es que le conocías?

Esa pregunta era nueva. Billy T. levantó el vaso con toda la tranquilidad de la que fue capaz, se bebió el resto del agua y observó el vaso mientras lo

hacía girar entre sus dedos.

—No.

Clavó la mirada en la detective Havenes.

—¿No? Pero Gundersen afirma que sabías su nombre.

—El tipo acababa de decírmelo.

—¿En los pocos segundos que os llevó cruzar el bulevar Bygdøy? ¿Poco después de una explosión tremenda, con el caos que había en la zona, ya habíais tenido tiempo de presentaros?

—Sí. Se llamaba Shazad Beheshdi.

Ella entornó los ojos.

—¿Pues sí que se te dan bien los nombres extranjeros!

—Se me da bien recordar cualquier nombre. Es una cualidad importante para un policía.

—Cosa que ya no eres.

—No. Pero tengo, como seguro que sabes... —Billy T. se inclinó hacia delante y apoyó el puño al otro lado de la mesa sobre una fina carpeta cerrada —, seis hijos. Cinco de ellos son chicos. Todos ellos crecieron en alguna parte del barrio de Groruddalen. Es la zona de Noruega con una mayor concentración de inmigrantes, cosa que seguro que también sabías. Todos ellos han jugado al fútbol. Han ido a la guardería y al colegio. El más pequeño solo tiene siete años y vive en Veitvet. —Se echó hacia atrás y se colocó las manos en la nuca—. Así que puede decirse que estoy acostumbrado a lo que tú consideras nombres exóticos.

Los cercos de sudor de sus axilas eran tan grandes que seguramente se juntaban por la espalda. En su fuero interno les dio las gracias a todos los dioses en los que no creía por que le hubieran detenido mientras corría. Si no, el fuerte olor que desprendía su cuerpo habría sido un indicio inequívoco de estrés.

—Darth Vader —repitió ella por enésima vez.

Esta vez no se molestó en contestar. Había que reconocer que era persistente. Pero eso era todo. Había cometido un error propio de una aficionada cuando empezó a interrogarle: le dejó ver su desprecio. No sabía si fue provocado por su enorme figura, porque iba mal vestido y olía a sudor, o por su fama de haber sido un policía que incumplía sistemáticamente las normas. Era probable que fuera por las dos cosas. Pero debería haber ocultado lo que sentía, haberle sonreído, haberle tratado con más amabilidad.

Haberle ofrecido un refresco y algo de comer, como él solía hacer.

—Aficionada.

—¿Qué?

—Te he llamado aficionada.

—Lo he oído. También he tomado nota de que afirmas haber dejado la estatuilla sobre el capó del coche, junto al cadáver.

Hablaba despacio, con voz monótona, como si estuviera leyendo en voz alta algo que en realidad no le interesaba.

—Y a pesar de que el agente Gundersen te había pedido que ayudaras al agente Krogvold, te marchaste. Fuiste hasta la calle Frogner, toma el tranvía hasta el Teatro Nacional, el metro hasta Sinsen y te fuiste a casa, a... —por primera vez tuvo necesidad de echar una mirada a sus anotaciones— Refstadsvingen —concluyó.

Él asintió.

—En ese caso solo me restan dos preguntas.

Billy T. sintió que un escalofrío recorría su espina dorsal. Intentó disimularlo volviendo a coger el vaso vacío. La jarra también estaba vacía, la detective se había servido el agua que quedaba, así que volvió a dejarlo con prisa sobre la mesa y se inclinó hacia delante apoyándose en los codos.

—¿Que son...?

—Debo empezar por decirte que me hace gracia que la gente de la comisaría no sepa tu apellido.

—Soy Billy T. Con eso basta.

—Todos tus hijos llevan el apellido de sus respectivas madres, así que por ahí tampoco sale.

—¿Ibas a hacerme una pregunta?

Le ignoró por completo. Ni le miró, tenía la vista fija en algún lugar por encima de su cabeza, como si hubiera alguien de pie detrás de él.

—Pero todo el mundo tiene un apellido. Tú también. Tenías un padre, se llamaba Thorvald, de ahí la T. de Billy T., por cierto.

Él intentó no moverse. Dejó caer su peso sobre los antebrazos y la observó fijamente aunque ella no le devolviera la mirada.

—Descubrirlo no requiere grandes dotes investigadoras. Tienes una oficina de pasaportes tres pisos más abajo.

—Lo primero que me gustaría saber —dijo ella sin darse por aludida— es si alguna vez has estado en las oficinas del ISAN.

—¿Yo? No.

—¿Nunca?

—No.

—¿Has estado en el cruce entre las calles Fritzner y Gimle Terrasse?

Billy T. notó un sabor amargo y salado al pasar la lengua por una gota de sudor que caía por el pliegue que iba de la nariz a la comisura de los labios.

—Seguro —dijo con indiferencia—. Hay pocos lugares de esta ciudad en los que no haya estado. Pero no en fecha reciente, si es eso lo que quieres saber.

—Eso es lo que quiero decir. Y estás seguro.

—¡Sí!

Dio un golpe ligero sobre la mesa con la mano derecha.

—En ese caso —dijo ella con voz tranquila introduciendo la mano en un pequeño archivador—, tienes algo que explicar. Es que... ¿sabes? No habían pasado ni nueve horas desde el atentado y encontramos esto en las oficinas del ISAN. Está algo deteriorado, como podrás ver, pero... —sostuvo el puño cerrado sobre la mesa— no es extraño si tenemos en cuenta por lo que ha pasado.

Giró la mano y la abrió.

Billy T. lo reconoció al instante. Era un viejo reloj de pulsera de oro de la marca Omega. El cristal estaba roto y el segundero partido en dos. El reloj se había parado.

—¿Quieres verlo por detrás? —le preguntó con una sonrisa.

Él no respondió. Se había adentrado tanto en el laberinto que este se había cerrado a su alrededor, por completo. Una caja de acero cuyas paredes se acercaban cada vez más. La boca le sabía intensamente a sangre.

La detective Anita Havenes sonrió aún más.

—Está grabado. Por detrás pone «Thorvald B. Fastlyng». Este reloj era de tu padre. Murió hace años y no parece muy improbable suponer que tú lo heredaste, sobre todo porque con posterioridad se grabó otro nombre.

Un largo dedo índice, con la uña pintada de un rojo intenso algo descascarillado, señaló con precisión la segunda inscripción.

—Aquí pone «Billy T.». Este reloj es tuyo. Y si nunca has puesto un pie en las oficinas del ISAN, ¿cómo es posible que tu reloj apareciera allí ayer, destrozado por un atentado terrorista? Y esa, Billy T., es la última pregunta que quiero que me respondas.

—¡Contesta, Hammo!

Ida Wilhelmsen balanceaba las piernas sentada en un taburete. Sobre la gran isla central de la cocina había desparramado sus libros, sin que pareciera estarse concentrando mucho en los deberes.

—¡Responde, porfa! —insistió.

La cocina estaba dividida en dos secciones. La mayor parte estaba dispuesta a una altura estándar. Pero junto a una de las paredes cortas del rectángulo, de unos cuatro metros de largo, había instalada una cocina completa con las encimeras rebajadas, una pila y electrodomésticos al alcance de un usuario de silla de ruedas. Hanne rompió un huevo contra el borde de un bol y miró por encima del hombro.

—¿A qué?

—¿Por qué nadie sale a manifestarse con rosas? Mamá y yo fuimos a una marcha con rosas la otra vez. Había por lo menos un millón de personas.

—No creo que fueran tantas.

—Sí. Y estuvimos en la catedral. Y me dejó comprar un osito de peluche y una flor. Y toda la clase hizo dibujos que nos plastificaron y dejamos en la puerta. Ocupamos casi toda la calle, ¿sabes? Le pregunté a Albert si no íbamos a hacer dibujos esta vez, pero me dijo que no había dónde dejarlos. ¿Por qué no, Hammo?

—¿Le pongo cebolla a tu tortilla?

—Sí, gracias. Pero ¿por qué no hay manifestación con rosas y flores frente a la catedral?

—Esta vez la mayor parte de los fallecidos son musulmanes. Supongo que sería lógico elegir un lugar que no fuera precisamente la catedral.

—En Utøya también había bastantes musulmanes.

—Es verdad. ¿Tomate?

—Sí, gracias.

La niña de diez años se bajó del taburete y cogió una manzana de un frutero de cristal.

—En la calle es todo distinto, Hammo.

—¿Qué quieres decir?

—Diferente a aquel verano.

—¿Sí?

—La otra vez todo el mundo se volvió bueno de pronto. Se portaban bien los unos con los otros, ¿no? Mamá dijo que todo el mundo dejó de comportarse como noruegos. Se hablaban en el autobús y daban un montón de dinero a los que pedían limosna, y eso. A mamá, cuando volvíamos de la manifestación de las rosas, le dieron besos personas que no conocíamos de nada.

—Solo tenías siete años, mi vida. ¿De verdad que te acuerdas tan bien?

—Tenía ocho años y lo recuerdo todo. Fue tristísimo, pero a la vez muy bonito. Todos los besos que le dieron a mamá. Entonces no lo entendí, pero ahora creo que fue por lo morena que es. Porque a Voldemort no le gustaban las personas de piel oscura.

—¿Voldemort? No te comas esa manzana ahora, por favor. Mejor la dejas para el postre.

—Albert dice que no mencionemos el nombre del malvado, que es una manera de honrarle si lo hacemos, o algo así.

—Menuda chorrada. Utiliza su nombre. Se llama Anders Bhering Breivik.

—Lo sé, claro.

Hanne echó los huevos batidos y el relleno en la sartén.

—Pero ¿qué quieres decir con que las cosas son diferentes en la calle? —preguntó esparciendo queso rallado sobre la tortilla.

Ida tomó asiento en el ancho y profundo alféizar de la ventana de la cocina que daba al patio trasero y se apoyó en el cristal. Juguetó con el móvil y, de repente, lo dejó para cruzar los brazos sobre su torso menudo.

—Casi es como si no hubiera ocurrido nada —dijo despacio—. Nadie parece estar especialmente triste, ¿no? En la tele sí, pero no en la calle. La gente no se da besos, la gente parece más... como enfadada. Yo creí que a lo mejor nos daban el día libre en el cole, o que por lo menos hablaríamos un buen rato de lo ocurrido y todo eso. Pero fue un momento y... ¡zas! Ya estábamos dando clase de naturales. Eso es hacer trampa.

Hanne sonrió y se apartó el flequillo de los ojos.

—Son casi las dos, Ida. Si quieres que te dé tiempo a ir a montar a caballo tendrás que hacer los deberes mientras comes. Hoy te lleva la madre de Lerke. Y me parece que no deberías pensar tanto en esa explosión. Ya has perdido una noche de sueño, no quiero que se repita hoy.

Ida no contestó. Se quedó quieta, sentada a contraluz; detrás de ella un indeciso sol de primavera había desistido de su intento de abrirse camino

entre las nubes bajas. Llevaba el pelo suelto, y cuando dobló la pierna para apoyarse en la ventana y enlazó las manos por delante de la rodilla, Hanne pensó una vez más en cuánto se parecía a su madre. Los mismos gestos, la misma boca levemente torcida al sonreír por un colmillo que había crecido a su aire en la encía superior.

Ida era la viva imagen de su madre, pero en versión pálida. Sus ojos eran castaños, no negros como los de Nefis. Su piel era clara, aunque carecía de la palidez invernal de Hanne y del tono oliváceo de su madre. Ida era el ser más hermoso e importante que Hanne hubiera amado nunca y, afortunadamente, cada vez se acordaba con menos frecuencia de que no había querido que naciera.

—¿Por qué mamá y tú no queréis que sea musulmana? —dijo Ida de pronto.

Hanne levantó la tapa de la sartén y echó un vistazo a su interior.

—Ya hemos hablado de eso muchas veces, cariño. No se trata de que queramos o no. Solo preferimos que tengas edad para elegir tu propia identidad antes de condicionarte demasiado.

—No, no lo hemos hablado, solo lo menciono yo. Nunca me contestáis bien. Mamá es musulmana pero lleva tu apellido y no puedo entender que...

—Ida.

Hanne se dio cuenta de que había empleado un tono demasiado agudo e intentó rebajarlo con otra sonrisa.

—Mamá no es... —Se interrumpió y se tocó la frente despacio para ganar tiempo—. ¿Quién es musulmán? —preguntó en tono retórico—. La persona que cree en el mensaje del Corán, y ese no es el caso de mamá. Ella es atea.

—Pero ¿por qué celebramos el Eid al-Fitr si no creemos en él?

—Por la misma razón por la que celebramos la Navidad aunque no seamos cristianas. Es una cuestión cultural, y la herencia cultural de mamá es el islam.

La niña de diez años se puso de pie de un salto.

—Si tú no crees en Dios y mamá no cree en Alá, ¿cómo voy a poder elegir una de las dos religiones cuando sea mayor?

—Esperemos que llegues a la misma conclusión que tus madres. Siéntate, la comida está lista.

—¿Sabes lo que creo?

—Se acabó. Come y haz los deberes. Dentro de una hora tienes que estar

lista para ir a montar.

Hanne depositó un plato en su regazo y se acercó a la isla en la silla de ruedas. Hizo mucho ruido al dejarlo sobre la mesa.

—Me parece que mamá y tú sois unas cobardes —dijo Ida en voz baja—. Creo que queréis que sea lo más noruega posible para que yo no...

—Eres noruega, Ida. Completamente noruega. Déjalo, ¿vale? Come.

—Y además creo que el ambiente de la calle es tan diferente esta vez porque a la gente no le gustan mucho los musulmanes. Porque los muertos eran musulmanes asesinados por musulmanes. No les importa, o por lo menos no tanto como la vez anterior. Pero, claro, es imposible que tú sepas algo de eso, si nunca vas a ninguna parte.

Tomó aire con fuerza y contuvo la respiración unos segundos.

—Perdona.

—Puedes pedir disculpas por el tono, pero no por el contenido —dijo Hanne—. Tienes razón. Siempre estoy aquí. Deja el móvil y siéntate a la mesa.

—¿Y tú puedes dejar el tuyo? ¿Podemos charlar?

—Haz los deberes. Ahora mismo.

Hanne cogió su móvil en el mismo instante en que este emitió un pitido. Un SMS. No reconoció el número y lo abrió tras dudar un rato.

«Hanne, me han estado interrogando toda la mañana. Me relacionan con el atentado. Es absurdo. Un último intento: ¿podemos hablar? Sobre lo que te comenté ayer. Es urgente. Billy T.»

Hanne leyó el mensaje tres veces. La inquietud que sentía desde aquella mañana resultaba incómoda. Cuando Henrik Holme se había marchado tuvo una necesidad imperiosa de hacer algo. Como no solía hacer otra cosa que leer y mantenerse informada a través de internet, era extraño. Para ser sincera, casi le daba miedo. Había considerado la posibilidad de llamar a Silje Sørensen, pero la descartó al darse cuenta de que la comisaria no podría contar nada. Por unos instantes se planteó ir a Grønlandsleiret en persona, pero no fue capaz de decidirse. Era difícil concretar qué pretendía conseguir presentándose allí.

Extrañada, se dio cuenta de que se iba poniendo cada vez más nerviosa según transcurría la mañana, sin llegar a entender del todo de qué tenía miedo. Por supuesto que Billy T. no tenía nada que ver con el atentado terrorista. Era evidente que se trataba de un malentendido. Parecía que la

policía de Oslo había llegado a la misma conclusión, puesto que hacia la una le dejaron en libertad con obligación de presentarse en comisaría una vez a la semana. Pero resultaba más desconcertante imaginarse a Billy T. arrestado que volver a verle por primera vez desde las navidades de 2002.

Era Ida quien había estado alterada la noche anterior, no Hanne. Había dedicado la mañana a seguir la actualidad en redes sociales y prensa online. En los últimos años había obtenido acceso a mucha información a través de cuentas anónimas y poco llamativas en internet. No era ninguna novedad para ella observar el mundo a través de la red desde su exilio autoimpuesto. Lo que había cambiado ahora era su interés por una sola noticia, por informarse sobre lo que en un primer momento fue tratado como un arresto y luego como una toma de declaración «de interés para la investigación del atentado terrorista», como lo explicaba el diario *Aftenposten* hacia las doce. Hanne solo fue capaz de volver a concentrarse cuando Ida volvió del colegio. Su vida tal y como era, como ella había querido que fuera, como tenía que ser.

Le daba una calma que ahora estaba a punto de perder.

«Ven», respondió.

Luego, para no arrepentirse, dejó el teléfono y se volvió hacia su hija y se quedó mirando cómo comía sin decir palabra.

El hombre conocido como Zapatones, pero que había sido soldado y se llamaba Lars Johan Austad, estaba muerto de hambre. Hasta hacía poco había podido colarse de vez en cuando en algún local de comida rápida y hamburguesas de la ciudad para robar los restos de la basura. Era increíble lo que la gente tiraba. Con suerte, encontraba paquetes solo a medio comer de patatas fritas. A veces había dado con cajas enteras, sin abrir, de hamburguesas, sobre todo en la Estación Sur de trenes de Oslo. A lo mejor los compradores se habían dado cuenta de pronto de que perdían el tren, o a lo mejor habían comprado dos y no podían con la segunda. El caso es que las papeleras, siempre llenísimas, eran una auténtica cueva de tesoros.

Pero alguien debía de haberse quejado. Seguro que él no era el único que conocía aquella fuente tan accesible de buenas comidas. Alguien se habría sentido incómodo comiendo mientras los pobres revolvían en la basura porque, de repente, seis meses atrás, le resultó imposible entrar en ningún restaurante de las cadenas de comida rápida. Era evidente que las dos grandes

habían tomado una decisión: si tenías pinta de vivir en la calle no eras bienvenido. Y Zapatones tenía, sin duda, aspecto de ser un sintecho. Pero en ocasiones lo intentaba a pesar de todo. Si había mucha cola, a veces le daba tiempo a entrar todo lo deprisa que sus castigados pies le permitían y coger lo primero que pillaba en las papeleras. A ciegas. De ese modo hacía bastantes viajes en vano. A veces salía sin haber conseguido más que un papel manchado de kétchup y mostaza. Pero merecía la pena intentarlo. Estaba muerto de hambre. A estas horas el Burger King de la calle principal, Karl Johan, solía estar lleno de gente. Zapatones estaba en la esquina del Café Cathedral, al otro lado de la calle, bajo las ramas aún desnudas de los árboles que se verían rodeados de mesas y sillas en cuanto la primavera se hiciera más cálida y empezaran a servir en las terrazas. Tenía a la vista la entrada del Burger King y la boca se le hacía agua con la idea de lo que tal vez le esperaba. No había probado bocado desde el día anterior. Haría un solo intento y luego lo dejaría.

Si fracasaba, se arrastraría hasta el Lugar de Encuentro, donde las misiones de la Iglesia vendían comida en buenas condiciones por muy poco dinero. Lo malo era que tendría que reunir quince coronas que no tenía. Podía recoger cascacos vacíos y cambiarlos por efectivo, pero le llevaría tiempo.

Una voz se le acercó por detrás.

—No te gires —dijo en tono grave.

Zapatones sintió que se le erizaba la piel. Un manto helador le cubrió y sus músculos se petrificaron. No era algo que le pasara con frecuencia, quedaban muy pocas cosas que pudieran asustarle. Cuando el miedo se fue apoderando de todo su ser hasta provocar que le mandaran de vuelta a casa tres meses antes de terminar su destino en las fuerzas de la OTAN en Kosovo, todavía tenía algo que perder. Ahora ya no le quedaba nada. No es que la muerte fuera su amiga, pero al menos eran viejos conocidos que se encontraban de vez en cuando.

Por eso la angustia que le invadió le cogió desprevenido y se orinó encima. No se giró y dedicó sus esfuerzos a controlar sus esfínteres.

—Abre los ojos.

Zapatones ni siquiera era consciente de haberlos cerrado.

La boca del desconocido estaba pegada a su oreja y Zapatones intentó concentrarse. Había sido soldado, un soldado destinado en unidades especiales.

Detrás de él había un hombre, casi de su misma estatura. Tal vez un poco más alto, no parecía que tuviera que estirarse para hablarle al oído. Hacía mucho que Zapatones había perdido el sentido del olfato, no sería capaz de reconocer nada por la respiración casi imperceptible que acariciaba su mejilla a breves intervalos.

—Mira hacia abajo.

Zapatones hizo lo que le pedían.

Una mano, un brazo. La mano estaba enguantada y, en su interior, apenas visible, se atisbaba un billete de mil coronas. Y otra mano que sujetaba un paquetito, no mucho más grande que una carta.

—Te ganarás mil coronas por entregar este paquete en la TV2 —dijo la voz—. En esta misma calle. ¿Sabes dónde está?

Zapatones asintió. Tenía la mirada clavada en el billete de mil.

Un par de días de comida y heroína. Dinero de sobra.

—Cógelo —dijo el hombre.

Casi le abrazó, metiendo sus brazos bajo los de Zapatones.

—No mires atrás. Sube tranquilamente por la calle Karl Johan. Te estaré observando. ¿Vale? Estoy pendiente.

—Vale —murmuró Zapatones sujetando con fuerza el dinero y el paquetito.

—Ahora —dijo la voz dando un paso atrás.

Zapatones se subió la sucia capucha hasta tapar la gorra e hizo lo que le pedían.

Mil coronas, pensó. Mil jodidas coronas por caminar cien metros.

Era su día de suerte.

Había tenido un día horrible.

Eran las cuatro de la tarde y la única buena noticia de la jornada había sido que los servicios de inteligencia habían identificado a la persona que aparecía en el vídeo de la noche anterior. Ya hacía bastante de eso y no había sido ninguna hazaña, el chico se llamaba Abdalá Hasán y era el mejor amigo de Mohamed Awad. Abdalá también tenía el honor de ser titular de un breve dossier en el gran archivo de los servicios de inteligencia. La gente de Nydalen ya sospechaba de Mohamed tras visionar las grabaciones del 7-Eleven y de la iglesia americana, y no les había llevado más de tres horas la

noche anterior desvelar quién se escondía detrás de la bufanda mientras soltaba una diatriba cargada de odio contra los infieles en general y Noruega en particular. El chico había sido fácil de reconocer, entre otras cosas por una cicatriz en forma de V que lucía en la frente y que no había tenido el buen juicio de esconder.

Desde la perspectiva de Silje Sørensen, Abdalá Hasán presentaba dos problemas evidentes. El primero era que parecía haber desaparecido de la faz de la tierra varios días antes del atentado de Frogner. Y el segundo era que su verdadero nombre era Jørgen Fjellstad.

El joven era el resultado de que una joven estudiante noruega volviera de su estancia en el extranjero a finales de los años ochenta con algo más que el diploma de un *high school*. Seis meses más tarde dio a luz a un hijo. Para sorpresa y susto de sus abuelos, el niño pronto tuvo la piel casi tan oscura como el delantero del equipo de fútbol americano del Monroe High School.

Jørgen resultó ser un prometedor deportista de niño, hasta que una grave fractura en la pierna puso punto final a su carrera y con ella se fueron al garete sus notas del colegio. Le había dado tiempo a acumular algunos antecedentes por delitos menores antes de convertirse al islam dos años antes. Una fe cada vez más intensa.

Silje Sørensen observaba desanimada el gran montón de papeles de la bandeja de su escritorio. La mañana anterior, cuando había estallado la bomba, ya tenía trabajo acumulado y sabía que, ahora, le llevaría días, tal vez semanas, hasta que pudiera ocuparse de las obligaciones habituales de la comisaria jefe de la policía de Oslo.

Se levantó y se acercó a la ventana.

Su nuevo puesto le había proporcionado, aunque solo fuera eso, mejores vistas. La noche anterior se había preguntado si se arrepentía de haber solicitado el puesto que todos daban por descontado que sería suyo en cuanto presentara la candidatura. Tuvo que esperar bastante para conocer la respuesta. Silje Sørensen estaba de vacaciones en Bahamas cuando estalló la bomba el 22 de julio de 2011. A primera hora de la mañana, después de un excelente desayuno en el bar de la playa, recibió una llamada de Noruega. Era de Inger Johanne Vik, la experta en psicología criminal que les había ayudado en innumerables ocasiones hasta que murió en un trágico accidente apenas dos semanas después del atentado de Utøya. Inger Johanne estaba desesperada porque no conseguía contactar con la policía en relación con la

muerte de un bebé en lo que aparentemente era un accidente doméstico. Silje Sørensen consiguió ponerla en contacto con un abogado de la policía que no estaba de vacaciones. Después volvió al hotel para seguir las noticias de Noruega en la red.

Fueron cuarenta y ocho horas horribles. Pero ella no estaba de servicio.

En esta ocasión ella era la responsable de la ciudad. Había deseado el puesto. Se miró las manos. Temblaban ligeramente y estaban tan húmedas que las agitó para que el sudor se evaporara.

Llamaron a la puerta. Respiró hondo e intentó controlarse. La ceñida camisa del uniforme la hacía sentirse incómoda y se propuso cambiarse antes del próximo encuentro con el director del servicio de inteligencia, el PST.

—Adelante —dijo girándose hacia la puerta.

El secretario, como siempre vestido de manera impecable, tenía las mejillas enrojecidas.

—Hemos recibido otro vídeo —dijo con voz contrita, como si fuera culpa suya—. Es de la Auténtica Umma del Profeta. Amenazan con otra explosión.

El paisaje parecía el escenario de una lejana detonación.

El hombre había partido de Åneby por la mañana. En un par de meses cumpliría los setenta, pero nadie lo diría. Ya había recorrido quince kilómetros y aún le quedaba un trecho antes de acampar para pasar la noche. Había dado un rodeo pasando por el norte de Ørfiske y apenas se había concedido una breve pausa para comer algo en Tømte. Aún quedaba algo de nieve en la ladera norte y en algunos de los senderos más angostos, pero la mayor parte del recorrido no presentaba complicaciones para el caminante. Tenía todo el tiempo del mundo. Se había desviado por un desfiladero más angosto hacia Brenna, de camino a Øyungen, donde pensaba detenerse para probar suerte pescando al anochecer.

Apenas había gente por la zona. Los fines de semana se mantenía alejado del sur de la sierra de Nordmarka, había tanta gente que se veía obligado a caminar en fila. Por el contrario, en un día encapotado entre semana como aquel podían recorrer kilómetros y kilómetros los dos. Él y su perro. Pelle también se estaba haciendo viejo, como su amo, pero, al igual que él, estaba en muy buena forma. Iba suelto, como siempre, hubiera o no obligación de llevarlo atado. El hombre sintió necesidad de ir al baño. Cagar, sencilla y

llanamente. Aunque hacía más de media hora que no se cruzaban con nadie, se apartó del sendero para resguardarse detrás de unos árboles. El paisaje acababa de abrirse sobre una cantera de piedra que tendría que cruzar y que resultó ser bastante intransitable cuando intentó pasar por la parte más estrecha.

Pelle no quiso seguirle. Se había parado en pleno pedregal con las patas rígidas mirando con avidez entre dos bloques de piedra.

—Por ahí no, Pelle. Vamos.

El hombre empleó un tono severo. A los cuatro años el perro se había roto la pata delantera izquierda en un pedregal similar.

Por una vez, Pelle no hizo caso a su amo. El hombre ya no oía tan bien como antes, pero juraría que de la garganta de Pelle surgía un gruñido profundo.

—¡Venga, vamos! —ordenó el hombre de nuevo.

Tenía prisa por hacer sus necesidades y estaba cerca de un pinar que le escondería del sendero.

No obtuvo reacción alguna.

Pensó que era demasiado pronto para que hubiera víboras. Todavía se daban temperaturas bajo cero, incluso de día, sobre todo en el bosque. Pero era cierto que podían hibernar en pedregales como aquel, tal vez Pelle estuviera gruñendo a un nido de víboras. Si le mordían, probablemente sería el fin. Tenía once años y, aunque el hombre estaba en buena forma, no llegaría muy lejos con un perro cazador de alces adulto en brazos.

Recorrió las grandes rocas todo lo deprisa que pudo.

—Ven aquí, bruto.

Estaba enfadado y asustado y estuvo a punto de caerse varias veces. Por fin llegó a la altura del perro, que seguía emitiendo un profundo gruñido.

—Venga, Pelle.

El hombre enganchó la correa, aliviado por volver a tener al perro bajo control sin que le hubiera pasado nada. Pelle había apartado la hojarasca entre las rocas. Las agujas de los pinos y viejas hojas caducas. El hombre las empujó con el pie para no resbalar.

Fue entonces cuando vio el cadáver.

No era capaz de entender qué estaba viendo.

Se sentó despacio sobre la gran roca que tenía al lado. Su corazón se aceleró y se sintió mareado. Tiró del perro y lo cogió del collar, por si acaso.

—Tranquilo, Pelle —susurró mientras cogía el móvil con la mano que tenía libre.

No había cobertura.

—Vamos, Pelle. Tranquilo, Pelle. Buen chico.

La razón por la que le zumbaban los oídos y se le nublaba la vista no era la presencia de una persona muerta allá abajo, entre las rocas. Estaba acostumbrado a los cadáveres, había trabajado en una funeraria hasta su jubilación. Tampoco el olor. Ya había estado expuesto al hedor de animales muertos. No olía peor que el cadáver de alce del que había comido Pelle el otoño anterior. Hubo que lavarlo tres veces con champú antes de que pudiera entrar en casa. El hombre calculó que el cadáver podía llevar allí unos tres días, y el tiempo frío no había acelerado su descomposición.

La razón por la que el hombre entrado en años temblaba y ya no tenía ganas de ir de vientre no era que hubiera encontrado un hombre muerto. Lo estremecedor era que el cadáver estaba descuartizado.

Encima, con la cara hacia arriba, estaba la cabeza. Una cabeza oscura. De un negro, pensó el viejo mientras intentaba reunir fuerzas para caminar hasta un lugar con cobertura. Había un hombre negro entre las enormes rocas. Descuartizado.

La colección de minerales era lo único que le daba a la habitación un toque personal. Sobre un arcón había algunos muy hermosos, entre ellos reconoció un topacio.

Hanne Wilhelmsen no había visitado muchos cuartos de adolescentes en su vida. Su hermano, con quien no había hablado desde unos días antes de que le dispararan, era bastante mayor que ella y nunca la dejó pasar al suyo cuando era niña. En su juventud fue una chica solitaria, hasta que conoció a Cecilie en el instituto y la amó hasta que murió muchos años después. Había intimado con muy pocas personas, y habían sido solo niños y prostitutas entradas en años, además de Nefis, la mujer que la había rescatado de un dolor tan profundo que había buscado refugio en un convento italiano para dejarse morir.

La idea que Hanne Wilhelmsen tenía de los hombres era sobre todo teórica. Había tenido poquísimo trato con hombres jóvenes y adolescentes y casi siempre por cuestiones de trabajo. Eso sí, había visto muchísimos en

películas.

Esto no parecía el cuarto de un muchacho.

Ni de lejos, salvo que sufriera de un sentido del orden neurótico y fobia a las bacterias.

En cierta medida no podía decirse que un hombre de veintidós años fuera un chaval, pero por otro lado era un estudiante de bachillerato que vivía con su padre. La habitación debería haber tenido otro aspecto.

No le apetecía empujar su silla hacia el interior de la habitación. Estaba en la puerta y no se explicaba por qué había cedido a la absurda propuesta de Billy T. de que viera la habitación de Linus para convencerse de que algo iba mal.

Hacía cuatro semanas de la última vez que Hanne había salido del apartamento de la calle Kruse. Ida iba a participar en su primera competición de saltos a caballo. Nefis fue implacable y acabó por amenazar a Hanne con mudarse y llevarse a la niña con ella si Hanne no iba a verla. Las dos sabían que no lo haría, pero ayudó a que Hanne entendiera la importancia que le daba a su exigencia de que fuera a Stovner para ver a una niña de diez años dando vueltas sobre un viejo poni de Shetland durante cuatro minutos escasos.

Un motivo muy pobre para salir de casa.

Y esto era igual.

Solo se dejó convencer cuando supo de quién era el reloj de pulsera que la policía había encontrado. Billy T. le dijo que se lo había regalado a Linus en un ataque de complicidad, una noche en la que habían jugado a un videojuego y mantenido algo parecido a una conversación. Habían acordado grabar también el nombre de Linus, pero nunca llegaron a hacerlo.

Afortunadamente.

Billy T. le había dicho a la policía que le habían robado el reloj. No le creyeron. Acabó por insistir en que llamaran a su compañía de seguros, que, en efecto, pudo confirmar que Billy Thorvald Fastlyng había percibido una bonita suma tras sufrir un robo en el trastero del sótano por la pérdida, entre otras cosas, de un reloj de oro.

Había sido un regalo de su padre con motivo de su confirmación, supo Hanne. Pero la policía no llegó a saberlo.

Se vieron obligados a dejar a Billy T. en libertad.

—¿Es Linus el único que vive aquí contigo? —preguntó Hanne intentando

controlarla angustia de estar tan lejos de casa.

—Sí. ¿Por qué lo preguntas?

—¿Este apartamento es de dos dormitorios?

—Sí.

—Uno para ti, el salón y este cuarto.

—Sí —confirmó Billy T. mirándola con gesto impaciente—. ¿Adónde quieres ir a parar?

—Tienes seis hijos. Al menos dos de ellos no son adultos aún. ¿Dónde se quedan cuando vienen a verte?

Juraría que Billy T. se había puesto colorado. Esbozó una media sonrisa y se acercó a la ventana.

—Bueno, es que no tenemos... —empezó a hablar dándole la espalda—, no tenemos un acuerdo fijo. Cuando veo a Jenny y a Niclas vamos a... Bueno, hacemos cosas por ahí, ¿no? Vamos al parque de atracciones y cosas así.

—¿Nunca pasan aquí la noche?

—Claro que sí. Duermen en el sofá.

Hanne movió la cabeza pero él no se dio cuenta. Ella se impulsó hasta el armario y lo abrió. En un lado había pantalones y jerséis cuidadosamente doblados. En una cesta estaban los calcetines, y en la otra mitad del armario colgaban dos trajes y bastantes camisas. Por lo demás, el armario solo contenía un uniforme de la banda musical juvenil de Sinsen.

—¿Linus toca en una banda de música?

—Creo que ya no.

Billy T. titubeó unos instantes y prosiguió:

—Antes sí. Creo que tocaba el trombón. Sí. Trombón. Como puedes ver tiene todas sus cosas muy bien ordenadas. He mirado en todos los cajones y solo contienen ropa bien planchada, incluso los calzoncillos. Y en la cómoda tiene la maquinilla de afeitar y esas cosas. Nada más.

—Ese ordenador... —dijo Hanne señalando la mesilla con un movimiento de cabeza—. ¿Está bloqueado?

—Pues... es que no he intentado entrar. No me parecía que...

Se calló al ver que Hanne se deslizaba hacia la cama, cogía el portátil, lo abría y lo encendía y luego lo ponía sobre la cama y tecleaba.

—Hum... No tiene contraseña.

Durante unos segundos permanecieron en silencio.

—Vaya —exclamó Hanne ensimismada—. No está conectado a ninguna red.

—¿Cómo?

—Que este ordenador tiene un hueco de aire, un *air gap*.

—¿Y eso qué significa?

—Que Linus no quiere estar en la red. Mira... —Señaló la pantalla—. ¡Ni siquiera tiene instalado un explorador!

—Pero ¿qué sentido tiene un ordenador si no se conecta a la red? En ese caso... ¿no funciona solo como una máquina de escribir?

—No, puedes programarlo y utilizar una unidad USB.

—Pero ¿por qué?

Los dedos de Hanne volaban sobre el teclado.

—Seguridad —murmuró—. Los ordenadores con hueco de aire pueden estar totalmente aislados de la red, como resulta evidente en este caso, o conectados a una red privada que no tiene conexión alguna con internet. Los utilizan organizaciones en las que el secreto es de vital importancia. Los militares, la industria, gobiernos. Para evitar ataques. Hacking, virus, filtraciones.

—Pero ¿por qué iba a preocuparle a Linus algo así?

Ella no contestó. Durante unos minutos sus dedos siguieron tecleando en busca de los secretos del ordenador. Lo apagó, lo cerró y volvió a dejarlo sobre la mesilla de noche.

—No tengo ni idea —respondió por fin—. Todo lo que he visto tenía que ver con sus estudios. No hay rastro de conexiones a la red. Claro que puede haber tenido un navegador y después haberlo desinstalado y borrado cualquier rastro de sus movimientos. Un experto podría verlo, sin duda, pero yo no sé hacerlo. ¿Nos lo podríamos llevar?

—No —dijo Billy T. enseguida. Estaba en la puerta y parecía arrepentirse de haber registrado la habitación y querer salir de allí cuanto antes—. No creo que deba hacerlo. Todavía no. ¿Por qué tienes tanta idea de informática?

Hanne levantó la mirada y le observó por encima de las gafas.

—Veo el mundo a través de internet, Billy T. No es que sepa mucho, pero sí lo suficiente como para pasar la mayor parte de las horas del día ahí metida.

Dejó que su mirada recorriera la habitación una vez más.

—Tu truco ha funcionado.

—¿Qué quieres decir?

—Hubo un tiempo en el que siempre sabías lo que quería decir.

Él dudó unos instantes, esbozó una débil sonrisa y dijo:

—Hice bien en obligarte a venir aquí. Estás de acuerdo conmigo. Algo va mal con Linus.

—Bueno. Tanto como mal... Es verdad que la habitación es muy impersonal. Pero no hemos mencionado lo más llamativo. ¿Te importa levantar el colchón?

—¿El colchón?

Irritada, señaló la cama.

—Si quieres que esta colaboración nuestra funcione vas a tener que quitarte esa costumbre de contestar a una pregunta con otra. Quiero saber si Linus esconde algo.

Billy T. obedeció y retiró la ropa de cama. Levantó el colchón con cuidado.

El somier era de lamas de madera sujetas por dos anchas tiras de tela. No había nada más. Billy T. esperó a que Hanne le hiciera una señal, volvió a dejar el colchón en su sitio e hizo la cama de nuevo.

—Esto es lo más extraño de todo.

—¿Qué?

—Linus es un hombre en su etapa más viril. ¿Tiene novia?

—Que yo sepa, no.

—Teniendo en cuenta cómo era su padre —dijo mirándole de arriba abajo y con una sonrisa bailándole en los ojos—, y que es un joven sano con sus instintos y necesidades... —respiró profundamente—, no hay ni rastro de pornografía —dijo mientras soltaba el aire—. No está conectado a internet, no tiene películas ni revistas. Nada. Dijiste que habías revisado todos sus cajones. Sé que estoy especulando, Billy T., y por eso te lo pregunto a ti por si acaso: si todo fuera normal, ¿no debería haber pornografía aquí?

—Bueno —dijo él en voz baja—. Tal vez. No, sí, tendría que tener algo.

—¿Sabe dónde guardas el porno?

—No —respondió de manera casi inaudible—. No que yo sepa.

—En ese caso —dijo descansando las manos en el regazo— quisiera saber qué piensas que le ha ocurrido. Tengo mis sospechas, y entiendo que quisieras que viera esta habitación antes de contármelo. Ahora quiero oírlo de tus labios: ¿en qué crees que anda metido?

Billy T. se quedó observándola unos segundos, como si no se atreviera a contestar. Después dio tres pasos para llegar hasta la cómoda y abrió el cajón de arriba con cierta dificultad.

—Además de lo que ya te he comentado, tiene esto. —Cogió el Corán y se lo dio—. Mira al principio del todo, la que se conoce como oración inicial.

Hanne abrió el libro y leyó. Pareció que leía la corta plegaria varias veces.

—Esto —dijo por fin dando unos golpecitos a la cubierta del libro verde con inscripciones doradas que acababa de cerrar—, sumado al hallazgo del reloj de Linus en el lugar del atentado de ayer. Además está este cuarto ascético, ordenado. Te entiendo muy bien.

—Sabía que lo harías.

—Crees que se ha convertido. Temes que, de alguna manera, esté implicado en la explosión de ayer.

Hanne se sintió más desconcertada al ver los ojos húmedos de Billy T. de lo que hubiera esperado. Nunca lo había visto llorar. Ni siquiera mostrar inseguridad alguna. Ahora se pasaba las manos despacio por la cabeza, desde la nuca hasta la frente, hasta taparse los ojos. Asintió con voz casi inaudible:

—Sí. Eso es lo que me tiene acojonado. Y tengo más indicios, Hanne, hay más. Anoche, poco después de las dos, Linus salió a escondidas. Le seguí. Él no me vio.

Hanne sintió un calor incómodo. A Billy T. le temblaba el labio inferior. Tragó saliva e hizo un esfuerzo por controlarse. No era capaz de emitir más que frases cortas. Los brazos le colgaban a lo largo del cuerpo y de vez en cuando abría mucho los ojos para que no los desbordaran las lágrimas.

Hanne pensó que aquello no era, ni mucho menos, lo que habían acordado. Ni de lejos. Se había dejado convencer para echarle una mano a un viejo amigo un par de horas. Para intercambiar ideas con él cuando hubiera visto un dormitorio de un bloque de pisos en un barrio de la ciudad al que no iba nunca. Había creído que sus muros defensivos ya eran lo bastante altos. El día anterior, cuando Billy T. había aparecido de repente en la puerta de su casa queriendo pasar, había notado una liberadora falta de sentimientos. Tan solo sus ojos habían abierto una mínima grieta en el bastión que le había costado once años, tres meses y algunos días construir para protegerse de personas como Billy T. Y se cerró en cuanto él salió por la puerta.

Esto no era lo que habían acordado.

—Contrólate —le dijo en voz baja pero severa.

Él enderezó la espalda, carraspeó y siguió hablando:

—No fue muy lejos. Solo cruzó la calle Trondheim. Y luego anduvo unos centenares de metros por una urbanización de bloques de viviendas. La calle Rødberg. Pude seguirle hasta el final. Vi a quién iba a visitar.

Con un movimiento repentino se secó la nariz con la manga del jersey.

Hanne pensó que parecía un niño disgustado.

—¿Y de quién se trataba? —preguntó tajante.

—Andreas Kielland Olsen.

—¿Y?

—Un amigo de la infancia de Linus.

—Vale.

—Pero ya no son amigos. O al menos... eso era lo que yo creía. Es que Andreas se ha cambiado el nombre. Ahora se llama Arfan. Se convirtió al islam hace tres años. Así que si te soy sincero, Hanne... —Inspiró profundamente y echó los hombros hacia atrás con tanta fuerza que Hanne oyó cómo crujían—. La suma de todos estos indicios me desespera. No puedo pensar otra cosa que...

—¿Qué coño...?

Hanne y Billy T. miraron hacia la puerta que se había abierto de golpe. No habían oído que alguien entraba en el piso.

—¿Se puede saber qué demonios hacéis aquí?

Linus dio un paso hacia el interior de la habitación y se quedó parado con los brazos ligeramente abiertos, como si quisiera impedir que escaparan. Como ninguno contestó dirigió una mirada escéptica a su padre.

—¿Papá? Pero si tú siempre dices que hay que respetar... —Su mirada se detuvo sobre la silla de ruedas—. ¿Y quién coño es...? ¿Hanne? ¿Eres tú, Hanne? ¿Qué hacéis aquí dentro y por qué...?

El joven cruzó la habitación en dos zancadas y agarró el Corán que todavía estaba en el regazo de Hanne.

Ella le reconoció sin dudar. Un hombre guapo, de rasgos armónicos y grandes ojos azules. Los rizos de un rubio rojizo de su infancia habían dado paso a un corte estricto. Ya no llevaba gafas. Supuso que las había sustituido por lentillas. Aunque Linus no era tan alto como su padre sí había heredado sus espaldas anchas y sus grandes manos.

—Creemos que te has convertido. Al islam —dijo Hanne con voz serena—. Tu padre está preocupado, muy preocupado. Me ha pedido mi opinión y

por eso estamos aquí.

—¿Musulmán? ¿Musulmán? —Agitó el Corán ante la cara de Billy T.—. Esto es para un trabajo del instituto, papá. Deberes. ¿Te enteras? ¡Y ahora vais a hacer el favor de largaros de aquí!

Era lo bastante joven para que su voz terminara haciendo un gallo. Billy T. levantó las palmas de las manos en gesto conciliador y se dirigió al pasillo. Hanne fue tras él en silencio.

—¡Mierda! —gritó Linus a sus espaldas antes de cerrar de un portazo—. ¡Que no me he convertido, joder!

«Los conversos son un caso aparte —dijo el catedrático Iftikhar Siddiqui respirando profundamente—. En realidad no sabemos lo suficiente como para sacar conclusiones. Creemos que habrá unos mil repartidos por todo el país, pero no hay estudios suficientes que nos ayuden a estimar las probabilidades de que se radicalicen.»

La comisaria Silje Sørensen seguía las noticias de la televisión pública NRK sin mucha atención. Tenía una jaqueca atroz y cogió un blíster de paracetamol del cajón del escritorio. Sacó primero dos comprimidos y luego un tercero y se tragó las pastillas de sabor amargo con ayuda de medio vaso de agua.

—La NRK hace buenos programas en momentos de crisis —murmuró Håkon Sand—. ¿Te importa subir un poco el sonido?

—Un noruego converso —dijo Silje, desanimada, y escondió la cara entre las manos—. Como si no tuviéramos bastante con los que nacieron musulmanes.

—Bueno, no era noruego... del todo, ¿no? Medio norteamericano y de piel bastante oscura.

—Por Dios, Håkon.

Silje puso los ojos en blanco y volvió a llenar el vaso de agua con una jarra con mucho hielo.

—El chico se llama Jørgen Fjellstad y es de Lørenskog.

—Se «llamaba» y «era». Por lo que sé del estado de su cadáver, estaba más que muerto.

Silje echó una mirada al reloj de la pared. Las nueve y media. Se había permitido un par de cabezadas de media hora en el sofá. Por lo demás,

llevaba día y medio sin dormir.

—¿La identificación es concluyente?

—Oficialmente, no. Pero no hay duda alguna de que es él. Parece que el hombre mayor que le encontró era un tipo duro de verdad. Esperó a unos kilómetros del lugar del hallazgo, donde tenía cobertura en el móvil, y acompañó a los agentes de vuelta al lugar para indicarles exactamente dónde había visto el cuerpo. —Metió las manos en los bolsillos en busca de la cajita de tabaco de mascar—. Eso quiere decir que los vídeos —prosiguió mientras utilizaba los dedos índice y pulgar de las dos manos para dar forma al tabaco —, tanto el de ayer como el de hoy, tuvieron que grabarse antes de la explosión en las oficinas del ISAN. Y también significa que... —Se calló al ver que la comisaria levantaba las manos.

—Hay una reunión del grupo a cargo de la investigación dentro de media hora. Lo hablaremos entonces. Necesito un respiro, Håkon.

Se reclinó en su silla y cerró los ojos.

La amenaza de un nuevo atentado con bomba había elevado el nivel de alerta aún más. Se había establecido una moratoria temporal para poder portar armas. Todos los permisos se habían cancelado y las vacaciones habían sido aplazadas. Incluso unas cuantas mujeres y dos hombres que estaban de baja parental se habían presentado voluntarios. El gran edificio ovalado de la calle Grønlandsleiret 44 no había contado con la presencia de tantos de sus funcionarios desde que se construyó a mediados de los años setenta.

La policía también era visible en las calles. Todas las patrullas caninas estaban de servicio. Dieciséis de los dieciocho caballos de las cuadras de Akershus estaban ensillados y de servicio. Los otros dos tenían lesiones menores y los dejaron descansar. La comisaria también había tomado la medida extraordinaria de convocar a agentes recién jubilados para redoblar sus esfuerzos en la calle. La visibilidad era su consigna.

Visibilidad, vigilancia y la búsqueda de un yonqui que vestía sudadera gris y una gorra de béisbol.

Las cámaras de vigilancia de la TV2 no les habían proporcionado más información que la que ya les había dado la recepcionista. Un hombre que llevaba la ropa sucia y arrastraba los pies había dejado un paquete sobre el mostrador sin decir ni una palabra y había desaparecido por la calle Karl Johan.

De aspecto descuidado, había explicado la empleada de TV2. Maloliente.

Creía recordar que tenía barba. O tal vez no. Era un hombre blanco, eso era seguro. La barba podía ser rojiza. O no. Quizá más bien rubia, si es que tenía barba. La verdad es que no estaba segura del todo.

Por desgracia, la cámara estaba mal orientada. Habían hecho limpieza general en la recepción un par de días antes y alguien había golpeado la cámara sin darse cuenta. El hombre y el pequeño paquete no habían sido captados más que unos instantes en el momento de entrar por la puerta. No había manera de obtener una descripción más allá de la que les había proporcionado la recepcionista.

La amenaza de un nuevo atentado terrorista era real, pero tan vaga que había resultado imposible tomar medidas concretas más allá del nivel general de alerta. Silje fue convocada por el gabinete de crisis del gobierno en cuanto se conoció la noticia. Era la tercera vez en día y medio. Abundaron las propuestas para tomar medidas extraordinarias que protegieran a la población. El Ministerio de Justicia llegó a sugerir que debían cancelarse todos los actos públicos. Clausurar los cines, los eventos deportivos, las reuniones políticas o las misas. Silje tuvo que esforzarse para convencer a los muy preocupados ministros de que esas medidas solo crearían un espejismo de seguridad. Mientras no tuvieran más que una vaga amenaza de que la ira de Alá volvería a caer sobre los infieles, era mejor dejar al criterio de los ciudadanos cómo querían reaccionar ante la situación.

Y los ciudadanos estaban ya más que preocupados.

Por primera vez en su historia los cines Saga no habían tenido ni un espectador, y cerraron sus puertas ante la falta de interés por asistir a la sesión de noche.

—¿Sigues aquí? —exclamó Silje cuando abrió los ojos de golpe para evitar quedarse dormida.

—Ese tipo es bastante interesante —dijo Håkon Sand agarrando el mando a distancia para subir el volumen.

—Lo estaba escuchando —murmuró Silje.

Y era casi cierto.

Silje ya sabía algunas de las cosas que el catedrático había explicado, pero no muchas. Siempre se sentía desconcertada por las distintas corrientes internas del islam. Interpretaciones, cultura, religión y tradiciones. Islam europeísta y talibán. Pero seguramente un comisario de policía de Lahore se sentiría igualmente desconcertado ante la idea de que el pastor

ultraconservador Børre Knudsen, el Papa y el cura rebelde Einar Gelius creyeran en el mismo Dios y leyeran la misma Biblia. Cogió una cajita de pastillas para la garganta, se metió dos en la boca y miró la pantalla con los ojos entornados.

El catedrático de historia era bastante apuesto, casi guapo, con un aire masculino y fuerte.

«Cuando llegué a Noruega en 1971 era casi impensable que pudiera haber musulmanes de origen noruego —dijo esbozando una sonrisa—. Creo que nunca contemplé esa posibilidad. También es verdad que solo tenía diez años y bastante tuve con adaptarme a una sociedad de un blanco inmaculado, un nuevo idioma y normas diferentes. Pero así y todo...»

—¿Eso no es pasarse mucho? ¿Llegaron niños ya en 1971? —murmuró Håkon.

El catedrático siguió casi como si hubiera oído sus palabras:

«Mi padre fue uno de los primeros paquistaníes que dieron el gran paso de viajar a Noruega. Llegó en el otoño de 1969. Varios países europeos estaban a punto de prohibir la inmigración. Los daneses lo hicieron al año siguiente, pero entonces mi padre ya estaba bien instalado como encargado de la cafetería del hospital de Ullevål. Amaba Noruega, amaba este país».

El hombre volvió a sonreír, esta vez con más ganas. Silje calculó sobre la marcha que tenía cincuenta y tres años. Aparentaba menos. Su cutis era uniforme, la barba cerrada, bien cuidada y sin canas. Sus ojos eran grandes y redondos y estaban muy juntos. Llevaba las cejas depiladas. Vestía como un actor de una antigua película ambientada en Oxford. A la chaqueta de tweed no le faltaban las coderas de cuero.

«Mi madre, yo y mis tres hermanos pequeños le seguimos enseguida», prosiguió.

La presentadora casi había tirado la toalla. Se limitó a animarle a que siguiera asintiendo con la cabeza.

«Mi madre murió poco después de llegar, llevaba mucho tiempo enferma.»

La expresión del catedrático se volvió distante, casi más asombrada que triste. La pausa fue tan larga que la presentadora abrió la boca con la intención de decir algo. No le dio tiempo.

«El aumento exponencial del número de conversos se ha producido en los últimos años —dijo Siddiqui de repente—. Y, como ya he dicho, nos falta una investigación seria para poder concluir algo sobre su modo de vida.

Además estamos ante un grupo poco homogéneo. En el caso de las mujeres, algunas se han convertido al casarse con un musulmán y no tiene por qué tratarse de una convicción muy fuerte o de raíz religiosa. —Bebió un trago de agua—. Pero los hombres jóvenes suelen haber pasado por un proceso de radicalización religiosa bastante intenso. He conocido a algunos de ellos. Son musulmanes de origen noruego, pacíficos y profundamente creyentes, que hacen un sincero esfuerzo por seguir la senda de su fe.»

Carraspeó antes de proseguir:

«Por supuesto que un converso se puede radicalizar y, en última instancia, cometer actos terroristas. Pero en todo caso creo que el mayor problema se encuentra en los que ya nacieron musulmanes, tanto aquí como en otros países. Para empezar...».

Se mordió el labio y la barba recortada pareció alejarse un poco de su cara.

—Los informativos deberían entrevistar a ese tipo más a menudo — comentó Håkon, y subió el volumen aún más.

—Silencio —dijo Silje.

«Para empezar —repitió Siddiqui—, son mucho más numerosos, claro. Se estima que en este país hay entre ciento veinte mil y ciento cincuenta mil musulmanes. Dicho de otra manera: hay mucho más de donde escoger.»

La presentadora coló una pregunta.

«¿Se sabe qué desencadena estos procesos?»

«¿Saber? —El catedrático enarcó las cejas y negó despacio con la cabeza—. Sabemos bien poco. Es cierto que yo no soy ni experto en análisis de conductas, ni teólogo, ni antropólogo, ni psicólogo, ni sociólogo, ni politólogo... —Se interrumpió con una sonrisa—. Y creo que la respuesta a tu pregunta estaría en una combinación de todas estas áreas de conocimiento. Pero tengo otro bagaje que puede ser igual de relevante. —Hizo una pausa alambicada—. Experiencia», dijo por fin.

«¿Experiencia en qué?», preguntó la presentadora.

«Te responderé. Pero creo que antes es importante aclarar qué tipo de organización es el ISAN.»

«Bueno, en las últimas horas nos han informado ampliamente...»

«Sí, sin duda. Por aquí han pasado expertos más importantes y cualificados que yo que han dicho mucho del ISAN.»

Silje había visto a algunos de ellos. En las últimas treinta y cinco horas numerosos expertos en el ISAN habían hecho un auténtico maratón por

distintas emisoras.

Porque la Asociación de Colaboración Islámica de Noruega, el ISAN, no tenía nada de colaborativa. Al contrario, se trataba de una organización bastante discutida, al menos en los círculos islámicos más conservadores. Perteneían a una organización más amplia, el Consejo Islámico. Silje tenía la impresión de que estos utilizaban un lenguaje tan limitado por la corrección política que era difícil saber qué opinaban de nada, pero incluso ellos se habían pronunciado negativamente sobre el perfil de la joven organización, que multiplicaba sus miembros a gran velocidad.

«Pero hay un aspecto del ISAN que no ha sido destacado como merece —dijo Iftikhar Siddiqui inclinándose sobre la mesa—. Y es que es una organización auténticamente noruega.»

«¿Auténticamente noruega? —dijo la presentadora haciendo gran énfasis en la segunda palabra. Se controló enseguida y añadió—: ¿Y qué quieres decir con eso?»

«El ISAN era y es una organización exclusivamente secular. Muchos de los musulmanes que residen en Noruega son tan poco musulmanes en sentido estricto como eran cristianos la mayoría de los noruegos en... digamos, los años sesenta.»

Ya no sonreía. Al contrario, fruncía el ceño y seguía inclinado hacia delante con la mirada clavada en la presentadora.

«Vivimos en un país donde la mayoría de los inmigrantes están bien integrados. Entre los que nacieron aquí o llegaron siendo niños hay médicos, abogados, profesores, estudiantes y también dependientes o auxiliares de guardería. Hay musulmanes en el Congreso. Incluso hemos tenido una ministra de origen musulmán. Pero ¿son musulmanes en sentido estricto?»

«No entiendo muy bien...»

La presentadora se había ruborizado bajo el maquillaje y empezó a pasar las hojas que tenía en el regazo sin finalidad alguna.

—Joder —murmuró Håkon—. ¿Dónde demonios quiere ir a parar? Lo último que necesitamos ahora es un noruego paquistaní que divida a los musulmanes en auténticos y falsarios...

—¡Chsss...!

Silje agitó las manos enfadada.

«Es evidente que no tengo la respuesta —puntualizó el catedrático, y la presentadora suspiró aliviada—. Las convicciones religiosas son una cuestión

muy personal y no tiene sentido que nos pongamos etiquetas los unos a los otros, o que juzguemos la profundidad de la fe ajena. Pero si estudiamos la cuestión desde el punto de vista de los principios descubriremos perspectivas interesantes. Y me tomaré a mí mismo como ejemplo para evitar especulaciones impertinentes sobre la fe de otros. El caso es que nací en Pakistán, de padres paquistaníes. A los diez años mi mundo se puso patas arriba. Hasta ese momento mi fe era lo que podríamos llamar... natural. El islam era parte de mi vida, de mi esencia. Me arrancaron de raíz y me trasplantaron a una... —bajó la mirada y una expresión nueva, casi tímida, se apropió de su rostro, hasta entonces tan seguro— sociedad desconocida, por decirlo así. No era hostil, al contrario, yo fui de los primeros y se me consideraba exótico e interesante. Mis hermanos y yo éramos casi los únicos de piel oscura. No siempre resultaba agradable, pero lo llevábamos bien. Pero el mayor cambio fue... ¿cuál crees tú que pudo ser?»

Miró a la presentadora con expresión juguetona.

«Que la religión tuviera tan poca importancia —dijo antes de que ella pudiese reaccionar—. Pasé de vivir en una sociedad en la que la religión envolvía todos mis actos, mi ser, a otra en la que las cuestiones relativas a la fe esperaban en el banquillo y no salían al campo salvo que hubiera mucho en juego. Noruega no es un país cristiano. Dejó de serlo hace mucho tiempo. Noruega es una nación con una larga tradición cristiana y muchos rasgos positivos proceden de ella. Y nosotros también vamos por ese camino.»

«¿A quiénes te refieres?»

«A nosotros, los llamados musulmanes. Los que tenemos antecedentes musulmanes, que nos volvemos hacia Dios cuando las cosas se ponen difíciles, pero que estamos cada vez más secularizados. Los que celebramos nuestras fiestas sobre todo porque es una buena ocasión para ver a nuestros amigos y familiares. Los que todavía nos resistimos a llamarnos ateos o agnósticos porque sigue suponiendo un coste para nuestras familias superior al que, por ejemplo, tendría para la tuya.»

Apuntó con un índice afilado a la mujer del traje azul cielo. Su cabello rubio había empezado a encrespase bajo la intensa luz de los focos del plató.

«Un coste para nuestros padres —concluyó—. Sobre todo para nuestros padres, a los que no queremos agraviar. Pero ¿somos realmente musulmanes? ¿Hasta cuándo puede considerársenos así? ¿Es “musulmán”... —dibujó en el aire dos grandes comillas— una denominación que se ajusta más a vuestros

propósitos que a los nuestros? ¿O es un instrumento para conseguir que nos... —su voz se había elevado aún más y a la presentadora se le estaba poniendo el pelo de punta y dio la sensación de que daba un pequeño paso atrás para alejarse de la mesa alta que les separaba— mantengamos en nuestro lugar? ¿Para dejarnos claro que nunca seremos del todo noruegos?»

Se hizo una pausa. Una pausa muy larga. El realizador intentó rebajar la tensión del momento cambiando la imagen de una a otra de las cuatro cámaras, pero no sirvió de nada.

«Precisamente de eso es de lo que trata el ISAN —dijo Iftikhar Siddiqui de repente en voz baja—. De que los musulmanes noruegos quieren ser más noruegos que musulmanes. Y por eso les han atacado. El ISAN es la única organización que tenemos que afronta lo que tiene que ver con...»

Dudó.

—¡Vaya! —exclamó Silje—. Yo creía que estaba cansada, pero estas ideas nunca se me habían...

—¡Calla! —Håkon escupió el tabaco de mascar.

«... sentirse excluido», dijo el catedrático en la tele.

«¿Exclusión?»

La presentadora parecía aliviada y repitió la palabra con una sonrisa interrogante.

«Sí. Las feministas tienen su techo de cristal. Los de origen musulmán tenemos la falta de pertenencia. Está ahí, todo el tiempo, siempre, pase lo que pase. Incluso yo la noto. He vivido aquí durante cuarenta y tres años. Soy catedrático de la Universidad de Oslo. Estoy casado con una arquitecta llamada Astrid y mis hijos se llaman Karianne y Fredrik. Pero aun así...»

Puso las palmas de las manos abiertas sobre la mesa y tragó saliva. El realizador pasó de un plano general a otro centrado en el rostro del catedrático.

«... aun así, me siento en cierta medida excluido —dijo con voz queda—. Me hace diferente, y esa sensación, esa experiencia de no pertenecer del todo, al cien por cien, plenamente, de no ser del todo noruegos por muy bien que nos vaya, es el mejor caldo de cultivo para la radicalización. El ISAN lo había comprendido. El ISAN estaba basado en reconocer ese hecho, en que ese es nuestro mayor reto, la exclusión.»

«¿La exclusión?», repitió la presentadora.

«Sí.»

La mujer vestida de azul cielo se llevó la mano a la oreja en un gesto repentino. Cuando el catedrático hizo ademán de seguir hablando, ella levantó bruscamente el brazo.

«Acaba de llegarnos una información —dijo apretando sus dedos con más fuerza sobre el auricular invisible que llevaba metido en la oreja—. Según noticias no contrastadas... —pasó a mirar fijamente el ordenador portátil que tenía sobre la mesa y leyó—: la policía ha identificado a la persona que profiere amenazas en los vídeos difundidos por la Verdadera Umma del Profeta. Se trataría de un noruego convertido de veintidós años residente en Lørenskog cuyo cadáver fue encontrado esta tarde en la sierra de Nordmarka. Pasamos la conexión a...»

—Mierda. ¡Maldita sea!

Håkon Sand le pegó un puñetazo tan fuerte a la pared que dejó marcas en el nuevo papel pintado gris tormentoso del despacho de la comisaria.

—¡Es que esta maldita institución no es capaz de guardarse ni una jodida información! ¿No podían habernos concedido un par de horas sin filtraciones? ¿Es mucho pedir o qué?

Silje Sørensen no contestó. Apagó el televisor, se recostó en su silla y se quedó mirando fijamente un óleo de Håkon Blekken colgado sobre un conjunto de sofás y butacas para recibir visitas.

—Exclusión —repitió en voz tan baja que era imposible que Håkon la oyera.

Sabía que no era como los demás. Ya no era el de antes. Entonces iba al instituto, aunque resultaba difícil recordar algo de aquella época. Era como si lo que oía y las cosas que le pasaban no acabaran de fijarse en su cerebro, esa mente que sabía deteriorada. La doctora se lo había explicado años atrás. Era una mujer, e iba señalando bolígrafo en mano distintas zonas en un cerebro de plástico.

Aquel cerebro daba asco.

Había algo que nunca olvidaba: cuidar de sus palomas. El palomar estaba limpio, impecable. Estaba orgulloso de eso y de haberlo construido él mismo. Peder le había ayudado. Peder era dos años mayor que él y un buen hermano. Le visitaba con frecuencia y siempre quería bajar con Gunnar al jardín para echar un vistazo a sus palomas.

Solo quedaban quince.

El Coronel no había vuelto.

Gunnar derramó lágrimas por el Coronel. Muchas lágrimas. El Coronel era el mejor pájaro que había tenido nunca. Vivía en el nidal del fondo, en lo más profundo del palomar. Lo había elegido él mismo, todas las palomas marcaban su territorio y lo conservaban hasta que otra más fuerte se lo arrebatara. Nadie había intentado enfrentarse al Coronel.

Brumm era ahora la más veterana de sus aves. Había regresado en algún momento de la mañana y se atusaba las plumas bien pegado a su pareja. La pobre Ingelill empollaba sus huevos en silencio y soledad. Gunnar no quería mirarla, eso le haría llorar otra vez. Mamá se había hartado de su llanto, sobre todo porque era su cumpleaños. Ni siquiera había sido capaz de acabarse su porción de tarta, y eso que estaba adornada con carísimas fresas importadas de Bélgica. Las que más le gustaban eran las noruegas. Las fresas noruegas no maduraban hasta junio, o tal vez fuera julio.

Mientras barría pensó en el verano. En verano se bañaría.

Criar palomas era emocionante. A Gunnar le gustaban las competiciones. Llevaba mucho tiempo y dedicación sacar adelante un buen ejemplar. Había que entrenarlo, como si fuera un deportista. Y la comida también era importante. Gastaba mucho dinero en buenos piensos, nueces, semillas y cosas ricas. Era importante darles suplementos de minerales. Y vitaminas. Había criadores que opinaban que las aves volaban mejor si se separaba los machos de las hembras en la temporada de las carreras de vuelo. Solo les dejaban estar juntos un día o así antes de cada carrera, para azuzar su deseo de regresar a casa. Gunnar no tenía corazón para hacerles eso. Les dejaba que volaran de forma natural, como se decía, y permitía que se arrullaran todo lo que quisieran.

Sus palomas se veían tan tiernas todas juntas...

Mamá era quien solía llevarle a los puntos de suelta. O Peder. Peder era bueno.

A Gunnar le gustaba competir con sus aves, pero la temporada aún no había comenzado, hacía demasiado frío. A lo mejor por eso el Coronel no había resistido.

Aunque le gustaba competir y sabía que las aves necesitaban entrenar, le desagradaba dejárselas a desconocidos. Por eso al principio se había negado, pero mamá se había enfadado. Eso pasaba muy pocas veces y se asustaba un

poco cuando su mirada se oscurecía y su voz se volvía aguda y algo chillona.

Pobre Ingelill. Estaba desgredada y sola. Gunnar dejó la escoba y la levantó con cuidado, aunque le dolía mirarla. Sus ojos eran lo más hermoso, marrón rojizo, casi como una llama, rodeados de piel uniforme, suave y completamente gris.

Le gustaba el olor de las palomas. A Gunnar le gustaba el olor de los animales. Le gustaban los establos, las cuadras y los perros mojados. Su olor preferido era el aroma seco y ligero de las palomas satisfechas. Uno de sus competidores le dijo en una ocasión que las palomas mensajeras olían a esperanza y amor. Eso no lo había entendido, porque el amor no olía a nada.

Ingelill echaba de menos al Coronel. De eso estaba seguro.

Gunnar también tuvo novia en una ocasión. Nadie lo sabía. A veces se preguntaba si no se estaría engañando un poco a sí mismo. Si nunca habían sido novios.

Pero ella era una de las cosas de las que estaba más seguro en su vida. Por eso no había dicho nunca nada.

—Ingelill —susurró enterrando el rostro en su suave plumaje.

Era gris, con las alas de un tono más claro. La cabeza era oscura y las plumas que la coronaban tenían un brillo casi azulado a la luz que entraba por los respiraderos cubiertos por rejillas a la altura del techo.

Su novia había sido igual de guapa.

Su cabello también era azul, pensó Gunnar, y sonrió.

Karina tenía el pelo azul y era un secreto tan grande que nadie debía saber nada de ellos dos. Ni entonces, ni ahora, y no tenía ni idea de dónde había ido a parar.

Hacía tanto, tanto tiempo.

Hacía mucho que Billy T. no se sentía tan indefenso. Era cierto que hacía mucho que su vida era complicada. Había pasado la primavera de 2003 haciéndose reproches e intentando con intensidad creciente hablar con Hanne Wilhelmsen, que seguía estando gravemente herida. No quiso verle, ni siquiera unos instantes, los precisos para poder pedirle perdón. Durante mucho tiempo sintió que era responsable del error cometido. Él debía haber impedido que ocurriera.

Entró en tromba en esa maldita cabaña de la sierra de Nordmarka unos

segundos demasiado tarde como para poder impedir que le dispararan. Dedicó los seis meses siguientes a revivir la escena, instante a instante, una y otra vez. Sobre todo por las noches, le costaba mucho dormir. Buscaba los errores que debía de haber cometido, las posibilidades que había tenido de detenerla. Hanne había cometido una insensatez al lanzarse a capturar a un policía corrupto huido, culpable de asesinato, probablemente armado y, en todo caso, desesperado. Hanne y él habían oído los helicópteros, los refuerzos llegarían en unos minutos, y Billy T. se había resbalado en el hielo. Si no se hubiera caído la habría detenido a tiempo. Hanne le había dicho algo de que debería llevar crampones. Creía recordar que sonreía cuando marchó directa hacia el hombre que estuvo a punto de quitarle la vida.

No fue hasta mediado el verano cuando Billy T. se liberó del sentimiento de culpa. Solo se había caído. No era culpa de nadie. Llegó con unos segundos de retraso y ya no hubo vuelta atrás. Acabó por desistir de sus denodados esfuerzos por verla. En realidad, había desistido de casi todo. La vida seguía, pero nada volvió a ser como antes. De nuevo rompió con su pareja, otro hijo vino al mundo después de una aventura de tres semanas que estaba condenada al fracaso desde la primera noche. Se había mudado unas cuantas veces. Las deudas contraídas por las pensiones alimenticias de sus hijos empezaron a ser soportables cuando los mayores cumplieron dieciocho años y él dejó de ser responsable de ellos. Solo veía a sus hijos cuando no le quedaba más remedio y esas ocasiones eran cada vez más raras. Aunque estaba cada vez más tiempo en la comisaría de Grønlandsleiret 44, donde a veces incluso pasaba la noche en algún sofá, nunca volvió a ser el antiguo Billy T. La que fuera una actitud de eficiente desprecio por rutinas y normas internas acabó pareciéndose peligrosamente a una serie de actos delictivos. Y terminó con su retirada del cuerpo.

En verdad la vida nunca volvió a ser la de los tiempos en los que Hanne Wilhelmsen era la reina del distrito policial de Oslo y él su más fiel caballero.

Pero había subsistido, mal que bien.

Ahora no sabía ni dónde poner las manos.

—Sé que no he sido gran cosa como padre —dijo en voz queda intentando establecer contacto visual con Linus—. Ni para ti, ni para el resto. En eso me parezco a mi viejo. Se largó cuando yo tenía cuatro años y dejó que mi madre se las apañara sola la mayor parte del tiempo. El año que se acordaba pasaba a dejarnos unos regalos de Navidad, y en mi juventud me llevó con él a un

par de asuntillos turbios de los que digamos que no me siento muy orgulloso. Un mal padre. Igual que yo. Pero no por eso dejo de ser tu padre.

El joven no contestó. Tampoco le miraba. Se limitó a quedarse allí sentado, repantingado en la silla con los brazos colgando y sin expresión alguna en el rostro.

—Me alegro de que te hayas venido a vivir conmigo —prosiguió Billy T. entrelazando los dedos por tercera vez en menos de un minuto—. De verdad. Por mí puedes quedarte a vivir aquí el tiempo que quieras. Al menos hasta que te hayas presentado a las asignaturas en las que quieres mejorar nota. Supongo que cuentas con acabar esta primavera, ¿verdad?

Linus se encogió de hombros y ladeó la cabeza.

—¿Me puedo ir ya?

—No.

—¿Así que si me levanto y me voy a mi cuarto me lo vas a impedir por la fuerza? ¿A lo bruto?

—No. Llamaría a un cerrajero y te daría una hora para recoger tus cosas antes de ponerte de patitas en la calle.

Esperaba que su hijo no se diera cuenta de que era un farol.

Al menos se quedó sentado. Miraba por la ventana. Con aire cansino y los ojos entornados, como si estuviera a punto de quedarse dormido. Billy T. suspiró y se llevó las manos a la nuca. No había ninguna lámpara encendida y la oscuridad crecía tras las ventanas sucias. Se levantó para encender una lámpara de pie junto al sofá y la luz del techo sobre la mesa del comedor donde se habían sentado.

—¿Estás seguro de eso? —preguntó Linus de pronto.

—¿De qué?

—¿De que de verdad eres mi padre?

Billy T. vertió café del termo en una taza que ya estaba mediada. Notó que le temblaban las manos y volvió a sentarse.

—Lo que acabas de decir es un insulto a tu madre.

—No dudo de que sea mi madre, solo pregunto si...

Billy T. golpeó la mesa con el puño con tanta fuerza que el café rebosó la taza. Linus se enderezó a toda prisa.

—Nunca he puesto en duda la palabra de tu madre sobre quién es tu padre —siseó Billy T.—. Nunca he tenido motivo, ni en tu caso ni en el de ninguno de mis otros hijos. Te faltan unas cuantas cosas por aprender de las mujeres,

Linus. Y la primera es que no suelen mentir sobre asuntos como este. Cuando una mujer te dice que la has dejado embarazada, es que la has dejado embarazada. Y no hay más preguntas.

Volvió a golpear la mesa con fuerza, esta vez con la palma de la mano.

Le dolió pero no movió un músculo de la cara. Miraba fijamente al joven sentado al otro lado de la mesa. Sintió un impulso casi irresistible de levantarse, de abrazarle con tanta fuerza que se quedara allí. Quería inundar a Linus de todo el amor que sentía por él, el que siempre había sentido por todos sus hijos, pero que nunca había sido suficiente para convertirle en un buen padre. Quería hablar con su hijo, pero ya no le conocía. Probablemente nunca le había conocido.

—Sí, claro. Tú lo sabes todo de las mujeres, papá. Sobre todo de cómo retenerlas.

Linus le miró por fin. Billy T. creyó ver angustia en sus ojos y respiró profundamente un par de veces, carraspeó y siguió hablando mucho más sereno.

—Está claro que no soy ningún experto. Tienes mucha razón. Y, como ya te he dicho, no he sido gran cosa como padre. Tal vez no te ayude saberlo, pero el caso es que lo hice mejor con tus hermanos mayores. Cuando tú eras pequeñito. Cuando erais pequeños. Luego me... perdí un poco. Pero ahora estoy aquí, Linus. Estoy aquí.

—Tengo veintidós años. Es un poco tarde, ¿no crees?

—Sí, es tarde. Pero ¿no recuerdas...?

No era capaz de quedarse quieto. Se acercó al ventanal, junto a la puerta de la terraza donde había un árbol de Navidad seco y una barbacoa de gas estropeada.

—También tuvimos buenos momentos, Linus, cuando eras pequeño. ¿Has olvidado que improvisábamos cosas? ¿Con Hanne, por ejemplo? ¿Recuerdas aquella vez que Hanne, tú y yo nos fuimos en moto a celebrar la noche de San Juan en Son? Montaste conmigo, tendrías unos diez años y tú...

—Tenía ocho años y medio y fue la única vez que me llevaste a algún sitio fuera de Oslo. Recuerdo esa excursión perfectamente, papá. Cuando salimos llovía, pero por la noche hizo un tiempo increíble. Me dejaste beber todos los refrescos que quise y te habías traído una bolsa gigantesca de chucherías de un viaje a Suecia. Hicimos noche en una tienda de campaña verde y me diste un saco de dormir con un dibujo de *La guerra de las galaxias*.

Billy T. dio un respingo ante la mención de *La guerra de las galaxias*. Había pulverizado a Darth Vader.

El martes por la mañana Billy T. había vuelto a casa con la figura debajo del brazo en lugar de volver a casa de Hanne. En el trastero del sótano la metió en una bolsa de basura y la golpeó con un martillo hasta desintegrarla sin que nadie le molestara. Paseó por el puerto, desde Vippetangen hasta Aker Brygge, mientras lanzaba al mar los minúsculos fragmentos de plástico. De uno en uno, a veces de dos en dos, los fue sacando de una bolsa en la que los había mezclado con cuidado con migas de pan. Quería parecer un amante de los pájaros cualquiera. Le daba igual si las gaviotas estiraban la pata después de comerse los trozos que les hacían graznar y lanzarse de cabeza al agua.

La estatuilla debía dejar de existir. Y así fue.

Aquel día estaba tan alterado que tuvo que volver a casa para ducharse. Luego se tumbó en el sofá para descansar un momento. Cuando volvió a abrir los ojos eran las diez de la noche. Afortunadamente, cuando por fin se presentó en casa de Hanne, ella no manifestó curiosidad alguna por saber dónde había pasado el día. Billy T. sabía que no habría sido capaz de ocultárselo.

Nadie debía conocer la existencia de la estatuilla grabada de Darth Vader de Linus. Ya era bastante peligroso que su reloj hubiera aparecido en el lugar de la explosión y a duras penas había sido capaz de justificarlo. Darth Vader constituía una amenaza mucho mayor, puesto que habría llevado a la policía a investigar a Linus. Estaba claro que debía evitar a toda costa que la policía se fijara en él.

—Así que sí, papá. Claro que recuerdo esa excursión. Y también es prácticamente lo único que recuerdo de mi infancia contigo. Salvo por las interminables horas que pasé en la comisaría. Solo te ibas un momento a hacer una cosa, y luego otra. Joder, creo que aquellos años pasé más tiempo con Hanne y el resto de tus colegas que contigo.

Billy T. seguía de espaldas a Linus.

—Lo sé, Linus. Lo sé. Pero que no me haya ocupado de ti como debiera no quiere decir que no te quiera, de verdad. Te quiero. Y ahora tengo miedo de que te hayas metido en algún asunto que escapa a tu control. Y si no empiezas a contarme algo tendré que llamar a tu madre para que me diga qué ha pasado. Me refiero a lo que pasó antes de que vinieras a mi casa.

—¡Ni hablar, ni se te ocurra, joder!

Billy T. volvió a darse la vuelta. Se acercó con gesto sereno y se sentó frente a su hijo. El chico estaba erguido, alerta. Entonces se inclinó sobre la mesa, apoyado sobre los antebrazos y sentado en el extremo de la silla como si estuviera listo para salir disparado. Fueron solo unos instantes. Tenía las mejillas enrojecidas, pero se obligó a sonreír mientras se reclinaba en su silla y se cruzaba de brazos.

—Si lo haces, me marcharé. Puedo instalarme en casa de algún amigo.

—¿Qué amigos?

—Muchos.

—¿Quiénes?

Linus se encogió de hombros y repitió:

—Muchos.

—¿Como Andreas, por ejemplo? ¿O debería decir Arfan, como se hace llamar ahora?

Por primera vez Linus pareció sentirse inseguro. Tragó saliva y se mordió la uña del pulgar, que ya estaba bastante machacada de antes. Hizo un esfuerzo por mantener la mirada de Billy T., pero era evidente que quería apartar la vista.

—¿Dónde está tu reloj? —preguntó Billy T.

Aprovechó la oportunidad en el instante en que intuyó que su hijo había bajado la guardia.

—¿Qué reloj?

—Déjate de chorradas. El reloj que te regalé. El de oro que había sido de mi viejo. ¿Dónde está?

Linus volvió a encogerse de hombros, ladeó la cabeza y murmuró algo inaudible.

—¿Qué has dicho? —dijo Billy T. con aspereza.

—No estoy seguro. A lo mejor está en mi cuarto.

—En ese caso, ¿podrías ir a buscarlo? Quisiera hacer que graben tu nombre, como acordamos.

—¿Por qué coño te da por hablar de ese maldito reloj ahora? —dijo Linus sin hacer ademán de levantarse.

—Porque no está en tu habitación.

Linus empezó a rascarse el dorso de la mano izquierda.

—Lo tiene la policía —dijo Billy T.

Linus se quedó paralizado. Literalmente. Se le agarrotaron los dedos y pareció que contenía la respiración.

—Y eso me tiene desconcertado, joder. —Billy T. siguió hablando en voz baja, como si tuviera miedo de que alguien les estuviera escuchando—. ¿Cómo pudo mi reloj, el que heredé de mi padre y que yo a su vez te regalé a ti, acabar en las oficinas del ISAN y volar por los aires?

Linus empalideció. Las manchas rojas de sus mejillas desaparecieron como por ensalmo. Abrió la boca y volvió a cerrarla. Tragó saliva y se inclinó sobre la mesa. Apoyó la frente sobre la superficie unos instantes, se incorporó de golpe y corrió hacia la puerta. Se detuvo y dio un par de pasos hacia su padre.

Su rostro estaba blanco como la muerte.

Billy T. se puso de pie y se mostró en toda su estatura.

El chico no retrocedió ni un milímetro.

—Me importa una mierda lo que pienses, papá. No te debo nada, nada de nada. Nunca me has dado nada. Si crees que ese asqueroso reloj va a poder compensar todos los partidos de fútbol a los que no viniste, todas las funciones de fin de curso en las que no apareciste, todos...

Billy T. le sacaba media cabeza. Intentó ponerle la mano en el hombro, pero se la quitó de un golpe.

—Te equivocas —dijo Linus—. Te equivocas de la hostia. Si te va bien que me quede, lo haré. Si no, ya se me ocurrirá algo. Pero no creas que...

Dio medio paso hacia su padre. Estaban tan cerca el uno del otro que Billy T. percibió el olor a café cuando el chico prosiguió:

—... tengo intención de contarte una mierda. Pero hay una cosa que te puedo asegurar, papá. Una cosa de la que puedes estar seguro. Algo que puedo afirmar con rotundidad.

Cerró los ojos un par de segundos. Cuando volvió a abrirlos estaba cambiado. En realidad, los ojos de Linus eran tan azules como el ojo azul de Billy T. Ahora parecían grises. Billy T. sintió la necesidad de retroceder, pero se obligó a no moverse del sitio.

—No me he convertido, nunca me convertiré. No creo en ningún dios. Y si se me ocurriera hacerme religioso lo que no haría sería...

Billy T. sintió que se quedaba petrificado. La adrenalina recorrió su cuerpo y tenía la piel de gallina en los brazos. Había hablado con mucha gente a lo largo de su vida. Víctimas de violencia, gente que había perdido a los suyos en un acto criminal. Asesinos, ladrones y psicópatas. Era difícil encontrar

algún tipo de persona con el que Billy T. no se hubiera relacionado, unos marcados por la pena y el miedo, otros invadidos por la indiferencia, la estupidez y, en algunas ocasiones, la maldad.

Linus apretó los labios y respiró profundamente.

—En ningún caso me uniría a esa panda de monos —siseó—. De eso puedes estar seguro.

Se dio la vuelta de golpe y salió al pasillo. Unos segundos después se encerraba en su habitación dando un portazo.

Billy T. se quedó parado. Todavía tenía frío. Había visto muchas cosas en su vida, y había conocido a mucha gente. Hubo un tiempo en el que fue un buen policía. Uno de los mejores, en su opinión y en la de otros. Había basado su carrera en su conocimiento de la gente y fue un maestro en distinguir la verdad de la mentira. Ahora sabía dos cosas sobre su chico.

Linus decía la verdad.

Debería haberse quitado un peso de encima, sentir un enorme alivio si no fuera por lo que también había visto en los ojos de su hijo. En sus gestos y sus labios apretados, en su lenguaje corporal y su voz, pero sobre todo en el fondo de sus ojos grises que habían dejado de ser azules.

Linus estaba lleno de odio.

—No soporto la Coca-Cola —murmuró Lars Johan Austad empujando la botella—. ¿No tienes una naranjada? Me apetece una naranjada.

El detective sonrió, a pesar de que llevaban encerrados más de una hora en la estrecha sala de interrogatorios sin haberse acercado ni un milímetro a una historia que pudiera resultar de utilidad a la policía.

—Claro que sí —le dijo—, en cuanto me des algo que me sirva.

—Pero si ya te he dicho todo lo que sabía —se quejó Zapatonos—. Iba a entrar en el Burger King a intentar llevarme algo de la basura. Estaba en la puerta del café ese del otro lado de la calle, y noté que alguien se me acercaba por detrás, y...

Cogió la botella de cola y la abrió.

—Joder —murmuró—. Tengo una sed... —La botella se quedó por la mitad—. ¿Cómo supisteis que era yo? —dijo secándose la boca con una manga sucia.

—Venga, Zapatonos. En cuanto alguien nos remitió tu descripción a los de

Delitos contra la Salud Pública, supimos que eras tú. La mayoría de vosotros arrastráis los pies, tú más que los otros. Mucho más, una herida de guerra, ¿no?

—Hum...

Zapatones asintió.

—Naranjada —repitió mientras le enseñaba la botella mediada de cola al investigador.

El policía no contestó. Se reclinó en su silla, tiró un bolígrafo encima de la mesa y se cruzó de brazos.

—Mil coronas —resumió—, de un perfecto desconocido a quien no viste porque te cogió por detrás.

—¡No me dio por detrás! —Zapatones le miró asqueado—. Solo se me acercó por la espalda y metió los brazos por aquí...

Se señaló los riñones.

—Llevaba guantes y no tengo ni idea de si era negro, blanco o amarillo. Pero hablaba noruego. Un noruego estupendo. Así que me arrastré hasta TV2. Entregué el paquete y me largué. *That's it.*

El detective sacó un cigarrillo. Lo manoseó unos segundos, se lo puso detrás de la oreja y se quedó mirando la figura maloliente del otro lado de la mesa.

—¿Te apetece darte una ducha, Zapatones?

—Sí, gracias.

—Tengo una muda limpia guardada. Te la doy. La ropa te estará grande, pero es mejor que lo que llevas puesto.

—Eres bueno —dijo Lars Johan Austad—. Lo he dicho muchas veces: si no fuera por vosotros, los polis, hace mucho que habría palmado.

El investigador sonrió sin ganas y escribió un mensaje en el iPhone. «No hay nada que sacarle a Zapatones. Dice la verdad, como siempre. Pasa el mensaje: pista ciega.»

Lo mandó y se guardó el teléfono en el bolsillo trasero.

Zapatones bien valía una ducha y un poco de ropa vieja. En el ejército había sido un experto en explosivos, según le habían dicho, y parece que vivió un episodio infernal en Kosovo.

Mientras le seguía por el pasillo pensó que en realidad Zapatones era un héroe. El pobre miserable sabía muy bien dónde estaban las duchas de la comisaría. En realidad, Grønlandsleiret 44 era el único sitio donde el antiguo

soldado se lavaba alguna vez.

La vida era injusta, de verdad.

Seguía teniendo la sensación de que estaban cometiendo una injusticia con él. Mientras la gente de la comisaría trabajaba día y noche en el atentado terrorista de Frogner, él estaba relegado a lo que parecía ser un mero servicio de mensajería.

No parecía que fuera a resultar un trabajo muy exigente.

Henrik Holme había dejado a Hanne Wilhelmsen cuando se lo ordenó aquella mañana. Sin darle ninguna indicación de cuándo debería volver. Cuando había aceptado sin protestar hacer de enlace entre la comisaría y la extraña señora de la silla de ruedas, había tenido la impresión de que iban a colaborar de alguna manera. Que ayudaría a la antigua agente a algo más que llevar maletines para arriba y para abajo entre Grønland y Frogner.

O eso había esperado.

Cuando volvió a la comisaría no eran más de las nueve. Había pasado el resto del día vagando por los pasillos sin nada que hacer hasta que recordó que había hecho un juego de copias de todos los documentos que le había entregado a Hanne. Dada la hora que era, ya podía irse perfectamente a casa. Como movido por un impulso repentino, se llevó uno de los dossiers, el de la chica de diecisiete años desaparecida en 1996.

Había ido caminando con la carpeta metida dentro de la cazadora de aviador que acababa de comprar por internet.

Camino de Grønnerløkka, pensó que era como si Oslo no hubiera cambiado. Se acababa de comprar un piso minúsculo, de un dormitorio, que no se hubiera podido permitir de ninguna manera sin la herencia de su abuela. Había muerto el año anterior, y en su tristeza no se le había pasado por la cabeza que pudiera heredar algo hasta que recibió la llamada de un abogado que le informó de que tenía derecho a ochocientas cincuenta mil coronas y un viejo televisor. El resto se lo habían prestado de milagro en la caja de ahorros del pueblecito en el que había pasado su infancia y en el que seguían viviendo sus padres.

Henrik Holmes estaba a gusto en Løkka.

No conocía a nadie. Intercambiaba saludos con un tendero de la calle Nordre y con una anciana que vivía en el piso de abajo. Una futbolista

famosa de la casa de enfrente, que era comentarista en la televisión después de jugar muchos años en la selección nacional, también le saludaba siempre que se cruzaban. Era de Bergen, o de esa zona, y muy simpática. Henrik Holme había comprobado que la gente de Bergen solía ser amable. Decían lo que pensaban. Con ella ya eran tres las personas que solían saludarle. No había muchas más. En realidad, Henrik tenía pocos amigos, aunque sus colegas de la sección a veces le invitaban a tomar una cerveza los viernes. No les entendía muy bien. Era como si hablaran en clave y en su tiempo libre se reían mucho de cosas a las que él no les veía la gracia. Estaba bastante seguro de que le invitaban a unirse a ellos por pena, y casi siempre eran las agentes las que se asomaban a su despacho y le preguntaban si quería ir. Sería porque eran más consideradas que los hombres. Ellos solían beber demasiado. Después de una hora o dos se sentía tan fuera de lugar que prefería irse a casa.

Estaba sentado frente a una mesa blanca para dos, incrustada en la pequeña cocina. Tenía delante la carpeta del caso sin resolver de la desaparición de Karina Knoph. Había pasado las páginas sin profundizar mucho en nada en concreto.

Era sorprendente lo poco que había cambiado Oslo.

Después del atentado del 22 de julio Henrik había estado ocupado a tiempo completo con el caso del niño de ocho años maltratado en Grefsen. Pero no había dejado de percibir el estado de ánimo, la atmósfera apesadumbrada, queda, alterada, que impregnaba la ciudad. Había sorprendido a su madre contándoselo por teléfono. Paradójicamente ella pareció alegrarse, como si fuera extraño que él percibiera algo tan intangible como un estado de ánimo.

En esta ocasión, si es que había algún cambio, tal vez fuera que la gente parecía estar más irascible. Esa misma tarde, al llegar a casa, había leído una crónica en la edición digital del diario sensacionalista *VG* sobre dos chicos de unos quince años que habían recibido una paliza la noche anterior. Los chicos eran de Irán. Los agresores, o, mejor dicho, los gamberros, eran de origen noruego. La autora de la crónica era una refugiada iraquí y advertía con fuerza de lo que estaba pasando: un cambio a peor en la actitud hacia los musulmanes en Noruega. Y eso en menos de veinticuatro horas.

VG había tenido que bloquear los comentarios.

Henrik Holme sabía por experiencia que hacían falta muchos comentarios racistas para que *VG* dejara fuera a la escoria.

Mientras bebía un sorbo de té ardiendo pensó que era extraño. Los musulmanes habían sido el objetivo del terror y por si fuera poco eran más criticados que antes.

El ataque terrorista no era cosa suya, por desgracia.

La suya la tenía delante.

Era difícil entusiasmarse con un posible delito cometido cuando él era un niño. Por lo menos aquel juego de páginas no olía a viejo, como tampoco olía el que le había dado a Hanne Wilhelmsen. Pasó las páginas hacia atrás hasta dar con la foto de la chica desaparecida.

Le pareció guapa.

En general, las chicas le parecían guapas.

Dentro de poco cumpliría treinta años. Todavía no había tenido novia. Pensó que se conformaría con cualquiera o, al menos, con ella si le hubiera querido.

El pelo azul resultaba un poco raro, claro, pero tenía una nariz muy mona, con la punta un poco levantada. Le pareció ver unas pecas en la nariz, y los ojos eran muy claros. Tal vez fuera pelirroja.

Henrik no tenía nada en contra de las pelirrojas.

Seguramente estuviera muerta.

Era casi seguro que había muerto, puesto que nadie la había visto ni había sabido nada de ella en dieciocho años. Ciertamente había gente que conseguía desaparecer del todo para construirse una vida nueva en otro lugar. Pero era cada vez más difícil en un mundo que era cada vez más pequeño e internet más grande. Además estaba seguro de que una maniobra de ese calibre requería muchos más recursos que los que podía tener a su alcance una estudiante de bachillerato de diecisiete años.

No, estaba muerta.

Podía haberse caído al mar.

Estar enterrada en el bosque.

Sus restos podían estar en cualquier parte.

Pero, entre las cosas que cada vez se hacían más difíciles en el mundo actual, estaba el ocultar un cadáver. Era sorprendente lo que abultaba una persona muerta. Con el tiempo llegaba el problema del olor, claro, pero tampoco era fácil deshacerse sin más de entre sesenta y noventa kilos de carne. Había leído sobre un antiguo caso británico en el que el asesino había disuelto a su víctima en lejía. ¿O era ácido tánico? El caso era que un par de

piedras del riñón habían sido imposibles de disolver y el tipo había sido condenado en Old Bailey basándose en un afortunado descubrimiento médico que contrastaba con la desgracia de la víctima. Con una densidad de población cada vez mayor y un cuerpo policial cuya formación, equipamiento y métodos mejoraban de manera exponencial, era fácil entender que alguien hubiera intentado esconder ese cadáver en un pedregal de la sierra de Nordmarka.

El hallazgo del cadáver del converso noruego estaba por todas partes. Henrik había estado navegando por internet un rato al llegar a casa. Mientras comía con buen apetito albóndigas de lata de la marca Fjordland con patatas y col, pensó que desde luego no habían dejado ningún detalle al azar.

Pensó que tal vez no fuera extraño que hubieran despiezado el cadáver. Resultaba casi imposible trasladar un cuerpo humano entero hasta el norte de Øyungen sin descuartizarlo. Estaba prohibido ir en coche salvo para aquellos que tuvieran autorización y la llave de todas las barreras. Además había visto en el mapa que uno de los periódicos online había publicado que había que recorrer un trecho bastante largo por un sendero muy estrecho.

Si no hubiera sido por el perro puede que nunca hubieran encontrado al tipo.

A Henrik Holme no le gustaban los perros. Debía admitir que le daban terror. En los dos últimos años había empezado a caminar y montar en bicicleta por la sierra de Nordmarka. Habría sido perfecto si no fuera por todos los perros que iban sueltos. Incluso cuando era obligatorio llevarlos sujetos iban por ahí dando vueltas y sus dueños se reían asegurando que no hacían nada.

La verdad es que los perros no le gustaban en absoluto.

Y había tantos en la sierra como pocos inmigrantes, pensó mientras su vista se posaba sobre la foto de Karina Knoph. Era como si no le vieran sentido a dar vueltas por el bosque sin más finalidad que disfrutar de la naturaleza. Había un tipo del trabajo, de su misma edad y nacido en Noruega, que se ponía a hablar con acento y a burlarse del resto si proponían ir de acampada.

Pensándolo bien, Henrik no recordaba haberse encontrado nunca a una persona de piel oscura por la sierra, tan solo en las zonas más cercanas a la ciudad.

Los que trasladaron el cadáver hasta el lugar en que fue hallado tenían que

ser noruegos. Debía de tratarse de, al menos, dos adultos, preferentemente hombres, porque el fallecido tenía veintidós años. Si pesaba ochenta kilos, era un trabajo realmente fatigoso para dos personas.

No, si Henrik Holme tuviera que investigar la búsqueda de quienes habían dejado los restos descuartizados del converso noruego en Lørenskog, en las profundidades de la sierra de Nordmarka, buscaría tres noruegos habituados a salir de excursión, o al menos en forma.

Se echó a reír.

Al menos a él, le habría extrañado mucho la idea de tres extranjeros de piel oscura cargando con mochilas pesadísimas en las profundidades del bosque.

Pero ni el caso del muerto en el pedregal ni el del ataque terrorista en Frogner eran cosa suya.

El té ya estaba templado. Era té Kusmi, preparado en una tetera que le habían regalado sus padres por Navidad. El aroma era tan intenso y tan rico que se acercó la taza a la cara mientras buscaba la lista de testigos del caso de Karina Knoph. Allí había algo, algo que había descubierto un par de días antes cuando recibió la orden de ir a Frogner con cuatro casos viejos el miércoles por la mañana.

La lista no era muy larga.

Habían tomado declaración al padre seis veces.

A la madre dos. Una vez a la hermana, y también habían llamado a dos profesores.

Y a seis amigos.

Ya eran más de los que tenía él.

Pero había algo extraño. Comparó la lista con cada una de las declaraciones. Pasó las páginas hacia delante y hacia atrás. Cogió un marcador amarillo y subrayó una frase de las respuestas de una chica llamada Elisabeth Thorsen, una compañera de clase de Karina. Leyó la frase otra vez, cerró la carpeta de las declaraciones de los testigos y sacó el montón de informes de los investigadores que habían participado.

Enseguida encontró el que buscaba y leyó.

Era evidente.

No lo que ponía, sino lo que no aparecía.

Si Henrik tenía razón habían cometido un error garrafal. Un error tremendo y enorme. Sintió calor y se quitó el jersey de un tirón. Se sentía más despierto que en las últimas horas.

No podía ser. Henrik volvió a leer el informe y después la declaración de Elisabeth Thorsen.

Tenía que faltar algo.

Empezó a comparar el índice del contenido de la portada con cada uno de los documentos del grueso montón de papeles. Primero una vez, luego otra más.

Todo estaba bien, no faltaba nada.

Podía significar dos cosas. O bien nunca habían seguido la pista más evidente, o alguien había cometido un error incomprensible al archivar. A veces podían desaparecer partes de una carpeta. Sobre todo en casos antiguos, de antes de que los archivos estuvieran informatizados. Pero en esos casos no dejaba de ser fácil constatar que faltaba algo, puesto que el índice no cuadraba con el contenido.

En este caso coincidía todo.

Se levantó despacio y estiró la espalda con las manos en las caderas. No podía ser, era imposible. No podían haber cometido un error de tal calibre. No cuando había tantos agentes involucrados. Alguien tendría que haberlo visto. Tenían que haberse dado cuenta y haber hecho algo al respecto.

Se preguntó si debería permitirse tomar un vaso del whisky de marca que había comprado en el ferry al volver de Dinamarca de un seminario interno de la sección de Delitos Violentos. En realidad no le gustaba el alcohol, pero el resto de los agentes habían puesto tanto interés en gastarse el dinero en las dietas que se sintió tonto si no compraba.

La botella llevaba intacta más de medio año.

Se acercó a la antigua rinconera que en realidad era demasiado grande para las modestas dimensiones del apartamento, pero su madre había insistido en que debía llevársela a su primera vivienda en propiedad. En la parte de arriba, decorada con la tradicional pintura de rosas, había tres vasos de los buenos y una botella. Desenroscó el tapón, echó un dedo en el vaso y volvió a la mesa de la cocina.

La policía se había empeñado en que el padre era un chorizo, pensó mientras metía la lengua en el líquido dorado.

Se sorprendió al notar que estaba bueno. Bebió un traguito y sintió que el calor se expandía por su tráquea. Dejó el vaso y cogió las hojas de los interrogatorios al padre de Karina Knoph.

—Han cometido un error garrafal —dijo en voz baja, y bebió de nuevo.

Esta vez un trago mayor.

Cagarla de esa manera debería estar castigado con la pena de muerte. Hanne Wilhelmsen solo había dedicado un cuarto de hora al primero de los casos sin resolver que Henrik Holme le había llevado aquella mañana cuando un error cósmico se le apareció.

Era más de medianoche. Normalmente se habría acostado hacía rato. Había intentado irse a la cama a las diez y media. Resultó imposible dormirse. Cada vez que cerraba los ojos veía el rostro de Billy T. Desde aquella tarde. La manera en que la miró cuando la llevó a casa. La había ayudado a trasladarse a la silla de ruedas, pero ella no dejó que la acompañara al interior.

Su mirada.

La misma que le había dedicado hacía media vida. Habían pasado la noche juntos, no deberían haberlo hecho. Se habían despertado el uno al lado del otro, nunca tendría que haber sucedido. Para ella se había tratado de buscar consuelo donde en realidad sabía que no lo hallaría. Cecilie había muerto, y Hanne estaba a punto de caer fulminada por el dolor. Para Billy T. se había tratado de reventar una presa en la que había albergado tantas esperanzas que casi le mató al pedirle ella que se marchara. Que lo olvidara. Que borrara las últimas horas de su vida y la dejara en paz.

Su relación nunca volvió a ser la misma. La confianza, el amor casi fraternal, se habían roto. El hermoso equilibrio entre ellos, la comprensión intuitiva, la comunicación casi telepática, ya no existían.

Billy T. había parecido un perro apaleado durante semanas.

Exactamente igual que cuando la había bajado del coche aquella tarde.

La alteraba más de lo que le gustaba reconocer.

Como le era imposible dormir se había levantado, se había servido una copa de vino y se había puesto a revisar los documentos que le había traído el extraño y joven agente. Cuando se dio cuenta del error cometido dieciocho años antes, supo que sería inútil intentar dormir.

Echó un vistazo al reloj.

Pasaban diez minutos de la medianoche.

Era un poco tarde para llamar, claro, pero le habían asignado al tipo como ayudante. Si estaba dormido, un hombre de su edad no tendría problemas para volver a conciliar el sueño. Por la mañana le había dicho que había echado un vistazo a los casos antes de traérselos. Y no parecía tonto. Raro, con la nariz más protuberante que hubiera visto nunca. La cabeza algo grande para su figura desgarrada. Era sorprendente que hubiera superado las pruebas físicas para acceder a la Academia Superior de Policía.

Dudó unos instantes. Bebió un sorbo de vino.

Decidió que merecía la pena intentarlo. Había anotado su número en la cubierta del caso. Cogió el móvil y marcó.

Al oír el tono de llamada le vino a la cabeza que Henrik Holme tal vez fuera la persona menos amenazadora que hubiera conocido en muchos años.

Pero puede que fuera listo a pesar de eso.

Era dudoso que fuera buena idea reunirse después de la medianoche cuando llevaban cuarenta horas sin apenas dormir. Pero la comisaria Sørensen opinaba que era necesario. Era un poco extraño invitar a los responsables del servicio de inteligencia y la Dirección General de la Policía para una reunión a tres bandas. Se saltaba el protocolo. El servicio de inteligencia, el PST, aún dependía directamente del Ministerio de Justicia, pero la policía noruega dependía de la Dirección General de la Policía, la POD, desde el año 2001. Silje Sørensen tenía una agobiante sensación de que los otros dos veían su falta de experiencia como un inconveniente cada vez mayor en la enorme labor de coordinación en la que estaban inmersos. Los otros dos habían estudiado juntos, eran viejos amigos que llevaban muchos años en sus respectivos trabajos. Silje no solo era nueva en el puesto, también era bastante más joven que ellos.

Se había escabullido a casa hacia las once para darse una ducha y ponerse ropa limpia. Había dejado el uniforme en casa. Estaba en su despacho vestida con un amplio jersey de lana virgen, vaqueros Levi's y zapatillas de deporte. Afortunadamente, la directora de la policía, Caroline Bae, se había tomado aún más libertades y apareció con el pelo mojado y algo que parecía un chándal muy ceñido. El director del servicio de inteligencia Harald Jensen les dedicó una mirada de leve desaprobación y tomó asiento ante la amplia mesa

de juntas mientras se aflojaba un poco el nudo de la corbata.

—Servíos, por favor —dijo Silje Sørensen señalando la comida antes de sentarse—. Espero que os guste el sushi.

—¿Dónde habéis conseguido sushi a estas horas de la noche? —preguntó Caroline Bae poniendo seis piezas en su plato.

—Tenemos nuestras fuentes. ¿Empiezo yo?

Los otros dos asintieron. El director del servicio de inteligencia cogió con cuidado una pieza de *nigiri* con los dedos y se la llevó a la boca con gesto titubeante.

—Bien —dijo Silje—. Empezaré por la bomba. La conclusión provisional es que se trata de un trabajo muy profesional. Han utilizado un explosivo plástico. Lo habían colocado en los elementos de carga del edificio, de ahí su poder destructor.

—¿Explosivo plástico? ¿C4? ¿De uso militar?

El jefe del PST dejó el *nigiri* intacto y cogió una manzana de un colorido frutero.

Silje asintió.

—Sí, los principales usuarios del C4 son los militares. Un explosivo plástico cuyo principal ingrediente es la ciclotrimetilentrinitramina. Por lo visto en Noruega antes se utilizaba también el NM91, basado en otra nitramina, el octógeno. Pero aquí estamos hablando de trinitramina, nuestros expertos llegaron a esa conclusión muy pronto. Así que lo más probable es que hayan empleado C4. El explosivo más utilizado por la OTAN hoy en día. Las nitraminas tienen la ventaja indiscutible de que proporcionan una gran capacidad explosiva por kilo. Dentro de unos días dispondremos de información más detallada.

Pasó las páginas que tenía delante.

—Eran en total cinco cargas, conectadas entre sí y colocadas con gran precisión. Esta vez no estamos hablando de una furgoneta con una bomba casera fabricada con abono artificial.

—¿Se sabe algo de cuándo la colocaron? —preguntó Caroline Bae con la boca llena de vieira cruda.

Silje negó con la cabeza.

—No. El ISAN tenía instaladas cámaras de vigilancia bastante modernas y discretas. Solo en el exterior, nada dentro.

Abrió una carpeta colocada junto a su plato y sacó una hoja, que desplegó

y situó encima de la mesa frente a los otros dos.

—Estos son los planos de las oficinas del ISAN tal y como eran antes de la explosión. Las cámaras estaban situadas aquí, aquí y aquí.

Utilizó un palillo chino para señalar, y a continuación sacó tres fotos de la carpeta y las puso delante de los otros dos.

—Como podéis ver está todo destrozado. Estamos intentando obtener información de los ordenadores pulverizados, pero tenemos muy pocas esperanzas de éxito. Es decir que ahí tampoco tenemos nada en lo que apoyarnos. Nuestros técnicos están trabajando a tope desde unos pocos minutos después de las explosiones. Pero, a pesar de eso, nos vemos obligados a utilizar los métodos de la vieja escuela para aclarar cuándo fueron colocadas las cargas. Y también quién lo hizo, por supuesto, pero de momento esa es una pregunta más difícil de contestar.

Un ángel pasó por la sala.

Harald Jensen observó su manzana antes de pegarle un gran mordisco.

Las dos mujeres comían. Silje masticaba despacio mientras paseaba la vista por los planos de las oficinas del ISAN tal y como habían sido. Caroline Bae pasó otras cuatro piezas de maki a su plato y rompió el incómodo silencio con una pregunta.

—¿Teníais siquiera noticia de la Verdadera Umma del Profeta, Harald?

El jefe del PST tragó, dejó la manzana a medio comer sobre el plato y se secó la boca apretando tres veces la servilleta contra los labios.

—No, no habíamos oído hablar de ellos. Eso ya es lamentable. Peor aún es que todavía sepamos muy poco de ellos.

—¿Qué quieres decir?

Silje ya no tenía más apetito y dejó la última pieza sin tocar.

—Para ser sincero debo reconocer —dijo Harald Jensen apoyando un codo sobre la mesa— que en un primer momento creí que se trataba de una parodia. Una farsa.

—¿La grabación? ¿La cinta que llegó ayer en la que la Verdadera Umma del Profeta asume la autoría del ataque terrorista?

—Sí. Claro que llevamos tiempo pendientes de la Umma del Profeta. Les hemos seguido muy de cerca. Pero hasta ahora no habíamos tenido noticia de la Verdadera Umma del Profeta. No hace muchas semanas que hicimos público el Análisis Anual del Nivel de Alerta.

Se inclinó y dos suaves chasquidos revelaron que había abierto el maletín

que tenía junto a la silla.

—Aquí está —dijo poniendo un documento sobre la mesa—. Ya lo conocéis, por supuesto. Está basado tanto en el análisis de potenciales riesgos de este año como en la comunicación permanente que mantenemos entre instituciones, y sabéis que prestamos especial atención al extremismo islamista. Dábamos nuestro nivel de alerta por incrementado desde mucho antes de la explosión de ayer, y nuestro recién emitido informe demuestra...

Puso una mano gruesa y chata sobre los papeles que acababa de dejar sobre la mesa

—... de forma trágica que teníamos razón. En un periodo de tiempo muy breve el número de islamistas noruegos que salen del país para recibir adiestramiento con grupos extremistas en Oriente Medio ha aumentado de manera significativa. Algunos de estos hombres han participado en batallas. No hace falta decir que los que regresan a Noruega representan una potencial amenaza para nuestros intereses.

Miró el frutero y cogió un plátano.

—He observado que la prensa ha empezado a emplear un término nuevo: guerreros extranjeros. Es una manera bastante acertada de llamarlos. No son mercenarios, porque ni cobran y ni están dispuestos a pelear para cualquiera. Actúan en base a sus convicciones. Pero tampoco son soldados convencionales, puesto que no luchan por su país y su gente. Al menos no de la misma manera que utilizamos nosotros para definir esos conceptos.

—Y esos grupos se concentran en la zona este del país —añadió Silje empujando su plato hacia el centro de la mesa—. Son en su mayoría hombres jóvenes nacidos aquí, casi todos de origen musulmán.

Harald Jensen asintió.

—Algunos, muy pocos, son noruegos conversos. Por ejemplo, seguimos de cerca a un noruego de origen chileno, converso. Bastian Vasquex. Además tiene una serie de relaciones más... —por fin empezó a pelar el plátano— islamistas. Todo apunta a que fue reclutado hace varios años por el círculo de Mohyeldín Mohamed, de la zona de Larvik. Ahora unos cuantos de esos hombres se encuentran en Oriente Medio, se han unido al ISIS y participan en...

—Todo esto es bien sabido —interrumpió Caroline Bae—. Cualquiera que lea la prensa está informado. Y hace años que conocemos la Umma del Profeta. Lo que queremos es información sobre la Verdadera Umma del

Profeta. ¿Tenéis algo, lo que sea, sobre ellos?

Harald le dio un mordisco al plátano. Masticó. Mucho. Por fin tragó y carraspeó tapándose la boca con el puño.

—Bueno. No mucho.

Volvieron a quedarse en silencio.

—Pues suelta lo que tengas, vamos.

Harald se tomó su tiempo para comerse otro trozo, el resto del plátano, y, por fin, dejar la cáscara.

—Puede que los nombres que tenemos anotados hasta el momento nos digan algo. Para empezar está Abdalá Hasán. Antes Jørgen Fjellstad. Es él quien habla en los dos vídeos y el que ha aparecido muerto y... descuartizado esta mañana. Él es la única base que tenemos para pensar que un grupo llamado la Verdadera Umma del Profeta exista siquiera.

Fue contando con los dedos.

—Mohamed Awad, un chico joven de origen sudanés, ciudadano noruego, apareció en el lugar de la explosión. Muerto. Se había mezclado con los extremistas una temporada, pero estaba en la periferia del ambiente. No había manifestado tendencias violentas con anterioridad. Sin antecedentes. Amigo de...

Se sujetó un dedo más.

—... Shazad Behesdi, que murió tras ser atropellado por la policía en el bulevar Bygdøy. Son de la misma edad y pasaron su infancia en el mismo barrio. Nos fijamos por primera vez en Behesdi hace más o menos medio año, en un grupo cerrado de Facebook. Después participó en una reunión en Skien en la que estuvieron presentes varios de los más conocidos yihadistas noruegos, pero se volvió a Oslo a las pocas horas. No sabemos si fue por su propia voluntad, si se vio obligado o si los otros le echaron. ¿Sería posible tomar un poco de café?

—Por supuesto. Perdona.

Silje Sørensen se levantó y fue hacia una impresionante máquina de café colocada junto a la puerta.

—¿*Espresso*? ¿*Latte*? ¿Qué prefieres?

—Solo y noruego, gracias.

—¿Caroline?

—Me encantaría un *espresso*. Triple, si es posible.

Silje apretó un par de botones y la máquina emitió un profundo rugido.

—Estos son los tres hombres que podemos afirmar que han tenido algo que ver con la explosión —prosiguió Harald Jensen—. Uno por sus propias declaraciones en los vídeos, los otros dos porque estaban cerca o en el mismo lugar de la explosión cuando se produjo la detonación. Y lo que sabemos con seguridad es que los tres se conocían. Por descontado que en las últimas horas hemos puesto todos los recursos disponibles a trabajar para detectar mejor su círculo de amigos y conocidos. No hemos encontrado gran cosa. Hasta hace pocos años los tres pertenecían a entornos corrientes. Cuando Mohamed y Shazad empezaron a coquetear con las ideas extremistas, entraron en contacto con Abdalá, o Jørgen Fjellstad. Hace seis meses apareció otro elemento, con lo que el trébol pasó a tener cuatro hojas.

Silje puso una taza frente a él y volvió para coger el *espresso* de Caroline Bae.

—Gracias —murmuró Jensen.

—¿Quién es esa cuarta persona? —preguntó Silje de espaldas.

—Su nombre es tan original como Arfan Olsen.

—¿Y?

La directora de la policía dio un sorbito al café ardiendo y le miró por encima de las gafas.

—Hace muy poco que tenemos noticia de él. Ha sido muy prudente. Poco activo en todos esos foros de la red que vigilamos y siempre con seudónimo. Además hace medio año de eso. Ahora hemos revisado sus movimientos y parece que dejó la red en cuanto hubo establecido contacto con los otros tres. El hombre tiene veintitrés años y él también se convirtió hace poco, más o menos cuando se dio a conocer en la red. Por alguna razón conservó uno de sus apellidos. Su nombre era Andreas Kielland Olsen.

—Yo habría preferido quedarme con Kielland antes que con Olsen —dijo Silje secamente y dejó caer dos sacarinas en su café antes de volver a tomar asiento—. Así que en este... trébol de cuatro hojas, como tú lo has llamado, ¿hay dos de origen extranjero que nacieron musulmanes y dos conversos?

Harald asintió.

—Arfan Olsen tiene un perfil más de líder que los otros dos. De hecho, Mohamed Awad era un buen estudiante y procedía de una familia a la que le ha ido excepcionalmente bien en Noruega, para ser de origen sudanés. Un chico listo, pero en los últimos años solo perdió el tiempo. Tuvo trabajos eventuales y cobró del INE. Tampoco era muy activo en la red. Sin

antecedentes, salvo que consideres un crimen malgastar tu talento y optar por vivir de los servicios sociales.

Sonrió con tristeza y levantó la mano sin energía para quitarle importancia a su pequeño exabrupto.

—En cuanto a Shazad Behesdi, puede decirse que era un poco... simplote. Fracaso escolar. Fue dando tumbos de aquí para allá. En la adolescencia pasó por un par de hogares de acogida, pero es probable que la protección de menores llegara tarde. Tenía antecedentes por algunos delitos menores, pero nada en los últimos dos años. Tampoco trabajaba. Y eso nos lleva de vuelta a Arfan Olsen.

Tamborileó con suavidad sobre la mesa con los índices.

—Estudiante de derecho —dijo Harald—. Como seguramente ya sepáis.

Silje asintió y lo confirmó.

—Se ha abierto una investigación independiente por homicidio, por supuesto.

—Fue al Colegio de la Catedral de Oslo —continuó la directora de la Dirección General de la Policía—. Acabó sus estudios con notas excelentes. Hemos empezado a investigarle con más detalle esta tarde. Su padre es abogado, su madre ingeniera. Tres hermanos. Sus padres se divorciaron cuando tenía diecisiete años. El chico tuvo una reacción poco habitual. Se marchó de casa a modo de protesta. Así, sin más. Ni siquiera había terminado el bachillerato.

—¿A los diecisiete?

Harald asintió y siguió hablando:

—Sus padres no solo le dejaron, sino que le dieron ayuda económica. Supongo que con la ley en la mano era su obligación hasta que cumpliera la mayoría de edad. En todo caso...

Levantó la taza de café.

—Buen café —murmuró, y bebió un poco más—. El caso es que todo este tiempo ha seguido a los partidos más conservadores de Noruega. Sin ser extremista. Fue miembro de las Juventudes del Partido del Progreso en secundaria, algo poco frecuente entre los alumnos del colegio catedralicio, supongo.

Esbozó una sonrisa.

—A pesar de todo, en tercero le eligieron para dirigir el comité de las celebraciones de la graduación y se pasó a las Juventudes Conservadoras.

Una evolución hacia la moderación, como puede verse, y todo este tiempo le ha ido muy bien, desde el punto de vista académico.

—Pero ¿qué pasó? Por cierto, ¿queréis algo más?

Los otros dos indicaron que no y Silje empezó a recoger los platos y la fuente antes de acercarse a la puerta y abrirla.

—Bertil, ¿podrías hacernos el favor de llevarte la comida?

El secretario se había cambiado de ropa en algún momento de la noche. Ahora llevaba un traje de color más claro, un poco más informal, pero el nudo de la corbata seguía siendo perfecto y la camisa de un blanco imaculado. Silje notó un suave aroma a loción para después del afeitado cuando despejó la mesa con toda naturalidad sin que ninguno de los presentes dijera una palabra.

Cerró la puerta sin hacer ruido.

—Continúa —le animó la directora de la policía—. ¿Qué pasó?

—No lo sabemos —dijo él tajante—. Pero estamos sobre el caso. Arfan Olsen está vivo, a diferencia de sus colegas. Ya es algo.

—Pero ¿por qué iba un joven como él a convertirse al islam? ¿Y además al islam más extremo? ¿Lo sabéis con seguridad o se trata de una teoría?

Caroline miraba con escepticismo creciente a su antiguo compañero de estudios.

—Ahora mismo no me atrevería a afirmar que sepamos nada de nada —dijo abriendo los brazos—. Pero tenemos indicios y trabajamos con ellos día y noche.

—No es que quiera meterme en modo alguno en lo que hace o deja de hacer el servicio de inteligencia —dijo Caroline Bae—. Solo faltaría. Pero... ¿os habéis planteado en algún momento la posibilidad de detenerle?

Silje se inclinó bruscamente sobre la mesa y tomó la delantera a Harald Jensen.

—Sería una tontería —dijo—. Por muchas razones. Si Arfan Olsen no sabe que el servicio de inteligencia está sobre su pista, supongo que puede resultar mucho más útil vigilarle.

Su voz subió de tono hacia el final de la frase, como si estuviera formulando una pregunta. Jensen asintió.

—Además está la prensa —dijo, y suspiró con desesperación—. Zumban como abejas alrededor de la miel. Una detención pondría el cielo y la tierra en movimiento. Fijaos si no en la que se ha montado cuando habéis traído a

un antiguo policía hoy mismo, y que yo sepa solo ha sido para charlar con él.

—Algo más que eso —dijo Silje, y se apresuró a añadir—: Pero por lo que me estás contando, Harald, solo hay una base para afirmar que exista siquiera una organización llamada la Verdadera Umma del Profeta, y son los vídeos. No tenéis informes, ni documentos, ni rastros en la red...

Tomó aire y titubeó unos instantes.

—¡No tenéis nada de nada! Nada que pueda confirmar que de verdad se trate de un nuevo grupo.

Harald Jensen negó con la cabeza y se terminó el resto del café de un trago.

—Es una observación correcta. Y para ser sincero no puedo comprender cómo una panda como esa ha sido capaz de volar por los aires media manzana. Vale, uno de ellos...

Cogió el maletín, lo puso sobre la mesa y sacó otro archivador antes de dejarlo en el suelo. De la funda roja sacó cuatro fotos de los cuatro jóvenes y las puso en fila.

—Arfan Olsen es un joven con talento. ¿El resto?

Harald negó con la cabeza y cambió las fotos de sitio con aire pensativo.

—¿Has dicho C4?

—Muy probable —asintió Silje Sørensen.

—¿De dónde demonios iba a sacar esta gente algo así? Vale que es una sustancia muy explosiva, pero aun así les haría falta una cantidad considerable. Y detonadores. Y conocimientos. Muchos conocimientos. Durante mucho tiempo hemos temido que estos...

Se llevó la mano al pecho y reprimió un eructo.

—Perdón —murmuró—. Que estos guerreros extranjeros... Les seguimos de cerca por muchas razones. Por supuesto que una de ellas es que tememos que importen armas y explosivos. Traer algo como esto... —echó una mirada de soslayo a los planos— por toda Europa hasta Noruega, hubiera sido una misión complicadísima. No descartamos que la gente del entorno de Arfan Bhatti, Mohyeldín Mohamed o, incluso, el mulá Krekar pudieran lograrlo si se dieran las circunstancias adecuadas, por supuesto. Al contrario, supongo que lo que tememos es precisamente algo así. Pero ¿esta panda?

Volvieron a quedarse en silencio en torno a la mesa.

—¿Adónde quieres llegar? —preguntó por fin Silje con prudencia.

Harald Jensen se puso de pie. Se quitó la chaqueta del traje, la colgó del

respaldo de la silla. Se aflojó la corbata y se la quitó. Volvió a sentarse y se remangó la camisa.

—Un principio bastante elemental en la investigación es no creer en lo evidente. Uno de mis colegas británicos se describió a sí mismo en una ocasión como un... —sonrió y tomó aire— arqueólogo de la verdad en el terreno sedimentario de la mentira. Por ejemplo, cuando alguien se atribuye la responsabilidad de un atentado terrorista, no podemos creerle sin más. Debe haber otros indicios muy claros que sustenten esa afirmación. Los hemos buscado.

—Y si te estoy entendiendo bien, no los habéis encontrado —dijo Silje.

—La situación es peor que eso. Empezamos a creer que alguien ha utilizado a esos chicos. Que hay fuerzas bastante más sofisticadas detrás. Verdaderos yihadistas, no unos chavales. Va a ser otra noche muy larga, señoras. Pero ya puedo adelantarles lo siguiente: empezamos a dudar de que existan.

—¿Los jóvenes? —dejó escapar Caroline Bae sorprendida.

—No. La Verdadera Umma del Profeta. Después de coordinar intensamente todos nuestros servicios de inteligencia durante día y medio cada vez parece más claro que sencillamente... no existen.

El problema residía, precisamente, en lo que no habían encontrado.

Henrik Holme estaba muy alterado, sentado junto a la pequeña mesa de cocina leyendo los documentos del caso Karina Knoph por cuarta vez. Había organizado los papeles meticulosamente, según un nuevo criterio. Había subrayado frases en amarillo, trazado líneas con una regla. Utilizó clips rojos para las tomas de declaración, amarillos para los informes de los agentes. Todos los documentos estaban perfectamente alineados. La foto de Karina estaba sujeta a la ventana, con mucho cuidado para no romper el papel cuando tuviera que quitarla.

Ya eran las tres de la mañana, pero estaba completamente despierto.

Cuando Hanne Wilhelmsen le llamó iba por la mitad de una generosa copa de whisky. Cuando su conversación terminó tiró lo que quedaba por el fregadero y puso en marcha la tetera.

Era increíble que le hubiera llamado.

Henrik Holme no estaba acostumbrado a que le tomaran tan en serio.

Cuando resolvió el caso del niño muerto en Grefsen la gente le había mirado con cierta curiosidad por un tiempo, no con respeto. Y se les pasó enseguida. Le consideraban raro.

Era raro.

Siempre lo fue.

De vez en cuando, alguna rara vez, se encontraba con gente que veía más allá de su maldita nuez y todos los tics que se esforzaba por controlar. Solía tratarse de gente que reconocía los síntomas y estaba acostumbrada a ellos por alguien cercano. Solían ser muy amables. Buenos, en realidad, como si fuera un niño.

Hanne Wilhelmsen había actuado de manera completamente diferente. Cuando fue a verla por la mañana había sido bastante directa y, de hecho, un poco difícil. Daba la sensación de que su presencia le molestaba, pero no porque él fuera peculiar. Lo pensó cuando por fin le abrió la puerta y lo primero que hizo fue regañarle por los galones de los hombros: seguramente era así con todo el mundo.

Cuando llamó ni siquiera se disculpó porque fuera más de medianoche. A Henrik le gustó. Fue directa al grano, como si fueran viejos colegas. En cierta manera, iguales.

La comisaria de la policía le había advertido de que era un poco especial.

A Henrik le parecía perfecta.

Por lo menos después de hablar con ella por teléfono.

Habían visto exactamente lo mismo. Dijo que le había llevado menos de un cuarto de hora ver el error que habían cometido desde el primer momento. A él le había llevado más, pero no se lo contó. De hecho, la interrumpió. Cuando tras un minuto de conversación comprendió que ella había visto lo que faltaba en el caso, había apartado el vaso de whisky y levantado la voz. Su presentación fue tan precisa y llegó al meollo de la cuestión tan deprisa que ella había exclamado «¡Bravo!».

—Bravo —susurró él, y sonrió entusiasmado mientras se tocaba la aleta de la nariz tres veces con el dedo índice—. Me ha dicho bravo, a mí.

A Hanne también le había llamado la atención el trato que la policía había dispensado al padre de Karina Knoph. Cuando por fin pusieron en marcha una investigación de verdad, fue a él a quien dedicaron sus esfuerzos. Había pasado veinticuatro horas en la comisaría y los papeles dejaban muy claro que el responsable de la investigación quiso retenerlo en prisión preventiva.

El abogado de guardia se había negado, pero eso no había impedido que los agentes siguieran convencidos de que el padre estaba relacionado con la desaparición de su hija.

El padre de Karina había cometido el error más antiguo del mundo.

Había mentido en los primeros interrogatorios.

Henrik Holme volvió a leerlos una vez más y meneó la cabeza al ver su contenido.

Frode Knoph, en aquel momento segundo entrenador del equipo de fútbol de Vålerenga, afirmaba haber cogido un merecido día de descanso en el trabajo. Había ido a pescar. No había pescado nada, pero había sido un buen día hasta que llegó a casa por la tarde y se encontró a su mujer histérica porque Karina no había aparecido a la hora de cenar, como le había dicho a su madre que haría.

Ya resultaba llamativo que utilizara la palabra «histérica» al referirse a su mujer en una circunstancia como aquella, pensó Henrik mientras echaba una generosa dosis de miel en la taza de té.

Frode Knoph mantuvo su versión durante tres semanas y dos días. Entonces le hicieron saber que la policía había investigado en el puerto donde tenía anclado su Windy Sport de unos siete metros de eslora. Había sido muy sencillo constatar que el barco no había salido a navegar el día de los hechos. El puerto estaba a la venta y un fotógrafo había pasado tres horas haciendo fotos para el folleto. El amarre del entrenador de fútbol en la marina no estaba vacío ni a las once ni a las dos.

Solo entonces la verdad salió a la luz.

Frode Knoph había estado con una amante.

—¡Dios mío! —murmuró Henrik—. ¿Cómo se puede ser tan tonto?

Pensaba tanto en la amante como en que la gente nunca aprendía lo que él había intuido ya a los diez años: si sospechan que has hecho algo malo que no has hecho, no intentes mentir sobre otra cosa mala que sí que has hecho.

Al fin y al cabo, tener amantes no era un delito penado por ley.

Y el mal ya estaba hecho.

No para Frode Knoph: la nueva historia sobre la visita a su amante se pudo verificar. Su coartada se consolidó. Pero el caso de Karina se había enfriado, al igual que el interés de los investigadores por él. Después de que tres semanas de insistente persecución al entrenador no dieran resultado, no se hicieron muchos más esfuerzos para descubrir la verdad de la desaparición de

Karina Knoph. El interés de la prensa por el caso también se había apagado, no había amigos que pudieran dar un lloroso testimonio de que se trataba de una joven alegre y fantástica. Karina se había mudado demasiadas veces como para tener ese tipo de aliados.

Además llevaba el pelo azul y tocaba en un grupo en el que dos de sus miembros tenían antecedentes.

Henrik se sirvió más té. Luego cogió el montón de las declaraciones de los testigos y sacó el resumen de la conversación con Elisabeth Thorsen. Eran tres páginas y se concentró en la última.

La testigo declara haber oído rumores de que Karina era novia de Gunnar Ranvik de segundo A. La declarante nunca preguntó directamente a Karina por esto. La testigo cree que puede haber algo de cierto en los rumores, puesto que era frecuente verles juntos. Karina también pasaba tiempo con Abid Kahn de tercero B, y hay quien dice que tal vez fueran más que amigos. Karina tiene fama de «*fag hag*, pero con negratas en lugar de maricones» (cita textual, según especifica el autor del informe).

Henrik seguía las líneas con su delgado dedo índice mientras leía. Luego dejó los papeles otra vez sobre la mesa, perfectamente alineados con los otros documentos, y volvió a abrir los informes. El que buscaba era el más breve.

El abajo firmante ha intentado establecer contacto con Gunnar Ranvik, mencionado en el documento 2-6, un supuesto amigo, tal vez novio de la desaparecida. Pero está hospitalizado por un episodio violento, véase copia de la portada del caso. Según la doctora Augusta Aronsen del hospital de Ullevål pasará mucho tiempo antes de que se le pueda interrogar, puede que nunca. Le daré seguimiento dentro de un tiempo. En cuanto a Abid Kahn, el colegio confirma que se marchó a Rawalpindi con su familia a principios de agosto y que no le esperan en el colegio hasta finales de septiembre.

Eso era todo lo que el agente había hecho al respecto. Al menos había hecho eso. Pero no había ningún indicio de que hubiera intentado tomar declaración a Gunnar más tarde.

Henrik observó la copia de la cubierta del otro caso. El que se refería a Gunnar Ranvik, nacido en 1979, encontrado entre la maleza en la parte alta del río Aker, justo pasada la presa del lago Maridal. A finales de verano, golpeado con saña.

Buscaría el informe completo en el archivo en cuanto se hiciera de día. Eso le había pedido Hanne Wilhelmsen. En realidad, se lo había ordenado. Encuentra ese caso ya, le había dicho.

A Henrik le gustaba Hanne. Dejaría de pensar en ella con apellido. Ahora eran colegas y le había dicho bravo por lo que había hecho y además le había dado una nueva orden.

Aunque todavía no tuvieran el caso completo, la portada era suficiente para que Hanne y él lo vieran claro: habían pegado una paliza de muerte a Gunnar Ranvik el 3 de septiembre de 1996.

Ese era el mismo día en que Karina Knoph desapareció.

Una posible pareja de novios es víctima de un suceso extraordinario el mismo día. Uno de ellos desaparece. El otro recibe una paliza que casi lo mata. Pero una posible conexión entre los dos casos se había ignorado por un informe escrito por un policía que había decidido que el padre de la chica era un canalla, y no se había molestado en seguir una pista tan evidente.

Era un escándalo, y Henrik estiró los brazos por encima de la cabeza y sonrió de oreja a oreja.

Frikk Borg Sand tenía dieciséis años y se echó a reír cuando vio la portada del diario *Aftenposten*. Era el único de los hijos de Håkon Sand que todavía vivía en casa, y el único de ellos que desde hacía años manifestaba interés por la prensa escrita en papel. Se había afiliado a las Juventudes Socialistas tres días después del atentado de Utøya, era bastante activo en la sección local y estaba mejor informado que sus padres.

—No tiene gracia —le regañó Karen Borg—. A mí me dan ganas de llorar. ¿Me pasas la leche?

—No me río de las encuestas en sí. Me río de que la gente pueda ser tan increíblemente corta de luces. ¡Pero si los musulmanes fueron las víctimas!

—Eso es cierto —murmuró Håkon, y le cogió el cartón de leche a su mujer—. Pero si los musulmanes no hubieran estado allí no habría estallado ninguna bomba.

—¡Papá!

El chico se llevó las manos a la cabeza.

—De verdad —dijo Karen, recuperó el cartón y echó más leche sobre las gachas de avena—. Déjalo ya. Esa encuesta es muy preocupante. Espabila.

Håkon levantó las manos por encima de la cabeza.

—Yo solo digo lo que la gente piensa. Y lo mires como lo mires, tiene cierta lógica, ¿no? Si no dejamos que la gente entre en la fiesta, no podrán cargársela. Si no hubiera musulmanes en el país, no se atacarían. Al menos aquí no. Es normal que la gente se preocupe.

—Chungo —dijo Frikk—. Muy chungo. Es que el 76 por ciento de la población respalda la afirmación de que...

Levantó el periódico y leyó:

—«No debemos dejar entrar más inmigrantes en Noruega». ¡El 76 por ciento! En el año 2010 eran el 53 por ciento, papá, y un año después del 22 de julio habían bajado al 45. Estábamos en una senda positiva. Pero ahora resulta que el 76 por ciento de la población opina que...

El chico no terminó la frase. Se metió una cucharada de gachas en la boca antes de seguir hablando con la boca llena:

—Además, ¡más de un 30 por ciento opina que deberíamos retirar la nacionalidad a los criminales! Pero no a los criminales noruegos, no. ¡Mira, papá!

Se inclinó sobre la mesa de la cocina y le dio la vuelta al periódico para que su padre lo pudiera leer. Golpeaba rítmicamente el texto con el dedo índice.

—O sea que no eres de origen noruego y te han dado la nacionalidad, pero ¿no se van a respetar tus derechos si cometes un delito? ¿De verdad, papá? ¿No te das cuenta de lo horrible que es?

—Sí, es horrible. Pero para empezar... —Håkon agarró el periódico— es una encuesta bastante limitada. Hecha en unas horas ayer por la tarde. En otras palabras, han preguntado a un número determinado de personas. Mira. Lo dice en la información técnica. En este caso el resultado no es muy preciso. Y además no es extraño que la gente reaccione si unos yihadistas pirados vuelan la mitad de Frogner.

—Lo natural sería pensar que la gente sintiera compasión por las víctimas —objetó Karen—. Que en este caso son ciudadanos normales y corrientes. Gente bien integrada y cumplidora de la ley cuyos familiares y amigos

merecen sin duda algo mucho mejor que esta... mierda.

Cogió un bote de semillas de calabaza y las echó sobre las gachas a medio comer.

—Silencio —dijo Håkon Sand cogiendo el mando a distancia que estaba en el centro de la mesa.

—No estamos diciendo nada —murmuró Frikk.

«... que en el fondo es una nueva batalla por nuestro país», dijo una mujer en el televisor, junto al frigorífico.

—Acabo de bajar el sonido precisamente por ella —dijo Karen molesta—. Si hay algo que no soporto ahora mismo son los racistas que se disfrazan de humanistas y pescan en aguas revueltas.

—Silencio —repitió Håkon en voz más alta esta vez.

«Así como nuestros padres y nuestras madres combatieron la ocupación alemana durante cinco agotadores años, nosotros también debemos resistir. Ya no estamos hablando de que enriquezcan nuestra sociedad. Si es que alguna vez lo hicieron. Si miramos hacia el futuro, los musulmanes serán la mitad de la población de Oslo y...»

La voz se interrumpió bruscamente cuando Karen agarró el mando y apagó el televisor.

—No lo soporto —dijo con decisión—. Precisamente hoy no soy capaz de escuchar a la incansable Kari Thue. Ni a ella ni a los pirados de la dudosa ala derecha del Partido del Progreso. Ni siquiera... —Apartó el cuenco de gachas y tiró la cuchara dentro—. Es que no puedo —concluyó—. ¿Vale?

—Por supuesto —murmuró Håkon—. A mí tampoco me gusta esa mujer. Pero el caso es que cada vez tiene más...

—No puedo —repitió Karen algo más alterada.

Sonó el teléfono de Håkon.

Se llenó la boca de gachas y se acercó el móvil a la oreja.

—Diga —dijo con voz pastosa.

Y ya no dijo casi nada más. Después de un par de minutos se metió el teléfono en el bolsillo de la chaqueta.

—Tengo que irme corriendo —dijo—. Ha aparecido otra bomba.

Juró con saña mientras se precipitaba hacia la puerta.

Henrik Holme tuvo que abrirse paso hasta la puerta entre un grupo creciente

de periodistas cada vez más impacientes. Solo eran las seis de la mañana. Le parecía haber oído ruso y japonés en aquella Torre de Babel desconcertada. Cuando consiguió pasar de la puerta fue derecho al archivo y dio con la carpeta de la agresión a Gunnar Ranvik. Hizo dos juegos de copias, devolvió el original a su lugar y metió las dos carpetas en una mochila antes de volver a abrirse camino en sentido contrario para salir de la comisaría.

Llevaban más de una hora revisando la documentación.

De vez en cuando Henrik levantaba la vista de los papeles. Hanne no. Parecía estar dentro de una campana de cristal, concentrada, y se dio cuenta de lo guapa que era. Mucho más guapa que la primera vez que la vio. Su madre a veces utilizaba la palabra «exquisita» para describir a otra mujer. Nunca había entendido lo que quería decir. No hasta que se encontró sentado a la gran mesa del comedor de Hanne Wilhelmsen mirando de reojo a la mujer que era mucho mayor que él. Llevaba un jersey azul claro con cuello en V. Sus dedos eran largos y delgados, y creía que llevaba las uñas pintadas. Por lo menos brillaban mucho, pero en un color natural. Parecía que se acababa de duchar. Cuando él llegó tenía el pelo húmedo.

Henrik se preguntó cómo haría para ducharse.

Su hija, que se iba al colegio cuando él llegó, parecía demasiado pequeña para ayudarle. Además, a una niña de diez o doce años le daría algo de vergüenza ayudar a su madre a lavarse. Tal vez Hanne tuviera una silla especial en la ducha y se apañara sola.

El caso era que olía de maravilla.

Podría haberse quedado allí para siempre. Se respiraba una paz maravillosa en la gran habitación, y había muchas cosas bonitas. A Henrik le gustaban las cosas hermosas, y la calma aún más. Nada de música. El televisor estaba apagado. Hanne había apartado el teléfono y el ordenador, a pesar de que en su anterior visita le había parecido que dependía del todo de ambas cosas. De otra habitación salía un sonido débil y rítmico, como un gran reloj.

Henrik no había dormido nada, pero hacía mucho que no se sentía tan a gusto.

Ya había leído la documentación del caso dos veces. Deprisa. Leía tan rápido que cada nuevo profesor que había tenido en el colegio sospechaba que hacía trampas. Pero no dijo nada. Se limitó a quedarse sentado disfrutando de la oportunidad de mirar de soslayo a Hanne de vez en cuando.

El atentado con bomba le había empezado a dar igual.

Esto era mucho mejor. Empezó a leer los documentos desde el principio por tercera vez.

Gunnar Ranvik nunca había vuelto a ser el mismo después de que una corredora mañanera le encontrara entre la maleza cerca de la presa del lago Maridal. Era miércoles 4 de septiembre de 1996 pero la policía había concluido enseguida que debían de haberle golpeado la noche anterior. Con hipotermia, fractura de cadera y graves lesiones en la cabeza, su vida estaba en peligro.

En el lugar de los hechos no había huellas de nadie más que de la víctima.

Al menos este caso no fue un trabajo negligente por parte de la policía, como era evidente que lo había sido la desaparición de Karina Knoph. Habían registrado a fondo el lugar en el que apareció, en la parte alta del río Aker. La patrulla canina había podido dejar claro que Gunnar Ranvik se había desplazado después de ser agredido. Y parecía que por su propio pie. Habían encontrado huellas de pasos tambaleantes en un recorrido de unos cien metros.

El problema era que al final de las huellas, o mejor dicho, en su punto de partida, todo estaba quemado. En un círculo de un diámetro de diez o doce metros alguien había derramado un líquido inflamable y le había prendido fuego. El círculo estaba en campo abierto y limitaba con un camino de carros que recorría el sur del lago Maridal. Del círculo quemado salían tantos rastros que los perros estaban totalmente desconcertados. Era una pista forestal bastante transitada y la policía no había llegado más lejos en la búsqueda de huellas ni en el lugar de los hechos ni en los alrededores.

La corredora que encontró a Gunnar había oído unos débiles gemidos y se apartó del sendero para ver de qué se trataba, según explicó a la policía cuando le tomaron declaración. Luego había gritado pidiendo ayuda y un anciano que daba su paseo matinal la había oído. Vivía muy cerca, en Kjelsås, y había ido a casa para llamar a la policía todo lo deprisa que sus piernas reumáticas se lo permitieron. Los dos no pudieron contribuir con nada más.

También habían tomado declaración a la madre de Gunnar Ranvik, Kirsten. Estaba muy alterada, según se deducía de los testimonios, tanto en el momento en que ocurrió como cuando tres meses más tarde reprochó a la policía no haber llegado más lejos en su búsqueda de los autores de los hechos. Para entonces había quedado bastante claro que la vida de Gunnar

Ranvik iba a ser muy distinta a lo que él y su madre habían previsto.

Por fin habían tomado declaración a Gunnar, cinco meses después del suceso. Había recuperado el habla, más o menos, pero eso era todo. Los daños cerebrales que el chico de diecisiete años había sufrido eran tan graves que había vuelto a la infancia. Le habían tomado declaración en Sunnås, donde estaba ingresado para hacer rehabilitación durante seis meses.

Recordaba bien poco.

Eran dos chicos. Al menos eso afirmaba. Dos paquistaníes, dijo con firmeza, lo mismo que había intentado decir nada más despertar del coma.

No recordaba por qué le habían pegado.

No tenía ni idea de por qué los tres se encontraban junto al lago Maridal.

Y no, no sabía cómo se llamaban los chicos.

Puede que los conociera de antes, pero lo dudaba. No recordaba conocer a ningún paquistaní. No le gustaban «esos»: así le citaban en la toma de declaración, con comillas y todo.

A la pregunta de cómo sabía que los chicos eran de Pakistán, y no de la India o de Afganistán, por ejemplo, Gunnar había mirado al investigador con ojos inexpresivos y había pedido que le dejaran dormir.

Habían investigado varios aspectos más, como comprobar las cámaras de vigilancia del supermercado Coop, en el cruce del tranvía y del 7-Eleven de la calle Grefsen.

Nada de lo que hizo la policía dieciocho años atrás había llevado ni siquiera un paso más cerca de saber quién había malherido salvajemente a Gunnar Ranvik.

El lejano reloj de pared dio nueve campanadas.

Hanne Wilhelmsen levantó la vista.

—¿Qué opinas? —preguntó cerrando la carpeta.

—Pues...

Henrik tardaba en contestar y ocultó la cara tras la taza de café tibio.

—Tanto como opinar... —murmuró—. No veo que este caso nos diga mucho de la desaparición de Karina Knoph. Salvo eso. Que Gunnar fue atacado el día que ella desapareció para siempre.

Hanne no dijo nada. Pero seguía mirándole fijamente. Sus ojos glaciares le hicieron sudar y siguió hablando para controlar el maldito sonrojo.

—Sigue siendo increíble que los casos no se hayan relacionado. Fuera lo que fuese este ataque.

Puso la mano sobre la carpeta del caso, más que nada para evitar el impulso de tocarse la aleta de la nariz.

—Puede haber miles de razones por las que estuvieran junto a la presa. Y seguro que diez por las que a Gunnar le hubieran dado una paliza. Pero lo más extraño del caso es que no se menciona el nombre de Karina ni una vez. Tomaron declaración a varios de los amigos de Gunnar para intentar averiguar por qué estaba junto a la presa esa noche. Yo también lo hubiera hecho si el caso fuera mío. Pero ni la madre ni sus tres mejores amigos mencionan a Karina. Quiero decir que en el caso de Karina hay quien afirma que eran novios.

—¿A qué conclusión te lleva eso?

—Que Gunnar no se la mencionó a nadie, por alguna razón desconocida. Antes. Quiero decir antes de que le atacaran. Puede que después sencillamente no la recordara.

Tomó un sorbo de café y dejó la taza sobre la mesa sujetándola con las dos manos.

—Supongo que esa es la explicación más probable —dijo dudoso mirando a Hanne—. Parece que las lesiones de la cabeza eran bastante severas. Puede que la hubiera olvidado. Sobre la razón por la que no habló de ella entonces...

Pensó un par de segundos.

—A esa edad no es infrecuente ocultarles las novias a los padres. ¿O sí lo es?

—A mí no me preguntes. No sé mucho de padres. Y tampoco sé mucho de chicos, pero tengo la impresión de que a los diecisiete os gusta mucho contaros historias de chicas. Historias de verdad e inventadas.

—¿A mí no me preguntes! —se le escapó—. Nunca he tenido novia. Y tampoco me he inventado ninguna.

Hanne sonrió. No era una sonrisa despectiva, ni siquiera bromista. A él le pareció una sonrisa cálida y confiada. Se metió las manos debajo de los muslos e intentó corresponder a su sonrisa.

—¿Sabes una cosa? —dijo ella inclinándose un poco sobre la mesa—. Pronto cumpliré cincuenta y cuatro años y solo he tenido dos. Pero han sido estupendas. La primera murió. La segunda lleva conmigo casi quince años. Tu momento llegará, Henrik.

—No estoy tan seguro —murmuró, pese a todo complacido.

—Pero hay otra cosa que me ha llamado la atención —dijo tan bruscamente que él dio un bote.

Su sonrisa había desaparecido. Se inclinó y sacó una carpeta que Henrik identificó como la de Karina. Debía de tener algún compartimento debajo de la silla. Había intentado comprobarlo al llegar, pero le daba vergüenza quedarse mirando.

—Mira —dijo ella.

Se inclinó y ladeó la cabeza.

—En la declaración de la amiga de Karina, Elisabeth Thorsen, se menciona otro amigo. Abid Kahn.

—Sí. Se había marchado a Pakistán una temporada larga. Una coartada muy firme.

—Exacto. Supongamos que fue así. Que estaba en Asia cuando todo ocurrió. Por muy mala que haya sido la investigación de este caso supongo que lo comprobarían.

Henrik se dio cuenta de que se estaba mordiendo las uñas y puso las dos manos debajo de la mesa.

—Pero mira esto...

Llevaba las uñas pintadas, en efecto, lo vio cuando señaló algo que había destacado en el texto en amarillo. De un largo muy adecuado, pensó, y muy bien pintadas.

—Se referían a Karina como una «*fag hag*, pero con negratas en lugar de maricones» —dijo con tranquilidad—. Es decir, alguien que frecuenta a mucha gente de color. Supongo que la tal Elisabeth quiere decir que... Sí. ¿Qué quiere decir en realidad?

—Paquistaníes, tal vez gente de Oriente Próximo.

—La gente es...

Movió la cabeza desanimada.

—... rara —concluyó Henrik con una sonrisa.

—Iba a decir idiota. Bien. En este caso no tomaron declaración a nadie que no fuera muy noruego. No me extraña, puesto que ya habían decidido que Frode Knoph era un mal tipo y además no habían visto las conexiones con el caso de Gunnar. Pero para nosotros dos, que tenemos ambos casos, sería muy interesante saber con qué otros... —dudó y luego sonrió con ironía y concluyó— negratas trataba Karina.

—¿Y si estaba allí?

—¿Qué?

Hanne enderezó la espalda y le miró escéptica.

—¿Y si Karina fue al lago Maridal —dijo despacio— junto con un par de... sus amigos?

Su expresión le hizo sentirse ansioso.

—Solo ha sido una idea al azar —dijo deprisa.

—Yo lo llamaría una especulación loca.

—Perdón.

—No hace falta que te disculpes.

Seguía teniendo una arruga en el entrecejo, pero al menos no había dejado de mirarle. Como si le animara a seguir, quiso creer.

—Pero escúchame, Hanne. Ay, perdón. ¿Puedo llamarte Hanne?

—¿Y cómo me ibas a llamar si no?

—Perdón.

Respiró profundamente y se metió las manos debajo de los muslos.

—Creo... —dijo sosteniendo su mirada— que es buena idea ver qué es lo que tienen en común los dos casos. Porque no es mucho. Para empezar la fecha. Uno desaparece, el otro recibe una paliza, a la vez. Luego, eran amigos. Puede que novios. Después está su actitud hacia los... —Dudó.

—Negratas —dijo Hanne tajante.

—Sí. Mientras que Gunnar decía que no le gustaban... «esos», creo que eso fue lo que dijo, Elisabeth Thorsen afirma que a Karina le gustaban mucho. Los ne... negratas.

Hanne se quitó las gafas y las dejó sobre la mesa con cuidado.

—Esos son los tres puntos en común que tenemos —dijo Henrik.

—A mí me parece mucho.

—Sí, claro. Pero pueden dar pie a un montón de distintas hipótesis. Y no podemos...

No pudo resistirse más y sacó la mano izquierda para tocarse tres veces la aleta de la nariz y luego empezó a tamborilear con los dedos sobre la mesa.

—¿Te importaría dejar de hacer eso? —dijo ella—. Salvo que no tengas más remedio.

—Tengo que hacerlo —dijo con voz implorante—. Un ratito.

—Vale.

—¿Podemos especular con una hipótesis de proximidad entre ambos? —dijo deprisa—. Gunnar y Karina estaban juntos cerca del río Aker.

—¿Por qué?

—Ni idea. Para dar un paseo. ¿Tal vez... sexo?

—¿Al aire libre en septiembre?

Se puso colorado tan rápido y con tanta intensidad que no hizo ningún intento de disimularlo.

—Sí. Tenía diecisiete años.

Hanne esbozó una sonrisa. Henrik lo interpretó como una señal de que podía continuar.

—Si partimos de que Gunnar decía la verdad cuando afirmaba haber sido golpeado por paquistaníes, pueden haber estado con ellos porque fueran amigos de Karina, o podrían haber aparecido por allí por alguna razón.

—Dos chicos noruegos de origen paquistaní. Dando un paseo una tarde de otoño junto al lago Maridal. Vale. Hace mucho que no puedo salir a pasear pero creo recordar que la costumbre de dar paseos porque sí es una de las últimas que nuestros nuevos compatriotas suelen asumir.

—Sí, pero Pudo haber ocurrido algo. ¿Celos, tal vez? Elisabeth Thorsen menciona tanto a un noruego paquistaní como a Gunnar como posibles novios de Karina.

—El noruego-paquistaní tiene coartada. Estaba en Asia.

—Sí, pero... A ella le gustaban los negratos, tal vez tuvieran...

—Henrik —le interrumpió Hanne levantando la mano.

Él dejó la frase por la mitad.

—¿Tienes hambre? —le preguntó.

La miró desconcertado y volvió a aprisionarse las manos bajo los muslos.

—Falta mucho para la hora de comer —respondió él.

—Sí, cierto. Pero ¿tienes hambre?

—Sí.

Empezó a deslizarse hacia la cocina. La siguió titubeando.

—¡Vaya! —exclamó él al pasar por la amplia puerta—. Qué bonito. Y qué... práctico.

Miró cómo Hanne abría un cajón de la parte adaptada de la cocina.

—Pizza —dijo ella sin que Henrik entendiera muy bien si se trataba de una afirmación o si le estaba preguntando si quería—. Es de anoche, pero la he preparado yo y está muy rica.

Henrik miró disimuladamente la hora. Nunca había comido pizza tan temprano.

—¡Estupendo! —dijo.

—Puedes sentarte.

Se subió vacilante a uno de los taburetes de la isla central.

—¿Sabes en qué consiste el método de investigación naturalista, Henrik?

—Eh... Sí.

Hanne hizo ruido con una bandeja y abrió un horno.

—Explícame —ordenó.

—Se empieza por una observación. O una idea. Luego se elabora una hipótesis de por qué son así las cosas. Por ejemplo, por qué una llama se apaga cuando se la cubre con un vaso. Después hay que hacer una serie de comprobaciones para asegurarse de que la teoría es correcta. Si los experimentos refrendan la hipótesis, en este caso que el fuego consume oxígeno y que por eso se apaga cuando no hay, tenemos una teoría válida. En caso contrario, la hipótesis es falsa. Y se empieza a buscar una nueva teoría.

Hanne metió media pizza en el horno y cerró la puerta.

—¿Ensalada?

—No hace falta.

—Eso no es lo que te he preguntado. ¿Te apetece ensalada de guarnición?

—Sí, gracias.

—¿Por qué te hiciste policía, Henrik?

Giró la silla hacia él unos instantes.

—Porque de niño me acosaban.

Ella se echó a reír. Nunca la había oído reírse. Su risa era baja y a la vez muy clara, como cubitos de hielo moviéndose en un vaso en un día de verano.

—Buena razón —dijo—. Yo escogí la policía porque quería molestar a mis padres. No es una razón muy inteligente.

Sin decir nada más, abrió el frigorífico y sacó el cajón de las verduras. Dejó lechuga y aguacate sobre la encimera baja y cogió dos tomates grandes y un pepino de un cesto del alféizar de la ventana. Henrik la seguía con la mirada sin decir palabra.

—Esa ha sido una explicación bastante buena —dijo ella por fin.

La ensalada estaba lista.

Se deslizó hacia él. Se detuvo a un metro de su silla y descansó las manos en el regazo.

—Creo que eres hábil. Tienes formación y eres listo. Pero ¿sabrías decirme

por qué la labor policial debe ser todo lo contrario del método naturalista?

Se quedó pensando. Por alguna extraña razón no estaba nervioso. Estaba tan tranquilo que pudo dejar las manos quietas. Una sobre la rodilla derecha, la otra en la encimera. Sin tener que obligarlas.

—No. Creo que no, no así de pronto. Supongo que en muchos sentidos es ese el método que utilizamos.

—El que muchos emplean —le corrigió ella—. Pero nosotros no. Ni tú ni yo. Los buenos investigadores, no. Primero observamos algo. Luego hacemos todo lo posible por no elaborar una teoría de por qué es así. Qué ocurrió. Al contrario, nos concentramos en observar más. Buscamos más hechos. Construimos un caso, capa a capa. Al final, cuando hemos terminado, podemos llegar a conclusiones. La conclusión puede ser completamente distinta a la que imaginamos al empezar. Por eso no debemos imaginarnos nada. Elaborar una teoría con una base endeble, como hiciste ahí dentro... —indicó el salón con un movimiento de cabeza— no es un buen trabajo policial.

Henrik no se puso colorado. Su mano izquierda quería golpear un poco la encimera, pero logró impedírselo.

—Pero en un caso tan antiguo... —objetó él— casi no hay nuevas observaciones que podamos hacer. Casi estamos obligados a emplear lo que tenemos, y entonces debemos...

—Vas a ir de excursión —le interrumpió ella—. En cuanto terminemos de comer, vas a tomar una declaración que debería haberse producido hace dieciocho años.

Se oyó la campanilla del horno.

—Gunnar Ranvik vive —prosiguió sin hacer ademán de sacar la pizza del horno—. Anoche di con su dirección.

—Pero ¿puedo...? Quiero decir, ¿puedo ir a hablar con él? ¿Así sin más?

—¿No eres policía?

—Sí.

—¿No ibas a ayudarme a resolver el caso de la desaparición de Karina Knoph? ¿Por orden de la comisaría de la policía de Oslo?

—Sí.

—En ese caso solo hay un sitio por el que puedas empezar. Ahora vamos a comer y, cuando acabemos, tendrás un trabajo que hacer. Para mí.

Las manos de Henrik Holme perdieron el control. Hizo intensos

movimientos propios de un batería, pero estaba tan feliz que no le preocupó lo más mínimo.

La principal preocupación de Khalil Alwasir no era que estuviera en riesgo de perder un ordenador bastante nuevo lleno de información relevante, un par de buenos zapatos y una camisa nueva.

Estaba en el extremo de un grupo de personas a quien la policía intentaba dispersar. Reaccionaban de maneras muy diversas. La mayoría empujaba para poder salir del enorme corro de gente que se había formado en torno a una mochila en medio del gran vestíbulo de la Estación Central de Oslo, otros sentían curiosidad y querían ir hacia el interior. El resultado era que el corro no paraba de crecer y el agujero central no aumentaba gran cosa.

Ya debía de haber una decena de policías. Habían llegado muy deprisa.

Khalil Alwasir por fin había conseguido alcanzar el centro del corro, y todas sus sospechas se vieron confirmadas. Era su mochila la que estaba en el centro de todo aquel follón.

El problema era poder transmitírselo a la policía de manera que despertara confianza.

Khalil era de origen tunecino. A los quince años su familia le había enviado a Francia a estudiar. Su padre era un próspero comerciante y su madre abogada. Khalil era el orgullo de la familia. Hijo único. Apuesto. Muy buen estudiante, respetuoso con todo el mundo y con un tirón con las chicas que a su madre le producía una gran preocupación y un enorme orgullo. A Khalil no.

Al contrario, todas esas chicas que confundían su buena educación y encanto personal con un supuesto interés por ellas eran una molestia. Le gustaban los chicos, y al matricularse en la Sorbona a los dieciocho años floreció como solo puede hacerlo en París un joven gay con ojos de terciopelo y trasero respingón.

A los veinticinco se dejó atrapar en serio. Había acabado el máster en economía en el Pantheon-Sorbonne y llevaba el doctorado bien encaminado cuando conoció a un mochilero noruego que había salido a conocer mundo. El viaje del joven noruego tuvo un final abrupto cuando conoció a Khalil en un bar de ambiente en Le Marais. A la espera de que Khalil terminara su doctorado, Mats Knudsen encontró un trabajo de camarero y se mudó al

cómodo apartamento de su novio tunecino en el cuarto *arrondissement*.

Tres años más tarde se mudaron a Noruega.

Desde entonces habían pasado cinco años, se habían casado y tenían una hija de dos años. Khalil Alwasir tenía un puesto en Aker Solutions que le gustaba. Ese día iba camino del tren del aeropuerto. Iba a hacer un viaje de ida y vuelta a Copenhague, una reunión a la que podía asistir sin tener que pasar la noche.

Venía andando desde el metro y, al pasar bajo la gran pantalla que anunciaba las llegadas y salidas en medio del enorme hall de la Estación Central de Oslo, le habían llamado por teléfono. Para no quedarse parado en medio de una corriente de gente apresurada y malhumorada a aquella hora de la mañana, se había acercado a un banco y se había sentado.

Le llamaban de la guardería.

Elise, de dos años, había empezado la jornada cayéndose de la mesa del desayuno, adonde se había subido sin permiso. Tenía un corte bastante feo en la frente, debía ir al médico y no localizaban a Mats.

Como cualquier padre Khalil se sintió algo alterado al saber que su hija estaba herida. Prometió que iría inmediatamente. Desconcertado por el suceso, y con prisa por llamar y cancelar la reunión de Copenhague, se había olvidado de la mochila. La había metido bajo el banco para evitar a los ladronzuelos, como tenía aprendido desde su estancia en París.

No fue hasta llegar al metro cuando se dio cuenta de que no llevaba nada. Durante unos segundos dudó sobre lo que debía hacer. Lo que más le apetecía era ir a toda prisa a la guardería y estar junto a Elise cuanto antes. Por otra parte, sería un gran inconveniente perder el ordenador. Por no hablar del tiempo que le llevaría rehacer todo su contenido. Se decidió de repente, tranquilizándose con la idea de que, al fin y al cabo, Elise se encontraba al cuidado de adultos.

Cuando volvió a la estación entendió de inmediato lo que había ocurrido.

—... un musulmán —oyó que decía un muchacho rubio con sobrepeso a un policía que intentaba hacer retroceder a la muchedumbre—. Un árabe o algo así. Dejó la mochila y salió escopeteado, ¿no? Empujó la mochila debajo del banco, para que nadie...

El policía berreó que se echaran hacia atrás.

—Tenías que haber visto cómo corría, tío. ¡Esa mochila puede estallar en cualquier momento!

—¡Pues en ese caso apártate de una vez!

—Perdón —dijo Khalil—. Discúlpeme, esa mochila...

Por fin habían llegado cinco hombres de las fuerzas especiales. Llevaban escudo y casco e iban armados. Su sola aparición tuvo un efecto notable sobre el caos reinante. El corro se deshizo en cuanto los cinco se abrieron camino y Khalil Alwasir notó que era más fácil respirar.

—Disculpen —repitió acercándose.

Por fin había conseguido llamar la atención del policía.

—Esa mochila —dijo sonriendo con aire algo contrito—. Es mía. Yo la dejé ahí. Mejor dicho, se me olvidó. Yo...

No tuvo tiempo de informarles de nada más. Cinco segundos después estaba tumbado en el suelo, con las manos a la espalda y dos policías encima. El dolor era intenso, pero fue puro pánico lo que le hizo desmayarse.

Su último pensamiento fue que en la guardería iban a creer que le había fallado por completo a su hija.

Henrik Holme tenía una misión, y no pensaba fallar.

Había tomado un taxi. Hanne le había dicho que guardara los recibos y le reembolsarían todos los gastos. Cuando se metió en el coche frente al edificio de ladrillo rojo de la calle Kruse, se había sentido emocionado y en tensión. Su valor había decaído bastante cuando el taxi se detuvo ante una verja de madera roja.

Miraba inseguro hacia la casa de la calle Skjold desde detrás de la cancela de hierro. Volvía a llover, una llovizna ligera. Henrik se arrepintió de no haber cogido un chubasquero por la mañana; la cazadora nueva de aviador era de piel y no resistía bien la humedad.

La casa estaba bien situada, pero parecía bastante vieja. La puerta de la entrada era nueva, pero el resto del edificio hubiera necesitado que lo rasparan y le dieran dos manos de pintura. El invierno en el este de Noruega había sido el más húmedo desde que se tenían registros. La casa de la linde del bosque estaba mal equipada para afrontar los cambios climáticos. En algunos lugares la madera estaba completamente desnuda y mojada. Henrik Holme estaba junto a la cancela mirando hacia la entrada y la puerta de un rojo intenso, recién instalada. Le daban ganas de agarrar algunos de los materiales que había bajo una funda de plástico, junto a la valla, y acabar de

poner el aislante. No era bueno que las cosas estuvieran a medio acabar con aquel tiempo asqueroso.

De la valla colgaba un buzón verde. En la parte superior de una placa grisácea ponía con letras negras «Kirsten y Trond Ranvik». Debajo habían pegado una tira adhesiva con unas letras casi borradas. Acercándose aún más y entornando los ojos creyó ver que ponía «Gunnar Ranvik».

No debía de recibir mucho correo.

La gente con lesiones cerebrales tan graves solía tener un tutor legal. Seguramente estaba bajo la tutela de su madre. Se ocuparía de las facturas y la pensión y esas cosas.

Hanne había averiguado que el padre de Gunnar había muerto muchos años antes. Pero seguía teniendo su nombre en una placa en el buzón. El de Gunnar casi había desaparecido, y eso que solo tenía treinta y cinco años. Por los papeles del caso sabía que su cumpleaños había sido el martes anterior. Tal vez pudiera empezar a hablar con él de ese tema.

Su madre seguramente no estaría en casa. Todavía no se había jubilado, según averiguaron Hanne y él en la red antes de que se marchara.

La pizza estaba buenísima. Mucho más rica que la del supermercado.

La madre de Henrik nunca preparaba pizza, y él comía casi exclusivamente comida precocinada. Era muy cómodo, y estaba rica, pero no como la pizza de Hanne. Y eso que la había recalentado y se había quemado un poco.

Hanne era en cierto modo su amiga. O tal vez no del todo. Pero esperaba algo de él, así que levantó con decisión el travesaño de la cancela y recorrió el sendero de gravilla que conducía a la casa.

—¡Hola! —probó a decir según se acercaba a la puerta.

No hubo respuesta.

Del sur llegaba el zumbido interminable de la ciudad. El tráfico de la circunvalación 3 sonaba extrañamente cercano, tendría que ver con la dirección del viento. Aunque no hacía aire, pensó mientras agarraba el timbre que colgaba del cable en la puerta a medio montar. Al apretar el botón oyó un grave ding dong en las profundidades de la casa.

No hubo respuesta.

Tal vez Gunnar pasara el día en algún centro. Tal vez no pudiera quedarse solo, ni siquiera las horas que su madre pasara en el trabajo.

O podía haber salido a hacer un recado. Al supermercado. Tal vez estuviera dando un paseo bajo la lluvia. Tal vez tuviera perro, qué sabía

Henrik Holme, y tuviera que sacarlo hiciera el tiempo que hiciera.

Miró a su alrededor atemorizado esperando oír los ladridos de un perro.

Solo oyó tráfico pesado y el zumbido incansable de la ciudad. Además del jaleo que montaba una bandada de urracas en el gran árbol que estaba tan pegado a la casa que sería un peligro si impactaba en él un rayo.

Esto ya no resultaba emocionante.

Estaba a punto de quedar como un idiota.

Despacio, retrocedió dos pasos.

La puerta se abrió.

—Hola —dijo Henrik intentando sonreír.

—Hola —respondió el hombre muy serio—. ¿Quién eres tú?

—Me llamo Henrik.

—Hola, Henrik. Yo me llamo Gunnar.

—Lo sé.

El hombre de la puerta tenía un ligero sobrepeso y no era muy alto. Puede que midiera metro setenta y cinco más o menos. Tenía el cabello oscuro y unas entradas tan profundas que, combinadas con una calva creciente, le dejaban una graciosa isleta de pelo rebelde sobre la frente.

—¿Qué quieres? —preguntó Gunnar Ranvik.

No parecía sentir curiosidad ni tampoco resultaba antipático. Hablaba sin entonación, como si repitiera una frase aprendida.

—Quiero hablar contigo —dijo Henrik—. El otro día fue tu cumpleaños, ¿verdad?

—Sí. Comí tarta. Pero no fue un día agradable porque el Coronel ha desaparecido.

—Claro.

—El Coronel era mi mejor pájaro.

—¡Anda! ¿Tienes palomas?

Gunnar sonrió entusiasmado. Su mirada se desvió hacia la izquierda y emitió unos extraños graznidos a modo de risa.

—Sí. Compito. Pero ¿qué quieres?

Sus ojos volvieron a su sitio cuando dejó de sonreír.

—¿Podría entrar un ratito, Gunnar?

—No.

—Es que me gustaría mucho hablar contigo.

—¿Sobre qué? No tengo permiso para dejar entrar a nadie. En realidad

tampoco tengo permiso para abrir la puerta si llaman. Cuando mamá está en el trabajo no.

—Me alegro de que lo hicieras de todas formas. Pero entiendo que no debas dejar pasar a nadie. Parece sensato.

Los ojos de Gunnar volvieron a desviarse hacia la izquierda y le enseñó los dientes en una amplia sonrisa.

—Sentí curiosidad —admitió—. Nunca llaman a la puerta cuando mamá no está en casa.

El cerebro de Henrik funcionaba a tope. Se tocó las aletas de la nariz tres veces a cada lado.

—¿Tienes permiso para enseñar tus palomas, Gunnar?

—A cualquiera no, pero eso ha sido decisión mía. Las palomas necesitan paz y tranquilidad y muchas de ellas están empollando.

—Pero yo no soy cualquiera, ¿sabes? —dijo Henrik, y decidió en un instante que se lo jugaría todo a una carta—. Soy policía.

—La policía —repitió Gunnar escéptico—. Mi tía ha muerto. La policía no hace su trabajo.

—Lo hago lo mejor que puedo, Gunnar. Lo mejor que puedo.

Se bajó la cremallera y metió la mano en el bolsillo interior.

—Mira —dijo entregándole a Gunnar su placa policial.

—Es bonita —dijo Gunnar cogiéndola.

Se la acercó mucho a los ojos, como si casi estuviera ciego.

—La policía no descubrió quién me dio la paliza —dijo sin dejar de mirar la placa—. Y eso que yo les dije que fueron dos paquistaníes.

—Eso no es mucho para investigar, ya lo sabes, que fueran dos paquistaníes. En Noruega hay muchos.

—Demasiados. Demasiados. ¿Quieres ver mis palomas?

—Sí, me encantaría.

—No soy como los demás —dijo sin hacer ademán de salir al jardín, donde seguramente estaría el palomar—. Es porque me dieron una paliza. Me estropearon el cerebro.

—Lo sé. He leído el informe policial de tu caso. Pero ¿sabes una cosa?

Henrik se inclinó un poco hacia él.

—Yo tampoco soy como todo el mundo —susurró.

—Lo sé. Tu cabeza es demasiado grande.

Henrik sonrió.

Tenía las manos en los bolsillos. Empezaba a hacer frío. Era extraño, pero se sentía más tranquilo, como si el caso mucho más evidente de Gunnar le confiriera a él una normalidad que hiciera los tics innecesarios.

—Eso es porque soy muy, muy listo —dijo.

—Yo no. Ya no. Mamá dice que yo era listo en el cole. Antes. Antes de que me dieran una paliza. Sacaba muchos sobresalientes. ¿Cómo de listo eres tú?

—¿Has oído hablar de Mensa?

—No.

—¿Has oído hablar del coeficiente intelectual?

—Sí, es un programa de la tele. Con ese maricón horrible.

Henrik se echó a reír. Una tranquilidad desconocida se estaba expandiendo por su cuerpo. Era como después de medicarse, hace ya bastante tiempo, un breve periodo en que había insistido en que le dieran pastillas aunque su madre se negara.

—Ese programa se llama *IC*. El título es un juego de palabras, podría decirse. Un juego de letras.

En un instante supo que había acertado al dejarle saber que era policía. De forma brusca, sin siquiera pensarlo, jugó otra carta.

—Stephen Fry, así se llama el presentador. Es cierto que es gay. Y actor. Y judío. Y muchas, muchas cosas más.

Volvió a inclinarse hacia Gunnar en confianza.

—Tiene un novio muy joven —susurró—. Bastante guapo. Eso me da envidia. Yo nunca he tenido novia, ¿sabes?

Se acercó un poco más.

—¿Tú tienes novia, Gunnar?

El hombre algo corpulento movió la cabeza con fuerza.

—No. Nononono.

—Entonces estamos igual.

Gunnar se apartó de forma casi imperceptible.

—No.

—¿No?

—Yo tuve novia una vez —susurró Gunnar, y sus ojos volvieron a desviarse hacia la izquierda—. Vamos a ver las palomas.

Se mantuvo completamente quieto.

—Qué suerte tienes —dijo Henrik—. Yo quiero una novia más que nada

en el mundo. Tiene que ser buena. No hace falta que sea muy guapa. Personalmente opino que casi todas las chicas son guapas. Me importa una mierda si...

Henrik rio por lo bajo, se sentó en el pasamanos de la entrada y se pasó las dos manos por el cabello.

—... si es pelirroja o morena. Por mí, como si tiene el pelo verde.

—O azul —dijo Gunnar.

—O azul —repitió Henrik encogiéndose de hombros—. Como Cyan.

—¿Quién?

—Una chica majísima de un cómic.

—No se llama Cyan. Se llama Karina. Mi novia.

—Bonito nombre.

—No se lo digas a nadie.

—Claro que no.

—Es que su padre es muy estricto, ¿sabes? ¿Vamos a ver las palomas?

—Sí —respondió Henrik sin bajarse de la estrecha barandilla.

Gunnar tampoco hizo ademán de querer marcharse todavía.

—¿Dónde estaba el día que te dieron la paliza? —preguntó Henrik.

—Las palomas tienen que comer.

—Claro. ¿El palomar está aquí en el jardín?

Golpeó con los pies despacio y rítmicamente sobre la madera.

—La empujaron —dijo Gunnar.

—¿Empujaron a Karina?

—Sí. La empujó uno de los paquistaníes.

—Vale. Eso estuvo mal.

—Él era malo. Quería...

Gunnar se interrumpió.

—No me acuerdo —murmuró—. No me acuerdo.

—¿Se cayó?

—Las palomas tienen que comer, no digas nada.

Desvió la mirada hacia la izquierda, pero esta vez mirando hacia abajo, e hizo una mueca asustada y ansiosa.

—Es un secreto —dijo lamentándose y empezó a balancearse de un lado a otro—. No recuerdo nada. No recuerdo nada. No digo nada.

—Está bien —dijo Henrik sereno—. Solo me preguntaba...

Se dejó caer del pasamanos delante de la puerta.

—¿Qué le pasó a Karina?

—Las palomas. Tienen que comer. Debes irte.

—Dijiste que podría acompañarte al palomar.

—Vete. Vete ya.

Gunnar movió los brazos como la parodia de un guardia de tráfico.

—Me voy —le tranquilizó Henrik—. Me marchó, Gunnar.

Bajó de espaldas por la corta escalera de cemento. La gravilla crujió bajo sus pies cuando empezó a caminar con calma hacia la cancela. Al cabo de cinco o seis metros se dio la vuelta. Gunnar seguía en la puerta. Parecía un poco menos alterado. Los brazos colgaban inertes a lo largo del cuerpo. Sus ojos bizqueaban un poco.

—¿Puedo volver? —preguntó Henrik.

—No.

—Vale. Pero me habría gustado ver tus palomas.

Henrik levantó la mano a modo de despedida y volvió a darse la vuelta.

—¿Qué has dicho? —gritó al creer oír algo a su espalda.

—Se cayó al agua —dijo Gunnar tan bajito que Henrik no estuvo seguro de haberle oído bien.

Antes de que pudiera repetir la pregunta, Gunnar desapareció en el interior del minúsculo chalet. La puerta se cerró tras él y Henrik oyó que echaba el cerrojo.

Billy T. había caminado unos cien metros después de desviarse de la calle Årvoll cuando oyó un sonido que le hizo detenerse de golpe. Apenas había rozado su oído durante menos de un segundo, pero no dejaba lugar a dudas.

Billy T. reconocía el sonido de una radio policial cuando la oía, y se había interrumpido cuando alguien cerró una puerta con suavidad.

Se agachó despacio, con cuidado, y apoyó una rodilla en el asfalto mojado. Se soltó los cordones de la zapatilla derecha y se los volvió a atar mientras echaba una mirada experimentada alrededor sin mover más que los ojos.

Por supuesto que Arfan Olsen estaba bajo vigilancia.

Si su uso de las redes sociales era similar al de Linus no le extrañaba que los servicios de inteligencia hubieran tenido que recurrir a los viejos y consolidados métodos de investigación.

Usar gente, sin más.

Gente a pie y, probablemente, equipos de escucha en su apartamento.

Ese mínimo rumor de la radio policial era un error, claro. Una metedura de pata que muy pocos aparte de Billy T. habrían captado. El sonido debía de proceder de una furgoneta blanca aparcada al otro lado de la calle, junto al contenedor de basura detrás del que él mismo se había escondido día y medio antes. Era un vehículo de lo más corriente, tan sucio como cabía esperar. Billy T. cambió de rodilla y repitió la misma cuidadosa maniobra con la zapatilla izquierda.

La zona estaba en silencio.

No había empleados de empresas de telefonía en los postes, ni operarios cavadores de zanjas que descansaran tomándose un refresco de cola. No había más equipos del servicio de inteligencia, el PST. Un gato cruzó la calle con calma. En el aparcamiento paralelo al bloque en el que residía Arfan Olsen había algún que otro coche abandonado.

Billy T. concluyó que había un solo puesto de observación. La furgoneta blanca. Eso debía significar que sabían que Arfan no estaba en casa. Si hubiera estado habrían tenido controles rodeando el edificio. Esa gente estaba allí por si acaso, para informar de posibles visitas. Irregularidades, cualquier cosa. Billy T. rio por lo bajo al ponerse de pie y sacudirse el polvo de las rodillas de los pantalones. Hoy en día los servicios de inteligencia consistían sobre todo en saber manejar un ordenador. Ordenadores inconcebiblemente grandes con algoritmos y alarmas encriptadas y un montón de mierda de la que Billy T. no tenía ni idea. Internet era el gran campo de acción de la inteligencia moderna y muchos de los delincuentes no tenían la cabeza suficiente para evitar publicar sus malvados planes en webs que debían de saber que estaban bajo permanente vigilancia. Sobre todo los malditos yihadistas, que, amparados en la libertad de expresión, llenos de prepotencia, tenían páginas dedicadas a manifestar su odio por la sociedad que les cobijaba.

A tomar por culo internet.

Esto de ahora sí que era el terreno de Billy T.

Giró a la derecha en lugar de a la izquierda. Se alejó de la furgoneta y del bloque en el que vivía Arfan Olsen. Luego dio la vuelta a un edificio de menor altura que estaba al sur de la carretera y giró de nuevo hacia el norte al resguardo de él. Cruzó el césped de la calle Årvoll, lo siguió unos metros y tomó a la derecha por la calle Kildeveien. Cruzó otra explanada de césped y

por fin se encontró en la trasera del edificio de Arfan, en la fachada oeste, donde estaban los balcones.

Algunos estaban acristalados. En un primer momento pensó que era un problema imprevisto. El primero desde abajo en el lado izquierdo, lo sabía por el timbre al que había llamado Linus. Visto desde este lado del edificio era su derecha. El primero a la derecha del primer par de balcones. Como si quisiera apuntar con un arma dirigió su dedo índice derecho al que pensaba que debía de ser el balcón correcto. Una bendita niebla había llegado desde Årvoll cuando dejó de llover y la visibilidad no alcanzaba los cien metros.

Para él era más que suficiente.

Todo seguía en silencio.

Se acercó al balcón del bajo. Por suerte no estaba acristalado y era tan bajo que un hombre alto podía mirar por encima de la barandilla sin dificultad.

En un rincón se amontonaban unas sillas de exterior. Bajo un plástico se intuía una barbacoa de gas y tres jardineras vacías. No salía luz del interior. Se arriesgó y se subió a la barandilla.

Fue más fácil de lo que había pensado. No sabía cuánto pesaba. Demasiado, eso era evidente, y la duda le asaltó cuando vio la maniobra que tendría que hacer para alcanzar el balcón superior.

Acercó la cara al cristal, se protegió de la luz con la mano y miró hacia el interior. No había nadie en casa. Al menos nadie en el salón. Abrió las contraventanas que protegían los cristales de los lados, los sacó de las ranuras en las que estaban insertadas, y las depositó contra la pared con mucho cuidado. A toda velocidad y con una agilidad de la que no se había creído capaz, subió al borde, se apoyó en el canalón que bordeaba los tres balcones en vertical y con ayuda de un respiradero de la pared puso un pie y se elevó hasta el piso siguiente.

Lo había conseguido, joder.

Se mantuvo pegado a la pared en el lado derecho del balcón para recuperar el resuello. Era el único medio metro cuadrado que no era visible desde el interior si no te acercabas a los cristales.

Le quemaban los muslos. Podía oír su propio pulso y estaba acelerado. Respiraba con la boca abierta y se obligó a tranquilizarse.

Por fin se atrevió a inclinarse a la derecha. Deprisa, solo para echar un vistazo al interior.

Estaba oscuro, aparentemente no había nadie.

Volvió a inclinarse para mirar hacia el interior otra vez. Necesitó unos diez segundos para concluir que el servicio de inteligencia no se equivocaba y Arfan Olsen no estaba en casa.

Billy T. se puso en cuclillas delante de la puerta del balcón y sacó la ganzúa del bolsillo. Era demasiado sencillo. La gente se gastaba miles de coronas en asegurar la puerta sin pensar en que era mucho más fácil entrar por la terraza.

Tardó once segundos, según sus cálculos, y se puso un par de guantes desechables de la marca Jordan.

Abrió la puerta tan silenciosamente como pudo y se deslizó al interior. Como era muy probable que el piso tuviera instalados micrófonos, se descalzó y miró a su alrededor.

No olía a nada.

El salón estaba amueblado de forma espartana. Un sofá de IKEA, el mismo que tenía él. Una butaca y una mesa vieja con marcas de humedad y cercos de vasos en la madera. Contra una de las paredes se apoyaba una estantería y la parte baja era un armario con puertas. Se aproximó y echó un vistazo rápido a los libros, que solo ocupaban tres de los nueve metros de estantería disponibles. Eran en su mayoría libros de derecho, por lo que pudo ver. Un par de novelas de Jo Nesbø y un atlas universal. Tres guías de viaje de Berlín, Praga y Roma. Las paredes estaban desnudas.

Todo estaba tan ordenado como en la habitación de Linus.

Era la habitación de Linus en formato de salón.

Billy T. notó que volvía a acelerársele el pulso, no supo por qué. Todo seguía estando en silencio, pero a pesar de eso sintió una necesidad perentoria de salir de la vivienda. Ya no sabía qué le había llevado a entrar allí.

Intentó respirar con tranquilidad, pero sentía pinchazos en las manos y en los pies. Se dio cuenta de que estaba hiperventilando y buscó con ansiedad algo en sus bolsillos que pudiera servirle de bolsa. Solo encontró las llaves, monedas y el móvil y optó por formar un cuenco con las manos. Respiró despacio y profundamente por la abertura que dejó con el pulgar izquierdo.

Linus decía la verdad. No se había convertido.

Desesperado, intentó recordar qué le había inducido a pensar que eso era una buena idea. Qué le había llevado a creer que era necesario invadir un apartamento de Årvoll para descubrir en qué se había enredado su hijo. Su cerebro no respondía, como si todos sus pensamientos se esfumaran antes de

materializarse. Todo era caótico y de golpe se quitó las manos de la boca y agarró el móvil. Sus dedos temblaron cuando buscó la cámara. Se quitó el guante de la mano derecha, se puso el teléfono a la altura de la cara y empezó a tomar fotos. Hacia el balcón, hacia el salón. Se dio la vuelta, retrocedió dos pasos y fotografió la librería en dos clics, la parte derecha y la izquierda.

Le ayudó hacer algo que no requiriera más que apretar un botón. No pensaba en nada más que en fotografiar todo el piso. Fue de habitación en habitación en silencio, abrió armarios y cajones con la mano izquierda, que seguía enguantada, haciendo fotos sin parar. Pasados unos minutos prácticamente no quedaba nada en el pequeño apartamento que no estuviera almacenado en el nuevo Samsung Galaxy de Billy T.

Seguía teniendo el pulso acelerado, pero ya no estaba atenazado por la angustia. Se puso los zapatos, metió el móvil en el bolsillo interior y se deslizó de vuelta al balcón.

Dos minutos más tarde estaba en el césped. Sentía una necesidad imperiosa de escapar corriendo todo lo deprisa que pudiera. Pero se obligó a cruzar el césped con tranquilidad, por el mismo camino por el que había llegado y no miró hacia atrás hasta que alcanzó el bosquecillo de la calle Kildeveien.

Todo estaba en calma. Nadie le había visto. El aire frío y húmedo era una liberación y respiró con más facilidad. Apenas podía distinguir los balcones entre la niebla. El lunes, cuando decidió llegar hasta el fondo en sus averiguaciones sobre qué estaba haciendo Linus, había ido a su médico de cabecera y le habían dado la baja por el estado de su rodilla. No le pasaba nada a ninguna de sus rodillas y, desde ese punto de vista, podía añadir el fraude a la lista de delitos que había cometido los últimos días. Ya eran unos cuantos.

Se encogió de hombros para protegerse del frío y siguió su camino. Por lo menos había recordado cuál era el objetivo de su incursión ilegal en casa de Arfan Olsen y el ataque de ansiedad se le iba pasando.

Silje Sørensen temía estar enfermando. Tenía una incómoda sensación de calor, le picaba la garganta, y el dolor de cabeza, que ya duraba más de un día, la estaba volviendo loca.

—Por fin llegas —suspiró cuando Håkon Sand hizo acto de presencia tras golpear con los nudillos en la puerta unos segundos antes de entrar—. Tengo

que ir a casa y dormir un poco.

Eran las seis y media de la tarde del jueves 10 de abril. Después del vergonzoso incidente de la brutal detención de Khalil Alwasir y del intento de pública disculpa, las cosas se habían puesto muy feas.

Habían pasado más de dos días desde la explosión en Gimle Terrasse. Hasta ese momento la opinión pública parecía condicionada por un cierto respeto por los muchos fallecidos y sus deudos, al menos en los medios tradicionales. Pero también estos habían ido dando paso a lo que Silje llamaba en su fuero interno fuerzas de extrema derecha, aunque sabía que no merecían tal nombre. Había gente todavía peor. Si no tenían acceso a la prensa y las emisoras de televisión, lo compensaban desbarrando sin cortapisas en las redes sociales.

Como si el PST no tuviera ya bastante que hacer, pensó en las pocas ocasiones en las que había dedicado un par de minutos a echar una mirada a Facebook o Twitter.

Las voces musulmanas con presencia en la opinión pública noruega se habían mantenido en silencio con muy pocas excepciones.

Estaban de duelo.

Los entierros ya habían empezado, para las familias que tenían a alguien a quien enterrar. No eran todas. Había dado órdenes para que la policía y Medicina Legal entregaran los cuerpos cuanto antes. Los familiares no sufrirían innecesariamente al no poder enterrar a sus seres queridos enseguida.

Pero tras el incidente de la Estación Central de Oslo a muchos se les había agotado la paciencia.

Dos diputados, una mujer del Partido Conservador y un hombre del partido Izquierda Socialista, se mostraron tan iracundos durante una entrevista concedida a la televisión pública NRK que Silje creyó ver la saliva atravesando la pantalla del televisor. Repetían, una y otra vez, que no había razón alguna para creer que Khalil Alwasir fuera un terrorista, salvo que la policía se hubiera basado exclusivamente en el color de su piel y de su cabello. Alwasir llevaba el pelo corto y no tenía barba, iba vestido con una chaqueta de Armani y pantalones vaqueros de marca. Podría haberse identificado como jefe de una división de la multinacional Aker Solutions si la policía hubiera dedicado treinta segundos a escucharle en lugar de tirarle al suelo tan brutalmente que perdió el conocimiento.

Racismo. Musulmanes influyentes en todo el país se rasgaban las vestiduras, y Silje tenía que darles en parte la razón. En público no, claro. Aseguró a la opinión pública que eran tiempos difíciles y que Alwasir había abandonado una mochila sin dueño a pesar de las reiteradas advertencias de las autoridades al respecto. Pero con Håkon pilló un cabreo monumental antes de que se encogiera de hombros hacia las diez de la noche y se fuera a casa a dormir.

Claro que era racismo.

El racismo de todos los días combinado con un estado de histeria generalizado, pensó. Una combinación letal.

—¿Me haces un breve resumen antes de irte? —preguntó Håkon dejándose caer en una silla—. Joder, qué bien me ha venido dormir.

—Me lo imagino. Podría entrar en coma aquí mismo.

—Arreglaste lo del tunecino ese antes de que me fuera, así que no hace falta que lo comentemos.

Abrió la boca para echarle la bronca otra vez, pero no tuvo fuerzas.

—El explosivo —dijo en su lugar.

—¿Sí?

—Los análisis preliminares indican que se trata del C4 que utiliza la OTAN. En otras palabras, puede proceder de nuestras propias filas. Desgraciadamente, o por suerte, todo depende de cómo lo mires. Si fuera de Oriente Próximo tendríamos un megaproblema porque alguien habría conseguido introducirlo en el país. Si es noruego, alguien va a tener un problema para justificarse, por decirlo con suavidad.

—Defensa —corroboró Håkon.

—Sobre todo ellos, imagino, pero también se utiliza C4 en la vida civil. Muy poco, pero se da. Trabajamos a tope para concretar la composición y así esperamos averiguar de dónde procede. Además, este tipo de bombas pueden contener trazas de otras sustancias. Trabajan a un ritmo explosivo, por emplear una expresión tal vez no muy adecuada a las circunstancias.

—Tendremos que ser pacientes —dijo él con una media sonrisa.

—Dile eso a la gente —suspiró ella tapándose la cara con las manos.

—¿Y el asesinato? ¿Jørgen alias Abdalá?

Silje se dejó caer despacio en la gran silla de oficina. Echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos.

—Sin novedad —murmuró.

—Nunca puede decirse que no haya nada nuevo —objetó Håkon—. ¿Algo relativo a la hora de la muerte, por ejemplo?

—Los indicios preliminares indican que en algún momento entre el sábado por la noche y el domingo por la tarde. Lo que confirma el problema.

—¿Qué problema?

Silje abrió los ojos y le miró fijamente.

—Cualquiera diría que la que ha descansado soy yo, no tú. La secuencia de los hechos, ¡claro! En el vídeo que nos mandaron el martes por la tarde, Abdalá lee un mensaje en el que comunica que han volado las oficinas del ISAN. Pero cuando el ISAN estalló, nuestro amigo ya estaba descuartizado en medio de un pedregal en Marka. Según todos los indicios.

Cerró los ojos con fuerza y los abrió del todo.

—Quiero decir... —murmuró—, pueden haberle descuartizado un tiempo después de matarle. Y también el transporte puede ser posterior.

—¿Hemos conseguido establecer un buen contacto con el ISAN?

Silje se encogió de hombros.

—Hay bastantes... rutinas con las que deben cumplir estos primeros días. Y supongo que están bastante noqueados. Ya sabes que su líder murió, pero por fin hemos conseguido establecer un contacto permanente con la segunda. ¿Cómo se llamaba?

—No me acuerdo. Me llevó dos años recordar los nombres de políticos nacionales como Abid Raja y Hadia Tajjik. ¡Es que nos faltan referencias para todas esas extrañas combinaciones de letras! Ola es Ola, ¿no?, Marius es Marius y Mohamed tiene un pase. Pero todos esos otros nombres resultan incomprensivos...

—¡Håkon!

—Uy —dijo dándose un golpecito en la boca—. Por unos instantes he olvidado ser políticamente correcto.

Se quedaron en silencio.

Silje imaginó que si cerraba los ojos podría oír a todos los periodistas que se acumulaban frente a la recepción, incluso desde aquel sexto piso con las ventanas cerradas. Cuando abrió los ojos el murmullo se extinguió.

—¿Hemos consultado a los norteamericanos? —dijo Håkon.

—¿Sobre imágenes de satélites? Sí. No les gusta reconocer que tienen Noruega tan vigilada, pero sus satélites pasan por encima de nosotros a intervalos regulares. Es seguro que tienen imágenes de la sierra de

Nordmarka. Pueden ser increíblemente detalladas. Si tuviéramos muchísima suerte puede que hayan tomado algunas cuando tiraron el cadáver. En el caso de un crimen normal y corriente se habrían limitado a mirarnos con aire interrogante y ligeramente ofendido. En un caso de terrorismo como este...

Tragó saliva y se llevó la mano a la garganta.

—Creo que me estoy poniendo enferma.

—No puedes.

—En un caso como este quizá los norteamericanos sean un poco más flexibles. Con toda la discreción del mundo, claro. No nos darán permiso para contárselo a nadie, por así decirlo. Los del Ministerio de Asuntos Exteriores están en ello. Ya veremos.

Håkon se puso de pie y se acercó a la cafetera. Apretó un par de botones y se oyó el habitual rugido bajo y profundo.

—¿Te apetece?

—No, gracias —dijo ella—. Espero dormirme en cuanto llegue a casa.

—He pensado en una cosa —dijo él mientras esperaba a que la cafetera acabara de ronronear.

Silje no respondió. Intentaba reunir fuerzas para levantarse, pero no sabía si sería capaz.

—¿A quién le beneficia que el ISAN se haya visto tan mermado?

—Solo los terroristas se benefician de las acciones terroristas —dijo ella con voz inexpresiva.

—Pero...

Håkon cogió su *espresso* doble y volvió a sentarse.

—... en realidad, los dos extremos salen ganando con esto, ¿no es cierto?

—No tengo ni idea —murmuró ella—. Quiero irme a casa. ¿Podrías hablar con el servicio de conductores? No debería conducir en este estado.

—La gente como Kari Thue tiene su día de gloria. Y también los oligofrénicos del ala más derechista del Partido del Progreso.

—Håkon...

Ya no tenía fuerzas para corregirle con severidad.

—Pero ¿no les has oído? Se lo están pasando pipa con su retórica desmadrada del tipo «Ya te lo advertí». Y a la vez resulta evidente que al menos los musulmanes más extremistas disfrutaban de la idea de que el ISAN tiene una vía de agua. Literalmente.

—Pues no, literalmente no. No iban en ningún barco. En sentido figurado.

Él parecía no haber oído sus palabras. Siguió adelante sin inmutarse.

—Mi vecino pertenece al ISAN. Menos mal que no estaba allí el martes. Es un tipo estupendo. Es conductor de autobús, pero ganó nueve millones de coronas en la lotería primitiva unos años atrás y se compró un adosado cerca de nuestra casa. Es paquistaní, como casi el 70 por ciento de los miembros del ISAN. Asif, ese es su nombre. Asif Afidri.

—Así que de ese nombre sí te acuerdas...

Håkon la miró sorprendido.

—¡Claro, le conozco! Un tipo estupendo, ya te lo he dicho antes. Más dispuesto a ayudar a la comunidad de vecinos que todo el barrio de Langmyrgrenda junto. Tres hijos estupendos. Dos niños y una niña. Su mujer es un poco reservada, eso sí, y sospecho que no habla muy bien noruego que digamos, a pesar de que lleva aquí por lo menos veinte años. Pero siempre sonrío. Nunca han dado un problema. Y, Silje, no es que el ISAN represente lo que queremos...

Se interrumpió y dudó unos instantes. Dio un sorbo a su café.

—Son musulmanes de esos que deseamos tener en el país —dijo inusualmente pensativo.

—O musulmanes que son como quieren ser —dijo Silje bostezando—. Noruegos, eso es todo. Más noruegos que musulmanes, como dijo el profesor Siddiqui.

—Sí, claro.

Håkon estaba animado, se inclinó hacia delante con las piernas abiertas y un codo en cada rodilla.

—Pero es que suponen una amenaza para los dos extremos de la escala, ¿no crees?

—Sí. ¿Llamarías a ver si hay un conductor?

—La gente como ese troll de Fjord y Kari Thue y la escoria del Partido del Progreso no quieren que haya musulmanes como los del ISAN. Quieren locos como Mohamed... ¿cómo se llamaba?

—Awad.

—Como Mohamed Awad y el mulá Krekar. Quieren a los locos. Los que amenazan al presidente del gobierno, emiten fetuas y cosas así.

—Nunca he oído de una fetua en Noruega. Y ahora tengo que irme a casa, Håkon.

—Lo paradójico es que los musulmanes más extremos buscan lo mismo —

prosiguió casi entusiasmado—. No quieren musulmanes noruegos de verdad. No quieren gente que celebre la fiesta nacional del Diecisiete de Mayo con trajes regionales y banderas al viento. Ni concejales, ni médicos de familia ni entrenadores de fútbol en la liga infantil. No quieren mujeres musulmanas que se casan con noruegos y escriben el nuevo noruego mejor que el 90 por ciento de los noruegos de origen.

—Ya hablaremos de eso en otro momento.

—Pero ¿no ves adónde quiero ir a parar? —casi gritó mientras se levantaba de un salto—. El PST trabaja con la teoría de que este grupo de jovencitos perdedores, encabezados por un listillo con la carrera de derecho a medias, son manipulados por yihadistas. Pero ¿no podrían igualmente haber sido incitados por ultraderechistas?

La comisaria se detuvo camino de la puerta.

—Llámame si pasa algo relevante. Pero tiene que ser algo importante de verdad.

—Sí, claro. Pero ¿estás de acuerdo?

—¿Con qué?

—Que cuando se trata del ISAN los islamistas y los racistas tienen intereses comunes.

—Puede ser —dijo ella, y salió por la puerta sobre unos tacones que hacía horas que se arrepentía de haberse puesto—. Puede que tengas razón.

Quizá debería haberle hablado a mamá de la visita inesperada. En el momento en que el policía de cabeza grande se marchó de allí, estuvo seguro de que lo haría. Pero entonces se puso a cuidar de las palomas. Olvidó a Henrik. Ya ni siquiera estaba seguro de que su nombre fuera Henrik. Sí, era Henrik, pero no había dicho su apellido.

Cuando mamá volvió, recordó la visita inesperada.

Pero mamá estaba muy estresada.

Intranquila, de la manera que a Gunnar no le gustaba nada que estuviera. Iba de habitación en habitación sin tener nada que hacer allí, y cuando dijo que Peder tenía que llevarse a dos de las palomas, Gunnar se enfadó. Mamá no soportaba que se enfadara. Su mirada se oscurecía y su voz sonaba aguda otra vez, y todo se detenía.

Solo él sabía manejar a las palomas. Peder lo hacía bastante bien, pero

mamá era demasiado brusca. Había que llamarlas con voz amorosa y manos cálidas, no había que agarrarlas en el nido. Él hacía que cada paloma, salvo las más jóvenes, entraran en la jaula de transporte por su propia voluntad.

—No —se quejó oscilando de un lado a otro en el sofá.

—Sí —dijo su madre con firmeza—. Y tú te vas a quedar aquí mientras Peder atiende a las palomas.

Se marchó.

Gunnar se echó a llorar. Aprovechó la ocasión mientras ella no estaba. Mamá siempre se enfadaba cuando él lloraba, salvo que de verdad se hubiera hecho daño. A veces pensaba que era porque los hombres adultos no lloran. Que él llorara era la prueba de que no había llegado a hacerse mayor. Mamá odiaba que nunca se hubiera hecho adulto de verdad.

En realidad, a mamá le disgustaban muchas cosas, pero no todas eran por culpa de Gunnar, afortunadamente. Se acercó a la ventana, aunque le había dicho que se quedara en el sofá hasta que ella volviera.

Peder era un buen hermano, pero a Gunnar no le gustaba que estuviera en el palomar sin él. Vio que estaban trajinando allí. Mamá salió con la primera jaula. Estaba demasiado lejos como para que pudiera ver quién había dentro, pero temía que fuera Brumm. Brumm necesitaba descanso y cacahuets sin sal, una golosina que Gunnar guardaba para los mejores pájaros.

A las palomas no les convenía la sal.

Las vacas tenían rocas de sal entre el pasto, lo había visto el año anterior cuando fueron de vacaciones a Valdres. A los perros les gustaban los cacahuets, pero seguramente no les hacían bien. A él no le gustaban las patatas si no llevaban un montón de sal, y por unos instantes intentó recordar el nombre del hombre desconocido que había llamado a la puerta por la mañana.

Gunnar tenía muchas ganas de que llegara el verano.

Entonces se bañaría, y sería muy interesante seguir la evolución de los nuevos polluelos que pronto saldrían del cascarón. Mamá le había dicho que había varios compradores para los últimos descendientes del Coronel.

Ganaría dinero.

Tal vez pudiera comprarle algo bonito a Karina, pensó de repente, y su cara se abrió en una gran sonrisa mientras sus ojos subían hacia la izquierda.

No. No sabía dónde estaba Karina. El chico paquistaní la había empujado y Gunnar no sabía muy bien lo que había pasado después.

Ese policía tenía una cabeza grande de verdad, pensó volviendo a sentarse en el sofá. Seguro que allí dentro había sitio para muchos pensamientos.

En su cerebro no, recordó, y empezó a llorar otra vez. Dejó que las lágrimas rodaran para acabar de una vez. Dentro de no mucho mamá estaría de vuelta, y para entonces tenía que haber recuperado su sonrisa.

Esa sonrisa que a mamá le gustaba tanto.

—Me encanta el pescado —dijo Henrik Holme, y volvió a servirse palitos de pescado caseros—. ¿Cómo los haces?

—Se compra merluza fresca —dijo Ida Wilhelmsen muy seria mientras sus ojos seguían el camino de los trozos desde la fuente al plato de Henrik—. Luego se corta en trozos rectangulares. Después se mojan en huevo. En otro cuenco hay que tener Corn Flakes machacados con la mano. Y sal y pimienta, claro. Luego haces rodar los trozos de pescado por la masa y se fríen a temperatura media con buena mantequilla. Hasta que estén dorados y bonitos.

—Buena mantequilla —repitió Henrik con una sonrisa—. Nunca había oído a nadie de menos de cincuenta decir eso.

Ida seguía mirándole muy seria.

—No quisiera parecer descarada —dijo ella—. Pero tienes una nuez muy grande.

Henrik sonrió.

Le gustaba Ida. Ida no hablaba en clave.

—Lo sé. Me molesta con bastante frecuencia. Mi madre dice que debería plantearme una operación.

—¿Una como las que se hacen los trans? —preguntó curiosa.

—Es hora de acostarse —dijo Hanne.

—Pero si él no ha acabado de comer —protestó Ida—. Es de mala educación marcharse de la mesa antes de que los invitados terminen de comer.

—No es de peor educación que comentar el aspecto físico de los invitados —dijo Hanne tajante—. Ve a prepararte. Iré a darte las buenas noches dentro de veinte minutos exactos.

—La verdad es que podéis ser bastante maleducadas las dos —dijo Henrik secándose los labios con una servilleta atravesada por letras doradas que decían «Feliz Navidad»—. Bueno, de vez en cuando. Y, para ser sincero, me

gusta.

—Mañana vuelve mamá —dijo Ida llevando su plato a la cocina—. ¿Conoces a mamá?

—No.

—Te gustará. A todo el mundo le gusta mamá.

—A diferencia de...

Hanne sonrió con la boca torcida a su hija, que desapareció en la cocina. Oyeron que pasaba el plato por el grifo y lo metía en el lavaplatos antes de regresar.

—Tú le gustas a todo el mundo que te conoce —dijo—. El problema es que no te conoce casi nadie. Y todo el mundo conoce a mamá.

La niña se frotó las manos, como si hubiera hecho un trabajo sucio. Por un momento pareció dudar y luego se acercó a Henrik y le dio un beso.

—Buenas noches, Henrik. Vuelve pronto.

—Acabas de portarte de manera muy educada —sonrió notando que el rubor, ese maldito rubor, le subía por el cuello.

En cascada.

Nunca le había dado un beso una niña.

No desde que era muy pequeño.

Fue un instante de puro bienestar.

Agarró el vaso de agua y bebió un sorbo como si fuera el mejor de los vinos.

—Buenas noches, Ida —dijo—. Ha sido muy agradable haberte conocido. Y debo decir que eres una cocinera estupenda. Cuando yo tenía tu edad solo sabía freír un huevo.

Ida se marchó.

—Una chica muy maja —dijo al oír una puerta que se cerraba.

—Sí. Un pelín resabiada de vez en cuando, pero buena niña. ¿Te importa recoger el resto?

Henrik se levantó. Intentó recordar si alguna vez había quitado una mesa que no fuera la suya propia o la de casa de sus padres. Mientras metía los platos y los cubiertos en el lavaplatos, concluyó que nunca le habían invitado a cenar. Aparte de la familia.

—Ya está —dijo al regresar a la mesa del comedor con un paño—. Muchas gracias por invitarme a cenar.

—Así que Karina estaba con ellos aquella tarde —dijo ella mientras él

secaba la enorme mesa de roble con ahínco.

—Eso dijo Gunnar. Se fue de la lengua, eso es evidente. Es bastante probable que sea la primera vez que lo cuenta. ¿Sabes lo que creo?

—¿Recuerdas lo que te he dicho esta mañana?

—Que no debemos creer sin más. Sí, claro. Pero escucha esto...

Pasó el trapo una última vez por el final de la mesa y se sentó.

—Mejor que ese trapo no se quede ahí, dejará una mancha —dijo Hanne señalando.

—Perdón.

Se levantó de un salto y lo llevó a la cocina.

—No hace falta que pidas perdón por todo —gritó ella, y le pareció notar algo de irritación en su voz.

—No —dijo levantando las manos al entrar—. Disculpa. Ya no lo haré más.

Ella le miró con un ligero aire de reproche.

—¿Bebes vino?

—No. Sí. Quiero decir que claro que bebo vino, pero no me gusta demasiado.

—Entonces ¿qué te apetece?

—Nada. Estoy bien.

Cogió el vaso de agua que quedaba sobre la mesa.

—Bien —dijo ella—. ¿Qué ibas a decir?

—La lesión cerebral de Gunnar parece severa —dijo Henrik—. Diría que su edad mental ronda los seis años. Puede que ocho. Pero, a diferencia de la mayoría de los niños de seis años, tiene una capacidad limitada para memorizar. Tuve la sensación de que olvida las cosas de un segundo al siguiente. Pero a la vez hay bastantes cosas que puede recordar. Por ejemplo se ocupa de sus palomas. Palomas de competición. Supongo que eso exige conocimientos y rutinas, lo que a su vez presupone capacidad de recordar cosas y organizarse. No es que yo sea un experto en cerebros, pero... —Reflexionó unos instantes intentando reconstruir la conversación que había mantenido con Gunnar—. Recuerda algunas cosas del pasado, eso es evidente —dijo por fin—. No ha olvidado a Karina. Se ha aferrado a la historia de los dos paquistaníes desde que fue capaz de hablar después del ataque. Y si...

Miró por la ventana, hacia el norte. El cristal seguía atravesado en diagonal

por una grieta casi recta.

—Karina y Gunnar estaban junto a la presa —empezó otra vez—. Creo que Gunnar no es capaz de mentir.

—¿Por qué no?

—Es demasiado difícil. Demasiado complicado. Ya le resulta bastante difícil retener información, no contar todo lo que sabe. Creo que ese es el límite de sus capacidades. Cuando se refirió a Karina, y sobre todo cuando mencionó que se había caído al agua, o mejor dicho que la empujaron, parecía bastante desesperado. De hecho, puede ser la primera vez que lo haya contado.

Hanne entornó un poco los ojos.

—¿Por qué ibas tú, un desconocido, a conseguir que hablara de algo que no ha mencionado a nadie en dieciocho años?

Henrik se puso de pie. Se tocó la aleta de la nariz tres veces con una tímida sonrisa. Se dio un golpe en la sien con los nudillos de la mano izquierda y se tiró del lóbulo de la oreja derecha.

—Porque hablé con él, no de él. ¿Sabes, Hanne...? —Volvió a sentarse y se metió las manos debajo de los muslos—. Ser diferente es bastante complicado.

—De eso lo sé todo.

—No, con todos mis respetos: no lo sabes.

Pudo sostener su mirada azul glacial sin titubear.

—Sigue —dijo ella pasados unos segundos.

—Tu manera de ser diferente despierta admiración. También ira, creo, tal vez impotencia.

Iba a añadir «amor», pero no se atrevió.

—En la comisaría todavía hablan de ti —optó por decir—. Tu diferencia es en cierta manera... algo elevado. La mía, por el contrario, a la gente le provoca risa. En el peor de los casos les doy asco. En el mejor, pena. A mí se me define hacia abajo, a ti hacia fuera. O hacia arriba, para muchos. La primera vez que oí hablar de ti fue casi como si fueras una semidiosa.

Ella sonreía, incluso con los ojos.

—Por el contrario, con la gente como Gunnar la diferencia se intensifica. Para empezar su aspecto es todavía más llamativo que el mío. No es muy guapo, a decir verdad. Tal vez lo fuera alguna vez, pero sus muecas son... feas. Por otra parte, hablar con él es todo un reto. Con frecuencia responde a

las preguntas de manera extraña y poco apropiada. Y sus propias afirmaciones también. Por ejemplo, puede decir que se va a marchar, y no moverse del sitio. Creo que pasado un tiempo, no demasiado, es fácil que las personas que le cuidan dejen de verle. Quiero decir que...

Ladeó la cabeza y observó el vaso de agua.

—Seguro que su madre le ama tanto como cualquier otra madre quiere a su hijo. Pero es fácil que sus cuidados se confundan con un papel de... ¿jefe? Tiene un hijo que de pronto volvió a ser pequeño, y que será su responsabilidad mientras viva. Tiene que tomar todas las decisiones por él. Probablemente hasta detalles como cuándo debe darse una ducha o cambiarse de ropa.

Volvió a mirar a Hanne. Parecía a la vez escucharle concentrada y un poco distante, como si estuviera prestando mucha atención a lo que decía y a la vez pensando en otra cosa.

—Creo que Kirsten Ranvik le habla a su hijo. Pero no habla con él. Si Gunnar le hubiera contado alguna vez que Karina iba con ellos aquella tarde, ¿no habría ido a decírselo a la policía? ¡Por la documentación del caso sabemos que estaba cuando menos alterada por la falta de avances en el caso!

Hanne se apartó el flequillo de la frente y asintió.

—Apúntate un tanto —dijo sin más.

—Y cuando Gunnar menciona que Karina cayó al agua creo que ella... —levantó el vaso de la mesa— cayó al agua. Y tiene que referirse al río Aker. El lago Maridalen está cercado por tratarse de agua potable.

—Es fácil saltar esa valla —objetó ella con lo que él interpretó como una sonrisa—. Bill... un amigo mío y yo nos dedicábamos a la pesca ilegal de cangrejos cuando íbamos al...

—¿Y volvió a pasar por encima de una valla alta con la cadera rota y grandes lesiones craneales? Gunnar apareció en el exterior de la cerca, Hanne. Eso quiere decir que estamos hablando del río. Y en ese punto el río Aker tiene fuerza y está lleno de piedras. Me acerqué a comprobarlo después de haber estado con Gunnar.

Volvió a saltar de la silla y luego se sentó otra vez para continuar:

—Si Karina cayó al agua tuvo que ser muy dramático.

—Lo haces bien.

—¿Qué?

—¿Tienes Asperger?

—Asperger ya no es un diagnóstico. Pero no. La verdad es que me han hecho pruebas porque sospechaban que podía tener un grado leve de autismo. Cuando era más joven. Pero los psicólogos opinan que mi capacidad de establecer lazos afectivos es demasiado buena como para que se trate exactamente de eso. Quiero mucho a las personas que me dejan quererlas. Y también me gusta el contacto físico. Mucho. Aunque no me den mucho, precisamente.

Notó con sorpresa lo tranquilo que estaba.

—Y entonces ¿qué es lo que te pasa?

—No lo sé. Un poco de una cosa y otro poco de la otra, tal vez. En las pruebas que me hicieron quedó claro que tengo problemas para interpretar los subtextos. Como la ironía, por ejemplo. Prefiero que la gente diga lo que opina de verdad. Pero, según los psicólogos, a la vez entiendo bastante bien a otras personas. Al menos en teoría. Puede que Tourette, pero ¿sin los tics verbales? No lo sé. A lo mejor solo soy un tipo muy tímido con una neuz grandísima.

Ella sonrió. Él le devolvió la sonrisa. Le gustaba que se lo hubiera preguntado. A Henrik le gustaría que todo el mundo se lo preguntara.

—En todo caso, resultas fascinante —dijo Hanne—. Esto está muy bien, Henrik. Sigue.

—¿Y si...?

Puso la mano izquierda sobre la mesa y empezó a tamborilear. El pie izquierdo seguía el ritmo contra el suelo.

—Deja que pruebe con un «¿Y si...?», Hanne. Solo uno.

—Vale.

—¿Y si lo que pasó aquella tarde junto al lago Maridalen no solo fuera una agresión? ¿Y si también estuviéramos hablando de un asesinato?

—Si hubieran empujado a Karina al agua y hubiera muerto la habrían encontrado enseguida. Ese río cruza todo Oslo.

—Pero ¿y si se la llevaron? ¿La sacaron y se la llevaron? ¿Y si...?

Se contuvo de golpe. Solo le habían dado permiso para un «¿Y si...?».

Hanne miraba al infinito con aire ausente. Ida la llamó desde el interior del piso. No reaccionó. Permaneció inmóvil. Henrik intentó con todas sus fuerzas hacer lo mismo.

—Los paquistaníes —dijo ella por fin—. No tenemos ni idea de quiénes son.

—No.

—Pero puede que Abid Kahn sí.

—¿El chico de tercero B? ¿El que estaba en Rawalpindi cuando sucedió todo?

—Sí, búscale. Habla con él lo antes posible. Es una pista muy endeble, pero es la única que tenemos. Y ahora debes marcharte.

Henrik se puso de pie.

—Por cierto, Gunnar es un poco racista —dijo sonriendo y remetiéndose la camisa en el pantalón—. Opina que en Noruega hay demasiados paquistaníes.

—No es el único, me temo. No es el único en absoluto.

Una joven sola ocupaba una mesa en el rincón, con auriculares conectados a un móvil colocado junto al plato. Comía su ensalada lentamente. No parecía importarle ser la única de todo el restaurante que no estaba acompañada.

Eran las diez de la noche. El sitio estaba a tope. La ciudad estaba mucho más tranquila por la noche desde dos días antes, pero el restaurante vegetariano de la calle Seilduksgata se había puesto muy de moda, aunque solo llevaba abierto un par de meses. Desde que le hicieran un auténtico panegírico en el diario económico *Dages Næringsliv*, había una lista de espera de tres semanas. Y también una cola de gente a la puerta, con la esperanza de que alguien hubiera cancelado su reserva. Algunos clientes habían conseguido sitio en el bar, pero no todos, y había un auténtico follón.

Pero no para la mujer pelirroja del rincón.

Había pedido una copa de vino blanco para acompañar la comida, siguiendo el consejo del camarero. Había aceptado el vino español con cierto escepticismo, pero no se había arrepentido. La comida también respondía a sus expectativas, y la música que tenía en el oído era mejor que la que atronaba el local mezclada con el jaleo de los que esperaban impacientes en el otro extremo del restaurante.

Si no hubiera habido tanta gente, puede que hubiera sido la testigo decisiva que la policía nunca encontraría. Los demás comensales eran dos en cada mesa, o tres o cuatro o más, y estaban distraídos los unos con los otros. La mujer pelirroja estaba decidida a ser escritora, aunque estudiara en una prestigiosa escuela de negocios. Le gustaba observar a la gente. Inventarse

historias sobre ellos.

Pero aquello era un caos.

En algún momento de la noche habían metido una maleta debajo de la barra. No era muy grande, casi como una bolsa de viaje. Apenas se veía entre los paraguas y las mochilas que la gente había dejado allí.

Hasta que explotó.

Si no hubiera sido por la reacción tan violenta de Linus a la amenaza de hablar con su madre, Billy T. lo habría hecho inmediatamente.

Aunque fueran las dos y diez de la madrugada del viernes.

Probablemente estaría despierta, como la mayoría de los noruegos, que eran incapaces de conciliar el sueño después del nuevo atentado terrorista. Ahora lo más importante era retener al muchacho, impedir que se mudara. Que Linus pasara con cierta regularidad por el piso de la curva de Refstad le daba a Billy T. un mínimo control sobre él. Una posibilidad de establecer contacto.

También tenía que reconocer que hablar con Grete era una de las cosas que menos le apetecía del mundo. Había relajado los hombros y respirado con gran alivio cuando dejaron atrás el dieciocho cumpleaños de Linus y no tuvo que verla más. Al menos no hasta una posible boda. Y eso parecía estar muy lejano en el tiempo en el caso de Linus.

Billy T. estaba en el salón de su casa viendo la televisión.

Seis personas habían muerto de manera instantánea cuando una bomba explotó en el restaurante vegetariano de moda, La Hierba Más Verde, en la calle Seilduksgata, en Grünerløkka. El número de heridos era tremendo. El local estaba destruido, pero los daños materiales no eran ni de lejos tan graves como los de las oficinas del ISAN. La policía se había negado, de momento, a pronunciarse sobre el tipo de explosivo empleado en esta ocasión, pero en todo caso estaba metido en una maleta debajo de una barra, no montado de manera experta en los elementos clave de carga del edificio.

La televisión pública NRK acababa de emitir en directo desde la comisaría.

Una pérdida de tiempo absoluta, ahí no había más información que rascar de momento. La comisaria Silje Sørensen había dado una breve rueda de prensa antes de la medianoche anunciando que la siguiente actualización no se daría hasta las nueve de la mañana del día siguiente.

Billy T. sintió pena por Silje. Parecía agotada y había envejecido diez años

en los últimos días. En otro tiempo estuvo a punto de llevársela a la cama, una noche en que se dirigían a un seminario en el ferry que iba a Kiel. A pesar de que había bebido bastante, se rajó cuando llegaron a la puerta del camarote.

Los dos se alegraron de eso al día siguiente. Al menos ella, le pareció a él.

Una chica elegante, Silje. Lista. No era culpa suya que su padre, armador, la hubiera hecho riquísima adelantándole parte de la herencia cuando tenía veintipocos años. Se había licenciado en derecho en tan solo tres años, además de trabajar a media jornada en la policía, así que tampoco había nada que objetar a sus capacidades.

Y ahora iban a emitir un nuevo debate. Subió el volumen. En las dos últimas horas habían pasado por el estudio una serie de expertos, cada uno más serio y desconcertado que el anterior. Los políticos habían brillado por su ausencia, como si todos los partidos se hubieran puesto de acuerdo para dejar transcurrir al menos la noche antes de politizar una situación cada vez más tensa. Billy T. pensó que no era mala idea, a pesar de que tanto la primera ministra como el ministro de Justicia habían tenido que oír las críticas de los presentadores por su decisión de no decir nada.

Una mirada a la taza de café le dio náuseas. Fue a la cocina a buscar una cerveza fría.

—¿Cómo es posible? —susurró cuando regresó y vio a los participantes en el panel.

Uno de ellos era Fredrik Grønning-Hansen. Diputado del Partido del Progreso, estaba tan en el ala extrema del movimiento contra la inmigración que podría haber entrado directo en el partido ultraderechista de los Demócratas de Suecia. Era inconcebible que la televisión pública NRK diera acceso a un bala perdida como él pocas horas después del segundo atentado terrorista que sufría Noruega en menos de tres días. Billy T. le consideraba un tipo avinagrado rebosante de odio al islam, un quejica que exigía poder diseminar su mierda sin que nadie pudiera frenarle sin ser acusado de amordazarle. Un tipo que le ponía enfermo. No era extraño que fuera el único político de la escena nacional que no había aceptado el evidente acuerdo de darle a la policía y al gobierno las horas de la noche para centrarse antes de hacer declaraciones.

—Mierda de tío —murmuró Billy T. mientras volvía a sentarse—. Y mierda de NRK.

La televisión pública no se había conformado con Fredrik Grønning-Hansen. Junto al presentador, el diputado del Partido del Progreso estaba acompañado por Hilde Fossbakk. Estaba al frente de la fundación Documented Humanity, en la que Kari Thue era responsable de la web dochum.no.

Un malestar sordo, desconocido, le provocó a Billy T. una acidez tan intensa que dejó la cerveza.

«Es hora de recurrir a métodos más contundentes —dijo Fredrik Grønning-Hansen, alterado—. Por ello quiero presentar una proposición a título individual en el Congreso lo antes posible. Debe concederse a la policía la potestad de internar a los musulmanes en determinadas circunstancias.»

El realizador saltó a un hombre sentado a su izquierda. Estaba, literalmente, boquiabierto. Con los ojos como platos y sin cerrar la boca miraba incrédulo de Grønning-Hansen a Hilde Fossbakk. El investigador del Centro de Estudios para la Paz siguió ocupando la pantalla incluso cuando Grønning-Hansen continuó:

«Yo y otros muchos llevamos tiempo advirtiéndolo. Muchos años. Hemos dejado que socaven nuestra patria desde el interior. Nuestra cultura está en el punto de mira por una ingenuidad tan llamativa que debería estar penada por ley. Los distintos gobiernos de los últimos veinte años han consentido una invasión silenciosa llevada a cabo por tropas bajo una bandera falsa. No existen los musulmanes moderados. Nadie...»

La imagen seguía enfocando al investigador, quien por fin parecía haberse recompuesto.

«¿Internar? ¿Estás diciendo en serio que quieres internar a los musulmanes noruegos? ¿Eres consciente de las implicaciones históricas de una propuesta así? ¿Me permites que te recuerde lo que los norteamericanos hicieron contra sus propios conciudadanos de origen japonés durante la Segunda Guerra Mundial? Es uno de los mayores errores de la historia de Estados Unidos y tú te permites afirmar...»

«Grønning-Hansen habla de darle una oportunidad a la policía —le interrumpió Hilde Fossbakk—. Y resulta interesante que saques a colación la Segunda Guerra Mundial. Porque la situación que ha surgido en nuestro país es comparable precisamente con una guerra. ¡Estamos en guerra! Contra una ideología que conlleva desechar todo aquello sobre lo que esta nación se sustenta, como la libertad de expresión, la igualdad y otros derechos humanos

fundamentales.»

El presentador levantó las manos para interrumpirla y se tocó la oreja. Mientras escuchaba, siguió hablando con veteranía:

«La verdad es que nadie ha asumido la responsabilidad del atentado de ayer todavía —dijo haciendo una pausa de un par de segundos antes de cambiar de expresión de manera dramática—. Sí, ahora sí. Acabamos de saber que la Umma del Profeta acaba de reclamar la autoría de la explosión en Grønnerløkka. No es...».

Bajó la mano y echó un vistazo al portátil que tenía delante.

«Repito: no es de la Verdadera Umma del Profeta, la organización de la que tuvimos noticia el martes pasado, de quienes se trata en esta ocasión. Esta noche estamos hablando de una organización mucho más conocida, que lleva mucho tiempo siendo el centro de atención de los servicios de inteligencia y los medios de comunicación.»

Pasaron a emitir un vídeo en el que se veía a un hombre delante de una pared blanca y neutral. Llevaba el habitual pañuelo tapándole la cara, ropa suelta y en la cabeza algo similar a un turbante. Entre las manos sostenía, en ángulo sobre el pecho, una metralleta que Billy T. reconoció al instante como la rusa AK-47.

El hombre hablaba árabe. Un traductor simultáneo tartamudeaba en noruego durante los dos minutos de grotesca retórica.

«Allahu akbar», concluyó.

La grabación estaba colgada en YouTube.

Oyó que llegaba alguien.

Billy T. apagó el televisor, se levantó de la butaca de un salto y salió al pasillo.

—Linus.

—Hola.

—Es tarde.

—Sí.

—¿Tienes hambre?

—No.

Su hijo se quitó el abrigo y lo colgó en un gancho solitario en un lateral del armario ropero.

—Me voy a dormir —murmuró.

—¿Has estado con Arfan?

—Eso a ti no te importa.

—No. Pero debes escucharme, Linus. No tienes más remedio. Si no por mí, por ti. Mantente alejado de Arfan. ¿Me oyes? Arfan está bajo...

Decidió callárselo e intentó bloquear la puerta de la habitación de Linus.

—Debes mantenerte alejado de Arfan una temporada.

—Ya no se llama Arfan.

—¿Qué?

Linus le empujó para apartarle de la puerta. Billy T. no se resistió en contra de su voluntad.

—Al final ha decidido no convertirse —dijo Linus entrando en su habitación.

Por suerte dejó la puerta abierta mientras se sentaba en la cama y se quitaba el jersey.

—¿Sabes lo jodidamente fácil que es convertirse al islam? —resopló—. No hace falta una mierda. Si quieres hacerte católico, o judío por ejemplo, tienes que pasar por un montón de cosas. Estudios y confirmaciones y no sé cuántas cosas más. Por lo menos esa gente se toma su religión en serio. Para ser musulmán... —rio— solo tienes que decidir serlo. Como si fuera una cosa entre Alá y tú. Mejor si puedes recitar todo el Shahada de un tirón, pero nadie se mete en nada. *Voilà*, y eres musulmán. Menudo chiste.

Se puso de pie para quitarse los pantalones.

—Mantente alejado de Andreas —dijo Billy T. en voz baja—. Por favor, Linus. Una temporada.

—No hace falta que te preocupes —dijo Linus quitándose los calcetines y metiéndose debajo del edredón—. Apaga la luz, si no te importa.

—Ha habido otro atentado terrorista.

—Lo sé. Lo he oído en el centro.

—¿Has estado en el centro?

—Apaga la luz. La gente es idiota, ¿no? Mira que salir a un restaurante cuando esos locos habían amenazado con volver a atacar. Nosotros no haríamos eso.

—¿Puedes prometerme que mañana te mantendrás alejado de Arfan, o Andreas o como sea que se llame?

Linus no respondió. Se limitó a taparse la cabeza con el edredón y se giró hacia la pared. Billy T. se quedó parado unos instantes, con la mano en el pomo de la puerta, suspiró, bajó el interruptor de la luz y cerró la puerta con

mucho cuidado.

Al darse la vuelta para volver al salón rozó el abrigo de Linus. Algo se desprendió de la manga y cayó al suelo con un movimiento lento y oscilante. Billy se agachó para recogerlo. Vio que era una pluma. Una pluma gris, bastante grande. La acercó a la lámpara del techo y vio que tenía un brillo azul. Parecía de paloma.

El hombre de Sandefjord había lanzado una paloma una vez más.

Esta había vivido unos días con él y le había empezado a gustar. Su arrullo resultaba tranquilizador. Como debía mantenerla dentro de casa —no convenía que los vecinos la vieran—, se había acostumbrado al profundo y cálido sonido que salía de su garganta cuando se acercaba la hora de comer. El pájaro estaba acostumbrado a las manos y era dócil.

La verdad es que había dejado un vacío, se dijo mientras apagaba la televisión. Se sentía profundamente intranquilo por todo lo que estaba ocurriendo. El hecho de poder contribuir era lo mejor que le había pasado nunca. Ahora trabajaba como químico en el departamento de I+D+I de la empresa Jotun, pero había residido en muchos lugares del mundo antes de que le aparcaran en un pequeño laboratorio sin mucho más que hacer que esperar a que le llegara la edad de la jubilación. Afortunadamente no faltaba mucho.

Había viajado mucho y conocido a mucha gente.

Tuvo amigos de variadas nacionalidades y distintas tonalidades de piel. Gente hacendosa que justificaba su existencia. La gente que había conocido en Dubái, Corea del Sur, Australia, o incluso en Finlandia, no era especialmente religiosa. Eran profesionales. Profesionales de trato agradable que se duchaban cuando tocaba y se ocupaban de sus familias. Que trabajaban duro y no suponían una carga para nadie. Que no tenían una docena de hijos ni esperaban que los impuestos les dieran de comer.

A Noruega llegaba la escoria.

Gentuza musulmana y pobre, que anteponía el islam a la Constitución.

Encendió el televisor y se sintió satisfecho. En guardia, alerta. Y satisfecho. Le había resultado duro estar tan solo en los años que habían pasado desde la muerte de su esposa, pero había merecido la pena. Le hubiera gustado ver a su hermana con más frecuencia, pero Peder había decidido

varios años atrás que debía tener con ella un contacto limitado. Los contactos y las comunicaciones dibujaban un esquema. No debían dejar nunca ni esquemas ni huellas.

Todo iba como estaba previsto.

El plan era sencillamente genial.

—No hace falta ser Einstein para concluir que los sucesos de esta noche empeoran el asunto —dijo el director del PST Harald Jensen pasándose una mano ruda por la cara—. Si es que puede ser peor de lo que ya era.

El ministro de Justicia entornó los ojos.

—Así que, en tu opinión, ¿es peor que la Umma del Profeta esté involucrada que cuando esa... —respiró profundamente y movió un poco la cabeza— organización hermana, o como la quieras llamar, asumió la autoría?

Silje Sørensen estaba sentada al final de la gran mesa de la sala de juntas del despacho del ministro. El ministerio seguía alojado en unas oficinas temporales a la espera de la nueva «manzana» del gobierno. Daba la sensación de que iba para largo.

Fue una mañana espantosa.

Seis familias más hundidas en la tristeza. Muchas más angustiadas por cómo les iría a sus seres queridos heridos de menor o mayor gravedad. El país estaba en estado de aparente apatía, salvo en el caso de los que se oponían con fanatismo a la inmigración. Esos parecían estar de fiesta continua. La sola idea la hizo sentirse mal.

Además, estaba enferma. Le ardía la garganta, la cabeza no dejaba de dolerle y una hora antes tenía treinta y ocho y medio de fiebre.

Harald Jensen parecía estar tan cansado como ella. La reunión de la noche anterior había durado hasta las cuatro de la mañana, pero al menos ella se había tomado un descanso de cinco horas. Harald no había podido hacer lo mismo. Cuando colgaron en YouTube el vídeo de la Umma del Profeta, hacía exactamente cinco horas, ella se había tumbado en su despacho para dormir un poco más. Harald Jensen no.

—Yo diría que sí, sin duda —confirmó dedicándole al ministro de Justicia una mirada de conmiseración antes de ojear los documentos que tenía delante—. Como ya hemos explicado, durante un tiempo tuvimos serias sospechas de que la Verdadera Umma del Profeta podía ser tan solo una tapadera para

fuerzas mucho más potentes. Cuando la Umma del Profeta hace su aparición en escena esa teoría se ve reforzada. *It makes sense*, por decirlo de una manera brutal. Al menos en un primer momento. Volveré sobre eso. Esa pandilla de amiguetes en su vida hubiera sido capaz de planificar y llevar a cabo un ataque como ese.

—Pero ¿la Umma del Profeta sí?

—No les hemos seguido porque sí. Es un grupo con sólidos contactos con organizaciones de Oriente Próximo a las que... tememos, por decirlo con prudencia. Tanto en lo que se refiere a conocimientos, acceso a materiales y no digamos voluntad... —hizo especial énfasis en esa última palabra— de atacar intereses noruegos, no tenemos ninguna razón para infravalorarles.

El largo y flacucho ministro de Justicia, original de Tromsø, se reclinó en su silla.

—¿Sabemos quién es el hombre del vídeo de YouTube?

—No. Expertos en idiomas están analizando su dialecto árabe. Tenemos a técnicos y a expertos revisando la grabación por si hay alguna información de utilidad. Lo que podemos decir con cierta seguridad es que no conocemos a este hombre de antes. Es decir, que quien habla no es ninguno de los yihadistas noruegos que creemos haber tenido controlados los dos últimos años.

—Pero ¿es auténtico?

—¿El vídeo?

—Sí.

—¿Auténtico?

Harald Jensen abrió los brazos desanimado.

—Existe. Hay un árabe que asume la responsabilidad de la explosión. Afirma ser representante de la Umma del Profeta. Existe, digo yo. Y le han filmado. Desde ese punto de vista el vídeo es auténtico. Pero ¿si es cierto?

Cogió la taza de café y se la acercó a la boca. Cambió de idea y la volvió a dejar en el platillo.

—Para ser sincero, ministro Michaelsen, tenemos bien poco que nos permita atribuir estos atentados a la Umma del Profeta.

—¿Qué quieres decir?

—Exactamente lo que digo. —Se inclinó hacia delante y gesticuló, parecía casi sentirse animado—. Nuestro trabajo es tener a esa gente vigilada de cerca, y eso es lo que hacemos. Sabemos en cada momento dónde se

encuentran los diez o doce miembros más destacados de la Umma del Profeta. Lo que hacen, con quién están en contacto. Podría decirse que hasta lo que comen. Estamos pendientes de ellos de muchas maneras cuando están en el país, y nos esforzamos por hacer lo mismo cuando van a Oriente Próximo. Es una organización abiertamente radical. No se esconden, más bien al contrario. Hablan en público y sin cortapisas de su visión del mundo: que Occidente está en conflicto con el islam. Como sabes por la información que recibes de manera continuada, los yihadistas son nuestra prioridad. Ellos representan la principal amenaza. Sin embargo... —hizo una pausa y paseó la mirada del ministro de Justicia a Silje Sørensen y de vuelta— no podemos creer que estén en condiciones de llevar a cabo dos ataques como los de esta semana. Como ya he dicho nos llevó poco tiempo confirmar que el grupo original no podía haber volado las oficinas del ISAN. Sus afirmaciones de, primero, existir como organización y, segundo, ser responsables del atentado contra el ISAN, se ven menoscabadas por el hecho de que uno de sus miembros estaba presente en el momento de la explosión. Y murió. Si hubiera sido un suicida cargado con una bomba, podría ser, pero estamos hablando de explosivos colocados de antemano. Todo indica que otro de sus miembros ha sido asesinado. No...

Suspiró desesperado, carraspeó y empezó otra vez:

—Muy pronto pusimos nuestra atención sobre otros grupos más serios y potencialmente mucho más peligrosos. El problema es que, a pesar de eso, nosotros... No encontramos indicio alguno de que lo hayan hecho.

—¿Así que el hombre del vídeo miente?

—Es demasiado pronto para saberlo.

—También es posible que... —el ministro entornó los ojos— hayáis pasado algo por alto —concluyó.

—Por supuesto.

Harald Jensen cogió un sándwich de huevo y tomate. Lo puso en su plato y meditó unos instantes antes de coger el salero y agitarlo sobre la intragable comida.

—Por supuesto que podemos equivocarnos. Pero no lo creo. Ni poniendo mi mejor voluntad, ni la peor.

Añadió en voz tan baja que Silje casi no se enteró:

—Hemos mejorado mucho desde el 22 de julio. Mucho.

—Bueno, eso está por demostrar —dijo el ministro del Partido del

Progreso—, y hay mucha gente que desearía probar lo contrario. Esta semana les han provisto de mucha munición, ¿no os parece?

Ni Silje ni el director del PST contestaron.

—¿Y qué pasa con los de extrema derecha? —prosiguió el ministro en voz tan alta que Silje se enderezó en su silla al instante.

Harald Jensen sonrió con tristeza y negó con la cabeza antes de darle un mordisco a su sándwich. Masticó. Y masticó. Por fin tragó y dijo:

—Hay muchos idiotas por ahí. Pero eso es lo que son. Idiotas. Racistas escondidos detrás de un teclado y con las cortinas echadas. Cobardes. Perrillos falderos que ladran desde su cuartucho sin atreverse nunca a salir al mundo. Los cogería uno a uno y... —Se contuvo—. Hoy por hoy... —empezó de nuevo— no conocemos ningún grupo de extrema derecha que esté en condiciones de llevar a cabo dos ataques como los que acabamos de ver esta semana. Ninguno.

La sala quedó en completo silencio durante unos segundos.

—Tampoco había nada antes de... —El ministro se interrumpió y empezó de nuevo—. ¿Qué señales habríais detectado en su caso? Si por un momento dejamos en suspenso la cuestión de quién puede estar detrás, ¿qué habríais visto antes de unos ataques así?

Harald Jensen sonrió sin alegría.

—¿Visto? Mucho. Los servicios de inteligencia modernos son como un puzle mucho más grande de lo que puedas imaginar. Para empezar está toda la información que recogemos nosotros mismos. En parte mediante la investigación tradicional y agentes en la calle, pero, por supuesto, la mayoría por vía electrónica. Mucha información está disponible en la red. Es increíble lo que la gente publica sobre sus movimientos, motivos, acciones y sentimientos, sin pensar para nada en todo lo que están desvelando. En blogs y en comentarios. En todas partes. También hay foros cerrados de fácil acceso, como páginas cerradas de Facebook y cosas así. Las seguimos de cerca. Cuando las autorizaciones nos lo permiten, vigilamos las llamadas y en algunas ocasiones determinadas localizaciones.

—Escuchas —asintió el ministro.

—Sí. Y luego está la red profunda. Ahí es donde está la auténtica mierda.

Volvieron a quedar en silencio. Silje sintió una intensa necesidad de comprobar los mensajes que le habían llegado al móvil, pero antes del comienzo de la reunión les habían quitado todos los accesorios electrónicos.

—La red profunda es nuestra fuente más importante —prosiguió el director del PST en voz baja—. La profundidad oculta, encriptada, protegida por códigos y que requiere grandes conocimientos informáticos para poder maniobrar en ella, donde los hechos se suceden a tal velocidad que con frecuencia tenemos la sensación de andar un paso por detrás de los *bad guys*.

Se frotó la frente con tres dedos e hizo una mueca.

—Y eso es solo el principio —dijo—. Toda esa información, toda esa enorme corriente de investigación, no suele tener ningún valor en sí misma. Cuando sumamos lo que todas las organizaciones con las que colaboramos a nivel mundial también recogen, estamos hablando de un mar de pedazos y fragmentos caótico, colosal y sin perspectiva, medias verdades y mentiras, bravuconadas y verdades terroríficas.

Entró una mujer sin llamar a la puerta. Le susurró algo al ministro de Justicia al oído. Él le indicó que se marchara, algo irritado, y le hizo una señal a Harald Jensen para que continuara.

—La clave está en combinar todo eso —dijo el director del PST con énfasis—. En dar con los fragmentos que encajan con otros. Y ese es un arte muy complejo. Tenemos, al igual que todos los servicios de inteligencia modernos, sistemas informáticos para dar con patrones en el tsunami de información con el que nos encontramos de manera permanente. Tenemos códigos de alarma y sistemas de algoritmos que empiezan a ser muy buenos. Pero no son infalibles. Los ordenadores no piensan, cumplen órdenes. No interpretan, solo dan respuestas. Dicho de otra manera, nosotros y todos nuestros socios más o menos bienintencionados, seguimos dependiendo de... —de nuevo la sonrisa triste— recursos humanos. El cerebro humano con todas sus fortalezas y flaquezas. Y con esto he llegado a mi objetivo.

Silje creyó notar que la voz de Harald vibraba. Era difícil saber si estaba cansado, alterado o abatido. Seguramente se trataba de una combinación de factores.

—No hemos visto nada que nos indicara que se estuviera preparando algo como esto —dijo, y carraspeó—. Nada en la información en bruto, ni en las combinaciones que los ordenadores han hecho con ella. Ni en los informes y análisis que mi gente hace de manera continua. Ni la gente de otras agencias, por así decirlo. Ni la CIA, ni los británicos, ni siquiera el Mossad lo han visto venir. Nos lo han asegurado hoy mismo.

Se puso la cartera sobre las piernas, la abrió y sacó unos cuantos

documentos. Se los pasó al ministro y Silje pudo ver el característico sello de «Top Secret» en la primera página.

El ministro de Justicia les dedicó una mirada, pero no los tocó.

—Así que el vídeo no es auténtico.

—Bueno, al menos hay pocos indicios de que sea real.

—Entonces ¿por qué se ha difundido?

Harald Jensen abrió las manos con gesto cansado.

—¿Para hacerse con el honor? ¿Para presumir? No tengo ni idea...

Se tapó la cara con las manos unos instantes y las puso de golpe sobre la mesa con las palmas hacia abajo. Tenía las mejillas algo enrojecidas y entornó los ojos tras los gruesos cristales de sus gafas.

—Que alguien diga que ha hecho algo no quiere decir que sea cierto.

El ministro de Justicia se quedó pensativo unos segundos, luego empujó los documentos secretos con dos dedos hacia el otro lado de la mesa y se puso de pie. Se enderezó la corbata y se pasó una mano por su espeso cabello rubio.

—Gracias por ponerme al día —dijo abrochándose el último botón de la chaqueta del traje—, y por dedicarme vuestro tiempo. Si hay algo que podamos hacer por vosotros desde aquí, por favor, no dejéis de avisarnos.

—Tendría que ser que decretaras la obligación de llevar a los perros con correa —dijo Silje Sørensen sin mover un músculo de la cara.

Se puso de pie y volvió a meter los papeles en el bolso.

—¿Correa? —repitió el ministro, que ya estaba junto a la puerta.

—Sí, o mejor todavía, bozal.

Le miró de frente. Juraría haber observado el principio de una sonrisa, un movimiento en la comisura de los labios del ministro que también podría ser señal de que se había enfadado.

—Por consideración al estado de ánimo de la población en general, sería de gran utilidad que algunos tuvieran la boca cerrada —añadió ella.

Pero para entonces el ministro ya estaba saliendo por la puerta, y sintió que se ponía colorada por la mayor incorrección protocolaria que había cometido nunca.

Hacia el este el cielo estaba de color rosa. Una luz suave y hermosa sobre Oslo que prometía el primer día de buen tiempo desde hacía una eternidad.

Henrik Holme había paseado y sentido cómo despertaba la ciudad desde el primer atisbo de luz. Había procurado estar en la cima del montículo de St. Hanshaugen en el momento de la salida del sol.

Caminar le daba calma. Le venía bien gastar energía. Su cabeza se despejaba, los tics se hacían menos acuciantes. Le había llevado tiempo acostumbrarse a la ciudad. Varios años. Pero ahora ya no se imaginaba volviendo al pueblo del que venía. Si alguna vez iba a residir en otro lugar que no fuera Oslo, tendría que ser en el extranjero. En una ciudad aún mayor. Con más gente todavía. No para llegar a conocerles, conocía a muy poca gente y vivía bien así, sino para poder integrarse. Aunque sus colegas opinaban que era raro y a veces podían dejar demasiado clara la opinión que les merecía, ningún desconocido se había metido con él por la calle. Eso le pasaba constantemente de niño y de adolescente.

Soñaba con Nueva York.

Ahorrraba para ir allí de vacaciones. Tendría que viajar solo, pero Nueva York debía de ser la ciudad perfecta para estar solo.

Se acercaba al parque de Frogner. Eran las ocho menos veinte. Había recorrido una parte de la calle Kirkeveien y dio la vuelta a la esquina de la calle Middelthun a buen paso.

Había resultado fácil dar con Abid Kahn. Henrik fue directo a la comisaría al salir de casa de Hanne la noche anterior. Allí tenía acceso al registro civil, que era un instrumento para localizar gente mucho más eficaz que la guía telefónica.

En Noruega residían tres Abid Khan. Uno tenía más de sesenta años, el otro solo dieciocho. El tercero había nacido en 1978. Encajaba a la perfección. El Abid Khan que buscaba había ido un curso por encima del de Karina Knoph en el instituto.

El hombre no solo seguía viviendo en Oslo, sino que era un colega de profesión. Tres años antes había ingresado en la Guardia Policial de la Casa Real y era lógico pensar que habría estado muy ocupado tras los acontecimientos de los últimos días. A pesar de eso había sido amabilísimo la noche anterior, cuando Henrik le llamó a las diez menos diez de la noche, justo al límite del horario que su madre le había impuesto en su infancia como tolerable para molestar a alguien.

Abid estaba haciendo guardias dobles, pero no podía dejar de entrenar, como hacía a diario, y si Henrik se encontraba con él en el parque de Frogner,

en las grandes explanadas de césped del parking que estaba enfrente del edificio de la patronal NHO, podrían hablar mientras hacía los últimos ejercicios.

Henrik pasó por delante de las piscinas de Frognerbadet y pensó que llegaba algo pronto. Abid Khan le había dicho de ocho a ocho y cuarto, y había recalcado que no podría estar mucho más de un cuarto de hora antes de seguir su camino.

Un cuarto de hora debería ser más que suficiente, pensó Henrik reduciendo la marcha.

Se preguntó si luego podría ir a ver a Hanne. No había dicho nada de cuándo quería volver a verle. En realidad, las despedidas de Hanne eran bastante bruscas. Sus dos visitas habían acabado cuando Hanne anunciaba que debía marcharse. Breve y concisa. Y él se iba. En su casa le habían enseñado que nunca debía pedirles a los invitados que se marcharan, pero en realidad le gustaba más la actitud de Hanne. Se ahorra estar dudando si todavía era bienvenido.

Cruzó el parking despacio, haciendo zigzag entre los coches que empezaban a llenar la zona asfaltada. Por los senderos que se adentraban en el parque de Frogner se veían muchos corredores. Se apoyó en un gran árbol y se preguntó qué satisfacción real les depararía tanto entrenar. Él solo se había dedicado al deporte para pasar las pruebas de acceso a la Academia Superior de Policía, y lo había logrado por los pelos. Desde entonces nunca había vuelto a entrenar.

Caminaba. Durante horas. Y montaba en bicicleta. A Henrik Holme le gustaba mirar alrededor, y moverse se había convertido en parte de un rito mental. Pensaba mejor. Resultaba curioso pero se sentía menos solo cuando caminaba que cuando estaba en su apartamento. Al aire libre iba de camino a algún lugar. Tenía un objetivo y en el movimiento había una decisión que le hacía formar parte del gran organismo que en su conjunto formaba la ciudad.

No había dormido más de cinco horas en total desde el martes. No le importaba nada. Estaba en su mejor edad y tenía una misión. Y había conocido a Hanne Wilhelmsen.

No se había sentido tan necesario desde que su abuela Inger Johanne estaba viva.

—¿Henrik Holme?

La voz venía de su espalda. Pegó un respingo y se dio la vuelta.

—¿Abid Khan?

—Así es. Buenas.

El hombre moreno de físico atlético e impresionante le tendió la mano. Olía a sudor reciente y tenía la palma de la mano mojada.

—Perdona que tengamos que vernos aquí —le dijo con una media sonrisa—. Pero seguro que te haces cargo de que en el trabajo tenemos mucho lío ahora mismo.

Henrik le devolvió la sonrisa.

—Por supuesto. Como te dije por teléfono, es en relación con Karina Knoph. La comisaria de la policía me ha encargado... Bueno, como te dije anoche trabajo en... un equipo, podríamos decir, que está revisando viejos casos sin resolver. Casos fríos.

Abid se sentó en la hierba empapada y empezó a hacer abdominales. Tenía las rodillas ligeramente flexionadas y los dedos entrelazados en la nuca.

—Karina Knoph —soltó—. La recuerdo bien. Una chica curiosa. Rara. Los últimos seis meses llevaba el pelo azul, ¿lo sabías?

—Sí.

—Pasamos mucho tiempo juntos cuando yo estaba en segundo y ella en primero. Si te soy sincero, creo que estaba un poco enamorada de mí.

Empezó a acercar el codo izquierdo a la rodilla derecha y al revés.

—Definitivamente, no era mutuo. No le decía que no a darnos un poco el lote de vez en cuando, pero no pasamos de ahí. No era mi tipo pero, como te he dicho, era bastante maja. Tocaba en un grupo. Era buena con la guitarra. Creo que los estudios no se le daban igual de bien, creo, aunque pensándolo bien...

Se tumbó boca arriba y estiró los brazos por encima de la cabeza. Levantó despacio el tronco y las piernas, y se quedó en esa postura durante diez segundos apretando los dientes y luego se dejó caer sin prisa.

—... puede ser una conclusión mía, sin más fundamento. Es que la chica no iba mucho por allí. Por Foss, quiero decir.

—¿No?

—Hacía muchísimos novillos. Yo me tomaba el instituto en serio, quería ser médico, o ingeniero o abogado.

Se puso de pie con un solo movimiento fluido.

—Mejor dicho... —sonrió enseñando unos anchos dientes de un blanco cegador y se secó el sudor de la frente con una muñequera—, lo quería mi

padre. Las profesiones AMI, ya sabes.

Henrik asintió. Abogado, médico o ingeniero. El sueño de los padres inmigrantes para sus hijos.

Abid le hizo una señal a Henrik para que le siguiera hasta otro árbol. Agarró una robusta rama que estaba medio metro por encima de él y empezó a contar flexiones. Henrik le miraba en silencio.

—Diez —resopló Abid—. Once, doce...

Se dejó caer al suelo.

—Aquel verano nos fuimos a Pakistán —dijo—. En agosto. No volvimos a Noruega hasta que todo... hasta después de su desaparición.

—Lo sé —dijo Henrik.

Se quedó petrificado. Un perro se acercó moviendo el rabo. Iba suelto, claro, a pesar de que en el parque era obligatorio llevarlo atado todo el año. No es que fuera muy grande, pero eso no importaba.

—Fuera —dijo Abid amenazante golpeando un pie contra el suelo mientras movía los brazos—. Venga, fuera. ¡Vete!

El chucho se encogió y gimió antes de volver corriendo al lado de su amo.

—Es que no soporto a los perros, sobre todo si son pequeños.

—Estoy de acuerdo —dijo Henrik moviendo la cabeza con vehemencia.

—Drogas —dijo Abid poniéndose las manos en las caderas y girando de un lado a otro con movimientos regulares y amplios.

—¿Qué?

—Creo que Karina se drogaba. Puede que no mucho, y tal vez no fuera más que maría.

—¿Por qué crees eso?

—Porque ese verano, antes de que nos fuéramos a Rawalpindi, me preguntó si conocía a alguien que pudiera conseguir.

—¿Sí?

Henrik estaba en verdad sorprendido y sintió una fuerte necesidad de golpear los nudillos contra el árbol que tenía al lado. Logró reprimirse. En los informes policiales no se mencionaban las drogas. Nadie había dicho nada de drogas.

—¿Qué le respondiste?

—Me cabréé.

—¿Sí?

—Ha pasado mucho tiempo. No recuerdo con exactitud qué le contesté,

pero fue algo así como... vete al infierno. Desde que tuvimos esa conversación, debió de ser más o menos una semana antes de que me marchara con mi familia, no volví a hablar con ella. La vi en Løkka un par de veces, pero estaba enfadado y no quería tener nada que ver con ella.

Se detuvo. Relajado, a pesar de que respiraba con fuerza.

—Es decir, que la última vez que nos vimos discutimos —dijo pensativo.

Unos segundos más tarde empezó a hacer estiramientos.

—¿Karina conocía a otros...?

Henrik tragó saliva y apretó el nudo de la bufanda que llevaba alrededor del cuello.

—¿Paquis? —preguntó Abid.

El rubor, sintió Henrik. El maldito y malvado rubor.

—Tranquilo —dijo Abid cogiendo una botella de agua que llevaba colgada de la cintura—. Conoces las reglas. Yo puedo decirlo, tú no. Y la respuesta es sí. Le llamaba mucho la atención la piel oscura.

Se inclinó hacia Henrik y susurró:

—A algunos de vosotros os pasa.

Consultó su reloj.

—¿Sabes quiénes eran? —se apresuró a preguntar Henrik—. ¿Sabes si había otros paquistaníes noruegos que conociera? ¿Con quienes tuviera trato?

Abid se bebió toda el agua que quedaba.

—No —dijo secándose alrededor de la boca con la muñequera—. O, en realidad, sí. Recuerdo a un par de *no goods* con los que pasó algo de tiempo aquel verano. Yo no les conocía. No puedo recordar sus nombres. No eran alumnos de Foss. Si te soy sincero, no creo que fueran a ningún instituto. Solo andaban por ahí. Serían raterillos. Recuerdo que advertí a Karina de que no le convenían. Eso fue antes de que me hablara de droga y yo dejara de relacionarme con ella.

—¿Y no tienes ni idea de cómo se llamaban?

—No. —Su cara adquirió un gesto de profunda concentración—. Creo que uno de ellos se llamaba Mohamed, tal cual. No es que vaya a servir de mucho, es uno de los nombres más frecuentes en Noruega. Pero... ¿el otro?

Volvió a quedarse pensativo.

Era un hombre extraordinariamente guapo. Su rostro era simétrico y tenía los ojos grandes. Llevaba una barba incipiente, a pesar de que su trabajo le exigiría tener un aspecto muy cuidado en todo momento. Tenía los hombros

anchos y las caderas estrechas.

Henrik casi no tenía hombros.

Una noche, en un seminario, un colega le había dicho que parecía una botella de vino blanco de Riesling. Al día siguiente Henrik se había acercado a un lado del monopolio estatal de bebidas alcohólicas y cuando vio una botella de Riesling se puso tan triste que al llegar a casa se echó a llorar. Por lo demás era muy raro que llorara. Había acabado con eso en su infancia. En secundaria le habían llamado el Serpiente, además de otras muchas cosas. No entendió por qué hasta que se hizo adulto.

—No consigo acordarme —dijo Abid Khan por fin—. Pero ¿tienes una tarjeta de visita? Puedo mirar algunas cosas viejas de la época del instituto a y ver si doy con algo. ¿Vale?

—Muy bien —murmuró Henrik, y sacó una tarjeta de visita.

Hacía cinco años que las tenía, pero era la primera vez que alguien le pedía una.

—Gracias —añadió—. Solo una cosa más. ¿Recuerdas...? ¿Conocías a uno que se llamaba Gunnar Ranvik?

—No le conocía, pero le recuerdo bien. ¿No iba a la clase de Karina? Por lo menos al mismo curso, creo.

Henrik asintió.

—Un tipo majo —dijo Abid—. Por lo que puedo recordar.

—¿Karina y él eran novios?

Abid se encogió de hombros.

—¿Novios? No lo sé. Karina era un poco... ligera de cascos, por decirlo con suavidad. Dudo que fueran novios. Puede que él creyera que lo eran. Por lo menos pasaba mucho tiempo con Karina, supongo que por eso me acuerdo de él. No teníamos ninguna relación. Creo que era buen estudiante. Él... — Por unos instantes su mirada se hizo reflexiva, casi asombrada—. Creo que ganó uno de esos premios de investigación para jóvenes —dijo—. Uno que convocaba el Museo Tecnológico. ¿Jóvenes Investigadores? Algo así. Tenía...

Volvió a poner un gesto reflexivo.

—No, no recuerdo por qué ganó. Quedó algo... impedido, ¿no es cierto? ¿Sufrió un brutal ataque aquel otoño? Creo haber oído algo al respecto. Como te he dicho, no le conocía y Karina había desaparecido. Bueno... Solo me quedan un par de ejercicios por hacer. Pero te llamaré si recuerdo algo, ¿vale?

Hasta luego. Me alegro de haberte conocido. Ha estado bien hablar de algo que no sean esas malditas bombas. Aunque tu caso tampoco es que sea muy alegre.

Abid Kahn se inclinó e hizo el pino. Despacio y con firmeza fue haciendo flexiones con las piernas en el aire, ligeramente separadas.

—Hasta luego —dijo Henrik, y empezó a andar.

Si supiera adónde iba, qué hacer con tantos pensamientos... Si al menos supiera eso...

Håkon Sand no tenía ni idea de dónde había dejado las llaves. Rebuscó en los bolsillos del pantalón y luego recordó que el despacho no estaba cerrado.

—Disculpa —dijo, y abrió—. Adelante.

El teniente coronel, de uniforme y con la boina correctamente colocada bajo el brazo, entró en la oficina.

—Siento el desorden —murmuró Håkon, y antes de sentarse escupió el tabaco de mascar en la papelería que estaba junto a su escritorio—. Como podrás suponer, no paramos.

—Lo entiendo —dijo Gustav Gulliksen mirando hacia la silla para las visitas que estaba al otro lado de la mesa.

—Por favor —dijo Håkon—, siéntate. ¿Te apetece un café? ¿Té?

—No, gracias.

Håkon iba de uniforme, igual que el teniente coronel. Y ahí se acababa cualquier parecido entre los dos hombres de la misma edad. La ropa del teniente coronel Gulliksen estaba planchada, con raya en los pantalones y un nudo de corbata tan apretado que Håkon no acababa de entender cómo podía respirar. Llevaba la chaqueta gris con dos estrellas en cada solapa con honroso orgullo, muy erguido y digno.

La corbata de Håkon colgaba ladeada y no se había cambiado de camisa desde la mañana anterior. Hacía mucho que había renunciado a la chaqueta y, en honor a la verdad, no estaba muy seguro de dónde la había dejado. Se le había caído un poco de Coca-Cola en los pantalones oscuros pero, afortunadamente, no se veía. Hacía las tres había notado que los zapatos le estaban haciendo rozaduras en los talones. Los zapatos negros eran nuevos, las rozaduras dolían y se los había cambiado por unas zapatillas de deporte. Naranjas con franjas verde neón.

—Debo decir que estoy un poco... derrotado. —Håkon se inclinó sobre la mesa y entrelazó las manos—. Creía que teníais los explosivos controlados, ¿no?

El teniente coronel carraspeó bajito tras el puño cerrado.

—Como ya hemos informado a la comisaria de la policía, se trata de un asunto muy delicado. Esperamos que lo traten como tal.

—Claro, claro. Delicado y bonito y discreto y... ¡Que os den, Gustav!

—Håkon...

El oficial tenía ronchas en el cuello, por encima de la apretada corbata, y carraspeó de nuevo.

—Habían pasado cuatro días desde el 22 de julio —dijo en voz baja—. Esperábamos que fuerais un poco más comprensivos. Había que... tener consideración.

—¿Consideración? ¿Tener consideración? —Håkon gimió con dramatismo—. ¡Consideración, Gustav! Eso era lo que había que tener contigo y todas tus alergias. Al polen y a las nueces y al final una cosa novedosa que llamaste intolerancia alimentaria. Que tu hermano se meara por las noches y que por eso tuviera que tener su propia cama cuando íbamos de excursión con los scouts y teníamos que hacer como si nada. Es en esas circunstancias en las que uno se muestra considerado.

Se rascó con fuerza la nuca e hizo una mueca.

—Uno no tiene consideración cuando una gran cantidad de C4 se esfuma sin más.

—Solo habían pasado cuatro días desde la tragedia de Oslo y de Utøya. Noruega era un caos, Håkon. Estupefacción e incredulidad. Pena y miedo. No era prudente dar a conocer esa historia.

—¿Dar a conocer? ¿Dar a conocer, Gustav? ¡Ir a la policía cuando desaparece una importante partida de C4 después de que se cancelen unas maniobras militares no puede llamarse dar a conocer!

—Bien. Es agua pasada. Poco podemos hacer al respecto ahora. La decisión se tomó en su momento, y seguimos opinando que fue acertada. Si había algo que Noruega no necesitaba en los días siguientes al 22 de julio era saber que una cantidad... importante de explosivos se había perdido. Las maniobras fueron prudentemente canceladas, era lo único correcto en vista de las circunstancias. No se descubrió la desaparición del cargamento de C4 hasta dos días más tarde. Desde entonces lo hemos mantenido... hemos sido

discretos. Y como el jefe de Defensa ha dejado claro tanto ante el ministro de Justicia como ante la comisaria Sørensen, contamos con que siga así.

—¿Contáis? —La voz de Håkon se elevó y soltó un gallo—. No vengas aquí con exigencias, Guffen. ¡Ni lo intentes! Necesitamos saberlo todo. Absolutamente todo. Quiero los nombres, los lugares, las cantidades. Y una descripción detallada de...

Se dejó caer en la silla. Se puso la mano en la frente y abrió mucho los ojos para después cerrarlos. Una y otra vez.

—Perdona, Guffen. Es que...

—Lo entiendo —dijo Gustav Gulliksen con corrección y se metió la mano bajo la chaqueta del uniforme—. Son tiempos difíciles para todos.

Sacó una carpeta de plástico con documentos. No era muy gruesa y Håkon puso los ojos en blanco cuando vio que la funda de plástico tenía colores de camuflaje.

—Aquí tienes —dijo el teniente coronel poniéndose de pie—. Eso es todo lo que sabemos. Trátadlas como lo que son: informaciones que pueden perjudicar a Defensa. Y por tanto a Noruega y a la seguridad del reino.

Håkon miraba fijamente la carpeta sin tocarla.

—Gracias —murmuró—. Tenemos que quedar un día, tomarnos una cerveza. Cuando todo esto haya pasado. Hablar de los viejos tiempos.

El teniente coronel no contestó. Caminó hasta la puerta, la abrió y salió. Ni siquiera se dio la vuelta para decir adiós.

Era cuestión de poner un pie delante del otro y no mirar atrás.

Había tomado la decisión cuando Linus volvió a desaparecer, sin decir una palabra, unas pocas horas después de haber vuelto a casa a dormir.

Billy T. no podía aplazarlo más.

Llamar a Grete había ido mejor de lo que temía. De hecho, pareció aliviada, casi contenta, cuando le contó por qué llamaba. Le dijo que estaba un poco preocupado, nada más. Algo angustiado por la «evolución» de Linus, esas fueron las palabras que escogió. Y le gustaría hablar con ella. Si es que tenía tiempo.

Lo tenía. En ese momento.

Acordaron encontrarse en el centro comercial de Storo. En Jordbærpikene, la cafetería grande del tercer piso. No porque fuera especialmente tranquilo o

discreto, más bien al contrario. La multitud podía ser el mejor camuflaje. Además, el resto de la gente podría protegerle de una potencial escenita. Grete ya había montado suficientes después del nacimiento de Linus.

Había dudado varias veces mientras iba camino de Storo.

Quedando con su madre rompía una promesa que le había hecho a Linus. Pero ahora su prioridad absoluta era tener a Linus controlado. Aunque si se enteraba de este encuentro era posible que saliera de su vida para siempre.

No. No, lo más importante era averiguar en qué andaba metido el chico. Caminar con determinación, pensó Billy T., y levantó la mirada al acercarse a Jordbærpikene y comprobar que Grete ya estaba allí.

Estaba sentada a una de las mesas del extremo y ya tenía una taza de café. Había tenido la esperanza de que hubiera mucha gente y mucho movimiento a su alrededor, pero estaba extrañamente tranquilo. Billy T. no iba casi nunca a centros comerciales como aquel, pero no podía dejar de pensar que aquello no era normal. Seguramente tendría que ver con la explosión de la noche anterior.

Si había algo de lo que Billy T. no quería acordarse era de la explosión en el restaurante La Hierba Más Verde la noche anterior.

Se acercó a la mesa, murmuró una especie de saludo y le dio un beso muy envarado antes de acercarse al mostrador. Le sirvieron un capuchino y regresó.

—Me alegro mucho de que hayas podido venir —dijo, y se sentó.

Había poco espacio para su corpachón. Se inclinó a un lado para apartar medio metro la mesa vecina que estaba vacía y poder estirar las piernas.

—¿Por qué no estás trabajando? —preguntó Grete sin interés.

—Estoy de baja —murmuró—. Algo de la rodilla.

—Así que se ha ido a vivir contigo. Nunca lo hubiera creído posible.

—¿De verdad llevas seis meses sin saber dónde vive Linus?

—Bueno, tú te has pasado veintidós años sin tener ni idea de lo que pasaba con su vida. No es que estés en condiciones de criticarme, Billy T.

Grete levantó las manos en un gesto apático de redención.

—Es un hombre adulto —prosiguió, desanimada—. Tengo mi propia vida de la que ocuparme. Nadie puede decir que no lo haya intentado. Si no quería vivir conmigo no podía retenerle. En términos estrictos no era asunto mío adónde fuera.

Disolvió una pastilla de sacarina en el café.

—Pero lo que no esperaba era que se fuera a vivir contigo, ya te lo he dicho. Tu hijo no tiene muy buena opinión de ti. Por otra parte no tiene buena opinión de casi nadie.

—¿Qué quieres decir?

—¿No hablas con él?

Billy T. intentó encontrar una postura algo más cómoda.

—Bueno, al menos lo intento.

Levantó la mirada. Grete había envejecido. Se había teñido el cabello con demasiada intensidad, el rojo parecía sacado de la caja de acuarelas de un niño. Siempre había sido delgada, pero ahora su cara tenía un aire casi de bruja. Una nariz ganchuda, cincelada, y una boca estrecha que intentaba agrandar con pintura de labios. Los pómulos tan marcados que parecía hambrienta.

—Ya lo ves —dijo ella—. No es fácil convivir con él. De alguna manera era más sencillo cuando no hacía nada más que el tonto. En bachillerato por lo menos era un tipo feliz. Jugaba al fútbol. Iba con amiguetes tan poco ambiciosos como él, pero no dejaban de ser majos. Entonces me molestaba que se escaqueara y que no tuviera hábitos de estudio. Era... Sí. Mucho más fácil.

—¿Qué ocurrió?

Le miró de frente. En los ojos de Grete había aparecido algo nuevo desde la última vez que la vio. Ya no parecía iracunda por su simple presencia. Más bien desanimada. Resignada, con los párpados entrecerrados, como si pesaran demasiado para mantenerlos abiertos.

—No... ¿Qué pasó? A posteriori he pensado que el cambio se produjo cuando decidió volver a examinarse de bachillerato. Yo estaba encantada de la vida. Por fin iba a esforzarse, ser alguien.

Volvió a bajar la vista y siguió removiendo el café sin motivo.

—Se apuntó a un club de lectura en la biblioteca. Hacía mucho que conocía a Andreas y fue...

—¿Andreas?

Billy T. se obligó a mantener un tono de voz tranquilo.

—¿Andreas Kielland Olsen?

—Sí. ¿Le conoces? Un chico muy majo. Me gustaba que Linus pasara cada vez más tiempo con él. Estudia derecho y todo. Andreas se había ido de casa muy joven, al parecer se había enfadado con sus padres. Se divorciaron.

Dejó que su mirada se cruzara con la suya unos instantes. Ninguno dijo nada.

—Le ayudaban económicamente —dijo ella por fin—. Pero para ganar algo más de dinero se había involucrado en un proyecto en Nordtvet, en la sucursal de la biblioteca Deichmann. No sé exactamente qué era, una iniciativa pública de esas. Para que los jóvenes lean más. Vayan a clase. Algo así. No sé.

Levantó la taza.

—Y yo seguía feliz. Hasta hace unos siete u ocho meses.

Billy T. tenía mucho calor.

—Quítate la chaqueta —le dijo ella en voz baja—. Estás sudando.

Se la quitó a tirones y le costó colgarla del respaldo de la silla.

—De repente empezó a tener un montón de opiniones —dijo Grete—. La verdad es que mejoró muchísimo en varios aspectos. Se tomaba los estudios tan en serio que me costaba creer lo que estaba viendo. Empezó a estudiar por su cuenta, pero este curso le he pagado una plaza en Bjørknes, ya sabes, ese centro privado...

—Lo sé —asintió Billy T.—. Y hasta ahora todo suena muy bien.

—Sí. Dejó de desperdiciar las noches jugando en el ordenador. Tenía la habitación ordenada. Se portaba mucho mejor con sus hermanastros. Pero entonces...

Sus ojos se humedecieron.

—Empezó a tener unas opiniones espantosas.

—¿Espantosas?

—Sí.

—¿Qué quieres decir?

—Cosas de esas que dice el Partido del Progreso.

—Sigo sin entenderte.

—Como ese... ¿Cómo se llama ese loco? Ese que salió en la tele anoche. Fredrik...

—Grønning-Hansen.

—Sí. Ese. Al principio sonaba exactamente igual que él. Todo lo que tuviera que ver con musulmanes cabreaba a Linus. Siempre insistía mucho en que sabía perfectamente de lo que hablaba porque había crecido en el... gueto. Así lo llamaba él.

Billy T. seguía estando acalorado, y se sentía tan mal que todavía no había

probado el café.

—Pero entonces... —dijo Grete con gesto sorprendido—. Entonces Andreas va y se hace musulmán, ¿no? Así, de repente. Entonces sí que no entendí nada de nada. Creí que dejarían de ser amigos, ¿no? Y en lugar de eso...

Seguía habiendo asombro en sus ojos. Pensativa, como si estuviera intentando aclarar algo que llevara preguntándose una eternidad. Y así sería, pensó Billy T.

—... se tranquilizó. Se volvió más reservado. Casi no hablaba. Intenté estar pendiente de lo que leía. Una vez me colé en su cuarto para ver su ordenador cuando no estaba en casa. Le había oído contarle a Linnea que utilizaba su nombre como contraseña.

Le miró un instante por encima de la taza mientras añadía:

—Su hermana, mi hija menor. Tiene siete años, supongo que pensaría que no pasaba nada porque lo supiera.

—¿Qué encontraste?

—Mucha mierda. Muchísima mierda, Billy T. Cosas racistas horribles. Quiero decir que... —Apoyó el codo en la mesa y se tapó la cara a medias con la mano. Bajó la voz—. No es que a mí me gusten mucho los inmigrantes esos. O, por lo menos, no todos. Una cosa son los que se portan decentemente y controlan a sus hijos y esas cosas, pero esos otros, los de Somalia y por ahí abajo, esos...

—¿Qué pasó después? —la interrumpió Billy T.

Le miró unos segundos. Su boca se estrechó tanto que no se veía ni la pintura de labios.

—No podía hablarle a Linus de lo que había encontrado. —Pasaron unos segundos durante los que Billy T. temió que se levantara y se marchara—. Para eso habría tenido que admitir que había cotilleado en su ordenador. Lo que hice fue intentarlo otra vez pasadas unas semanas. Entonces me sentí todavía más desconcertada, por decirlo suave.

—El ordenador estaba vacío —dijo Billy T.

—Casi. Solo había deberes y cosas así.

—Y sin contraseña.

—Correcto. ¿Cómo lo has sabido?

No respondió. Las náuseas eran tan intensas que fue a buscar un vaso de agua. Se lo bebió camino de la mesa, se dio la vuelta y lo rellenó con la jarra

que había sobre una mesita auxiliar junto a la caja.

—¿Por qué se mudó? —fue capaz de preguntar cuando volvió—. ¿Ocurrió algo en especial?

—No, en realidad no. Creo que se cansó de que le diera la lata. Tal vez le hice demasiadas preguntas. Todo eso del racismo me tenía preocupada de verdad. Pero tal vez habría que dejar en paz a los chicos de esa edad. Al menos sus madres.

—¿La biblioteca? —preguntó Billy T.

—¿Qué? ¿No podrías volver a sentarte?

—Todo esto empezó cuando Andreas lo llevó a Deichmann, eso has dicho. ¿Verdad?

—Bueno, empezar... —dijo desconcertada—. ¿Ya te vas?

—¿Sucursal de Nordtvet?

—Sí. Pero quisiera saber cómo le va a Linus en general. No puedes llamarme y preocuparme más todavía...

—Te llamaré si descubro algo más —dijo agarrando la chaqueta del respaldo de la silla.

Echó a correr por el centro comercial.

Tenía que salir. Tenía la boca llena de vómito amargo.

—Me encuentro fatal, de verdad —dijo Silje Sørensen al meterse en el coche—. Te lo agradezco mucho.

—Yo también necesito tomar un poco el aire —dijo Håkon sonriendo al girar la llave—. Aunque solo sea desde el coche. Tienes un aspecto horrible.

—Gracias.

—No lo decía con esa intención.

—Tienes razón. Supongo que mi aspecto es tan malo como la sensación que tengo. He de meterme en la cama, sin más. Unas horas, esta noche habré vuelto.

—No hace ninguna falta —dijo saliendo de Grønlandsleiret y girando a la derecha—. Puedo hacerme cargo del fuerte hasta mañana. No somos tan imprescindibles, Silje. Ninguno de nosotros lo es. Hay otros haciendo el trabajo.

—Pero soy yo quien debe tomar las decisiones.

—Para nada. Puedo hacerlo yo.

Ella se inclinó y apagó la radio.

—Kiss FM —murmuró—. ¿Escuchas ese tipo de música?

Él no respondió. Ella se reclinó en su asiento y cerró los ojos. Se detuvieron de golpe y volvió a abrirlos.

—Disculpa —dijo él—. Se ha puesto en rojo. Creí que me daría tiempo.

—Menuda semana —dijo ella mirando por la ventanilla—. Menuda jodida y horrible semana. ¿Es verdad que conocías al teniente coronel que trajo los papeles del ejército?

—Sí. Fuimos juntos al colegio, y al mismo grupo de scouts durante varios años. En realidad es un tipo excelente, pero llevábamos muchos años sin vernos. Ahora es muy... militar.

—Nadie te acusará a ti de eso —dijo ella, irónica.

—Menudos idiotas —murmuró él, cabreado, y Silje intentó ver si alguien incumplía alguna norma de tráfico.

—¿Qué? —preguntó ella.

—El ejército. Perder un montón de C4 para luego enterrar toda la historia.

Ella suspiró profundamente y volvió a apoyar la cabeza en el asiento.

—Hasta cierto punto es comprensible. Teniendo en cuenta el momento en el que ocurrió. Yo estaba al otro lado del charco cuando ocurrió, pero puedo muy bien imaginar cómo fue. Después de que Anders Behring Breivik hiciera tanto daño con una bomba casera fabricada a base de abono, el tal Gustav Gulliksen tiene un argumento de bastante peso. Hubiera sido un impacto enorme para la población saber que se habían extraviado setenta kilos de un potente explosivo cuatro días después. Dios sabe lo que podría haber pasado.

—Para ser sincero sigo pensando que solo nos están contando la mitad de la historia.

—¿Qué quieres decir?

—Seguro que es cierto que el 22 de julio influyó en la decisión. Pero para Defensa era peor que hubiera tantos sospechosos. Era una maniobra de mucha envergadura y muchos de sus expertos más destacados estaban en Åmot.

—¿Sí? ¿Y?

—Necesitamos a esos expertos, Silje. Noruega los necesita. Con frecuencia forman parte de grupos casi tan secretos como los de las fuerzas especiales. Una investigación en toda regla dejaría a muchos de ellos al descubierto y supongo que supondría un importante menoscabo de nuestra capacidad

defensiva.

—No quisieron sacrificarlos por setenta kilos de C4.

—No, creo que no.

Silje rebuscó en el salpicadero y cogió una caja de caramelos para la garganta.

—A mí, en realidad, setenta kilos no me dicen nada —prosiguió metiéndose dos en la boca—. ¿Es mucho?

—Más que suficiente —dijo él, tajante—. Nuestros chicos calculan que no utilizarían más de treinta kilos en Gimle Terrasse. Pero fueron treinta kilos muy bien colocados. Puede que no hubiera más de cuatro o cinco en la maleta de ayer. Junto con pedazos de metralla suelta.

—¿Igual que en Boston?

—No. Los de la bomba de Boston utilizaron una olla a presión. Por lo que tengo entendido, eso no hace falta con sustancias muy explosivas, como el C4.

—Han hecho explotar entre treinta y cuarenta kilos. En otras palabras, les queda una buena cantidad.

Él no respondió. Un coche patrulla con las luces azules se acercaba por detrás y Håkon se hizo a un lado.

—¿Los del PST siguen descartando que pueda tratarse de fuerzas de la derecha? —preguntó mientras seguía el movimiento de los coches de la policía por los retrovisores.

—Sí. De manera casi categórica.

—¿Incluso ahora cuando se sabe que los explosivos pueden ser de origen noruego?

—Cuando hablé con Harald Jensen en Nydalen esta mañana, ninguno de nosotros disponía de esa información. Pero creo que eso no cambia el caso. No tienen ningún grupo de esas características bajo el radar.

—Como la última vez —dijo Håkon saliendo de nuevo a la carretera.

—La última vez no se trataba de un grupo. Fue obra de un solo hombre.

—Exacto.

—Esta vez tiene que haber intervenido más gente.

—En realidad, ¿cómo sabemos eso?

Silje cogió otro caramelo y se arrebujo en el abrigo. Era difícil con el cinturón de seguridad y maldijo por lo bajo.

—Es casi impensable que el asesinato, descuartizamiento y ocultamiento

del cuerpo de Jørgen Fjellstad no tenga nada que ver con los ataques terroristas —dijo, desanimada—. No puede ser casualidad que primero intervenga en dos vídeos y luego aparezca asesinado en la sierra de Nordmarka. Solo para llevar al tipo hasta esa cantera harían falta varios hombres.

Continuaron su camino en silencio. Resultaba sorprendente que hubiera tan poco tráfico. Los viernes la hora punta solía adelantarse, muchos se escapaban temprano del trabajo para librarse de los atascos de la salida del fin de semana. No solo había menos coches de lo habitual, las aceras de las calles de la ciudad estaban mucho menos concurridas de lo que era habitual a aquella hora.

La gente tiene miedo, pensó Håkon, pero no dijo nada.

—¿Vas por aquí? —murmuró ella cuando pasaron junto al jardín botánico de Tøyen.

—Nos da lo mismo coger la circunvalación 3. Por cierto, aunque todavía no sepamos quién puso las bombas en las oficinas del ISAN y cuándo lo hicieron, por lo menos sabemos cómo.

—¿Ah, sí?

—Un fallo de seguridad garrafal. Como sabes, las oficinas eran en origen dos pisos unidos. Cuando los reformaron, tomaron bastantes medidas de seguridad. Buenas puertas y cerraduras. Cámaras de vigilancia en la entrada, severo control de las llaves. Para rematar, las ventanas que daban a la calle tenían cristales reforzados. No eran antibalas pero sí difíciles de romper. Todo muy moderno. Pero también les correspondían cuatro trasteros en el sótano.

Giró hacia la calle Finnmark desde la calle Sar.

—Para facilitar el acceso a los trasteros construyeron una escalera desde una de las oficinas de la planta baja. Así de sencillo, porque los trasteros servían tanto para almacenar material de oficina como otras cosas que hacían falta a diario.

—¿Y qué medidas de seguridad había en el sótano?

—Esa es la cuestión. Para entrar en el sótano hacen falta dos llaves. Está cerrado con una sólida puerta antiincendios. Todos los vecinos de la finca tienen esas llaves.

—Vaya por Dios —dijo Silje, desesperada—. Esas llaves se perderían todo el rato.

—Bueno. Tenían un sistema bastante estricto. Hemos destinado un equipo a investigar a todos los que tenían acceso al sótano, claro. Porque, si entras allí, para acceder a las oficinas del ISAN ya solo hace falta una tenaza que cuesta sesenta coronas en los almacenes Clas Ohlson.

—¿Qué? ¿Allí abajo solo tenían una pared alambrada?

—Eso es. Está cortada, así que lo más probable es que los terroristas entraran por allí.

Golpeó el volante.

—No entiendo por qué llaman a esto una rotonda. Pero si es completamente cuadrada, ¡joder! Y está completamente vacía. ¿Dónde se mete la gente? Aquí suele haber un atasco de mil demonios.

Puso el intermitente para salir de la rotonda.

—¿Qué pasó en realidad durante esas maniobras militares? —preguntó Silje.

—Nada. Esa es la cuestión.

—Sí, pero ¿qué pasó?

—Llevaban tiempo planificando unas maniobras militares de bastante envergadura en uno de los campos de entrenamiento del ejército en Åmot. Con fuego de tanques y detonación de explosivos. Como sabrás, esos campos de prácticas suelen estar rodeados de una cierta... —volvió a frenar de golpe ante un semáforo en rojo, y Silje apoyó la mano en el salpicadero— oposición vecinal. Un campo de tiro no tiene por qué ser un buen vecino. Pero los militares tienen que practicar, claro. Aun así, el jefe de Defensa concluyó que Noruega... —se le caló el motor, maldijo y consiguió volver a arrancar el coche y pasar el semáforo en verde— había tenido suficientes explosiones por una temporada. Así que cancelaron toda la movida solo unas pocas horas antes de que tuvieran previsto empezar la fiesta.

—¿Y entonces?

—Defensa tiene normas muy estrictas sobre el almacenaje, transporte y uso de explosivos, por supuesto. Como también sobre todos aquellos que tienen acceso legal a los explosivos. Las cajas de C4 ya se habían transportado al terreno, a tres puntos distintos donde iban a emplearse. Cuando llegó la orden de cancelación las cajas se llevaron de manera casi inmediata a construcciones vecinas. Hay una cantidad significativa de edificaciones repartidas por el campo. Lo lamentable es que permanecieron allí varios días sin vigilancia.

—¿Sin... vigilancia?

—Sí, y en principio no debería haber pasado nada. Todo estaba bien cerrado y asegurado. Unos días después, cuando quedó claro que pasarían varias semanas antes de que las maniobras pudieran llevarse a cabo, se ordenó que trasladaran las cajas de C4 al almacén permanente.

—Y entonces habían desaparecido.

—No, no todo. Solo dos cajas de treinta y cinco kilos cada una. Ya es bastante, madre mía. Por lo visto, se organizó un follón de narices.

—Pero un follón que fueron capaces de tapar, por lo que se ve.

—Sí. La documentación del caso es todo lo lacónica que cabe esperar de los militares cuando tienen que reconocer que ellos mismos la han cagado. Pero entre líneas se intuye auténtico terror. Tardaron muy poco en decidir que había que ser... discretos.

El coche se acercaba al cruce de Sinsen. Aquí también el tráfico fluía como si fuera por la noche.

—¿Dónde está todo el mundo? —dijo Håkon en voz baja—. Esto resulta fantasmal, Silje.

—Es raro que lo consiguieran —dijo ella.

—¿El qué?

—Mantenerlo oculto a la luz pública. Ha tenido que saberlo un número considerable de personas.

—No tantas. Pero tuvieron problemas con un tipo, un oficial que debía responsabilizarse de las detonaciones durante las maniobras. Un capitán, creo recordar. Presentó varios escritos de protesta, por lo que pude ver en la carpeta que me entregó Gustav Gulliksen. Quería dar la voz de alarma a toda costa.

—Pero ¿al final desistió?

—Evidentemente. Y ahora se justifican hablando del bien de los ciudadanos. Que aquello podía haber provocado el pánico. Que no se ganaba nada incrementando el nivel de estrés de la nación.

—Menos mal que han avisado ahora —dijo Silje echando una mirada al velocímetro mientras pasaban por debajo del cruce de Storo—. Eres subdirector de la policía, Håkon. Reduce la velocidad.

La redujo de manera casi imperceptible.

Ella volvió a cerrar los ojos. Se mantuvieron en silencio un buen rato. Cuando notó que se desviaba de la autopista susurró:

—¿Sabes en qué estoy pensando?

—No.

—En que no falta mucho para la fiesta nacional del Diecisiete de Mayo. Para el doscientos aniversario de la Constitución. Para el día más noruego de todos. Con cientos de miles de personas reunidas en el centro de Oslo.

—No eres la única —respondió lúgubre—. No eres para nada la única que ha pensado en eso, Silje. Con el C4 perdido y gente dispuesta a usarlo, podría ser una auténtica pesadilla.

Billy T. se volvió a ver encerrado en los laberintos que habían poblado sus pesadillas de las últimas semanas. Había estado corriendo de un lugar a otro sin llegar a ninguna parte, eso le parecía, salvo a la certeza cada vez mayor de algo que no podía ser verdad. No podía ser cierto. No dejaría que lo fuera.

El coche se resistía, avanzando casi traqueteante. No era raro, el Opel tenía nueve años y hacía dos que no lo llevaba a hacerle una revisión a fondo. En la ITV, un par de meses antes, le habían obligado a cambiar los discos de los frenos, pero todo lo demás que un bienintencionado mecánico le había propuesto tendría que esperar.

—Joder —dijo golpeando el volante mientras el coche se arrastraba por la cuesta junto al antiguo hospital de Aker.

Por lo menos el coche no murió del todo. Doce minutos más tarde giró hacia el aparcamiento que estaba frente a la biblioteca.

Había unos diez coches repartidos por la explanada de asfalto. Había sitios libres de sobra. Aun así, decidió ignorar el pictograma de una silla de ruedas junto a la rampa de acceso a la sucursal de la biblioteca Popular de Oslo. Hacia el este vio dos caballos pastando en un cercado de césped escaso y primaveral, entre bloques de pisos de escasa altura y casas bajas. Billy T. creyó recordar que había una escuela de equitación por la zona.

La modesta entrada daba a un pasillo. La pared de la derecha estaba cubierta de tablones de anuncios. Un surtido variado de información sujeta por coloridas chinchetas. Recortes de prensa sobre la batalla por la supervivencia de la biblioteca y peticiones para que la Deichmann Nordtvet no quedara relegada. Una serie de avisos del Círculo de Amigos de la Biblioteca de Nordtvet. Un poeta local anunciaba que iba a leer poesías a la hora del almuerzo dentro de un par de días, bajo el título «Poesía en tiempos

de terror».

La foto del cartel mostraba a un tipo de más de sesenta años, con el pelo largo descuidado y una mirada arrogante. Billy T. pensó que no sería un éxito de público, y paseó la mirada por el resto del tablón.

Un grupo de madres recientes anunciaba el comienzo de algo que llamaban Babylibro, todos los martes a las doce. Los viernes por la tarde había clases particulares para los estudiantes de primero a tercero de primaria. En la calle Gangstuveien 4 se había perdido un gato, era negro, se llamaba Alfons y le echaban mucho de menos.

—¿Puedo ayudarte con algo? —preguntó una voz.

Billy T. se giró y bajó la mirada hacia una mujer menuda de sesenta y tantos años de edad. Su cabello era del gris que solían adquirir las mujeres rubias, un color pajizo y sin brillo. Le miraba con una sonrisa interrogante, las manos cruzadas sobre el pecho.

—Bueno... —dudó—. En realidad, solo estoy echando un vistazo.

—Vale. Si tienes alguna duda, acércate a preguntar. Estamos aquí para ayudarte, ya lo sabes.

Intentó corresponder a su sonrisa. Ella se volvió hacia el mostrador, que en realidad no era tal sino dos escritorios, ni siquiera de la misma altura, colocados uno junto al otro sobre un caos de cables.

—Bueno... —dijo él.

Ella se dio la vuelta.

—Me preguntaba... He oído que tenéis grupos de lectura para adolescentes y jóvenes. O para... Bueno, no sé muy bien, pero es que me han comentado que...

—¡Ah! —dijo ella con una sonrisa—. ¡Lee y Corre! Primero se lee y luego sale uno corriendo a vivir la vida. Me temo que eres demasiado mayor. Es un grupo para edades comprendidas entre los dieciocho y los veinticinco.

—¡No, no! No pregunto por mí. Solo quería saber en qué consiste.

Ella se acercó. Los zapatos, muy prácticos, producían un suave clic en contacto con el linóleo, y llevaba una falda de cuadros que le llegaba por las rodillas.

—¡Lee y Corre es un invento nuestro! —dijo entusiasmada colocándose el pelo de paja detrás de la oreja con la mano izquierda—. Como sabrá, en esta zona de la ciudad tenemos unos cuantos jóvenes que no... no son del todo conscientes de los placeres de la lectura, por así decirlo. Suelen abandonar los

estudios muy pronto, y todos sabemos lo que eso puede significar.

Le dirigió una mirada elocuente.

—Lee y Corre, o LYC, como nos gusta llamarlo, es una medida para reactivar a esos jóvenes. Para que vuelvan a la vida, como muchas veces pueden hacer si alguien les empuja un poco. Debo reconocer que estoy bastante orgullosa, nuestros resultados son buenos, y cuesta muy poco. Casi nada, de hecho. Mi sueldo ya está pagado y los libros ya los tenemos.

Abrió los brazos.

Billy T. siguió la indicación de su gesto y miró a su alrededor para constatar que no había tantos libros. Era la biblioteca más pequeña que hubiera visto nunca. Por otra parte tenía que reconocer que no las frecuentaba mucho.

Los ojos de la bibliotecaria eran azules, rodeados de amistosas patas de gallo. Pero era como si su lenguaje corporal no se correspondiera con la impresión de buena voluntad y entusiasmo que evidentemente intentaba transmitir. Había algo reservado y alerta en su manera de comportarse. Además, unas arrugas muy marcadas imprimían a su boca un gesto escéptico, casi displicente, que no cuadraba con la alegría de su voz aguda.

—Qué bien —dijo él—. Suena muy bien.

—Tal vez tengas un hijo que... Sí, bueno, las chicas también son bienvenidas, claro, solo faltaría. Pero los que vienen son casi todos chicos. Resulta extraño, ¿verdad? Puesto que las chicas y las mujeres son quienes más libros leen.

—Sí —dijo Billy T.—. Tengo un hijo.

—Si me acompañas, podemos ver cuándo quedará una plaza libre. ¿Cuántos años tiene?

—Veintidós —dijo Billy T. siguiéndola—. Pero no me estás entendiendo, yo...

—No es para nada inusual que sean los padres quienes tomen la iniciativa —dijo en tono confidencial mientras daba la vuelta a aquel mostrador de aspecto provisional y cogía un archivador de anillas.

—Aunque tengan más de dieciocho años, seguimos sintiéndonos responsables de ellos. Créeme. Tengo dos hijos adultos y sé de lo que hablo. La responsabilidad no termina nunca.

—La cuestión es que mi hijo...

—¡Aquí tenemos una vacante! En realidad ya estamos con el semestre

empezado, pero voy a abrir un pequeño grupo extra dentro de tres semanas. Hay que esperar un poco, pero ¿puede servir?

Su figura menuda parecía todavía más pequeña detrás del bajo mostrador. Billy T. tenía la sensación de moverse tres metros por encima de ella. Sus manos eran rápidas y nerviosas, y las juntaba constantemente sobre el pecho en un gesto desvalido.

—¿Cómo se llama? —dijo sin darle tiempo a contestar a su anterior pregunta.

—Knut —dijo Billy T. sorprendiéndose a sí mismo—. Y conoce a alguien que ha venido antes.

—Knut... ¿qué más?

—Knut Pettersen.

—Knut Pettersen —dijo animosa, y le apuntó en una lista a mano—. ¿Fecha de nacimiento?

—¿Para qué te hace falta la fecha de nacimiento?

Le miró unos instantes, con el bolígrafo apoyado en la hoja. Luego esbozó una sonrisa, dejó el bolígrafo y cerró el archivador.

—Ya lo hablaré con él cuando venga —dijo entregándole un folleto—. Aquí encontrará su hijo todo lo que necesita saber.

—¿Qué hacéis en esas reuniones?

—Hablamos de libros. De conocimiento. Del valor de la lectura. Les damos listas de libros para leer a lo largo del semestre. Tanto ensayo como ficción, aunque son sobre todo novelas. También les ayudamos a escribir su currículum y a solicitar plazas en distintos ciclos formativos. En definitiva —empujó el folleto hacia él—, lo pasamos muy bien.

—Como ya he dicho, conozco a un chico que solía venir por aquí. Un amigo de Knut. Linus, ese es su nombre. Linus Bakken.

Puede que fueran imaginaciones suyas. Tal vez estaba demasiado cansado, agotado e incapacitado para interpretar a la gente con la precisión y agudeza de la que se sabía capaz. Podía ser lo que deseaba ver, que aquella mujercita fuera lo único que tenía para aproximarse a la verdad de qué le había sucedido a Linus.

Tal vez no fuera nada, pero le pareció ver una reacción cuando mencionó su nombre. Sus ojos amigables se pusieron alerta, se estrecharon un poco. Su boca malhumorada se elevó en una sonrisa que parecía fingida. Las manos volvieron a cruzarse sobre su pecho.

—Linus —dijo tosiendo un poco.

Sacó un pañuelo de la manga de la chaqueta y se secó la nariz.

Está ganando tiempo, pensó Billy T. Son solo unos segundos, pero eso es lo que está haciendo. Necesita pensar. Casi no se atrevió a parpadear por miedo a pasar algo por alto.

—Buen chico —dijo la mujer con una sonrisa todavía más amplia—. La verdad es que se ha esforzado mucho desde que empezó aquí. ¿Le conoces bien?

Billy T. asintió.

—Por lo que sé, va a volver a presentarse a varias asignaturas de bachillerato en un par de meses —prosiguió—. Eso es exactamente lo que pretendemos. Si le ves, dale recuerdos, lleva un tiempo sin venir. Y ahora debo...

Miró a su alrededor. La biblioteca estaba vacía y había una colega suya cerca. Era una mujer joven con zapatillas de deporte que estaba ordenando un rincón con muchas sillas de colores para niños.

—¿Cómo me has dicho que te llamabas? —preguntó Billy T. doblando el folleto.

—¿Mi nombre?

—Sí, yo soy Arne Pettersen.

Le tendió su enorme mano por encima del mostrador.

—Kirsten Ranvik —murmuró ella—. Encantada.

Su mano estaba fría y un poco húmeda. Billy T. la soltó, esbozó una sonrisa y se marchó. Se detuvo un momento frente al tablón de anuncios. Un cartel que no había visto al entrar llamó su atención.

¡Encuentro LYC!

LYC se reúne en el Ceylon, en la calle Kalbakken, los viernes de abril a las 19.00. Límite de edad 18 años. La comida es gratis, cada uno paga su bebida. Apúntate aquí.

Siete personas habían escrito su nombre en la lista.

Siete nombres noruegos. En un barrio de la ciudad como este, donde había más población inmigrante que en casi ningún otro lugar de Noruega, y donde era seguro que conformaban un porcentaje muy alto de los chicos que podrían necesitar un empujón para volver al sistema educativo. Billy T. lanzó

una mirada hacia el mostrador. La mujer ya no estaba. Con gesto rápido, arrancó el cartel de la pared y se lo metió en el bolsillo.

Kirsten Ranvik, pensó al salir y ver que su coche era el único que quedaba en el aparcamiento.

El nombre no le decía nada.

En momentos como aquel no había nada que echara de menos.

Ni siquiera volver a caminar.

Era casi medianoche. Hanne Wilhelmsen estaba metida en la cama de sábanas recién lavadas con una copa de vino apoyada en su tripa desnuda y un dedo sobre la base. Nefis estaba tumbada a su lado. En la pantalla plana pasaban una vieja película de Bruce Willis con el sonido muy bajo. Ida llevaba un rato dormida, aunque había tenido su dosis de emociones con su madre cuando Nefis por fin llegó a casa sobre las ocho. Habían comido chili con carne que había preparado la niña. Y helado.

—Me viene bien echarte de menos —dijo Hanne, somnolienta.

—Yo creo que no —sonrió Nefis besándole el hombro—. Cuando no estoy no me dedicas ni un pensamiento, pero cuando me ves te alegras tanto que crees que me has echado de menos.

—Lo que tú digas.

—¿Quieres saber cómo lo he pasado?

—No, salvo que te hayas enamorado de otra. Quiero ver a Bruce.

Nefis se tumbó de lado y apoyó la cabeza en la mano.

—¿Te asustaste mucho? —preguntó en voz baja.

—Sí. No por mí, porque entendí que era a cierta distancia. Pero fue horrible, claro. Es horrible. Que ocurran cosas como esa. Ida estuvo bastante alterada esa noche. Casi no durmió, a pesar de que la dejé acostarse aquí. Creo que fue una mezcla del atentado terrorista y que se enteró de lo de mi trabajo.

—¿Por qué no has cambiado el cristal roto?

—Pensé que tú podrías hacerlo. A mí me parece que en realidad esa raja queda bastante decorativa.

—Tonta.

Nefis se pegó todavía más a ella y le robó un sorbo de la copa de vino tinto.

—¿Qué ves en mí? —preguntó Hanne con la mirada fija en Bruce Willis, que bajaba por el hueco de un ascensor mientras a su alrededor todo estaba en llamas.

—¿Cuántas veces me has hecho esa pregunta? —sonrió Nefis.

—Un trillón.

—Veo amor. Sobre todo veo un gran amor.

Hanne sonrió. Seguía sin mirarla.

—Te he echado de menos, de verdad —susurró—. Mucho. Es totalmente cierto. Y he conocido a un tipo muy raro.

—¿Tú? ¿Has conocido a alguien?

Nefis se sentó, se enrolló en el edredón con las piernas en posición de flor de loto.

—¿Quién?

—Un policía. Se llama Henrik. Un chico listo. Rarísimo.

—¡Mira quién habla!

—Silje me lo ha mandado por aquello de los casos antiguos que quiere que revise. Primero me puse de muy mala leche, no necesito ningún segundo de a bordo, pero ha resultado ser bastante interesante hablar con él.

—Tenemos que invitarle a cenar —exclamó Nefis—. ¿De verdad que has conocido a alguien que te gusta? ¿A alguien con quien hablas? ¿Qué te parece mañana?

—Calma, no te lances —dijo Hanne dejando el vaso sobre la mesilla. Se sentó empujándose con los brazos—. No he dicho que seamos amigos. Pero oye...

—¿Sí?

—Los últimos días las cosas han ido a peor, mucho peor.

—¿El qué?

—Ya lo sabes. La actitud hacia los... musulmanes. Después de los atentados. Menos mal que a Ida no le interesan mucho las noticias todavía y no ve los comentarios. O eso espero.

Nefis suspiró y retiró el edredón para levantarse.

—¿Adónde vas? —preguntó Hanne.

—A buscar el iPad.

—No, vuelve a acostarte.

Nefis dudó unos instantes antes de obedecer sus órdenes. Hanne apagó el televisor, se bebió el resto de la copa de vino tinto y bajó la intensidad de la

luz.

—Ven aquí —dijo levantando un brazo.

La piel de Nefis estaba fría cuando se pegó a ella.

—¿Mucho peor?

Hanne asintió y la sujetó con más fuerza.

Así se quedaron. Mucho rato. El peso de Nefis se hizo más suave, su respiración más regular.

—Oye —susurró Hanne.

—Hum...

—¿Por qué es tan difícil?

—¿Qué?

—¿Por qué no podéis los musulmanes noruegos, la gente como tú y seguro que muchos de los miembros del ISAN, decir las cosas como son?

—¿Decir qué?

—Que no sois musulmanes en el sentido religioso del término. Que no sois creyentes. Que en el fondo sois exactamente iguales a nosotros, solo que con nombres un poco más raros y colores más bonitos.

—Yo lo digo —sonrió Nefis.

—Pero solo a mí, y a Ida y a algunos amigos.

—A nadie más le importa.

—No, pero...

Nefis se ayudó de los brazos para volver a sentarse.

—Para nosotros es diferente —dijo apartándole a Hanne el pelo de la frente.

—¿Qué es lo que es distinto? ¿Por qué no puedes decírselo a tus padres, por ejemplo? ¿Que de alguna manera has... abandonado sus filas?

—Porque les haría un daño terrible.

—¿Más que... yo, por ejemplo?

—Sí, más que ser lesbiana. Mi madre y mi padre son personas formadas. Modernas, en muchos sentidos. Pero el islam es... —Bostezó—. ¿Tenemos que hablar de esto ahora, Hanna?

Después de tantos años Nefis hablaba un noruego casi perfecto, pero nunca había aprendido a decir Hanne.

—No, no tenemos que hacerlo ahora.

—Para mucha gente se trata de preservar su fe, en su interior. Supongo que para la mayoría. No en el día a día, no para todos, pero cuando las cosas se

ponen difíciles, no es cualquier cosa renunciar del todo a un dios con el que has crecido, que ha sido omnipresente.

—Supongo que también será así para los cristianos.

—Seguro.

—A mí me resulta un poco...

La lámpara de la mesilla de noche hacía brillar el cabello de Nefis. Siempre lo llevaba recogido y Hanne adoraba el momento de la noche en el que se lo soltaba con movimientos suaves y expertos y dejaba que cayera en cascada por su espalda. Agarró uno de sus gruesos mechones y lo enrolló entre sus dedos.

—¿Cobarde? —propuso Nefis.

—Sí.

—Te equivocas. Se trata de tener consideración. Se trata de preocuparte de los tuyos. No todo el mundo puede ser como tú, Hanna. Afortunadamente no todo el mundo carece de infancia. No está tan desconectado de su propia historia. La mayoría de nosotros formamos parte de un tejido mayor. No queremos que se rompa. Miramos hacia delante y hacia atrás en nuestras vidas. Amamos a personas, a muchas, no solo a dos, como tú.

—*Touché* —susurró Hanne, y le soltó el pelo.

—Danos una generación o dos.

Hanne no respondió. Se esforzó para ponerse de lado, y tuvo que agarrarse al sólido pasamanos que habían montado sobre la cama.

—Claro —murmuró—. Y, además, en el fondo me da igual, siempre que tú estés aquí. E Ida. Y mejor que no haya nadie más.

A su espalda oyó la risa grave y oscura de Nefis.

—Billy T. ha estado aquí —susurró Hanne.

Nefis dejó de respirar.

—Qué bien —dijo por fin con voz casi inaudible.

—La cosa fue bien —dijo Hanne. Puso algo más de energía en la voz—. Solo le voy a ayudar un poco. Nada más. No podemos volver a ser amigos.

Agarró la mano de Nefis y la puso sobre su vientre. Entrelazó sus dedos. Y se durmió.

Primera hora de la mañana del lunes 14 de abril. Oslo seguía recuperándose del fin de semana. Henrik Holme se había despertado a las tres, sin saber por qué. Creía haber soñado algo. Completamente despierto, había pasado un rato intentando recordar qué era. No fue capaz y, al cabo de media hora, decidió levantarse. Era un consejo que su madre le había dado: nunca te quedes insomne en la cama. Aprovecha las horas que estés despierto. Todas y cada una de ellas son un regalo. Todas y cada una.

Su madre tenía un sinfín de consejos en la recámara.

Ahora mismo estaba incumpliendo uno de ellos.

El tiempo primaveral que habían anunciado los meteorólogos nunca llegó. A las cuatro de la mañana había comprobado la temperatura en el termómetro digital de la ventana de la cocina. Cero grados. Pero a pesar de eso se había echado a la calle sin guantes ni gorro, y ahora que iba bordeando el río Aker se arrepentía con las manos metidas hasta el fondo en los bolsillos.

Hanne no había dado señales de vida desde que salió de su casa el jueves por la tarde. Le había mandado un correo electrónico sobre su encuentro con Abid Khan y comprobado la bandeja de entrada un montón de veces durante el fin de semana sin encontrar nada más que cartas de estafa nigerianas, montones de publicidad y un recordatorio de que debía mandar la lectura del contador de la luz a Hafslund.

No quería darle la lata a Hanne.

Sentía que, de algún modo, se habían hecho amigos y no quería irritarla. Ida le había contado que su mamá volvía el viernes por la noche, y estarían ocupadas con sus vidas, como todas las familias. Como su madre y él solían pasar un rato especial cuando estaban juntos el fin de semana y su padre se iba de caza, como solía hacer todo el año. Salvo que estuviera arreglando algo del coche.

Henrik no había hablado con nadie en todo el fin de semana.

Se había sentido intranquilo, inseguro, molesto.

La desaparición de Karina Knoph le tenía desconcertado. De momento no entraba en sus planes volver a ver a Gunnar Ranvik. Por un lado, era evidente que el hombre no quería tener nada más que ver con Henrik. Por otro, tampoco sabía qué le podría preguntar.

Al menos Abid Khan le había proporcionado dos informaciones que eran nuevas, a pesar de que no le habían llevado muy lejos: que Karina probablemente tonteaba con las drogas, y que uno de los dos paquistaníes desconocidos con los que pasó tiempo aquel verano se llamaba algo así como Mohamed. O Muhamad. Henrik no tenía ni idea de cuántas maneras había de escribirlo. Buscar a alguien llamado Mohamed en Oslo era como buscar a una mujer de cincuenta y tantos años llamada Anne.

Pero el domingo por la noche le asaltó un pensamiento.

En 1996 no había Instagram. Ni Snapchat. Los móviles eran caros y estaban reservados para los adultos y Henrik creía que ni siquiera tenían cámara. 1996 eran los tiempos en los que los jóvenes todavía tenían álbumes fotográficos, con fotos pegadas en ángulo y comentarios escritos a rotulador en las páginas. Lo sabía porque él entonces tenía once años y su abuela le había regalado un bonito álbum por Navidad. Recordaba haberse puesto contento. El problema se manifestó en enero, cuando terminaron las reuniones familiares y la fiesta navideña de la empresa de su padre: Henrik no tenía ningún amigo con el que fotografiarse.

Karina Knoph sí tenía amigos.

Carecía de raíces y cambiaba con frecuencia de colegio, pero tenía amigos.

Los datos completos de la madre estaban en el informe policial y había resultado fácil averiguar dónde vivía. Temió que ya no estuviera en Oslo, con todo lo que cambiaba su marido de destino. Pero, por suerte, parecía que se habían divorciado. El caso es que ella vivía en la zona residencial de Ullevål Hageby, mientras que el entrenador de fútbol residía en Alta.

Las madres eran las que conservaban las posesiones de sus hijos muertos. Al menos eso sería lo que haría su madre si a él le diera por morirse.

En un primer momento pensó llamar por teléfono.

Concertar una cita, lo normal cuando uno quería quedar con un extraño. El problema era que, en ese caso, tendría que explicarle lo que estaba buscando. Pero llamar un domingo por la noche y hurgar en la desaparición, sin dejar rastro, de la hija de Ingrid Knoph un día de otoño dieciocho años atrás parecía demasiado brutal.

Sería mejor presentarse sin más.

El extraño aspecto físico de Henrik Holme le había provocado mucho dolor a lo largo de su vida. Pero en los últimos años había descubierto su gran fuerza: no asustaba a nadie. Donde fuera que se presentara, y a la hora que fuera, todo el mundo le recibía sin temor alguno. Mucha gente sentía curiosidad, algunos rechazo. Había quien no quería hablar con él cuando intentaba ponerse en contacto con ellos, pero absolutamente nadie se asustaba.

En resumidas cuentas, Henrik era una persona que daba muy poco miedo.

Llevaba dos horas y media caminando.

Estaba tranquilo, paradójicamente descansado. Eran casi las seis y media cuando cruzó el puentecillo que atravesaba el río un poco más allá de Solligrenda, y calculó en un momento que le llevaría veinte minutos escasos cruzar Tåsen y llegar hasta Ullevål.

Redujo la velocidad intentando pensar en la primera frase que diría. Las iba murmurando a media voz para desecharlas antes de acabarlas. Empezaba de nuevo, volvía a pensar y se desesperaba consigo mismo.

Solo cuando ya estaba cerca de la casa en la que según las páginas amarillas residía Ingrid Knoph, creyó haber dado con unas palabras iniciales que podrían funcionar.

La casa estaba en un extremo de la gran urbanización. Vio que se trataba de un adosado, no de un chalet individual como por alguna razón había imaginado. La puerta más cercana era de un rojo intenso y pertenecía a una casa típica de la zona, de cemento, techo puntiagudo y contraventanas blancas. En el timbre solo había un nombre. Su suposición de que se habían divorciado parecía correcta.

Murmuró dos veces el saludo inicial antes de poner el dedo sobre el timbre.

Solo pasaron unos segundos antes de que una mujer le abriera. Tenía un cepillo de dientes en la mano.

—Hola. Me llamo Henrik Holme. ¿Eres Ingrid Knoph?

Parecía muy sorprendida, pero asintió. Fue entonces cuando se dio cuenta de que tenía la boca llena de pasta de dientes y saliva. Puede que las siete de la mañana fuera un poco temprano para visitar a la gente.

—Soy un policía que no ha desistido de la idea de averiguar qué le pasó a Karina hace dieciocho años —dijo deprisa, con tono ensayado—. Me gustaría

hablar contigo.

Su sorpresa se convirtió en algo que interpretó como un profundo escepticismo. Se llevó la mano a la boca. Henrik se apresuró a sacar su placa y se la mostró.

—Un momento —creyó entender que decía antes de perderse por un estrecho pasillo.

Al menos no le había cerrado la puerta y, pasados unos segundos, regresó sin el cepillo de dientes y con la boca vacía.

—Hola —repitió Henrik tendiéndole la mano—. Henrik Holme, como puedes ver en esta identificación.

Esta vez sí la cogió. La observó mucho rato, como si sospechara que se trataba de una broma macabra.

—Karina —dijo en voz baja—. No entiendo nada.

—¿Podría pasar?

Levantó la mirada con su placa en la mano.

—Pero ¿de qué se trata? Tengo que ir a trabajar y...

—Debería haber llamado, por supuesto —dijo Henrik escondiendo la nuez bajo la bufanda—. Pero pensé que sería mejor saludarte en persona. Si tienes mucha prisa puedo volver en otra ocasión. ¿Esta tarde, tal vez?

—Tienes frío —dijo ella.

—Sí, un poco. He caminado bastante.

—¿No has venido en...? —Se inclinó y miró hacia la calle.

—Me gusta andar —dijo Henrik sonriendo.

—Pasa —dijo ella dando tres pasos prudentes hacia atrás.

—Gracias.

El recibidor era estrecho y oscuro, pero olía bien. Acogedor, como cuando su madre hacía bollos caseros. No era probable que Ingrid Knoph hubiera horneado bollos a primerísima hora de un lunes, pensó. Tal vez era un buen perfume, algo maternal. Tenía aspecto de mamá. Se descalzó.

Le precedió hasta un salón mucho más pequeño de lo que había imaginado. Había leído que los chalets y adosados de allí eran de los más caros de Noruega y había esperado algo más señorial, como del barrio de Frogner. Techos altos. Puertas dobles y una araña de cristal, tal vez. Esto no era mucho más grande que su piso. En cierta manera hacía juego con su dueña, los dos eran pequeños y coloridos.

La mujer menuda de abundante cabello gris acero le señaló un pequeño

sofá junto a la ventana y le pidió que se sentara.

—Me queda café —le dijo—. ¿Quieres?

—Sí, gracias.

—Disculpa, no te he cogido la ropa.

Alargó el brazo, y él se quitó el abrigo y se lo dio.

—¿La bufanda? —le pidió.

—Me la dejaré puesta —dijo Henrik subiéndosela.

Miró a su alrededor mientras ella estaba en la cocina. Se sentía a gusto. Así era como decoraría su propia casa, pero nunca le había pillado el truco a la decoración. Tal vez hubiera demasiadas cosas, libros, cedés y hasta una gran estantería con antiguos discos de vinilo, pero daba la sensación de que todos se avenían. El sofá en el que se había sentado era de un rojo oscuro, con cojines morados, azules y naranjas. Casi era como estar en un arcoíris. Se fijó en que la mesa del salón era como la de su abuela, con un estante debajo para poner periódicos y revistas. Sabía que esas mesas eran de los años sesenta, pero mientras que la de su abuela estaba gastada y llena de grietas, esta estaba increíblemente bien restaurada. La madera era lisa y brillante, y en medio había un pequeño centro de flores.

Fue entonces cuando vio la foto de Karina. No era muy grande, más o menos como un DIN-A4. El marco era blanco y estaba junto a una vela en una mesita al lado de la puerta. En la foto Karina no llevaba el pelo azul. Era de un rubio rojizo, como había adivinado al fijarse en sus ojos claros. Era más joven en aquella foto que en las que había en el archivo policial. Tal vez quince, adivinó. Era una foto privada ampliada, no la había hecho un fotógrafo. No se imaginaba a Karina como una chica a la que le gustara ir al fotógrafo, como le ordenaban a él una vez cada dos años desde que era un bebé.

Sonreía y miraba de frente al autor de la foto. Las pestañas eran casi blancas y una ancha franja de pecas cruzaba su nariz. Esta era una Karina completamente distinta, la chica de la foto parecía feliz, confiada y natural.

—La hicimos el día anterior a su confirmación —dijo Ingrid Knoph con una taza en cada mano al ver lo que estaba observando—. He mandado un mensaje al trabajo avisando de que me retrasaré.

Dejó una de las tazas frente a él.

—Gracias —dijo Henrik rodeándola con las manos heladas.

De la cocina llegaba el sonido de una radio. Reconoció la sintonía de las

noticias de la P2. Esta mujer parecía una oyente de la P2. Él era más de la P4, con listas de música pop y presentadores alegres, pero la semana anterior había intentado escuchar el canal cultural porque se dio cuenta de que era el que sintonizaba Hanne Wilhelmsen.

—¿Qué quieres de mí? —dijo Ingrid Knoph con voz queda y mirándole de frente.

—Quiero preguntarte si sigues teniendo alguno de los álbumes de fotos de Karina.

Parecía todavía más desconcertada que cuando le abrió la puerta y le vio.

—¿Álbum de fotos?

Algo brilló en su mirada, pero él no fue capaz de interpretar qué era.

—Álbum de fotos —repitió ella cogiendo aire—. Durante tres meses pisoteasteis nuestras vidas sin aproximarnos siquiera a lo que le había pasado a Karina. Los tres años siguientes los dediqué a quejarme, recurrir, quejarme y llorar para obligaros a hacer algo más con el caso. En los quince años que han pasado he intentado crearme una especie de vida en la que mi hija ya no existe. Y entonces apareces tú. Un policía. Y me preguntas si Karina tenía un álbum de fotos.

Miraba su taza de café con furia, como si estuviera considerando muy en serio la posibilidad de darle un golpe. De pronto se tapó la cara con las manos y se echó a llorar.

Henrik intentaba desesperadamente controlar los movimientos de sus manos.

Debería haber hablado con Hanne antes. Nunca debería haberse puesto en contacto con esta pobre mujer.

—Perdón —dejó escapar, y se levantó del sofá de un salto.

Era imposible no hacerlo: se tocó las aletas de la nariz tres veces. Y lo repitió dos veces más. Por suerte, ella no lo vio.

Ingrid Knoph lloraba con tanta desesperación que a Henrik se le llenaron los ojos de lágrimas. Quería marcharse. Quería lanzarse hacia la puerta y sería la última vez que hacía algo sin consultárselo antes a Hanne.

—Álbum de fotos —gimió la madre de Karina con la voz ahogada entre las manos—. Te presentas aquí y me preguntas por un jodido álbum de fotos.

—Me marcho —dijo Henrik en voz alta—. Lo lamento muchísimo.

—¿Irte?

Ingrid Knoph apartó las manos de la cara de golpe y le lanzó una mirada de

reproche. Casi de odio, sintió él, y se golpeó las sienes con fuerza.

—Si por un momento crees —siseó ella— que puedes presentarte de esta manera y luego marcharte sin más, ya puedes ir cambiando de idea. ¡Siéntate!

Henrik se dejó caer en el sofá.

Las manos bajo los muslos.

Ingrid Knoph respiró profundamente. Muchas veces. Henrik no dijo nada. Fijó la mirada en un cuadro abstracto colgado junto a la puerta de la cocina y decidió dejarla allí.

—Te voy a contar algo —dijo ella.

Las lágrimas seguían resbalando por sus mejillas, pero al menos ya no gritaba.

Henrik no se atrevió ni a mover la cabeza para asentir.

—Cuando uno lee sobre desapariciones —siguió Ingrid Knoph— suele decirse que lo peor es la incertidumbre. Que es mejor saber. Yo también lo sentí así, durante mucho tiempo. Prefería saber que Karina estaba muerta antes que vivir yo como una muerta en vida. Una zombi. Es en eso en lo que te conviertes. Eso es lo que se siente, ¿entiendes? Oh, no lo entiendes, claro que no.

Hizo una pausa.

—No —pió Henrik. Carraspeó y repitió con voz más grave—: No.

—Pero con el paso de los años, eso cambió. Tenía que creer que estaba viva. En lo más profundo de mí lo he sabido siempre, desde la primera noche que no estuvo aquí: ha muerto. Pero no he sido capaz de vivir con eso. Después de unos años y de un divorcio llegué a la conclusión de que lo único que podía hacer que mereciera la pena vivir otra vez era la esperanza de que ella tan solo...

La figura menuda se desmoronó.

Fue como si se desinflara. Su espalda se arqueó como la de una anciana, y las manos descansaron sin fuerza en su regazo.

—Mi esperanza ha sido que un día volvería a casa. Que un día cualquiera llamarían a la puerta. Y allí estaría ella.

Henrik empezó a comprender por qué le había abierto la puerta al cabo de unos pocos segundos, con la boca llena de babas blancas y un cepillo de dientes en la mano. El rubor había empezado su ascenso desde el pecho hacía mucho y se arrancó la bufanda para poder respirar.

Desde la cocina llegó un nuevo sondeo. Más del 60 por ciento de la

población opinaba que no debería seguir concediéndose la reunificación familiar a los refugiados por razones humanitarias. Además, habían intentado prender fuego a una mezquita durante la noche. En la sección de debate «El cuarto de hora político», la primera ministra iba a responder acerca de las medidas extraordinarias de seguridad que se habían tomado.

—No puedo perder la esperanza, eso no me lo puedo permitir —dijo Ingrid Knoph secándose las lágrimas—. La idea de que Karina, una mujer adulta, puede aparecer tal vez con una familia y una explicación razonable de lo que pasó es lo que me permite conciliar el sueño. Con lo que me despierto. Es la idea de que está viva la que me permite, a duras penas, seguir viviendo.

—En ese caso no te molestaré.

—Ya me has molestado. Más de lo que debería estar permitido molestar a nadie.

Henrik intentó pensar en la Nochebuena.

Era el mejor día del año. Familia, regalos y buena comida. Paz y seguridad y solo personas muy allegadas.

Tragó, carraspeó e intentó controlar el pulso.

—Pero el daño ya está hecho —dijo Ingrid Knoph—. Y la respuesta a tu pregunta es, como ya he dicho, sí. Karina tenía un álbum de fotos. Varios, pero solo uno de los dos años anteriores a su... antes de desaparecer.

Se levantó de golpe.

Salió del salón.

Henrik intentó mirar la foto de Karina que estaba sobre la mesita, pero no tuvo fuerzas. Aprovechó la ocasión para desplegar rápidamente todo un muestrario de tics.

—Aquí —dijo Ingrid Knoph, había vuelto sorprendentemente deprisa—. Puedes llevártelo. Me gustaría que me lo devolvieras, pero ahora mismo, si te digo la verdad, no quiero verte más.

Un álbum rosa cayó en su regazo.

Le pareció que pesaba como si fuera de plomo.

—Gracias —dijo.

—Tienes que irte —respondió ella dándole el abrigo—. Ahora, inmediatamente.

—¿Ahora? ¿Ahora mismo, dices?

El joven miró sorprendido a Billy T. y retrocedió medio paso. Midió a aquel tipo enorme con la mirada.

—Sí —dijo Billy T.—. No tardaremos mucho. Solo tengo unas pocas preguntas.

No había resultado muy complicado dar con Bernhard Zachariassen. De todos los nombres de la lista de participantes en la reunión del viernes en Nordtvet, el suyo era el menos corriente. Gracias a una búsqueda en redes sociales combinada con una web de información telefónica, había descubierto en menos de cinco minutos que Bernhard Zachariassen trabajaba en el supermercado ICA del centro comercial Sandakersenteret. Cuando Billy T. entró, el joven estaba colocando paquetes de tomates cherry del reparto de los lunes de fruta y verduras frescas.

—Estoy trabajando —dijo de manera bastante superflua.

—Tómate un descanso. Una taza de café en la pastelería Samson.

Billy T. agarró la mano del chico y le puso un billete de quinientas coronas en la palma. Bernhard le echó una mirada y se lo metió en el bolsillo a la velocidad del rayo.

—Vale —dijo encogiéndose de hombros—. Tengo que avisar antes de salir.

Fueron juntos hacia las cajas.

—Me tomo cinco minutos —murmuró Bernhard al pasar por delante de una mujer de generoso pecho con hiyab.

—Tómate diez —dijo ella sonriendo.

—¿Qué quieres? —dijo Bernhard camino de la pastelería en el extremo opuesto del pequeño centro comercial.

—Perteneces al grupo Lee y Corre, ¿verdad?

—Nadie es miembro, no. No es como si fuera un club.

—Vale. Pero participas en sus actividades.

—Sí. De vez en cuando. Es gratis. Y te prestan DVD y eso. No solo libros. Kirsten me ayudó a conseguir este trabajo.

Señaló con el pulgar por encima del hombro.

—Qué bien.

Billy T. se obligó a sonreír y puso una mano con aire de colega sobre el hombro de Bernhard. Luego señaló una mesa colocada junto al cajero.

—¿Qué tomas?

—Un café solo. Y un sándwich, si pagas tú. De huevo y tomate.

El chico se sentó. Billy T. se acercó al mostrador. La pastelería estaba casi vacía. Un hombre mayor en una silla de ruedas eléctrica estaba al fondo del local y echaba el contenido de una petaca en el café. Dos madres jóvenes tenían un niño en el regazo cada una, los carritos le estorbaron cuando hizo equilibrios con dos cafés y un sándwich en dirección a Bernhard.

—¿Cómo se te ocurrió la idea de apuntarte a LYC? —preguntó dejándolo todo sobre la mesa—. No pareces el típico que vaya mucho por la biblioteca.

Bernhard se encogió de hombros y mordió un gran pedazo del sándwich.

—Un tipo que conozco tiene una especie de trabajo a tiempo parcial allí —dijo con la boca llena.

—¿Andreas Kielland Olsen?

El chico dejó de masticar unos instantes.

—Eh... sí. ¿Le conoces?

—Arfan —dijo Billy T. con una gran sonrisa.

Bernhard le devolvió la sonrisa. Un trozo de huevo se cayó de su boca al suelo sin que se diera cuenta.

—Creo que eso solo fue una idea que le dio. No entendí nada cuando se suponía que iba a hacerse musulmán. Y tampoco le duró mucho, creo, he oído decir que vuelve a llamarse Andreas.

—¿Cuándo has oído eso?

—El fin de semana. Sí. El sábado. En una fiesta.

—¿Andreas estaba allí?

Bernhard tragó y sonrió entre dientes.

—No, eso hubiera sido el colmo.

—¿Qué quieres decir?

—Andreas se ha vuelto tan formal que cuesta creerlo. Viene a las reuniones como la que vamos a tener el viernes, pero ya casi no bebe. Se toma una cerveza y luego bebe agua el resto de la noche. Agua. Ni siquiera Coca-Cola. Al verlo ponerse tan serio casi me creí su conversionismo.

—Conversión.

—Conversión. Pero no del todo. Antes, ni siquiera le gustaban.

—¿Quiénes no le gustaban?

—Los musulmanes.

Dio otro bocado al sándwich. Esta vez fue un trozo de tomate el que fue a parar al suelo.

—¿Y qué opinas al respecto? —preguntó Billy T. mirando el reloj con

disimulo.

Los diez minutos se estaban agotando.

—¿Te apetece algo más?

—Un batido, si pagas tú.

Billy T. volvió al mostrador. Tenía el cuerpo tan cargado de adrenalina que al marcar el pin de la tarjeta notó que le temblaban las manos. Los carritos de bebé seguían estorbando y esta vez volvió por otro camino.

—¿Qué quieres decir con que no le gustaban los musulmanes? —preguntó en un tono tan casual como pudo.

—No... bueno, lo normal.

—¿Qué es normal?

Bernhard le miró molesto, agarró el vaso de plástico y sorbió un tercio de su contenido.

—Pues no sé. Lo normal. Leímos *Los versos satánicos* en LYC, ese de Salman Rushdie, y entonces...

—¿Qué has dicho? —le interrumpió Billy T.—. ¿Leísteis *Los versos satánicos*? ¿Ese libro no es un poco... complicado?

—Es aburrido de cojones. Pero a Andreas le gustaba y había escogido citas que lanzaba a todas horas. Pero luego lo dejó, hace ya tiempo.

A Billy T. no le parecía normal que unos chicos jóvenes citaran a Salman Rushdie, pero lo dejó estar.

—Tengo que irme —dijo Bernhard—. Si alargo demasiado los descansos tendré problemas.

—Dos segundos —dijo Billy T.—. ¿Alguno más del grupo se ha vuelto tan serio y formal como Andreas?

Bernhard se levantó con el batido mediado en la mano.

—Linus —dijo tajante—. Linus Bakken.

—Vale.

—Andreas y él se han hecho superamigos.

Bernhard echó a andar.

Billy T. puso una mano sobre su pecho, con suavidad.

—Una pregunta más —dijo—. ¿Por qué razón estáis en ese grupo? ¿Por qué os molestáis en leer *Los versos satánicos* y reuniros en una biblioteca?

Bernhard hizo una mueca de indiferencia.

—Kirsten es muy maja. Muchas veces nos invita a comer. Como el viernes que viene, que nos invita a cenar a todos. Y nos ayuda de verdad, como ya te

dije. Yo había estado parado más de un año hasta que por fin conseguí este curro. Y si no quiero perderlo, tengo que irme ya.

Se deslizó junto a Billy T. Dio unos pasos y se giró.

—¿Y quién se supone que eres tú?

Billy T. no respondió. Se limitó a darse la vuelta y acercarse al parking rezando por lo bajo para que el Opel arrancara una vez más.

La sala de plenos R4 se había vuelto a utilizar apenas un año después del ataque terrorista del verano de 2011. Daba a la calle Møllergata, de espaldas a la explosión. Utilizando una antigua salida de emergencia como acceso, el gobierno recuperó enseguida el lugar habitual para las conferencias de prensa más concurridas.

La sala estaba hasta los topes.

Más de la mitad de los presentes no eran periodistas noruegos. Había por lo menos dieciséis cámaras de distintas cadenas colocadas en la sala. Un ejército de fotógrafos se peleaba por los mejores sitios cerca de la tarima en la que había nueve sillas tras una fila de mesas cubiertas por un elegante paño gris antracita.

El estruendo era casi insoportable.

Solo hacía una hora que el Ministerio de Justicia había convocado una rueda de prensa. La hora, el lugar y la presencia del ministro: esa era toda la información que contenía el mensaje distribuido por la agencia de noticias NTB. No hacía falta pertenecer al grupo de los perros viejos de la prensa, los comentaristas de los medios de la capital, para saber que ese tipo de convocatorias repentinas y poco concretas solían implicar que iba a ocurrir algo dramático. O que ya había sucedido.

Las especulaciones se sucedían en Twitter, y los periodistas presentes aportaban su granito de arena con sus portátiles y sus smartphones. La mayoría estaban de acuerdo en que se iba a aportar alguna novedad sobre quién había sido responsable de los dos atentados de la semana anterior. Otros apostaban a que Harald Jensen iba a presentar su dimisión. Desde que se produjera el atentado contra el restaurante La Hierba Más Verde el jueves anterior, el viento había soplado con fuerza desde todas partes hacia el máximo responsable de los servicios de inteligencia. El PST no había tenido a los extremistas bajo control antes de la explosión. Y peor todavía era que ni

Jensen ni su gente parecieran estar ni de lejos sobre la pista de los culpables.

Hacía diez minutos que la rueda de prensa tendría que haber comenzado.

El ministro no había hecho acto de presencia.

El reportero de la CNN transmitía en directo desde un rincón, mientras que la televisión pública NRK intentaba encontrar sitio para una segunda cámara cuando el ministro de Justicia Roger Michaelsen apareció de pronto con gesto serio y se abrió paso hasta la tarima con la ayuda de cuatro guardaespaldas.

No llevaba a nadie. Sin portavoz. Sin el apoyo de un secretario de Estado o funcionarios que le asistieran. En lugar de sentarse en el estrado se acercó a un micrófono de pie en el que muy pocos se habían fijado. Los guardaespaldas se ocuparon de que la distancia que le separaba de los periodistas más cercanos fuera aceptable mientras él regulaba la altura del micrófono.

—Buenos días —dijo probando, con la boca a milímetros del micrófono—. ¿Me oís todos?

Un murmullo de asentimiento fue seguido por un silencio absoluto.

Roger Michaelsen medía casi dos metros y, antes de lanzarse a la política, había sido saltador de altura a un nivel que, entre otras cosas, le había llevado a participar dos temporadas en la Golden League a finales de los ochenta. Se había clasificado para las Olimpiadas de Seúl en 1988, pero una grave lesión en el abductor solo quince días antes de partir le había impedido participar. Se tragó la derrota, dejó atrás su carrera deportiva y se licenció en derecho en cuatro años.

Ahora estaba completamente solo.

Ni siquiera tenía un atril delante.

Ningún guion.

—Bienvenidos —dijo cruzando las manos a su espalda—. Debo empezar por pedir que no se hagan más fotos a partir de este momento. Se puede filmar, por supuesto, y si tenéis cámaras completamente silenciosas, adelante. Os ruego que los flashes y los ruidos que nos puedan distraer se terminen ahora.

El silencio en la gran sala era absoluto. Prosiguió:

—Voy a informaros de dos asuntos que están relacionados con la muy trágica situación en la que nos encontramos después de los dos ataques brutales y absurdos a civiles, inocentes ciudadanos noruegos. Para empezar... —sujetó el micrófono y lo bajó un par de centímetros— la policía ha recibido

otro vídeo del grupo que se hace llamar la Verdadera Umma del Profeta.

Un susurro recorrió la sala antes de que volviera a quedar en silencio.

—Se responsabilizan también de la segunda bomba. Afirman estar detrás del atentado contra el restaurante La Hierba Más Verde. La razón por la que esto no se ha sabido hasta ahora es que el vídeo fue enviado por correo.

Una nueva oleada de comentarios. El ministro Michaelsen se mantuvo serio y muy firme hasta que amainó.

—Nos enviaron un pendrive por carta. El matasellos es del viernes, pero ha llegado al ministerio hoy. De momento no vamos a hacer público su contenido. Lo que sí podemos adelantarles es que el mensaje es transmitido por la misma persona que en los vídeos anteriores. Salvo el que nos llegó de la Umma del Profeta, claro.

La inquietud de la sala era difícil de contener.

—Esto quiere decir que estamos frente a dos grupos que reclaman la autoría del atentado de Grønnerløkka —prosiguió elevando un poco la voz—. Y, por supuesto, estamos tratando esto con la mayor seriedad. Que una persona que sabemos que ha muerto, y que según todos los indicios ha sido asesinada, siga apareciendo en esos vídeos, abre la puerta a muchas especulaciones. No quiero contribuir a ellas. Al contrario.

Carraspeó ligeramente. Tragó saliva. Volvió a ponerse las manos a la espalda y adelantó el pecho.

—Somos una nación en crisis —dijo—. Nos atacan fuerzas que no acabamos de conocer bien. A pesar de nuestra terrible experiencia reciente, no hemos sido capaces de evitar que volviera a ocurrir lo mismo.

Se puso de puntillas unos instantes y luego se volvió a dejar caer sobre los talones.

—Hay diferencia entre culpa y responsabilidad —prosiguió—. Y la culpa del terror es siempre del terrorista. La responsabilidad, por el contrario, es finalmente mía. Yo soy responsable político de nuestro grado de alerta. De nuestras fuerzas policiales y de nuestros servicios de inteligencia. No lo hemos hecho lo bastante bien. Yo no he sido suficientemente eficaz. Demasiadas familias están pagando un doloroso precio por ello hoy. Esto debe tener consecuencias para mí, y las tendrá.

En la sala empezaron a comprender adónde iría a parar aquello. Un creciente murmullo y el sonido frenético de los teclados no se detuvieron a pesar del gesto cada vez más tenso de Roger Michaelsen.

—Por ello he informado a la primera ministra de mi deseo de dejar el cargo. Ella lo ha aceptado. Un nuevo ministro de Justicia será designado a lo largo de la tarde.

Su voz parecía a punto de romperse.

—Lo último que quiero decir es...

Se pasó una mano por el cabello. Su gesto tenía algo de indefenso, un movimiento que los humoristas habían utilizado desde que accedió al cargo para caricaturizar un supuesto aire de estar encantado de haberse conocido.

—... que lo lamento. Siento un gran dolor por las vidas perdidas. Por la pena que sufren demasiadas personas después de dos ataques cobardes, antidemocráticos e inhumanos a nuestra nación. Lamento la inseguridad y la angustia que todos nosotros, como nación y como individuos, hemos sufrido. Y doy las gracias por el tiempo que he permanecido en el cargo, con toda humildad.

Los cuatro guardaespaldas le rodearon al instante.

Le condujeron a través de la sala hacia un coche del gobierno que le esperaba entre una cacofonía de preguntas.

Según muchos de los presentes iba llorando, a pesar de que no fueron capaces de capturar ni una sola lágrima en ninguna de las fotos.

La foto estaba granulada y borrosa. Pero podía distinguirse un paisaje típicamente noruego en torno a tres figuras con mochila, vistas desde el aire. Bosque, tocones, un río crecido de primavera y alguna que otra mancha de nieve sobre el terreno. Los excursionistas acababan de desviarse de una pista forestal. Iban en fila por un sendero, el primero unos treinta metros por delante de los otros dos, que caminaban juntos.

—¿De verdad que los norteamericanos nos han dado una imagen de satélite como esta? —dijo Silje sin apartar la mirada de la foto.

Håkon Sand se encogió de hombros.

—La verdad es que no lo sabemos. Puede que las imágenes sean nuestras. No teníamos grandes esperanzas cuando pedimos al Ministerio de Asuntos Exteriores y al Ministerio de Defensa que investigaran si había algo. Todo bajo cuerda y con mucha discreción. Esta mañana nos enviaron esto del gabinete de la primera ministra, con infinidad de limitaciones a su uso. Por ejemplo, nunca se podrá hacer pública. Ni copiarse, solo existe esta. Y

quieren que se la devolvamos. Ni tú ni yo sabremos nunca quién la ha hecho desde el espacio.

—Es bastante impactante —dijo Silje acercándose la foto a los ojos—, si es que son ellos. Pero no hay manera de estar seguros.

—No. Está tomada el viernes 4 de abril por la tarde, poco antes de que anocheciera. Se ve con claridad que la luz del día está disminuyendo.

—¿Viernes? Se estableció que la muerte de Jørgen Fjellstad se había producido en algún momento entre el sábado y el domingo, ¿no fue así?

—Sí. Pero hacía frío. Allí más. A ratos incluso grados bajo cero. Eso dificulta la labor de fijar la hora. La foto está tomada a solo dos kilómetros del lugar donde le encontraron. Definitivamente, podrían ser ellos.

—No se ven las caras.

—No. Lo único que nuestra gente puede decirnos después de haberla estudiado durante unas horas es lo siguiente...

Se acercó a la cafetera sin esperar a que se lo ofrecieran. Apretó tres botones y solo obtuvo un gruñido.

—Para empezar, es bastante seguro que se trata de tres hombres, no mujeres. Tienen un peso normal. Es difícil pronunciarse sobre la altura, hay tan poca luz que casi no proyectan sombras. El primero de ellos parece estar en mejor forma que el último. Por lo visto tiene algo que ver con la longitud de los pasos, pero a mí me suena a que están especulando.

Apertó otro botón.

—Lo segundo es que van cargados con bastante peso. Eso se ve en la postura. Lo tercero es que todos llevan la cabeza tapada, lo que puede deberse a que hacía mucho frío aquella tarde. Ninguna de las gorras se puede identificar, salvo una de ellas.

Cogió la taza y se acercó a Silje.

—Esa —apuntó—. Es una Carhartt, azul o negra.

—¿Carhartt?

—Una marca de gorras que adorna una de cada dos cabezas de entre diez y veinticinco años en este país. Así que no nos será de mucha ayuda, la verdad. Salvo que puede darnos a entender que el tipo es joven.

—Bueno. Yo he cogido prestada la gorra de los niños más de una vez.

—Sí.

—¿Y eso es todo?

Por fin Silje levantó los ojos.

—No —dijo él volviendo a señalar la foto una vez más—. ¿Ves su mochila?

—Sí.

—Es una mochila de ochenta litros de capacidad, el modelo Gaupekollen de la marca Bergans.

—Vale.

—Empezaron a fabricarla en el año 2007, pero la retiraron del mercado poco después de que se pusiera a la venta en las tiendas. Tenía un fallo en el armazón. Una parte de la plancha de la espalda se soltaba con facilidad y la gente se había encontrado en medio de la montaña con una mochila que era imposible seguir llevando a la espalda. Todos los que la compraron recibieron la oferta de recuperar su dinero si devolvían la mochila.

—¿De cuántas estamos hablando?

—Cuando las retiraron del mercado se habían vendido doscientas cuatro mochilas. Devolvieron su dinero a ciento ochenta y seis personas.

—¿Así que hay... dieciocho mochilas ahí fuera? ¿Solo existen dieciocho mochilas de este tipo?

—A no ser que alguna se haya despistado, supongo.

Silje observó su taza de café.

—Pues al menos tenemos por dónde empezar. ¿Me preparas uno a mí también?

Håkon puso la máquina a trabajar una vez más.

—Seguimos investigando lo que tenemos. Y lo que no tenemos también, por así decirlo. Pero se monta tal follón cada vez que lanzamos una alerta como esa que esperaremos. Hasta que no tengamos elección.

Se acercó a ella y depositó un café sobre la mesa.

—Pobre Roger Michaelsen —dijo ella dando un sorbo al líquido ardiente.

—A mí no me da ninguna lástima. Tuvo pelotas. Es bastante poco noruego asumir la culpa de esa manera.

—No asumió la culpa, sino la responsabilidad.

—Lo mismo da. ¿Te acuerdas de ese coronel? ¿Prag? ¿Pral? El de Vassdalen.

—El coronel Pran. Creo que se llamaba Arne Pran. Dio la orden de que se hicieran maniobras en una zona con peligro de aludes. Murieron dieciséis soldados. Sí, lo recuerdo bien. Debió de ser a finales de los años ochenta, creo.

—¡Asumió la responsabilidad y la culpa, ambas cosas! Nuestro amigo del Partido del Progreso, Roger, puede salir de esta con la cabeza alta. Forma parte de un grupo escaso pero exclusivo. El de gente que de verdad asume las consecuencias de no haber hecho su trabajo. Además, su marcha servirá de carroña para los lobos. La presión a la que os someten a ti y a Harald Jensen se reducirá. Al menos durante un día o dos.

Llamaron discretamente a la puerta.

—Adelante —dijo Silje en voz alta.

Bertil Orre se había cortado el pelo, y el traje parecía nuevo. Silje no entendía cómo podía tener un vestuario tan variado con un sueldo de secretario, hasta que se enteró de que todavía vivía en casa de su madre.

—¿Sí? —dijo obligándose a sonreír para disimular su impaciencia.

Era la cuarta vez que llamaba en menos de una hora.

—El diario *VG* ha vuelto a llamar. A mi móvil particular, increíble. Aseguran que Miriam, de la sección de prensa, les ha prometido una entrevista contigo. Además...

Su teléfono sonó. Silje creyó reconocer una versión electrónica de «Let it swing». Bertil echó un vistazo al móvil, lo silenció y se lo metió en el bolsillo.

—Harald Jensen quiere hablar contigo. Me temo que en su despacho de Nydalen. Insistió mucho. Cuanto antes.

Silje se levantó y se acabó el café de un trago.

—Los del diario *VG* ya pueden esperar sentados a que les conceda una entrevista esta semana —dijo alisándose un momento la falda del uniforme—. Por favor, habla con Miriam y acláralo. En cuanto a Harald... —cogió la chaqueta de una percha colgada de la pared y se la puso—, llama al servicio de conductores, por favor. Cuando se trata de Harald Jensen mi actitud es mucho más benevolente.

Los cálidos sentimientos de Henrik Holme por su nueva colega Hanne Wilhelmsen se estaban enfriando.

Podía aceptar que no le llamara durante el fin de semana, claro está. Pero ya eran más de las tres de la tarde del lunes y seguía sin dar señales de vida. Después de su horrible encuentro con Ingrid Knoph aquella mañana se había ido a casa para darse una ducha caliente y ponerse ropa limpia.

Luego se había sentido desconcertado.

¿Debía ir a trabajar?

Allí tenía la sensación de ser un estorbo. Aislado, como siempre, pero peor que antes. Mientras todo el mundo trabajaba a tope en el mismo caso él parecía ir al ralentí, sentado en su despacho, haciendo alguna que otra búsqueda en el ordenador y, en realidad, solo a la espera de que Hanne se pusiera en contacto con él.

Tampoco parecía correcto quedarse en casa. No le habían dado vacaciones. Algo tenía que hacer. Al menos debía dar esa impresión. Concluyó optando por una solución intermedia. Dejó el álbum de fotos de Karina en casa y luego tomó un taxi rumbo a la comisaría para demostrar que no era un vago.

Se lo podría haber ahorrado.

Nadie se fijó en él. El ambiente de la comisaría era tenso. Casi intenso. La gente corría por los pasillos y muchos mostraban las huellas de no haber dormido bien en una semana. Ni siquiera se reían de él cuando creían que no les veía. Nadie llamó a su puerta y, a las dos, se puso la cazadora de piel y se fue a casa. Nadie intentó detenerle.

Se había preparado una buena dosis de té verde, y su humor había mejorado al pensar en cuál podría ser el contenido del álbum de fotos de Karina. Buscó una vela en el gran armario de la esquina y la colocó en un candelabro en la ventana de la cocina. Limpió la mesa a fondo con un trapo antes de depositar el álbum rosa sobre ella. De un armario sacó un par de galletas y las puso en un platito. Sin pepitas de chocolate para estar seguro de no manchar.

Colocó el móvil en un preciso ángulo recto, junto al codo, con la pantalla hacia arriba, después de comprobar dos veces el nivel de la batería y que no estuviera silenciado.

La primera foto de todas era un gran retrato de un bebé. Henrik se sintió desconcertado unos instantes. Ingrid Knoph le había dicho que había varios álbumes, y que este era de los dos últimos años anteriores a la desaparición de Karina. Pasó las páginas deprisa. El resto de las fotos eran mucho más recientes. La foto de bebé sería un guiño, una especie de exlibris para indicar sobre quién trataba el álbum.

A Henrik le daba la sensación de que todos los bebés se parecían. Regordetes y babosos. Al volver a la primera página pensó que aquel era muy mono.

De bebé Karina tenía rizos, y en la foto ya tenía dos dientes. Miraba de frente al fotógrafo y parecía estar a punto de morirse de risa. Los ojos eran dos rayitas en una cara redonda con una gran papada. Sostenía un sonajero.

Un catedrático de la Academia Superior de Policía había dicho en una ocasión que siempre deberían intentar conseguir una foto de bebé de todas las víctimas y de los asesinos. Opinaba que, al menos en los casos de violencia grave y asesinatos, les ayudaría a recordar su humanidad, vulnerabilidad e inocencia primigenia.

Puede que tuviera algo de razón. Este bebé estaba muy lejos de una jovencita de diecisiete años de actitud descarada y pelo azul.

Karina no era solo eso. Tampoco cuando desapareció.

Para su madre era lo más importante del mundo. La madre había visto tantas cosas en su hija que no era capaz de vivir con la certeza de que había muerto. Seguro que el padre también había amado a Karina. Era posible amar mucho a un hijo aunque no te llevaras muy bien con él. Henrik y su padre eran muy distintos, y nunca se habían entendido del todo. Sin embargo, no dudaba del amor de su padre, nunca lo había hecho. Aunque casi no habían tenido una conversación de verdad desde que Henrik era un niño.

Para Frode e Ingrid Knoph esta niña pequeña, hija única y seguro que muy deseada, había sido lo más importante del mundo. También cuando tenía diecisiete años y desapareció.

Henrik siguió pasando las páginas.

Había muy pocas fotos nítidas. En general eran instantáneas en las que alguien se movía y desenfocaba parte de la imagen. Se veía a Karina de excursión en una cabaña, en una fiesta, Karina en lo que debieron de ser unas vacaciones en Grecia con sus padres. Frode Knoph aparecía con semblante serio en todas las fotos. Ingrid y Karina sonreían. Una serie de fotos de la parte central del álbum parecían de una excursión a la alta montaña. Por las mochilas se diría que caminaban de cabaña en cabaña, puede que toda la familia junta. Frode no salía en ninguna de las fotos, pero seguramente era él quien las hacía.

Dos fotos de su confirmación estaban hechas en un estudio fotográfico, era evidente. Una era de cuerpo entero y ocupaba toda la página. Karina llevaba un traje regional. Henrik no estaba seguro de cuál, pero su madre le había explicado que los que llevaban perlas en el pecho siempre eran de las regiones del oeste. No era de Hardanger, ese lo conocía. Tal vez fuera de

Voss.

Se preguntó qué conexión tendría la familia Knoph con Voss. Y siguió pasando páginas.

En la antepenúltima encontró lo que había estado esperando.

Fue tan sorprendente que casi derramó el té por encima del álbum, pues acababa de levantar la taza para beber un trago.

Era una tira de fotos hechas en un antiguo fotomatón. Una tira de cuatro fotos de tres jóvenes dentro del cubículo. Karina estaba en el centro, haciendo muecas, mientras que dos chicos morenos intentaban colarse en la foto por los lados.

En la última uno de los chicos había ganado. Tenía la cara delante de los otros dos, sonreía de lado hacia la cámara y hacía la señal de la victoria con los dedos.

«Yo, Mohamed F. y Fawad en el verano de 1996.»

Pensó que Karina debía de ser zurda. Su letra se inclinaba con fuerza hacia la izquierda, y en algunos lugares del álbum su mano había arrastrado la tinta.

Hasta ese momento solo había tenido un nombre, un nombre de pila. Ahora tenía dos nombres de pila, una inicial y una foto bastante buena.

Resultaba casi increíble.

Unos meses antes toda la sección había sido invitada por la policía judicial a una jornada informativa sobre los adelantos tecnológicos en la lucha contra el crimen. Estaban montando un centro nacional de investigación biométrica. Codificando las fotos de cerca de ciento setenta mil delincuentes que la policía ya tenía en su base de datos, dentro de poco podrían contar con un instrumento eficaz para dificultar que delincuentes fichados pudieran cruzar fronteras nacionales.

Reconocimiento de rostros, tan sencillo como eso, y habían llegado muy lejos. El sistema ya estaba en uso para reconocer gente basándose en una foto. Uno de los investigadores, un tipo robusto que llevaba treinta años en el cuerpo, había explicado que el mayor avance se produjo cuando los norteamericanos se decidieron a compartir con más generosidad sus conocimientos de biometría.

Eran impresionantes, les explicó abriendo mucho los ojos.

El pequeño programa informático de Henrik no era para nada tan avanzado. Lo había comprado en internet para instalarlo en el iPad, sin estar muy seguro de para qué lo iba a utilizar. Los primeros días se había divertido

escaneando fotos de sus compañeros de clase de su álbum escolar para ver adónde habían ido a parar. Disfrutó viendo que su mayor acosador en el colegio pesaba cerca de doscientos kilos y estaba incapacitado. Antes de cumplir los treinta. Era evidente que tenía mucho tiempo libre para dedicarlo a Facebook y que no se avergonzaba de su aspecto grotesco.

La app de Henrik, que le había costado menos de trescientas coronas, reconocía a gente en la red. En otras palabras: dependía de que hubiera fotos del objetivo sin proteger en internet. Redes sociales para la mayoría, artículos de prensa para unos pocos.

El sistema de la policía partía de una base de datos de delincuentes. Si Mohamed F. se había ganado un lugar en ella, Henrik podría llamar al amable agente de la policía judicial al día siguiente y pedirle ayuda.

Pero primero probaría con su app.

El iPad estaba en el alféizar de la ventana. Tecleó hasta dar con la pantalla que le indicaba que debía orientar la cámara del iPad hacia la foto que quería comprobar.

Clic.

—¡Vaya! —se dijo.

Pasaron apenas treinta segundos antes de que aparecieran un montón de fotos.

La mayoría de ellas de Instagram.

Su alias era @Fawadman.

Henrik se había equivocado. No era Mohamed quien se había echado hacia delante para robar el primer plano de la última foto. Era Fawad.

No tenía importancia.

En muy poco tiempo tendría el nombre completo de uno de los amigos de Karina durante el verano de su desaparición. Esa misma tarde, si tenía suerte con las búsquedas abiertas que podría hacer desde casa. O como muy tarde al día siguiente, si se veía obligado a utilizar las bases de datos policiales.

Como muy tarde al día siguiente.

Resultaba casi increíble. Agarró el móvil y se dio unos golpecitos en la sien con él mientras murmuraba:

—Llama. Llama, venga.

Pero el móvil no emitió sonido alguno.

Eran varias las razones por las que Silje se había dejado convencer con tanta facilidad de hacer el viaje hasta el PST para ver a Harald Jensen en el valle de Nydalen. La más evidente es que tenía la sensación de que la comisaría se había convertido en una cárcel. Cientos de personas trabajaban a marchas forzadas para encontrar una lógica que uniera dos atentados terroristas y un asesinato que tal vez estuvieran relacionados, o tal vez no.

A veces no sabía muy bien qué sería preferible.

Al menos tenía ganas de alejarse, salir un poco al aire libre. Respirar.

Pero no era lo que había encontrado.

—¿Podría volver a ver el final? —dijo después de que los dos hubieran observado en silencio la imagen parada de Jørgen Fjellstad, alias Abdalá Hasán, durante un rato llamativamente prolongado—. Supongo que este ordenador no está conectado a la red.

—¿Quiénes te crees que somos? —dijo Harald Jensen desanimado, haciendo retroceder la grabación un par de minutos—. En el Ministerio de Justicia ni siquiera lo miraron. Nos hicieron seguirlo directamente cuando vieron que el envío era un USB sin marcar. Por supuesto que les informamos inmediatamente de cuál era su contenido.

El fondo era el mismo que en los vídeos anteriores. Al menos también era blanco y neutral. Jørgen llevaba la misma ropa y el pañuelo delante de la boca, y la cicatriz indisimulada de la frente seguía destacando de forma absurda.

El tiempo de los *kuffar* ha pasado. Nuestras hermanas son violadas por los *kuffar*. Nuestros hermanos son asesinados por los *kuffar*. En lugar de protestar por ello, en lugar de reconquistar Al Quds, nos dejamos humillar en Kuwait, Arabia Saudí y Egipto. En todo Occidente. Consentimos que noruegos y daneses humillen al Profeta, la paz sea con él. Pero ha llegado la hora. Hemos mostrado a Noruega lo que somos capaces de hacer. No busquéis la amistad de los *kuffar* porque su tiempo ha pasado. Noruega aún no ha visto lo que está por venir. Lo que llegará, lo que es, todo es yihad. Todos estamos obligados a vengarnos. Y la venganza llegará. *Allahu akbar*.

—Los *kuffar* son los infieles —dijo Silje—. Pero ¿qué quiere decir Al Quds?

—Jerusalén. Las chorradas habituales de la yihad, Jerusalén será reconquistada.

—Esa retórica se repite en los tres vídeos. Pero las películas sí que son distintas entre sí. En la primera, después del ataque al ISAN, presume sin medida de lo que supuestamente han hecho. Luego llegó un vídeo en el que todo eran amenazas, se parecía al final de este.

Ella moqueó. La infección de garganta había desaparecido, por suerte, pero había dejado un fuerte catarro.

—Este, sin embargo, es una combinación. Asume la autoría del último atentado, el del restaurante. Además, amenaza con un nuevo ataque.

Ella cerró los ojos y cogió aire como si fuera a estornudar.

No pasó nada.

—Y esta vez parece que debemos temer algo...

Ella dudó y acabó por sacar un pañuelo de papel del bolso.

—... más grande —añadió por fin.

—Estoy de acuerdo. Es... —Harald Jensen se levantó y se llevó las manos a las lumbares—. Da muchísimo miedo —dijo en voz baja—. Sea quien sea el que está detrás de todo esto, la planificación es de una precisión aterradora y de una naturaleza que nunca habría imaginado.

—¿Qué quieres decir?

—El tal Abdalá Hasán... —señaló la pantalla y siguió masajeándose la espalda— ha grabado tres vídeos antes de que le mataran. Por lo menos. Puede que haya más.

—Esperemos que no.

—En dos de los vídeos habla de bombas concretas, haciendo referencia a un lugar. Los análisis que hemos hecho muestran que, para colmo, ¡sabía más o menos cuántos habían muerto! No especifica el número de víctimas, pero todo lo que dice coincide con el hecho de que la bomba de Gimle Terrasse se llevó muchas más vidas por delante que la de La Hierba Más Verde.

—La bomba que pusieron en el ISAN era más potente.

—Sí, y su colocación más sofisticada. Por cierto, ¿habéis avanzado algo en la investigación sobre cuándo la pusieron y cómo?

Silje le observó. Tenía ojeras oscuras y los labios descoloridos y húmedos. Su cabello se veía apagado y bastante graso y tenía el cuello de la camisa rodeado de un cerco oscuro donde estaba en contacto con la piel.

—¿Podríamos dejar eso para luego? —rogó ella.

Él se encogió de hombros.

—Como quieras.

Se dejó caer en la silla otra vez.

—No me cuadra nada. ¿Por qué asesinaron y descuartizaron a Jørgen Fjellstad? ¿Cómo demonios pudo saber con tanta precisión lo que iba a pasar? ¿Y por qué razón no encontramos nada, ni un solo... —golpeó la mesa con los puños cerrados— jodido indicio sobre ese grupo en ninguna parte? Y el tal Arfan Olsen, que rogamos a todos los dioses para que estuviera relacionado de alguna manera con la Verdadera Umma del Profeta, está... —Dio un suspiro largo y desesperado. A Silje le pareció notar que le temblaba la voz cuando continuó—: Está limpio como una patena. Hemos entrado en su piso. No hay nada de interés. Tenemos instalados micrófonos. Nada de interés. Ve programas de televisión corrientes y tiene una correspondencia por correo electrónico más apropiada para incitar al sueño que para reforzar la teoría de que es un terrorista. Pero si ni siquiera tiene ordenador, joder. Solo teléfono móvil e iPad, que utiliza muy poco. Sale de casa a una hora normal por la mañana, pasa el día en la facultad de Derecho, y luego, por si no fuera poco, trabaja a tiempo parcial en una biblioteca. Da paseos por el campo y la montaña. Se acuesta temprano. Le han visitado un par de amigos. Jóvenes noruegos normales y corrientes.

—¿Y si este grupo no estuviera en la red?

Harald Jensen la miró escéptico.

—¿Qué quieres decir con que no están en la red?

Silje se colocó el kleenex debajo de la nariz y se inclinó hacia delante.

—Tu antecesor fue criticado por no haber descubierto a Anders Breivik antes del atentado del 22 de julio. No me pronunciaré sobre si las críticas estaban justificadas... —Arrancó una hoja en blanco de un cuaderno y sacó un bolígrafo de su bolso. Se inclinó, colocó la hoja entre ellos y dibujó una línea a lo largo—. Teníais dos potenciales fuentes de información —dijo, concisa, y señaló una de las columnas—. Sobre todo las abiertas. La actividad de ese tipo en distintas páginas web, su participación en debates. En medios antiguos y nuevos. Gates of Vienna. Document.no, ese tipo. El problema al que os enfrentáis ante esta clase de información es bien conocido: la libertad de expresión.

En el lado izquierdo de la página escribió: INFORMACIÓN ABIERTA Y SEMIABIERTA.

—La libertad de expresión —repitió con insistencia—. En nuestra sociedad occidental uno está autorizado a opinar casi cualquier cosa. Y, además, como tú mismo te preocupaste de dejar muy claro el otro día, esta gente suele ladrar más que morder. Casi siempre, en verdad. Y son muchos. Resulta deprimente que sean tantos. La capacidad que tenéis para controlar a la gente que hace afirmaciones extremas en la red es limitada.

Harald Jensen asintió despacio.

—Y luego está esto otro —dijo Silje señalando la columna en blanco—, la que mencionaste cuando estuvimos con Michaelsen. Todas las palabras de búsqueda que vuestros ordenadores están programados para rastrear. El control de las mercancías que se importan y se exportan. Las rutas de viaje. Los billetes de avión, las solicitudes de visados. Las páginas web que se visitan.

Intentó captar su mirada, pero estaba fija sobre el papel.

—Conexiones —continuó ella—. El control de quién habla con quién. Creo que un colega norteamericano una vez lo denominó «suspicion by association». Si contactas con Krekar tendrás que contar con que te investiguen a fondo. ¿No es así?

Escribió ALARMAS en la parte superior de la hoja que estaba en blanco.

—Vosotros lo llamaréis de otra manera, seguro, pero ten paciencia conmigo. Tenéis vuestros propios sistemas, colaboráis con terceros, y además formáis parte de la cooperación internacional antiterrorista Global Shield.

Harald se rascó despacio la barba incipiente. Seguía sin apartar los ojos de la hoja.

—En cuanto a Breivik, tu predecesor arguyó que solo había hecho una compra sospechosa. Por internet, en Polonia, y por algo más de cien coronas. En otras palabras, demasiado poco...

—Sí...

—A posteriori se supo que no era así. El tipo compró ciento cincuenta kilos de aluminio en polvo de otro proveedor polaco poco después. Ciento cincuenta kilos, Harald, un producto químico que es solo uno entre los catorce que Global Shield se esfuerza por vigilar. Un ingrediente importante para la bomba que Breivik tuvo la habilidad de distribuir en varias entregas y que él mismo iba a buscar a las oficinas de una mensajería en algún lugar de Suecia.

—¿Adónde quieres ir a parar?

Por primera vez pareció estar más molesto que frustrado.

—Tres factores, Harald, que podrían haber servido para detenerle.

Levantó tres dedos en el aire.

—Todas las cosas horribles que consultaba en internet. Por desgracia, eso no hizo saltar ninguna alarma.

Dobló el dedo índice sobre la palma de la mano.

—Que comprara una pequeña partida de productos químicos en Polonia de la que Aduanas sí que os avisó. En aquella ocasión os pareció demasiado intrascendente para reaccionar.

Dobló otro dedo más.

—Y una compra bastante sustancial de un ingrediente básico para confeccionar una bomba casera con fertilizante de la que no tuvisteis noticia. Por muchas razones. En parte porque se repartió en varios paquetes, en parte porque los recogió él mismo en Suecia. Dado que tanto Suecia como Polonia son países que pertenecen a la Unión Europea, no se hacen declaraciones aduaneras entre ellos. No recibisteis ningún aviso, puesto que pasó la última frontera él solo. Sin que le detuvieran en un control aleatorio.

—Sigo sin tener ni idea de adónde quieres ir a parar.

—¿Y si alguien ha aprendido de él?

—¿Aprendido? ¡Está entre rejas de por vida! ¡Le odia todo el mundo!

—Me temo que no todo el mundo —dijo ella—. Pero esa no es la cuestión. Lo fundamental es que a posteriori han salido a la luz tres factores por los que podría haber sido detectado. ¿Y si esos...? —Agarró la hoja en la que había escrito—. ¿Qué pasaría si esos... auténticos ummas, o quienes sean los responsables, han aprendido a mantenerse alejados de la red? A no comprar nada ahí. No mandar correos ni participar en debates. No alardear de opiniones de manera llamativa. No viajar en avión, no...

—Pero...

Levantó las dos manos para hacerla callar.

—Entonces ¿cómo iban a comunicarse? ¿A planificar? O, sencillamente, ¿cómo demonios iban a encontrarse?

Silje apuntó a la pantalla, donde seguía apareciendo la imagen congelada de Jørgen Fjellstad.

—Para empezar, por ejemplo, por correo. No hay ninguna sociedad occidental que tenga la capacidad de controlar el correo postal a gran escala. No es legal y además habría que destinar muchísimos recursos. El USB llegó

por correo. Ninguno de los otros vídeos fue enviado por vía electrónica. Nada se deja rastrear. ¿No ves un esquema que se repite, Harald? Un grupo de individuos que sencillamente han decidido... —dudó un momento, se humedeció los labios y se aclaró la garganta— trabajar *offline*.

Perder la conexión con la red la volvía loca. Internet era el periscopio de Hanne Wilhelmsen, era así como observaba el mundo sin que el mundo la viera a ella. Ahora llevaba media hora sin conexión. Había dedicado el primer cuarto de hora a reiniciar sus sistemas. Cuando poco a poco quedó claro que era responsabilidad del proveedor que se sintiera indefensa y sola de repente, se enfadó tanto que cerró la tapa del portátil de golpe. La pantalla se rompió.

Afortunadamente, tenía otros dos.

Resultaba imposible dormir.

Eran las once y media y Nefis e Ida estaban durmiendo. Había sido muy agradable estar solas las tres el fin de semana. El sábado habían salido a comer a un restaurante de sushi en Majorstua del que Ida había oído hablar muy bien. Fue la primera vez en cuatro meses que Hanne iba a un restaurante. No es que se hubiera relajado, pero la comida le supo bien.

Y lo habían resuelto en menos de dos horas. El Domingo de Ramos Ida se había empeñado en pintar huevos de Pascua, a pesar de que Hanne le había advertido de que eso se hacía el primer día de Pascua.

Habían competido por hacer el huevo más bonito, y Nefis había ganado, como era habitual. Por unanimidad: nunca había tenido el instinto de dejar que los niños ganaran solo por su corta edad.

Había sido un bonito fin de semana a tres.

Hanne no estaba segura de qué la inquietaba. Por supuesto que los dos ataques la habían afectado, como a todo el mundo, pero Hanne tenía muchos años de experiencia en distanciarse del dolor y la pena ajenos. En la policía, en ocasiones había resultado necesario para poder desempeñar su trabajo. Luego se había convertido en una premisa para sobrevivir.

También había resultado desconcertante volver a ver a Billy T. Pero menos de lo que había temido. No había vuelto a tener noticias suyas después de que la llevara a casa tras el enfrentamiento con Linus el viernes. Ahora se dio cuenta, extrañada, de que apenas había pensado en él en todo el fin de semana. No desde que le habló a Nefis de su visita y dio el asunto por

zanjado.

Si lo pensaba bien, Billy T. ya le resultaba indiferente. Hubo un tiempo en el que le importó tanto que llegó a ser peligroso. Nunca nadie que no fuera su familia llegaría a ser tan cercano. Pero ya había pasado, meditó. Los años la habían fortalecido, y el pequeño resquicio que se había abierto en sus defensas cuando llamó por primera vez se había cerrado definitivamente.

Era una sensación reconfortante.

Además, eso permitía que le pudiera ayudar, si llegaba a darse el caso. No creía que fuera así. Si Billy T. siguiera pensando que podía contribuir en algo a descifrar el extraño comportamiento de Linus, no la habría dejado en paz todo el fin de semana.

No podía ser Billy T. quien le impedía dormir.

Era el trabajo. El caso.

A primera hora de la noche había echado un vistazo al resto de las carpetas que le había traído Henrik Holme. No despertaron su interés. Era la desaparición de Karina Knoph la que se había agarrado a ella, la que la tenía atrapada y hacía que en ocasiones se quedara tan absorta que Ida se echaba a reír.

Durante el día Hanne solía estar junto a la enorme mesa del comedor con todos sus gadgets, muchas veces con el gigantesco televisor encendido. Le gustaba recibir varias impresiones de manera simultánea y era capaz de leer un libro, escuchar música y ver una película a la vez. Solo se metía en su despacho cuando era necesario para no molestar a las demás. Tenía entrada desde el recibidor, muy lejos de los dormitorios.

Pero no se sentía a gusto allí.

Por alguna razón, Nefis había decidido decorar la habitación en lo que creyó que era un estilo policial. Las paredes eran de color gris claro. Una de ellas estaba cubierta por un mueble de un tono de gris más oscuro para archivar de todo, con cajones y armarios de metal lacado. Para rematarlo, algunos de los armarios tenían pequeñas llaves, como si alguna vez Hanne fuera a necesitar esconder algo para que no lo vieran Nefis o Ida. Las cortinas eran de una lana gris azulada de finas rayas, de una calidad a la que ningún distrito policial de Noruega podría aspirar, pero que desde luego daba la impresión de seriedad y formalidad.

Hasta el escritorio transmitía una sensación gélida.

Una superficie enorme de abedul claro, con cuatro patas de acero bruñido.

Lo peor era el cuadro que colgaba frente a la estantería. El artista era un norteamericano a quien Hanne nunca había oído mencionar. Cuando Nefis organizó lo que pareció una inauguración oficial del despacho dos años antes, Hanne había conseguido sonreír. Tal vez hasta parecer entusiasmada. Cuando después buscó al artista en internet y se dio cuenta de que los dos coches patrulla en Las Vegas de noche podían haber costado varios cientos de miles de coronas, se sintió tan escandalizada que estuvo a punto de decírselo. Pero solo a punto.

No le gustaba aquella habitación, pero Nefis se la había regalado. Y ahora estaba allí, desconectada del mundo e incapaz de dormir.

Afortunadamente, había ido imprimiendo documentos mientras trabajaba. Se deslizó hasta la impresora y cogió un montón de papeles. Los colocó sobre el escritorio casi vacío y los ordenó.

Cuando se perdió la conexión a internet estaba investigando a Gunnar y a Kirsten Ranvik. Al menos lo había intentado. La pequeña familia de Korsvoll casi no tenía presencia en la red.

Tal vez no fuera extraño que Gunnar no tuviera perfil en las redes sociales, debido a lo que Henrik Holme le había contado de su lesión cerebral. Era probable que, dieciocho años atrás, cuando le golpearon y le dejaron malherido junto al lago Maridal, se publicaran bastantes artículos al respecto en la prensa. Pero en 1996 internet estaba en pañales y Hanne no había encontrado nada al respecto. Lo único que había encontrado sobre Gunnar eran unas clasificaciones de unos concursos de palomas mensajeras en los últimos años. Vio con sorpresa que le iba bastante bien, y separó cuatro hojas.

Había buscado la dirección de Kirsten Ranvik. Solo aparecía un teléfono fijo.

Hanne podría haber pasado sin teléfono móvil sin ningún problema, si no fuera por Ida. Hanne se ocupaba de gran parte de la logística de su hija y necesitaba poder enviar y recibir mensajes rápidos de las madres de sus amigas y de algún que otro padre. Esa era la única utilidad que le daba. Pero que una mujer con un trabajo a jornada completa y con la responsabilidad de ocuparse de un hijo discapacitado no tuviera teléfono móvil resultaba llamativo.

Hanne dejó la hoja con los datos relativos a fiscalidad, dirección y teléfono en una esquina de la mesa. En la parte de arriba escribió: «Pedir a HH que

compruebe posibles hermanos».

Kirsten Ranvik tampoco estaba en redes sociales. Al menos no con su propio nombre. Encontró una foto en la cuenta de Facebook de la biblioteca Deichmann. Era de un encuentro en la biblioteca de Nordtvet, en el valle de Groruddalen, donde era evidente que trabajaba. Hanne observó la foto que había copiado de la pantalla e impreso.

Kirsten Ranvik era una mujer menuda. En la foto parecía tensa, casi atemorizada, con las manos unidas y apretadas contra el pecho. Estaba a la izquierda de un grupo de cinco personas y, mientras el resto sonreía a la cámara, Kirsten Ranvik estaba seria y miraba de soslayo al suelo. Parecía querer salirse de la foto.

Una foto de una velada dedicada a la novela negra en Nordtvet en el año 2013 era el único rastro de la madre de Gunnar Ranvik en las redes.

También resultaba curioso.

Por los años que llevaba Hanne en Facebook con once perfiles ficticios, dos en Twitter y cuenta tanto en Instagram como Snapchat, sabía que había montones de bibliotecarios. Al parecer, la afición a los libros era un signo de distinción en el ciberespacio. Al menos entre los que afirmaban serlo.

Hanne suponía que a Kirsten Ranvik también le gustaban los libros, pero no presumía de ello en las redes.

No estaba allí.

Pero había pertenecido al Partido del Progreso.

Eso se veía en un PDF que Hanne había encontrado. El artículo había aparecido en *Progreso*, la revista del partido, en 2003. Un breve y alegre artículo del que se deducía que a Kirsten Ranvik le gustaban los pájaros y las flores silvestres. La repostería casera y los paseos por los campos de nuestro Señor. Los libros, por supuesto, en especial los clásicos. Una vez había llegado hasta la última pregunta del concurso *Doble o nada*. Con el tema *La bendición de la tierra* de Knut Hamsun, un tema tan minoritario que a Hanne le extrañó que lo hubieran reconocido como una categoría en sí. Kirsten Ranvik casi lo había logrado. Una pena, claro, haber perdido en la última pregunta, que había sido el apellido del personaje Barbro. Pero había sido muy satisfactorio llegar tan lejos, afirmaba Kirsten Ranvik sonriente delante de un rosal de su jardín.

El artículo tenía como finalidad presentar a una de las que el periodista llamaba las «esforzadas fieles». En otras palabras, las que iban de relleno en

las listas, descubrió Hanne muy pronto. El partido le había pedido que presentara su candidatura a las elecciones municipales de aquel año. En el lugar número doce, a años luz de cualquier posibilidad de salir elegida. Y no lo fue.

Desde 2003 la red no había vuelto a mencionar a Kirsten Ranvik, salvo por la foto de la velada de novela negra.

Curioso, pensó Hanne, y siguió pasando páginas.

El Partido del Progreso había llegado a ser un partido de gobierno y tenía muchos seguidores. Pero no dejaba de ser extraño que una bibliotecaria eligiera un partido que nunca había destacado por defender los principios de las bibliotecas públicas. Hanne creía recordar haber leído un artículo que destacaba que la gente del mundo de la cultura solía votar al Partido Laborista o a la izquierda.

Pero había excepciones, por supuesto.

Estaba claro que Kirsten Ranvik era una de ellas.

La biblioteca de Nordtvet no tenía su propia página web, solo una pestaña bastante aburrida bajo la principal de Deichmann. No había ningún listado de empleados. Cuando Hanne le pidió a Henrik que localizara a Gunnar la semana anterior, habían concluido que la madre de Gunnar seguía en activo mediante una sencilla búsqueda en las listas del Ministerio de Hacienda. Ya en la documentación policial de 1996 constaba que era bibliotecaria. Después de más de una hora buscando en la red seguía sin saber de ella mucho más que eso.

Que trabajaba en la biblioteca de Nordtvet.

Hanne volvió a amontonar los papeles y los dejó en uno de los armarios del feo y pesado mueble de la pared. Debería intentar dormir.

Se deslizó hasta el iMac para apagarlo. Casi por costumbre intentó abrir la página digital del diario *VG*. Echar un vistazo a dos o tres periódicos solía ser lo último que hacía antes de irse a dormir.

Volvía a tener conexión a internet.

Menos mal. Sintió una sensación de alivio casi física al volver a tener la posibilidad de observar un mundo que no podía devolverle la mirada.

Y estaba más despierta que nunca.

Solía haber poco que leer a esas horas de la noche. Tenían poco personal de guardia en los medios, y apenas publicaban noticias nacionales. Pero *VG* llevaba un asunto político en portada, a pesar de que era casi la una de la

madrugada. Entró en la página.

«Cancelad el Diecisiete de Mayo», proclamaba el titular.

El diputado Fredrik Grønning-Hansen escribe esta noche en su cuenta de Facebook que la celebración del bicentenario de la Constitución debe cancelarse. «Sería demasiado arriesgado dejar que cientos de miles de personas, muchas de ellas niños, se reúnan en el centro después de los dos atentados terroristas que ha sufrido nuestra ciudad», dice entre otras cosas. También afirma que «los musulmanes, invitados a nuestro país por ingenuos supuestos benefactores durante años, nos han robado la posibilidad de celebrar la mayor fiesta de la paz, la libertad y las ideas liberales».

El diputado Alfred Skogesén, del Partido Laborista, dice en un comentario que esto es inflar la crisis de la manera más infame: «Es precisamente en tiempos como estos cuando hay que demostrar que estamos unidos como nación, cristianos, musulmanes, ateos y todos los ciudadanos. No hay ninguna razón para pensar que la celebración será más peligrosa que otros años. Y la vida tampoco está exenta de riesgos».

Hanne se quedó mirando la foto de Fredrik Grønning-Hansen. Le recordó a un oficial de la Gestapo, pero puede que solo fuera porque el tipo le disgustaba. Porque llevaba el pelo liso peinado con raya al lado y siempre parecía que acabara de cortárselo un peluquero castrense. Tenía los ojos estrechos y desconfiados. Hanne nunca había visto una foto suya en la que diera la sensación de estar a gusto. Estar contento. Nunca le había oído decir algo bonito. Sobre nadie.

El Diecisiete de Mayo, pensó unos instantes antes de apagar el ordenador y deslizarse hacia la puerta. Desfiles de niños y caos en Oslo. Helados y niños perdidos. Globos, banderas, bandas de música y la familia real en el balcón de palacio. Autoridades caminando al frente de los desfiles.

Había que reconocerlo: por una vez Grønning-Hansen tenía razón.

La Semana Santa había llegado y pasado, y Henrik Holme no había encontrado motivo para quedarse en Oslo. En vista de que Hanne Wilhelmsen seguía sin dar señales de vida el Jueves Santo por la mañana, había hecho feliz a su madre presentándose en casa a pesar de que antes le había dicho que no iría.

Resultó agradable estar los dos solos. Su padre había pasado cuatro días cazando jabalíes en la frontera con Suecia y regresó solo un par de horas antes de la partida de Henrik. Le pareció que dos horas con su padre era la dosis justa, así no se quedaban sin temas de conversación con tanta facilidad.

Noruega resultaba casi irreconocible.

En Semana Santa la prensa diaria solía parecer una revista. La mayor parte del contenido se había escrito semanas antes de su publicación. Sugerencias sobre qué leer, entrevistas a famosos, y cinco nuevas maneras de preparar el obligatorio cordero asado de la Pascua.

Esas cosas.

Este año los periodistas no habían parado en todas las fiestas. El Sábado Santo el diario *Dagbladet* había dedicado su editorial a declararse de acuerdo con el mensaje que *VG* venía repitiendo: tanto Silje Sørensen como el jefe del PST Harald Jensen debían salir por la puerta de sus respectivos despachos siguiendo los pasos de Roger Michaelsen. Términos como escándalo, catástrofe e incompetencia martilleaban los teclados de todas las redacciones. Incluso la cadena estatal NRK parecía sorprendentemente agresiva. El Viernes Santo habían interrogado a la nueva ministra de Justicia en una entrevista de once minutos llena de preguntas a bocajarro.

La primera ministra había ido sobre seguro cuando tuvo que sustituir a Roger Michaelsen con solo unas pocas horas de preaviso. Incluso se había ceñido al ideario de su propio partido, por lo que el precario equilibrio de la alianza de gobierno conservadora se decantó en favor del Partido Conservador.

Henrik supuso que lo hacía de manera intencionada.

El Partido del Progreso estaba metido en lo que un político del partido Izquierda Socialista había llamado, en un debate emitido en directo, «deep, fucking shit». El ala más derechista del partido estaba enloquecido, según había expresado el mismo político de Izquierda Socialista. Había muchos indicios de que la dirección del partido estaba perdiendo el control sobre los múltiples ataques a la población de piel oscura.

Por el contrario, Tove Salomonsson era conocida por no perder nunca la serenidad. Tenía cincuenta y un años y en su día había liderado las juventudes conservadoras. En los años siguientes se conformó con ser diputada una sola legislatura. Luego no tuvo ganas de más, como había reconocido en una entrevista posterior. Su manera algo irrespetuosa de referirse a la labor del Congreso no había impedido que dos primeros ministros la llamaran para reclamar sus servicios. Había sido ministra de Defensa y viceministra de Sanidad y Asuntos Sociales. Entre gobierno y gobierno conservador se había ganado el respeto de casi todo el espectro político por su labor en favor de los derechos humanos. Había estado al frente de la Comisión de Helsinki y el PEN noruego, y además trabajó durante cuatro años en la sede de la Cruz Roja en Ginebra. Hasta las dos y media de la tarde del lunes fue la secretaria general en la sede de Amnistía Internacional. Regresó de Londres el lunes por la noche, y había sido tan accesible para la prensa que se estaban quedando sin preguntas.

Su tranquilidad y experiencia en la gestión de los medios de comunicación probablemente habían contribuido a calmar algo los ánimos. Pero no lo bastante. Solo llevaba cinco días escasos al frente de la justicia noruega y de ninguna manera se la podía responsabilizar de que ni la policía de Oslo ni el PST parecieran haberse aproximado ni un milímetro a la solución de la autoría de los atentados terroristas. No por ello dejaron de preguntarle el Viernes Santo cuánto tiempo podría aferrarse a la poltrona si no ocurría algo bien pronto.

Henrik y su madre estuvieron de acuerdo en que aquello era injusto, mientras comían tacos y bebían Pepsi Max.

Había descubierto la identidad del amigo de Karina llamado Fawad mucho antes de marcharse a casa de su madre. Resultó sencillo.

Fawad se apellidaba Sharif y había sido un delincuente desde su nacimiento. O al menos desde bastante pequeño. Daba la impresión de que en

el STRASAK, el registro central de antecedentes de la policía, ocupaba varios gigabytes él solito. Para cuando alcanzó la mayoría de edad legal ya estaba internado en una institución, además de haber pasado tres días en prisión preventiva, algo que rara vez le ocurría a un niño. Después de eso le habían condenado a un par de tandas de trabajos comunitarios. Ahora se había aficionado a las puertas giratorias del sistema penitenciario noruego. Había alcanzado los treinta y cinco años y cumplía una condena de cuatro años en la prisión de Ullersmo por un delito contra la salud pública.

Henrik estaba deseando hablar con Hanne. Si hubiera sido por él, se habría ido directo a la prisión para entrevistarse con Fawad Sharif.

Pero no era seguro que Hanne le fuera a dar permiso. Incluso podría querer ir en persona. No daba la impresión de que saliera mucho, pero nunca se sabía. Al fin y al cabo, había aceptado la misión de investigar esos casos fríos y hasta ahora él había hecho solo de mensajero.

Si le llamara de una vez...

Si a las diez no le había llamado iría a buscar un coche al servicio de transporte y se iría a Ullensaker, donde estaba la lúgubre prisión.

A Henrik no le gustaban las cárceles.

En cuanto pasaba por el control de seguridad le invadía una leve sensación de claustrofobia. El corazón le latía con fuerza y le zumbaban los oídos. Estaba seguro de que le subía la tensión.

Aguantaría las dos cosas con tal de poder hablar con Fawad Sharif. Ojalá Hanne le llamara, rogó en silencio masticando el lápiz hasta que escupió madera y mina.

Su teléfono sonó.

Eran las ocho y media, y cuando se llevó el móvil a la oreja estuvo a punto de dejarlo caer.

—¿Dónde te has metido? —oyó decir a Hanne—. ¿No me ibas a llamar? Si vamos a trabajar juntos tendrás que ser más formal, de verdad.

Henrik se dio cuenta de que sonreía de oreja a oreja.

—Perdón —dijo enseguida.

Juraría que la oyó sonreír al otro lado.

Había algo raro en esa sonrisa sin motivo, pensó Billy T. No fue hasta que pasó por delante del portón viejo de la casa de la linde del bosque en Korsvoll

con aire casual, por tercera vez en una hora, cuando comprendió que algo le pasaba al hombre aquel.

Había comprobado la dirección en la red.

Aparecían registradas dos personas, Gunnar y Kirsten Ranvik. Billy T. había dado por descontado que se trataba de un matrimonio. No podía ser así: para empezar el hombre parecía demasiado joven para ella, a pesar de sus andares torpes, casi tambaleantes. Y por otro lado estaba la sonrisa. Billy T. lo había visto varias veces en la hora escasa que había pasado por la zona. El hombre hacía de vez en cuando una mueca extraña mientras iba de la casa al cobertizo que había en el jardín.

Tal vez estuviera pensando en algo divertido a todas horas.

Pero también pasaba algo con su postura. En un primer momento Billy T. sintió lástima porque no tuviera un trabajo al que ir. Si se debía a que tenía un retraso mental, sería un alivio.

Billy T. ya había inspeccionado la propiedad desde todos los ángulos posibles. Se había acercado desde el bosque, donde solo una vieja valla de madera marcaba el límite entre el jardín y la reserva natural de la sierra de Nordmarka. También se había acercado a las dos propiedades vecinas. Al amparo de setos y manzanos había observado que la casa de Kirsten Ranvik estaba siendo reformada poco a poco. La puerta de la calle era nueva, pero faltaban las molduras. Lo mismo pasaba con la gran ventana panorámica que daba al sudeste.

En la parte trasera de la casa, hacia el bosque, dos de las tres ventanas del sótano eran nuevas. Parecía que hubieran quitado la tercera sin reponerla. La abertura estaba cubierta por una bolsa de basura negra sujeta al suelo con cinta aislante blanca con publicidad de los almacenes Maxbo. Cuando el hombre que Billy T. suponía que era Gunnar Ranvik salió por cuarta vez por la puerta roja y siguió las baldosas de pizarra hacia el cobertizo del jardín, Billy T. saltó por encima de la cancela para evitar pisar la gravilla del acceso. En unos segundos salió del campo de visión de Gunnar Ranvik y en menos de un minuto se había abierto camino por el hueco que había detrás de la bolsa de basura. Tuvo la precaución de colocarla más o menos como estaba desde el interior.

La luz del día que dejaban pasar las nuevas ventanas posibilitaba la visión en el sótano. De todas maneras, sacó una pequeña linterna del bolsillo de la chaqueta y la encendió.

Comprobó que Kirsten Ranvik era una persona ordenada. En todos sus años en la policía Billy T. había revisado muchos sótanos. Trasteros, armarios y cobertizos. Almacenes y contenedores. Nunca había visto tantos objetos almacenados de manera tan sistemática como aquellos. Ni siquiera en el almacén de objetos perdidos de la policía. La habitación tendría unos treinta metros cuadrados y debía de tratarse del espacio más amplio del sótano. Era rectangular, y al fondo había una escalera. En la pared más larga había tres puertas. La habitación estaba distribuida como un archivo, con seis estanterías dobles equidistantes colocadas en paralelo. Si hubieran llegado hasta la pared habrían dividido la habitación en siete secciones.

En los estantes había cosas.

Grandes y pequeñas, algunas metidas en cajas de plástico y en cartones viejos, otras sin envolver o colgadas de ganchos. Había viejos bolsos de mujer y cuatro pares de botas de marinero. Seis cubos de fregar de distintos colores apilados, todos sin asa. Billy T. agrandó el haz de luz y miró dentro de otra caja. Bombillas. Pilas. Juguetes infantiles y piezas de construcción de Lego. Zapatos de mujer que pasaron de moda en los años ochenta y una caja entera de vías para un tren que debió de ser grande. Una flauta dulce estaba metida dentro de una funda encima de cuatro impermeables doblados, tres de color azul y uno verde oscuro. En la estantería más baja y ancha, cerca de la escalera, había un enorme tambor, acompañado de una tabla de windsurf, aparentemente sin estrenar. Un viejo coche de pedales era lo único que no había encontrado acomodo en los estantes, estaba aparcado junto a la escalera y tenía un aspecto muy solitario.

Le faltaba la rueda delantera izquierda.

Billy T. se acercó sigilosamente a la primera de las tres puertas. Puso la mano sobre el pomo. La puerta no estaba cerrada con llave, las bisagras se hallaban engrasadas. La habitación estaba vacía. Pasó la luz de la linterna por sus aproximadamente diez metros cuadrados y vio que estaba vacía por completo. Y limpia. Por el olor hacía poco que la habían pintado. Cerró la puerta y probó la siguiente. La habitación estaba cerrada. Billy T. sacó la ganzúa del bolsillo trasero. Pasados quince segundos pudo abrir la puerta con cuidado. La habitación no tenía ventanas y estaba completamente a oscuras. Encontró un interruptor de la luz junto a la puerta y se arriesgó a presionarlo.

—Vaya —susurró.

Estaba amueblada.

Al fondo había un escritorio enorme, iba de pared a pared y tenía encima unas estanterías de aspecto casero. Las vio con más claridad al acercarse. Bien acabadas, hechas a medida, hacía mucho a juzgar por la pátina que cubría la madera.

Sobre las estanterías y el escritorio había algo que no supo reconocer de un primer vistazo. Parecía un equipo electrónico, pero daba una impresión prehistórica. Muchas piezas estaban sujetas a planchas de madera oscura, brillante, bien rematada y muy bonita. Varios de los cables estaban cubiertos de tela, como los del teléfono en casa de su abuela.

De pronto se dio cuenta de que lo que tenía delante era un equipo de radio. Radioaficionado, creyó recordar de un episodio de la serie televisiva clásica de humor *Marve Fleksnes*.

En una de las paredes había un radiador eléctrico bastante más moderno. Hacía más calor allí dentro que en el resto del sótano. Al respirar profundamente por la nariz notó que el aire era más seco. Tampoco olía a sótano. La bombilla del techo también era bastante nueva, una bombilla de bajo consumo de IKEA.

No tenía ni idea de por qué motivo alguien sería radioaficionado en plena era digital, pero la habitación presentaba todos los indicios de estar en uso. A cierta altura habían taladrado un agujero por el que salía un cable que partía del escritorio. Billy T. supuso que sería la antena y se puso en cuclillas para buscar la fuente de electricidad. Como esperaba, vio un enchufe doble instalado bajo la mesa.

Había dos enchufes.

Cruzó la habitación despacio.

El equipo parecía estar bien cuidado, a pesar de ser viejo. Pasó la mano por un par de cascos. No tenían polvo. Un pequeño y curioso objeto llamó su atención. Lo cogió y lo observó. Era una llave telegráfica de morse.

—Dios mío —murmuró—. ¿Qué estoy haciendo?

La llave de morse le pesaba en la mano. Billy T. pensó que debía de ser de cobre. Estaba montada sobre una hermosa placa de madera lacada, con una serie de letras y números grabados en el lateral.

La dejó con cuidado en el lugar exacto del que la había cogido.

Así que Kirsten Ranvik era radioaficionada. Salvo que fuera el tipo discapacitado, claro. Sería su hijo. Billy T. echó un último vistazo a la habitación. No le decía nada. No tenía ni idea de qué estaba haciendo allí. No

sabía qué esperaba encontrar. Tal vez una mezquita secreta. Un escondrijo para extremistas de la derecha, con fotos de Hitler en la pared y camisas pardas en el armario. Propaganda antiyahadista. Carteles de los templarios. Ni idea. Se sentía como un idiota.

Debería haber aprendido de la estúpida visita al piso de Andreas Kielland Olsen. Le había parecido tan importante, tan imprescindible... hasta que llegó a casa con el móvil repleto de fotos del apartamento que no servían para nada. Lo único que había sacado en limpio de la visita a la calle Rødbergvei era que su propietario era tan ordenado y formal como Linus. Y como Kirsten Ranvik, la verdad. Billy T. salió del cuarto del radiotransmisor y volvió a sentirse asombrado por el envidiable orden que imperaba entre toda aquella basura que en realidad deberían haber tirado en algún punto limpio mucho tiempo atrás.

Negó con la cabeza, más que nada disgustado consigo mismo. Su afán por hacer algo que le acercara a Linus no solo le había llevado a infringir la ley. Los delitos en sí no tenían sentido alguno. Para hacer algo sacó unas fotos de las estanterías perfectamente ordenadas antes de meterse el teléfono en el bolsillo interior de la chaqueta.

Le llevó minuto y medio salir del sótano por el mismo sitio por el que había entrado. En el césped, pegado a la casa, se quedó unos instantes escuchando. Estaba solo. Nadie le veía. Volvió a colocar la bolsa de plástico sobre el hueco de la ventana con celo lo mejor que pudo, y llegó sin ser visto hasta la carretera en la que había aparcado el Opel a doscientos metros hacia el oeste.

Radioaficionado, pensó cabeceando. En un mundo en el que el resto de la gente estaba a una tecla de distancia y había tantos satélites dando vueltas a la Tierra que toda esa basura espacial estaba convirtiéndose en un problema.

Era casi incomprensible que alguien se entretuviera así.

—Es de una brutalidad casi incomprensible —dijo Håkon Sand suspirando profundamente—. Han utilizado una motosierra. Hemos encontrado aceite de la cadena en las heridas.

Pasaba las páginas del informe provisional de la autopsia de Jørgen Fjellstad.

—Pero entonces ya estaba muerto —dijo Silje Sørensen—. Y por lo que

me ha parecido entender, le mataron de una manera algo más... ¿humana?

—Bueno... La verdad es que en algunos estados de Norteamérica utilizan el cianuro como método de ejecución. Pero me resisto a caracterizarlo como un método muy humano. Pero lo que queda claro aquí es que fue rápido. A juzgar por la concentración de ácido en el cuerpo.

—Cianuro —dijo Silje reclinándose en su silla y mirando al techo—. ¿Dónde demonios se consigue algo así? Siempre y cuando uno no esté dentro de una novela de Agatha Christie, claro. O en un búnker en Berlín.

—Se puede fabricar, por ejemplo —respondió él, tajante—. En un laboratorio sin mucho equipo, la verdad. Se destila una mezcla de calcio hexacianoferrato y ácido fosfórico diluido. El problema es que hierve a muy baja temperatura. En otras palabras, se evapora con facilidad y, como el vapor también es extremadamente tóxico, hay que tener cuidado.

Suspiró desanimado y dejó el informe de la autopsia sobre la mesa de Silje.

—O comprarlo por internet. ¡Qué coño sé yo! Da la sensación de que es facilísimo hacerse con cualquier cosa en estos días. Es cada vez peor.

—Pero ¿podemos al menos afirmar con seguridad que Jørgen Fjellstad fue asesinado?

—Sí, salvo que ingiriera de forma voluntaria una contundente dosis de cianuro. Para después descuartizarse él mismo y dejar que los pedazos se dieran una caminata por la sierra de Marka.

—Déjate de chorradas.

—No sabes cómo me gustaría —respondió él tristemente—. Si te digo la verdad, he considerado en serio la posibilidad de dejar el trabajo. Librarme de esta jodida pesadilla. Así Karen podría estar disponible la próxima vez que quede un puesto libre en el Tribunal Supremo. Yo abriría un pequeño bufete. Ayudar a pequeños y encantadores delincuentes que no hacen saltar Oslo por los aires o le meten cianuro en la boca a muchachos de piel oscura nacidos en Lørenskog. —Se adelantó a los argumentos en contra de Silje levantando las dos manos—. Lo retiro —dijo—. Y no tengo intención alguna de dejarlo antes de que todo esto haya pasado. Si es que se termina alguna vez. Por lo demás estamos recogiendo datos a mansalva. De momento, relativos al tráfico. Estamos partiendo de todos los lugares razonables para llegar hasta el escondrijo de la cantera al norte de Øyungen. Radares, peajes y todo lo demás. Será una cantidad de información descomunal y...

—Si los que se deshicieron del cadáver llegaron por el norte y respetaron

los límites de velocidad, se librarán.

—Sí.

Miró a Silje. Estaba pálida. No solía estarlo en esas fechas. El año anterior él fue con toda su familia a la cabaña que ella tenía en Geilo. Había camas para dieciocho personas. Este año ninguno había podido ir a esquiar.

—¿El explosivo? —preguntó ella concisa.

—Es seguro que procede de Defensa. Los análisis comparativos demuestran que proviene de la partida que desapareció de Åmot en el verano de 2011. Estamos a tope con ese asunto, pero no será fácil aclarar un robo cometido hace casi tres años, seguramente resultará complicado.

—¿Hay algo en la documentación del Ministerio de Defensa que pueda sernos útil?

—Los chicos me dicen que alguna cosa. Pero no mucho. Los militares se centraron en dos cosas. Primero intentar aclarar el tema y, después, cuando se dieron cuenta de que no llegarían al fondo del asunto ellos solos, hicieron lo que pudieron para enterrarlo del todo.

—¿Los detonadores?

—En los últimos cinco años ha habido tres robos de cierta cantidad de detonadores de calidad. El que tiene mayor probabilidad de ser el nuestro es de una de las instalaciones cercanas a la E18, la nueva autovía entre Tønsberg y Sandefjord. Todavía no estamos seguros.

—¿Y la mochila roja? —preguntó Silje.

Håkon se puso de pie y contorsionó el cuerpo para quitarse la camisa del uniforme sin pudor alguno, después de aflojarse la corbata y pasársela por la cabeza.

—Sigo pensando que deberíamos hacerlo público —dijo él.

—Si quieres tener la absoluta seguridad de que el propietario de la mochila del cadáver se deshará de ella, lo haremos. Mi opinión es que debemos esperar. Ya hemos conseguido localizar a tres de los compradores, según me dijiste esta mañana. Ninguno es sospechoso.

—Entonces solo quedan quince.

Håkon sacó una camiseta de la bolsa de viaje que había dejado junto a la puerta. Metió los brazos por las mangas y se quedó así, a medio vestir.

—Dediquemos algunos días más a esa mochila —dijo Silje—. ¿Qué ganamos haciéndolo público?

—Que nos avisen los vecinos. Conocidos, compañeros de trabajo. Incluso

soplones, si me apuras.

—Nos freirán a llamadas y la mochila en cuestión se habrá esfumado cinco minutos después de que publiquemos la foto. ¿Tienes intención de estar medio desnudo mucho rato?

Håkon se puso la camiseta y se la remeti6 en los pantalones del uniforme. Luego sac6 una sudadera de la bolsa.

—Estar6 de vuelta a las cinco. Y no dejes de reconsiderar lo de la mochila, ¿vale?

Como ella no respondi6, se encogi6 de hombros, agarr6 la chaqueta del uniforme con una mano y se colg6 la bolsa del hombro.

—Para animarte —dijo sonriendo apesadumbrado—, al menos hubo un tipo que se neg6 a rendirse a toda esa mierda cuando desaparecieron setenta kilos de C4 del campo de maniobras militares en 2011. ¿Recuerdas al capitán que mencion6 el otro d6a? ¿En el coche, cuando te llev6 a casa?

Ella asinti6 de manera casi imperceptible y abri6 un caj6n del escritorio.

—De la documentaci6n que me dio Gustav Gulliksen se deduce que los jefazos estaban muy molestos con 6l —prosigui6 Håkon Sand—. Cuando decidieron tapar el asunto 6l mont6 un n6mero considerable.

—¿Y bien?

Ya hab6a empezado a leer el informe de la autopsia mientras hac6a anotaciones en el margen con un bol6grafo. Håkon sigui6 hablando sin dejar que le afectara.

—Parece que ten6a varias teor6as sobre lo que pod6a haber pasado. Se llama Peder Ranvik. Le hemos citado este lunes para tomarle declaraci6n.

En realidad no hab6a conseguido un encuentro con Fawad Sharif para ese lunes. Le hab6an dicho que podr6a reunirse con 6l el jueves. Parec6a una eternidad, as6 que Henrik Holme se hab6a dado cinco golpes en la sien izquierda de puro entusiasmo cuando llamaron de Ullersmo para decirle que al final s6 ser6a posible reunirse con 6l ese mismo lunes a las diez de la mañana.

Fawad Sharif no respondi6 a sus expectativas. Fueran cuales fuesen, pens6 Henrik.

Se hab6a imaginado a un hombre bastante guapo. En la imagen tomada en el fotomat6n en el verano del 96 el chaval noruego paquistan6 ten6a una

sonrisa blanca y ojos color caramelo. Seguía teniendo las pestañas largas, pero los dientes no parecían haber pasado por un dentista desde entonces. Tenía la cara alargada con las mejillas hundidas y llenas de granos pese a sus treinta y cinco años. Le habían arrancado el lóbulo de una oreja. El lado derecho del cuello estaba recorrido por una cicatriz dentada, como la que produciría un serrucho de seis centímetros de largo.

Henrik Holme se sintió indispuerto en cuanto entró por el portón de la cárcel. Fue a peor a medida que fue atravesando una puerta de seguridad tras otra. En la sala de visitas de frías paredes y excesiva temperatura sudaba profusamente.

—Como decía —dijo, y carraspeó—, se trata de una serie de robos de coches cometidos en el verano de 1996.

—No tengo ni idea —dijo Fawad mirándole con cara de pocos amigos.

Al principio no fue así, observaba a Henrik con curiosidad. Al menos no era abiertamente hostil. Ahora tamborileaba con los dedos encima de la mesa y echaba un vistazo al reloj de pared cada cinco segundos.

—Vale. Se trata de una suposición sin fundamento, claro, pero esos robos han surgido de repente en relación con otro caso más relevante.

—¿Los atentados terroristas?

Un cierto interés había vuelto a aparecer en su mirada. Henrik dudó el tiempo justo. Luego sonrió y negó con la cabeza.

—No puedo responder a eso, claro.

Fawad le devolvió la sonrisa.

—Apuesto a que sí —dijo—. Pero para esa historia tengo la mejor coartada. Estoy aquí metido.

—Exacto. Y tampoco eres sospechoso, para nada, de esa serie de robos de coches. Y, en todo caso, el delito habría prescrito, así que no tienes nada que temer.

—¿Ha aparecido un coche o qué?

Henrik carraspeó y se inclinó sobre la mesa que les separaba.

—Entenderás que debo...

Cerró la boca y tiró de una cremallera imaginaria. Fawad le miró como si acabara de descubrir que Henrik era un perfecto idiota.

—Entonces ¿qué coño quieres?

—Mohamed.

—¿Mohamed?

—Sí. Es amigo tuyo. O por lo menos lo era. Aquel verano.

Fawad se escurrió hacia el final del asiento y se encogió de hombros.

—Conozco por lo menos a diez que se llaman Mohamed.

—Pero en el verano de 1996, cuando vosotros...

—¿Cómo me voy a acordar del jodido verano de 1996? O del 97, o del 98, o del 99... ¿Qué edad tenía yo entonces?

Henrik vio por su mirada que no intentaba hacer el cálculo.

—Tenías diecisiete años. ¿Ibas al instituto?

—No me acuerdo.

—Fue el año del divorcio de Diana y Charles.

—¿Qué?

—Y Alemania ganó el campeonato de Europa de fútbol —añadió Henrik enseguida—. Ganaron a Chequia 2-1 en la prórroga de la final. En Wembley.

—No tienes pinta de que te interese el fútbol.

—Pero tú sí.

Fawad entornó los ojos. Henrik no supo cómo interpretar su mirada. Sus ojos castaños, sin brillo, podían expresar interés o escepticismo.

—Yo era bastante bueno —dijo Fawad—. A los catorce estaba en el equipo regional de los chicos del 79. Pero no recuerdo ese partido. No me gusta Alemania, a lo mejor es por eso.

—¿De qué equipo eres? —se arriesgó Henrik, y se arrepintió al instante.

—¿De cuál eres tú?

Le había pillado.

—Oye —dijo estirando la espalda—, dentro de unos límites razonables, ¿qué es lo que más echas en falta aquí dentro?

—Un ordenador —dijo enseguida—. El mío está estropeado.

—Si te consigo un ordenador nuevo...

—MacBook.

—Si te consigo un ordenador nuevo, ¿serías tan amable de intentar recordar qué hicisteis Mohamed y tú aquel verano y otoño?

—Mohamed está muerto. La espichó en 1997. Había pillado una moto. Se la pegó en el cruce de Teisen y le espachurró un camión.

Henrik tragó saliva.

—Tienes un jodido cabezón —dijo Fawad—. ¿Tienes hidrocefalia o qué?

—No. Si Mohamed murió en 1997, debería resultarte más fácil recordar el año anterior. El último verano que pasasteis juntos. Inténtalo.

El hombre volvió a encoger sus estrechos hombros, sin decir nada.

—¿O sea que no quieres ese ordenador?

—Que sí. Pero ¿qué coño quieres saber?

—Háblame de tu familia. Sí. —Henrik sonrió—. Cómo era tu vida de adolescente.

—Mi viejo era conductor de tranvía. Mi vieja estaba en casa quejándose y llorando. Mis hermanas eran una mierda. Una fue a parar a un hogar de acogida. Yo también. No es que sirviera de mucho. Mi hermano...

Por primera vez la sonrisa le llegó a los ojos.

—Mi hermano es albañil. Es tres años mayor que yo. En realidad quería ser mecánico de coches, pero no entró en esa rama en Sogn. Así que se hizo albañil. Ahora tiene un casoplón en Mortensrud. Casado con una chica noruega. Tres niños. Acaba de comprarse un coche Tesla S. Vino en él la semana pasada, pero no me dejaron salir a verlo.

—Si tiene tres años más que tú, aquel verano habría acabado el instituto —dijo Henrik—. Más o menos. ¿A lo mejor ya era aprendiz?

Puede que Fawad fuera un delincuente experimentado. O tal vez no. Había pasado más tiempo entre rejas que en la calle desde que cumplió los dieciocho. Pero estaba claro que no era actor. Henrik vio que había recordado algo. Su expresión se cerró y empalideció de manera notoria. No paraba de pasarse la punta de la lengua grisácea por los labios aún más grises.

—No me acuerdo —dijo con demasiada precipitación.

—Pero si no hay nada que recordar —objetó Henrik con tanta amabilidad como pudo—. Tu hermano tuvo que formarse para ser albañil. Habrá sido aprendiz. Seguramente sería en las fechas de las que estamos hablando. No hay nada que recordar, Fawad. Es muy sencillo recordar qué estaba haciendo tu hermano aquel verano. Tendría veinte años.

—No tengo ganas de seguir con esto —dijo Fawad levantándose.

—Al final de aquel verano Karina desapareció para siempre —dijo Henrik en voz alta—. ¿Eso te ayuda a recordar?

Fawad iba camino de la puerta verde. De espaldas a Henrik empezó a aporrearla con una mano mientras apretaba con un dedo de la otra el botoncito instalado a la altura de su hombro en el marco de la puerta.

—¿Conocías a Karina? —dijo Henrik en voz alta.

—No.

Los golpes se hicieron más intensos.

Henrik se puso de pie y se acercó con calma a Fawad. Se sacó del bolsillo trasero una copia de la tira de fotos del fotomatón.

—Pues sí —dijo en voz baja—. La conocías muy bien.

Le sacaba media cabeza a Fawad Sharif y se inclinó hacia su oreja.

—Mira —dijo colocando las fotos ante los ojos de aquel hombre de complexión menuda—. Karina, Mohamed y tú. El verano de 1996. Todavía faltan siete años para que prescriba el delito de asesinato, Fawad, y tengo la intención de emplearlos a fondo.

La puerta se abrió de manera tan repentina que Fawad casi cayó al pasillo.

—¿Todo en orden? —preguntó el guardia cogiendo al preso por su delgado brazo.

—Todo en orden —dijo Henrik Holme—. Gracias, Fawad.

Fawad no respondió. Siguió con paso decidido al guardia y parecía todavía más pequeño que al llegar. Por su parte, Henrik tenía el pulso tan acelerado que se desmayó.

Cayó redondo al suelo.

Por suerte pudo dar un paso hacia atrás, hacia el interior de la sala de visitas, así que nadie le vio. Salvo por la cámara de vigilancia. Cuando otro guardia llegó corriendo, Henrik se había despertado, se había tapado con el flequillo un chichón que crecía por momentos y sonrió para rechazar ayuda médica.

Estaba seguro de lo que había ido a buscar, y eso bien valía una jaqueca que duraría varios días.

—Claro que no puedo estar seguro —murmuró Billy T.—, pero de alguna manera empieza a dibujarse una imagen.

—Pues ya va siendo hora de que decidas qué va a representar —dijo Hanne Wilhelmsen, molesta—. ¿Linus se ha hecho yihadista o antiyihadista? La diferencia es bastante relevante, ¿o no?

Metió dos platos en el lavaplatos.

—Sí —dijo él—, y no sé qué es peor.

Se había sentado en el ancho alféizar de la ventana de la cocina. Seguía llevando la sucia cazadora vaquera. Hanne notó que ya no parecía quedarle tan ceñida, y la mancha de ketchup estaba negra.

—¿Y tú no tienes un trabajo al que ir? —preguntó Hanne.

Ella le miraba con una expresión que no fue capaz de interpretar. En los últimos años había adquirido muchas nuevas expresiones. Era a la vez una amiga querida y una perfecta extraña.

—Estoy de baja. Y tal vez esto sea una tontería.

—¿Qué?

—Hablar contigo. Debo resolver esto por mí mismo.

—Ven aquí, Billy T. Vas a escucharme.

Su voz sonaba algo frustrada, pero al menos no parecía enfadada. La siguió al salón. Ella se trasladó a una butaca con un movimiento fluido y elegante y señaló la otra para que él tomara asiento. Obedeció.

—Analicemos los datos de los que dispones —dijo serena—. Para empezar, está el hecho nada agradable de que el reloj de Linus, que la policía por suerte cree que es tuyo, apareciera en las oficinas del ISAN. Puede que haya una explicación razonable para eso.

—Pero...

—Chsss... Déjame acabar. Puede haber una razón lógica. Puede que se lo robaran. Y que lo vendieran. Por lo que sabemos, incluso podrían habérselo apostado al póquer. ¿Vale?

Billy T. asintió de manera casi imperceptible.

—En cuanto a todo lo demás...

Tosió, tragó saliva y volvió a empezar.

—¿Y si resulta que Linus sencillamente se ha espabilado? ¿Y si a los veintidós años ha descubierto que había llegado la hora de hacerse adulto? Estudiar, tener su habitación ordenada... Cortarse el pelo y vestir bien. ¿Y si está diciendo la verdad? ¿Que el Corán que viste era para un trabajo escolar? ¿Y si...?

Se inclinó hacia la silla de ruedas y cogió una botella de agua con gas de debajo del asiento.

—Si quieres algo de beber lo encontrarás en el frigorífico.

Él se quedó sentado. Mudo.

—Para ser sincera —siguió ella—, suena a que...

—Se ha hecho racista.

—¿Racista?

Hanne Wilhelmsen se echó a reír.

Billy T. sintió que la piel de su espalda se contraía, como una oleada. Hubo un tiempo en que él la hacía reír. Era de los pocos que lo conseguían. No con

frecuencia; Hanne Wilhelmsen era una persona seria, pero cuando reía era por algo que él había dicho. Algo divertido; cariñoso, algo que hacía vibrar la cuerda que les unía, una unión que creyó que duraría para siempre.

—¿Qué demonios quieres decir con que se ha hecho racista?

Pronunció las últimas palabras como si se le hubiera llenado la boca de vinagre.

—Esa fue la razón por la que se marchó de casa de Grete. He hablado con ella.

—Sigo sin entender...

—Discutieron. Empezó siendo un... racismo de andar por casa, me explicó Grete. Primero se acercó un poco al Partido del Progreso y luego empezó a seguir a los peores, como ese Grønning-Hansen.

Se inclinó hacia delante de golpe y apoyó los codos en las rodillas. Se tapó la cara con las manos unos instantes para luego apartarlas y abrir mucho los ojos.

—Yo qué coño sé —gimió—. Pero Grete me contó que...

De pronto se puso de pie y fue a la cocina.

Se sentía fatal. Enfermo. Lo que más le apetecía era salir corriendo. Desaparecer. Dejar el trabajo y vender lo poco que tenía. Largarse a cualquier parte. No sabía adónde. No importaba, con tal de que fuera muy lejos. Al abrir la puerta del frigorífico se quedó paralizado.

Aquí vivía una familia.

Había leche y zumo y queso Jarlsberg. Un paquete de albóndigas de pescado y un bol de ensalada tapado con plástico transparente. Aceite de hígado de bacalao de la marca Møller, extracto de arándanos y una tableta de chocolate con leche que seguramente estaban esperando al sábado para empezar. Margarina light y salami, jamón cocido y una gran bandeja de manzanas frescas.

Había orden.

Aquella mañana, al abrir su propio frigorífico, el olor rancio que despedía su interior le había quitado el hambre. Solo contenía cinco botellas de cerveza, un trozo medio podrido de salmón barato del supermercado Kiwi y una botella de Coca-Cola que había metido Linus.

Y una bolsa de patatas que habían empezado a echar brotes.

Billy T. estaba perdiendo el control.

Literalmente. Se aferró a la puerta de la nevera. Se apoyó en la encimera

con la otra mano. Sintió que se le aceleraba el pulso de manera preocupante y respiraba tan rápido y de forma tan superficial que se le nubló la vista.

—¿Pasa algo? —oyó decir a Hanne a lo lejos.

Pero no estaba muy lejos. Había vuelto a sentarse en la silla de ruedas y estaba en la cocina.

Billy T. sintió que le faltaba el aire. Se obligó a respirar.

Tenía el pecho atenazado. Quiso llevarse la mano al corazón, al corazón que fallaba, pero no se atrevió a soltar el frigorífico y la encimera; temía caerse.

—¡Billy T.!

La voz de Hanne apenas se oía entre el zumbido que invadía sus oídos, un sonido agudo y pavoroso que le llenaba la cabeza.

—Creo que me está dando un infarto —logró decir.

Nunca llegaría a entender cómo pudo ella colocar una silla a su espalda para que se sentara.

—Siéntate —oyó.

Lo hizo.

—Mírame —oyó.

La miró.

Estaba en un túnel de luz, muy lejos a pesar de que podía sentir su mano en la mejilla.

—Tienes la piel blanca alrededor de los labios. ¿Sientes pinchazos en las manos? ¿En los pies?

Muy despacio se acercó la mano izquierda a los ojos. Le temblaba; llena de hormigas que no podía ver. Trillones de hormigas que llenaban sus dedos hasta las puntas; tuvo que apretarlos para evitar que los insectos que se movían en su interior los reventaran.

—Mira —dijo Hanne acercándole una bolsa de plástico a la boca.

La dejó hacer sin oponer resistencia.

—Respira en cuatro fases —dijo su voz—. Inspira profundamente. Espera. Exhala todo el aire. Espera.

Hizo lo que le pedía.

Las hormigas abandonaron sus dedos. No podía verlas, pero se miraba las puntas de los dedos mientras sentía que las criaturas desaparecían de las yemas.

Su pulso se serenó. Dejaron de zumbarle los oídos. Apartó la mano que

sujetaba la bolsa y respiró una bocanada de aire fresco.

—Gracias —dijo, y se echó a llorar.

—Cuéntamelo todo —dijo ella.

No sabía por dónde empezar, pero lo hizo de todas formas. Brotó todo de forma caótica.

Le habló de su incursión en casa de Arfan, que en realidad se llamaba Andreas, de su visita absurda a un sótano de Korsvoll. De conversos al islam de ida y vuelta, de la ira de Linus cuando Billy T. por fin había reunido el valor necesario para hablar con él. De los servicios de inteligencia que vigilaban a Andreas. De que Linus no podía ser musulmán, al contrario, parecía odiarles y tal vez se hubiera afiliado a un grupo terrorista de la facción opuesta, y Billy T. no tenía ni idea de qué estaba pasando. De pronto sacó el teléfono y le mostró las fotos, las fotos del anodino sótano de Kirsten Ranvik y del apartamento estéril de Arfan Olsen. Le habló de su visita a la biblioteca de Nordtvet, junto a la escuela de equitación, y de que el frigorífico de su casa era la visión más desoladora del mundo. Tenía ganas de fugarse a Nueva Zelanda y volver a comprarse una moto. Le rogó a Hanne que tuviera la bondad de recordar los maravillosos paseos que habían dado juntos, solos ella y él, con la Harley de Hanne y su Honda Goldwing con marcha atrás y fax incorporado que tanto les había hecho reír.

Por favor, Hanne.

Las palabras brotaban sin cesar y lloraba y lloraba.

Se durmió.

Y se despertó cuando ella evitó que se cayera de la silla.

—Has tenido un ataque de pánico —dijo en voz baja, y abrió el frigorífico—. Toma.

Cogió la botella de agua con gas que ella le había abierto. Se la bebió entera, de un trago.

—Gracias —murmuró pasándose la manga por debajo de la nariz—. De verdad que no sé qué hacer.

—Lo que vas a hacer ahora es dormir —dijo Hanne—. Tenemos lista la habitación para invitados. Pero antes debes contestar a un par de preguntas.

—Creo que ya he dicho todo lo que sabía —musitó él.

No era verdad.

A pesar de estar destrozado, de seguir sintiéndose fuera de control, no había mencionado la figura de Darth Vader. Ni una palabra sobre eso.

Nadie debía saber nada al respecto.

Ni siquiera Hanne Wilhelmsen.

—Esa biblioteca... —dijo ella—. La de Nordtvet.

—Sí. —Hablaban casi en susurros, cabizbajo.

—La casa que allanaste... ¿Era de una de las bibliotecarias?

—No fue un allanamiento. Faltaba una ventana del sótano. Solo tuve que quitar una bolsa de basura vieja.

—¿Y cómo dices que se llama?

—Kirsten Ranvik.

Hanne se quedó en silencio. No se movió. No hizo nada. Se quedó allí en la silla de ruedas, con la delgada mano sobre el muslo de él. Sintió su calor a través del pantalón, la bendita calidez de quien una vez fue su amiga.

De nuevo estuvo a punto de dormirse.

—¡Joder! —exclamó levantándose de un salto.

Tuvo que dar un paso a un lado para no caerse.

—Debo hacer acto de presencia. Sigo teniendo la obligación de personarme en comisaría.

Miró su iPhone desesperado.

—Tengo que estar allí en veinte minutos. Tengo que...

Echó a correr. Hanne permaneció sentada.

En silencio, y pensando en tantas cosas a la vez que ni siquiera oyó cómo se cerraba la puerta.

El detective había intentado protestar de todas las maneras posibles, pero al final se plegó a los deseos del subdirector de la policía y salió por la puerta visiblemente irritado cuando el capitán por fin entró en la sala de interrogatorios.

—Me alegro de que pudieras venir —le dijo Håkon Sand al hombre de uniforme indicándole la silla del otro lado de la mesa—. Siéntate.

Peder Ranvik sonrió con la misma rigidez con la que se movía.

El uniforme estaba impecable, el cabello ni demasiado corto ni demasiado largo. Era rubio, oscuro y denso, al igual que la barba recortada. Se sentó y dejó la boina granate sobre la mesa.

—El subdirector de la policía —dijo respetuoso señalando los distintivos del uniforme de Håkon—. No creí que con un puesto como el tuyo te dedicaras a tomar declaraciones.

—También soy el responsable de la sección de Delitos Violentos. Y fui detective antes que abogado policial. Estamos en una situación excepcional, por no decir otra cosa. También soy sargento, en la reserva. Y me interesa mucho este caso.

—Comprendo —asintió Peder Ranvik—. Ninguna tarea es demasiado insignificante ni demasiado importante. Como debe ser.

A Håkon no le gustó el capitán.

Sintió por él una antipatía tan repentina y violenta que no supo por dónde empezar el interrogatorio. Manoseó un bolígrafo y comprobó el funcionamiento de la grabadora. Se pasó un dedo por el nudo de la corbata para aflojarlo. Verificó la grabadora una vez más y carraspeó.

—Me gustaría que empezaras por informarme de cuáles son las tareas que tienes asignadas en la actualidad —dijo por fin—. Brevemente.

—Soy capitán del comando especial de Defensa.

Se quedaron en silencio durante unos segundos.

—Pues sí, eso ha sido breve.

Håkon se metió el bolígrafo en la oreja con aire distraído.

El capitán tenía la mirada clavada en un punto por encima de su cabeza, como si se tratara de una entrevista hostil.

—Lo lamento —dijo—. Desafortunadamente no me está permitido dar más datos sobre las tareas que tengo encomendadas. Pido que se respete esta circunstancia.

Håkon asintió distraído y se inclinó sobre sus papeles.

—Y el martes 26 de julio de 2011, en el campo de maniobras de Defensa en la región de Åmot, ¿cuál era tu función?

—No es mi intención mostrarme difícil. Pero también me es imposible responder a esa cuestión. Información confidencial.

Al menos en esta ocasión el hombre le miró y su mirada parecía querer decir que lo lamentaba. A Håkon no le cayó mejor por esa razón, pero seguía sin comprender a qué se debía la intensa sensación de antipatía que le provocaba.

—Debes saber —dijo poniendo la palma de la mano sobre la carpeta con estampado de camuflaje que le había entregado Gustav Gulliksen— que Defensa nos ha hecho entrega de una serie de documentos relativos al caso. Y en ellos consta que eras responsable de unas prácticas de sabotaje en las que...

Sacó unas páginas de la funda y se bajó las gafas de la frente a los ojos.

—... debías colocar explosivos para volar dos viejas grúas de astillero, un granero y un vehículo acorazado. Las grúas debían simular dos puentes provisionales.

Levantó la cabeza y volvió a subirse las gafas.

—Lo lamento —repitió Peder Ranvik—. No dudo que hayas obtenido esa información de manera legal. Pero ninguno de mis superiores me ha liberado de la obligación de preservar la confidencialidad.

—Pero si te estoy diciendo que...

—No es mi intención interrumpirte —le atajó el capitán—. Pero me importa muy poco de qué documentos dispones. Salvo que uno de ellos sea una declaración firmada que me libere del deber de mantener la confidencialidad.

Cruzó las piernas.

—Y puede que ni siquiera eso me hiciera dar a conocer información reservada. Tengo la obligación de valorar por mí mismo si algo puede

resultar perjudicial para Defensa. Para la nación.

Håkon intentó disimular su asombro.

Sin éxito.

—Te seré franco —dijo incrédulo inclinándose hacia delante mientras apuntaba a Peder Ranvik con el bolígrafo—. Se te ha convocado con la autorización de tus superiores. Se te ha informado al detalle de qué era lo que queríamos saber. No puedes...

—Lamento —dijo el capitán levantando la mano derecha— tener que interrumpirte de nuevo. Que tú o vosotros no tengáis claros los detalles formales de esta declaración antes de hacerme venir, no es mi problema. Lo que sí que sería mi problema sería hablar abiertamente con terceros sobre lo que hice entonces y lo que hago ahora como capitán de las fuerzas especiales de Defensa sin que se haya autorizado debidamente. Desde las instancias más elevadas. Creo que tú como...

Esbozó una sonrisa y a sus ojos asomó por unos instantes un destello que Håkon interpretó como desprecio.

—... sargento en la reserva tal vez deberías comprenderlo.

—Y mi problema es que al menos setenta kilos de C4 del tipo empleado por la OTAN han caído en manos de terroristas. Y de ellos al menos treinta y cinco kilos siguen por ahí perdidos mientras que los otros treinta y cinco han quitado la vida a veintinueve personas y herido a Dios sabe cuántas más.

—Ese es tu problema —asintió el capitán dándole la razón—. Y en ese sentido cuentas con toda mi comprensión. Todos estamos preocupados por la situación.

Håkon sacó la cajita de tabaco de mascar. La puso sobre la mesa y se tomó su tiempo para dejar bien compactada una dosis que introdujo con gesto rutinario bajo el lado derecho del labio superior. Cuando terminó, le puso la tapa a la cajita, se la metió en el bolsillo y se frotó las manos. A continuación se pasó los dedos por el cabello. Despacio, con la mirada fija en la mesa.

—Tuviste a varios sospechosos en el punto de mira.

—Como ya he dicho no puedo...

—Cállate.

Se quedaron en silencio unos instantes. Håkon creyó ver que el capitán Ranvik ponía la espalda aún más recta que antes.

—Por lo que deduzco de estos documentos fuiste el único que reaccionó negativamente cuando se decidió no dar parte a la policía. Fuiste un...

incordio para la cúpula de Defensa, por lo que puedo ver. Reconozco tu mérito por eso. Insististe en que los investigadores militares deberían fijarse sobre todo en dos personas.

Håkon se tiró del cuello de la camisa con tanta fuerza que el primer botón se soltó y cayó al suelo.

No pareció darse cuenta y siguió sin inmutarse:

—Un...

Mientras dejaba que su mirada recorriera los papeles se aflojó tanto el nudo de la corbata que parecía volver de una fiesta de madrugada.

—... tal Sverre Brande. Sargento de Ingeniería. ¿Por qué él? No, mejor...

Se desabrochó los gemelos de la camisa del uniforme. Se remangó despacio hasta los codos. Luego enlazó las manos y miró fijamente al obstinado capitán.

—No quieres responder, claro —dijo—. Y tampoco quieres contestar a por qué tu principal sospechoso...

Volvió a bajarse las gafas hasta colocárselas en la nariz.

—... Abhai Kaur, era uno de los que creíste que podían ser responsables.

El capitán Ranvik parecía sentirse cada vez más incómodo.

Seguía impecable en cuanto a la vestimenta y la postura. Seguía teniendo un color de cara favorecedor, como un recuerdo de las que podrían haber sido unas buenas vacaciones de Semana Santa.

Håkon se desabrochó otro botón de la camisa del uniforme. Se le veía la camiseta blanca que llevaba debajo. Tenía un agujerito cerca del omóplato.

Se dio cuenta que el tabaco de mascar empezaba a moverse de su sitio, pero no hizo nada al respecto.

—Abhai Kaur es un sij noruego —dijo Håkon ladeando la cabeza—. Con una hoja de servicios impecable. Actualmente ocupa un puesto en el servicio de inteligencia militar que está a años luz del nivel de seguridad que podemos tener ni tú ni yo.

—De eso no sabes gran cosa.

—Bueno. El tal Abhai Kaur tiene el nivel Cosmic Top Secret. Siento mucha curiosidad por saber por qué querías echar a los perros a un hombre así.

—Era de la opinión de que había razones para investigar tanto a él como a Sverre Brande. No tengo nada más que decir.

—No.

Håkon sonrió y levantó su taza de café, que se había quedado frío hacía rato. A propósito, se derramó un poco sobre la pechera derecha, se bebió el resto y chasqueó la lengua con satisfacción. Al bajar la vista vio que la mancha recordaba a la silueta de África.

El capitán Ranvik carraspeó. Se removió inquieto en su silla. Agarró la boina, acarició la insignia metálica con el anagrama del rey y volvió a dejarla sobre la mesa.

—No manifiestas el debido respeto por tu uniforme —dijo.

Håkon creyó notar tensión en su voz, como si la hubiera elevado un tono de más.

—¿Este?

Håkon se golpeó levemente el pecho, sobre la mancha de África.

—El uniforme es pura fachada. Al menos para los que no estamos en la calle. Ahí sí que cumple una función. ¿Aquí dentro? Una chorrada. Por mí iría en vaqueros y camisa de franela. Creo en el intelecto, no en la ropa.

—Es una manera de verlo, claro.

—Sí. A la mierda el uniforme. Además, hoy es lunes. Permiso para relajarse un poco.

Esbozó una sonrisa tan ancha que estuvo seguro de que el tabaco de mascar había cubierto sus dientes con una capa turbia.

El capitán Ranvik agarró su boina y la dejó en su regazo, como si tuviera miedo de que Håkon fuera a escupir en su interior.

—¿Puedo marcharme?

—No. Todavía no.

Se aflojó aún más la corbata y se la pasó por la cabeza. Se tomó su tiempo para desabrocharse la camisa del todo. Al pasarse las manos por la cabeza una vez más supo que empezaba a parecerse a un Karius entrado en años, o tal vez fuera Baktus, nunca se acordaba de cuál de ellos era el moreno.

—¿Crees en el sistema? —le preguntó.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque si no la sociedad colapsaría. Todos dependemos de que se mantenga el orden. Del sistema y de la obediencia. Fidelidad a las decisiones tomadas.

Håkon abrió los brazos.

—No podría estar más de acuerdo. ¿Me puedo probar tu boina?

—No.

—Eres un poco estricto, capitán Ranvik.

Håkon se puso de pie. Se abrochó la camisa. Se la remetiÓ por dentro de los pantalones y apretó el cinturón. Luego se bajó las mangas y se colocó los gemelos. Cogió la chaqueta del uniforme del respaldo de una silla, se la puso y se abrochó los botones de latón. El feo manchurrón del pecho ya no estaba a la vista. Volvió a ajustarse la corbata, que quedó demasiado apretada y, en opinión de Håkon, muy incómoda. Para terminar, cogió su gorra.

—Dentro de pocos días podremos pasarnos a la gorra de verano —dijo sonriendo—. El primero de mayo. La prefiero. Es blanca. Esta gorra negra de invierno me entristece. Me gusta más tu boina. Un bonito y cálido tono rojizo.

Seguía de pie.

—Deja que me la pruebe.

—No.

Era evidente que el hombre se sentía cada vez más incómodo. Estaba inquieto, y su impecable uniforme parecía estar arrugándose. El cuello se había oscurecido un poco y la boina se había humedecido con el sudor de las palmas de sus manos.

—Como quieras —dijo Håkon Sand, y volvió a sentarse—. ¿Qué pasó con el tal Abhai Kaur?

Peder Ranvik no contestó.

—¿Sabes que fue el rey Olav quien tuvo que tomar cartas en el asunto para que los sij noruegos pudieran hacer el servicio militar? —preguntó Håkon inclinándose hacia delante como si fueran a mantener una conversación confidencial—. La cúpula de Defensa se oponía al uso del turbante. Claro. Un turbante no deja sitio en la cabeza para una boina ni otras aguerridas gorras. ¿Sabes lo que ocurrió?

El capitán Ranvik seguía callado.

—El que entonces era ministro de Defensa, Johan Jørgen Holst, acabó tan jodidamente harto de la mala disposición de los generales que fue derecho al rey. Y él se echó a reír. Ya sabes...

Håkon intentó imitar la peculiar risa aguda del monarca fallecido.

—Se rio —repitiÓ poniéndose serio de repente—. Y se preguntó si aquellos caballeros nunca habían oído hablar de la Infantería Ligera de los Sij. En la Defensa británica. Los turbantes no les suponían un estorbo que

digamos. Eso hizo que los generales se dieran prisa, no veas. Pero esto podría ser tan solo... —volvió a quitarse la chaqueta y se aflojó la corbata— una leyenda urbana. ¿Qué pasó con Abhai Kaur?

—Me marchó —dijo Peder Ranvik levantándose.

—Me parece que no —dijo Håkon sonriente.

Peder Ranvik ya estaba de pie.

—Siéntate —dijo Håkon.

—Puedo marcharme cuando quiera. Y quiero marcharme ya.

—Me cuesta entender tu poca disposición para colaborar. Siguen por ahí perdidos cerca de cuarenta kilos de tu C4. Sería natural que quisieras colaborar...

—Nunca fue mi C4. Pero estoy de acuerdo contigo. Es muy preocupante que haya caído en las manos equivocadas. Como tú mismo has dicho, hice lo que pude para aclararlo mientras fue asunto mío. Ya no lo es.

Acercó la silla a la mesa con cuidado y se encaminó hacia la puerta, donde se dio la vuelta.

—Tenemos por delante algunas fechas señaladas —dijo inexpresivo—. El 1 de mayo, el 8 de mayo. Por no mencionar...

—El Diecisiete de Mayo —concluyó Håkon cuando el capitán hizo una brevísima pausa—. El mismísimo aniversario de la Constitución. Lo sabemos.

—Tenéis un grave problema —dijo el capitán—. Pero ya no es asunto mío.

Abrió la puerta y a punto estuvo de chocar con un policía que entraba. El agente dejó que Peder Ranvik se marchara y cerró la puerta de golpe a su espalda. Parecía faltarle el resuello cuando se inclinó sobre la mesa dirigiéndose al subdirector de la policía y dijo:

—Otra bomba. Sin detonar de momento. En Sandefjord. Bajo un centro comercial en el corazón de la ciudad. Esto parece no tener fin, Sand. No hay ningún vídeo de momento, que sepan los servicios de inteligencia, la policía de Sandefjord o nosotros. Pero ¿otra bomba colocada en un lugar lleno de gente?

Inspiró con fuerza y exclamó:

—No puede tratarse de una casualidad.

—Soy de las que creen en las casualidades —dijo Hanne—. Casi todo

ocurre por pura casualidad. Pero debo reconocer que es extraño.

Acababa de darle a Henrik una versión abreviada de la historia de Billy T. No muy detallada y bastante rebajada. Tan solo el relato de un padre preocupado, un viejo amigo que temía que su hijo hubiera acabado en malas compañías. No había mencionado ni la preocupación previa por una posible conversión ni la evolución tan extraña de Linus durante el último medio año. También había evitado mencionar el hecho de que un reloj que el chaval había heredado se encontraba en las oficinas del ISAN cuando voló por los aires dos semanas antes.

—Toma —dijo deslizando una bandeja de bollos por la mesa—. Los hizo Ida ayer por la tarde. Están un poco secos, pero échales mermelada.

Henrik cogió un bollo, lo cortó por la mitad y se sirvió mermelada de fresa.

—Estoy de acuerdo —asintió dando un mordisco—. Que la misma bibliotecaria aparezca en su caso y en el nuestro se pagaría muy bien en las apuestas. Ese amigo tuyo... ¿es policía?

—¿Por qué me haces esa pregunta?

Henrik masticó, tragó y pegó otro mordisco.

—Bueno... Tú no parece que te muevas mucho, ¿no? No eres muy sociable, igual que yo.

Sonrió.

—Por eso pensé que tal vez se tratara de un compañero. De tu vida anterior, tal vez. Cuando no estabas en esa silla. ¿Es así?

—No eres tonto, no, Henrik.

—Pero si jugáramos con la idea...

—Henrik...

—Lo sé —dijo con la boca llena—. No podemos especular. Ni construir hipótesis antes de que tengamos algo más en lo que basarlas. Pero si nos permitiéramos hacer un pequeño experimento...

Ella volvió a mirarle por encima de las gafas, pero al menos no dijo nada.

—Si no es casualidad que esté involucrado en un caso que tiene que ver con la extrema derecha...

—Supuesta extrema derecha —le corrigió Hanne—. Muy probablemente una imaginaria derecha radical. No tengo ninguna base para creer que las... especulaciones de mi amigo tengan base.

—Vale. Pero si tuviera razón, sería curioso ver qué similitudes puede haber entre nuestros casos. El nuestro y el de... ¿cómo se llama tu amigo?

—Da lo mismo.

—Vale. Perdona.

—Ninguna.

—¿Qué?

Henrik dejó el último pedazo de bollo y deslizó las manos bajo los muslos.

—No tienen nada en común —dijo Hanne.

—Ya.

—¿Qué?

Henrik se atrevió a meterse en la boca el último pedazo de bollo antes de volver a inmovilizar sus manos.

—¿Recuerdas que te dije que Gunnar era racista?

—Es retrasado, Henrik. Y si que no te gusten los paquistaníes es suficiente para ser considerado racista, este es un país de racistas.

—Lo somos.

Sintió deseos de corregir su uso de la palabra «retrasado», pero no se atrevió. A pesar de que se sentía mucho más seguro con Hanne que doce días antes, seguía temiendo que se cansara de él. Que le pidiera que se marchara, como siempre acababa haciendo, tarde o temprano.

Preferiría que fuera tarde, y no dijo nada.

Hanne se inclinó y sacó una delgada carpeta metida en una funda roja de plástico. Henrik por fin había podido comprobar que tenía una cesta bajo el asiento, con capacidad para el ordenador portátil y bastantes cosas más. Viendo todo lo que escondía en el pequeño compartimento, era como si tuviera el bolso de Mary Poppins debajo del trasero.

—Creo que tal vez deberías investigar un poco más a la tal Kirsten Ranvik —dijo Hanne—. Me temo que puedes ir olvidándote de internet. Ya he mirado por todas partes y esto es todo lo que he encontrado.

Deslizó la carpeta hacia él.

—Y esa visita tuya a Ullersmo tampoco nos proporcionó mucho para seguir investigando —prosiguió—. Probablemente esto también sea una pérdida de tiempo, pero dedícale un día o dos a esta señora. Empieza a resultar interesante. Que su hijo quedara discapacitado por obra de dos paquistaníes noruegos a los que no pillaron sería suficiente para convertir a más de un racista de andar por casa en un fanático. Comprueba si hay algo más en su vida que pueda servir.

—Pero si no hay nada en internet cómo voy a...

—Henrik. Eres policía. Antes también resolvíamos casos. Antes de internet. Resultaba bastante divertido. Pruébalo.

Una señal sin sonido iluminó la pantalla de su móvil. Buscó rápidamente la web del diario *VG* con el pulgar.

—¡Mierda! —dijo pasados unos segundos.

—¿Qué pasa?

—Otra bomba. En el centro de Sandefjord. Toda la región de Vestfold está en alerta.

El agudo zumbido de la alarma por fin dejó de sonar. Había sido tan intenso que mucha gente había echado a correr para escapar del ruido, sin pensar en cuál sería el motivo de tamaña escandalera.

Desde ese punto de vista las sirenas habían cumplido su cometido.

La plaza de Hval estaba desierta.

Los grandes almacenes de finales de los años ochenta estaban en pleno centro. Un edificio que se abría en varias direcciones sobre un aparcamiento subterráneo al que se accedía desde el sur. Cuando la policía llegó al lugar tuvo mucho trabajo intentando evitar que entrara la gente que quería recoger su coche. Hubo dos hombres de cuarenta y tantos a los que debieron impedir por la fuerza que dieran prioridad a su coche antes que a su integridad física. Estaban retenidos en contra de su voluntad en dos coches patrulla aparcados junto a la zona de seguridad que la policía había acordonado con cinta y caballetes.

Por suerte la policía de Sandefjord tenía previsto un simulacro de emergencia en Torp, el aeropuerto internacional situado a diez kilómetros al nordeste de la ciudad. El simulacro iba a comenzar a las doce en punto, solo un cuarto de hora después de que la alarma saltara en la plaza de Hval.

El padre de un niño pequeño había descubierto la bomba poco después de las once y media. Corría entre cabreado y asustado detrás de un niño de tres años que no parecía entender lo peligroso que era ir solo por la penumbra de un aparcamiento. Le alcanzó junto a la entrada, detrás de tres coches que estaban aparcados tan cerca uno del otro que tendrían problemas para abrir la puerta. El padre respiró aliviado hasta que vio dónde se había sentado el niño. Una caja metálica negra con cables sujetos a un contador digital le hizo conseguir un récord personal en los doscientos metros lisos con niño en

brazos.

Gracias al simulacro previsto en Torp un equipo completo de la policía de Oslo, experto en explosivos, llegó al lugar en un cuarto de hora.

Dos hombres estuvieron examinando la bomba durante veinte minutos.

—Joder —dijo uno quitándose el casco.

El otro no dijo nada, pero estiró la espalda e intentó quitarse el casco él también.

El primero volvió a ponerle la tapa a la caja de metal y la levantó.

—¿Me ayudas o qué? Pesa un huevo.

—Un momento —dijo su compañero, se quitó los guantes y sacó una bolsita de plástico de uno de sus numerosos bolsillos—. Esperemos que esta carta resulte más interesante que el resto del paquete.

Metió la carta en la bolsita y la precintó.

—Me pregunto cuántas falsas alarmas como esta vamos a tener a partir de ahora. Tres baterías de coche usadas y un despertador, no te jode.

—Al menos el simulacro ha resultado de lo más realista —suspiró su compañero—. Ya es algo. Vamos. Saquemos esta chatarra inofensiva a la luz del día.

Aún había luz afuera.

La primavera se hacía esperar, pero los días eran cada vez más largos. Eran las nueve de la noche y a Ida le costaba conciliar el sueño si las cortinas opacas no estaban bien cerradas y aseguradas contra las corrientes de aire.

—La verdad es que Kari Thue cada día tiene mejor aspecto —murmuró Hanne cogiendo una manzana del frutero de la mesa del salón—. Las mejillas sonrosadas y los ojos radiantes. Pero es la única, desde luego.

—Al menos la directora de la policía tiene un aspecto deplorable —dijo Nefis acomodándose en el otro extremo del sofá—. ¿Quieres una manta?

—No, gracias. No me extraña en absoluto que esté cansada.

Señaló la pantalla del televisor. Caroline Bae ya era una mujer grande y robusta cuando hizo su aparición en la vida pública en el otoño de 2011, pero ahora tenía el rostro abotargado. Ni siquiera las maquilladoras del canal de televisión NRK habían sido capaces de disimular las protuberantes ojeras y los dos surcos marcados entre la nariz y la comisura de los labios.

—Dirigir la policía en estas circunstancias debe de ser infernal. ¡Imagínate

la cantidad de gente que estarán dedicando a esto!

Hanne rio por lo bajo, casi con malicia.

—Y hasta hoy podían pedir refuerzos de manera más o menos justificada a las ciudades más pequeñas y los pueblos de los alrededores de Oslo. Aunque la bomba de Sandefjord fuera falsa, seguro que ha provocado que ningún comisario o alguacil esté dispuesto a ceder ni un clip a Oslo en las próximas semanas. Ya es bastante complicado coordinar las fuerzas policiales en tiempo de calma, Nefis. Organizar un cuerpo policial muerto de miedo debe de resultar casi imposible.

—¿Están asustados?

—¿Cómo estarías tú? Calla un momento...

—No estoy diciendo nada.

«Tiene que ser posible exigir una respuesta —dijo Kari Thue alterada y con la vista clavada en Caroline Bae—. Varios periódicos informan de que se ha encontrado una carta en la bomba de Sandefjord. ¿Esa carta nos da motivos para preocuparnos?»

Antes de que la directora de la policía tuviera tiempo de contestar, prosiguió:

«¿El numerito de Sandefjord también tenía la intención de provocar miedo? ¿Era un eslabón más del plan de los islamistas para que estemos cada vez más asustados? Nos encontramos ante un...».

Caroline Bae adelantó la barbilla y parpadeó.

«Pido que comprendan que no podemos entrar en detalles al respecto. Tampoco puedo confirmar que se encontrara una carta. Lo único que puedo decir es que la bomba resultó ser...»

Contuvo la respiración y miró a su alrededor hasta recuperar el control y prosiguió:

«No se trataba de una bomba».

«¿Niegas que hubiera una carta? —insistió Kari Thue—. ¿Cuando los diarios *VG*, *Dagbladet* y *Aftenposten* afirman saber de su existencia por fuentes fidedignas?»

«Como ya he dicho, por el bien de la investigación no deseamos...»

«¡No doy crédito!»

Kari Thue puso los ojos en blanco y abrió los brazos. Habló tan alto que el sonido de los altavoces se distorsionó.

«Resulta que Noruega está bajo asedio. Los noruegos estamos atrapados en

nuestros propios temores, un miedo originado por el islam, la encarnación de la maldad en nuestro tiempo...»

—Esta mujer se pasa muchísimo —susurró Nefis.

—Es lista —dijo Hanne concisa—. O tal vez malvada.

—Hay muy pocas personas que sean malvadas de verdad, Hanna.

«... y a nosotros, la población de Noruega, no se nos permite saber si después de la bufonada de hoy en Sandefjord volvemos a ser amenazados por un grupo cuya fe e ideología...»

El alcalde de Oslo estaba a su lado. Puso la mano con calma sobre su antebrazo. Ella se quedó parada y dejó de hablar.

«Querida Kari —dijo el alcalde sonriendo con suavidad—, creo que ha llegado el momento de respirar hondo. No estamos sitiados. Somos el reino independiente de Noruega. Hemos sido...»

Kari retiró el brazo, pero al menos no le interrumpió.

«... puestos a prueba y puede que vuelva a ocurrir. Lo más importante que debemos hacer ahora es conservar la calma. Preocuparnos los unos de los otros. No olvidar nuestros valores básicos en un tiempo en el que...»

«¡Precisamente es de nuestros valores básicos de lo que estamos hablando! Nuestros valores básicos. Nada de...»

Hanne cogió el mando y silenció el televisor.

—Está claro que Ida no va a desfilar —dijo dando un último mordisco a la manzana.

—Claro que va a participar en el desfile infantil. Le hace mucha ilusión.

—Ni hablar —dijo Hanne—. Ninguna de las dos saldrá de casa el Diecisiete de Mayo. Puede invitar a quien quiera. Pero tenéis que estar en casa. Aquí. Conmigo.

—Esa decisión no la puedes tomar tú sola, cariño.

Nefis se puso de pie y se inclinó sobre ella.

—Aléjate —sonrió Hanne—. Lo digo en serio.

—Lo sé —dijo Nefis tranquila y besándola con ligereza—. Pero que tú lo digas en serio no quiere decir que necesariamente vaya a ser así. Me apetece una copa de vino. ¿Quieres una?

—Sí, gracias. Blanco.

Nefis fue a la cocina.

Hanne miraba fijamente la muda pantalla. Hablaba una mujer de cincuenta y tantos con un peinado anticuado. Hanne no tenía ni idea de quién podría ser

hasta que apareció un cartelito con su nombre, Sabrina Knutsen, alcaldesa de Sandefjord.

Tenía que oírlo, así que cogió el mando a distancia.

«... valorarlo en la junta del pleno a principios de la semana que viene. Si se propone la suspensión de la celebración del Diecisiete de Mayo en nuestra ciudad será el pleno del Ayuntamiento quien tome la decisión.»

En la imagen apareció el alcalde de Oslo.

«La celebración del Diecisiete de Mayo no se puede cancelar —dijo muy serio—. Habrá Diecisiete de Mayo nos guste o no. Decida un Ayuntamiento lo que decida la próxima fiesta nacional es el bicentenario de nuestra Constitución. Y debe celebrarse como tal. Sería terrible que los terroristas consiguieran que...»

—Creo que Ida se ha enfadado un poco con nosotras —dijo Nefis tendiéndole una copa a Hanne—. No creo que cancelar la celebración mejorara las cosas.

—¿Enfadada? ¿Por qué?

—Pues, por ejemplo, se pregunta por qué no lleva mi apellido, por qué no lo utilizo.

—Pero es fácil de explicar, ¿no? Se lo he dicho muchas veces. Queremos llamarnos igual las tres. Mi apellido es más fácil de deletrear.

—Y más noruego —dijo Nefis en voz baja subiendo los pies al sofá y bebiendo un sorbo de vino—. Eso es lo que cree. Que queremos... esconder el hecho de que es medio musulmana.

—Menuda chorrada. ¿Medio musulmana? ¿Se puede ser medio de una religión? Es quien es. Cuando cumpla dieciocho años podrá elegir cómo quiere llamarse.

—Acaba de cumplir once años, Hanna. Para ella falta una eternidad para su dieciocho cumpleaños. Tal vez podríamos...

Se interrumpió y bebió un poco más de vino.

—En realidad tiene algo de razón —añadió con voz queda.

—No.

—Sí. Quiero que sea noruega, tan noruega como sea posible.

—La llevas a Turquía dos veces al año. Por lo que me dices, habla el turco bastante bien.

—Peor que antes. Cada vez dejo pasar más tiempo sin hablarle en mi lengua materna.

—Eso es una tontería —dijo Hanne entrelazando sus dedos con los de Nefis—. Pero sí, debéis mantener el idioma. Y en cuanto a toda esta historia de que si musulmanes, que si noruegos y...

Dejó el vaso y soltó la mano de Nefis. Hizo una mueca mientras se empujaba con los brazos para sentarse mejor en la silla.

—Me pone mala —gimió—. Si hay algo que este mundo no necesita son más nacionalismos. Ni religiones. Ida Wilhelmsen es Ida Wilhelmsen. Su pasaporte es de color rojo. Todo lo demás lo decidirá por sí misma. Cuando llegue el momento. Por cierto... ¿podríamos invitar a alguien a casa el sábado?

—¿Un... invitado? ¿Billy T.?

—No. Henrik Holme. El joven policía del que te hablé.

—¡Por supuesto! Qué bien, Hanna. Me alegro mucho.

—Ida le conoce. Y le insultó, pero creo que la cosa acabó bien.

—¿Ida? ¿Insultarle?

—Sí, es que su aspecto es un poco... peculiar. Pero ¿sabes qué?

—No.

—Me gusta. Me gusta mucho, de verdad. Y creo que está bastante solo. Levantó su copa y se quedó mirando el fondo.

—Sí —dijo casi como si hablara para sí misma—. Está solo, y tengo la impresión de que es increíblemente listo.

—En otras palabras —sonrió Nefis—, se parece a ti.

—No. Yo os tengo a Ida y a ti. Creo que Henrik solo tiene... a su madre.

En la pantalla del televisor pareció que Kari Thue volvía a decir la última palabra. Algo que estaba ocurriendo cada vez con más frecuencia y despertando críticas cada vez más moderadas.

—Sí que voy a querer esa manta —murmuró Hanne—. Tengo frío.

Después de unos días con sabor a primavera volvía a hacer frío.

Henrik Holme había ido andando todo el camino de Grünerløkka a Korsvoll y se encontraba de nuevo frente al portón de hierro forjado de la calle Skjoldveien.

El primero de mayo había pasado.

Sin más bombas.

El número de participantes en la manifestación había sido el mayor de los últimos años. La plaza de Youngstorget y las calles adyacentes se habían llenado para escuchar el discurso del líder saliente del Partido de los Trabajadores. Habló más de solidaridad y libertad que de los derechos de los trabajadores. Los únicos incidentes se produjeron en relación con cinco detenciones. Todas ellas de noruegos de piel oscura que la policía, armada y nerviosa, consideró sospechosos y despachó a la comisaría de Grønlandsleiret sin más. Ninguno tenía siquiera una multa de tráfico sobre su conciencia; uno de ellos era un chaval de diecisiete años llamado Torstein Gundersen.

Le habían adoptado en Sri Lanka con cuatro meses. Desesperado, había intentado explicárselo a la policía. Pero no le hicieron caso. No le dejaron en libertad hasta que su padre se presentó con el pasaporte del chico tres horas más tarde.

Todavía había gente que se sentía provocada por estos hechos. Y los medios les daban voz. Las informaciones sobre acoso a civiles y detenciones injustificadas se sucedían a diario. Henrik tenía la sensación de que nadie se molestaba en escuchar cuando alguien protestaba en público. Parecía como si los veinticuatro días que habían transcurrido desde el primer ataque hubieran creado una nueva normalidad en el país. Como si Noruega estuviera pagando un precio que no se podía discutir.

Pero no eran la mayoría de los noruegos quienes estaban pagando ese precio, pensó Henrik al leer la crónica «El precio de la libertad» en el diario *Aftenposten* desayunando en la mesa de la cocina.

No éramos nosotros quienes pagábamos.

Eran ellos.

Henrik ya estaba camino de Korsvoll cuando empezó a preocuparse por que Kirsten Ranvik se pudiera haber cogido el viernes libre para hacer puente. Afortunadamente era muy trabajadora y a las siete y media había salido por la cancela del jardín y se había dirigido a la calle Maridalsveien. Seguro que iba a tomar un autobús.

Gunnar no se había asomado todavía. Henrik había decidido esperar a que saliera para hablarle. Resultaría menos amenazador. Supuso que en algún momento las palomas necesitarían cuidados.

Y así fue.

A las nueve menos veinte se abrió la puerta de entrada roja. Gunnar salió caminando con torpeza con una bolsa de plástico en una mano. Se detuvo bajo el pequeño techado sobre la escalera de hormigón que llevaba al sendero de gravilla y miró de lado hacia el cielo para averiguar qué tiempo hacía. Un cuarto de hora antes había dejado de llover y la extraña mueca que parecía una sonrisa cruzó su rostro cuando echó a andar.

Henrik abrió la cancela y entró. Recorrió los primeros diez metros medio corriendo. La gravilla crujió bajo sus pies. Gunnar se detuvo de golpe.

—Tú no —dijo mirando fijamente a Henrik—. Tú no. Tú no ibas a volver.

—Me recuerdas —sonrió Henrik deteniéndose a un par de metros de él—. ¡Qué bien! Entonces también recordarás que soy de la policía.

—La policía no hace su trabajo. La policía no hace su trabajo. Tienes que irte.

Henrik levantó las palmas de las manos y retrocedió medio paso.

—Me iré enseguida, Gunnar. Solo quería enseñarte una foto que me he encontrado. Una foto que creo que te alegrará.

Se metió la mano deprisa en el bolsillo interior y sacó un papel doblado en cuatro.

—¿Podemos ponernos a resguardo, Gunnar? No quisiera que la foto se mojara.

—Ya no llueve.

—No, pero seguro que notas que llovizna un poco.

Gunnar retrocedió escéptico, se dio la vuelta y subió los cuatro peldaños que llevaban a la puerta. Henrik le siguió, con el papel en la mano a modo de ofrenda.

Al llegar arriba se sentó en el pasamanos y desdobló la hoja.

—Mira —dijo sonriendo.

Gunnar miró. Con rostro inexpresivo exclamó:

—Karina. Karina y su pelo de paloma.

Sus ojos subieron hacia la izquierda de pronto y su cara se abrió en una sonrisa enorme.

—Era mi novia —dijo agarrando la hoja—. No tengo ninguna foto de Karina. Solo en mi cabeza. En la cabeza. En la cabeza.

Se acercó la hoja tanto a los ojos que Henrik vio confirmada su sospecha de que la agresión también le había afectado a la vista.

—Lo sé —dijo bajándose de la barandilla de un salto.

Intentó poner la mano en el hombro de Gunnar. La dejó allí.

—Es guapa —dijo en voz baja—. Y el pelo me parece superchulo.

—Se cayó al agua. La empujaron.

Gunnar empezó a balancearse suavemente de un lado a otro. Henrik le dejó hacerlo. No dijo nada. Siguió con la mano sobre el hombro del hombre más bajito hasta notar su calor a través del jersey.

—Mohamed —dijo por fin—. Mohamed y Fawad. Así se llamaban. Los chicos. Los amigos de Karina, ¿verdad?

—Los paquistaníes —dijo Gunnar—. Los paquistaníes empujaron a Karina. Querían quitarle...

Le temblaron las manos al intentar doblar la hoja por el mismo sitio. No pudo. Henrik la cogió con cuidado y le ayudó.

—¿Qué querían quitarle, Gunnar?

—Tienes que irte. El padre de Karina se enfada mucho. ¿Me das la foto?

—Claro que puedes quedarte la foto. Karina es tu novia, no la mía. Sabía que te pondrías contento. Si yo tuviera una novia, tendría muchas fotos tuyas.

—Tú no tienes novia.

—No. No tengo tanta suerte. ¿Qué era lo que querían quitarle Mohamed y Fawad, Gunnar?

—Mohamed y Fawad —repitió Gunnar.

Sus ojos se veían diáfanos, casi vidriosos. Miraba a Henrik, pero parecían estar totalmente desenfocados. Como si observara algo que se encontrara muy lejos.

—Yo no quería ir —dijo—. No me gustan esas cosas. A mamá no le gustan esas cosas. Pero Karina quería y Karina...

Intentó acercar la mano a la foto doblada. Henrik se la dio.

—¿Eran drogas, Gunnar? ¿Karina había conseguido hierba y la ibais a probar? ¿Mohamed y Fawad os la querían quitar?

Entonces vio algo asombroso. Nunca antes había visto algo así. Las pupilas de Gunnar se contrajeron en un instante, era como observar el objetivo de una cámara que cambiara de diafragma.

—Tienes que irte —susurró—. El papá de Karina se enfada.

Se había echado a llorar. Apretaba la copia de la foto de Karina contra su cuerpo y sollozaba.

—¿De verdad quieres que me vaya? —preguntó Henrik en voz baja—. ¿Estás completamente seguro? Puedo quedarme un rato, para que no estés solo si estás tan triste.

—Vete. Tengo que esconder la foto. Mamá no la puede ver. Tienes que irte. No vuelvas aquí nunca más. Las palomas...

De pronto miró hacia la bolsa que había dejado en el suelo.

—Las palomas... —repitió agarrando la bolsa—. Tienes que irte, policía.

Henrik bajó de espaldas por la escalera. Esperó a haber recorrido unos cuantos metros para despedirse con la mano.

—Que te vaya bien, Gunnar. Cuida de la foto.

Luego se dio la vuelta y empezó a caminar en dirección al centro.

Gunnar Ranvik le daba muchísima pena, pero no por eso dejó de sonreír casi todo el camino. Estaba muy contento con el resultado de la primera tarea del día.

—Debemos considerarnos afortunados porque el primero de mayo transcurriera tan bien —dijo el alcalde de Oslo mirando una a una a las otras cinco personas reunidas en la gran sala de la torre oeste del Ayuntamiento.

—Me parece a mí que tenemos muy pocas cosas por las que considerarnos afortunados estos días —murmuró el jefe del PST, Harald Jensen—. Al contrario, diría que el día de ayer empeoró nuestra situación. La multitud que se reunió en el centro fue tremenda. La gente no tiene juicio suficiente como para quedarse en casa. Y supongo que tampoco lo harán el Diecisiete de Mayo.

—Más bien al contrario —continuó el alcalde—. Ayer fuimos testigos de una toma de posición clara y contundente. Los ciudadanos no consentirán que

les quiten su ciudad. Y me enorgullezco de ello. Esperamos más de ciento cincuenta mil visitantes el día de la fiesta nacional. Además de los sesenta mil escolares que desfilarán.

Se quedaron en silencio unos instantes.

La nueva ministra de Justicia parecía pensativa. Silje Sørensen miró con disimulo una nota que había entregado el responsable de la escolta de la familia real. El jefe de la corte, Knut Damsgaard, también parecía querer echarle un vistazo. Estaba sentado a su lado y no disimuló mucho al inclinarse hacia la comisaria para leer. Ella introdujo la hoja en una carpeta y se alisó las solapas de la chaqueta.

La directora de la policía, Caroline Bae, carraspeó.

—Entonces las actividades previstas para el Diecisiete de Mayo siguen adelante, pase lo que pase.

—No es exacto decir que «pase lo que pase» —corrigió el alcalde—. Por supuesto que acataríamos cualquier instrucción de las autoridades judiciales. De la policía. Lo que quería dejar claro con mi presentación era que una gran mayoría del pleno municipal desea que el día se festeje con normalidad. Bueno, no con toda normalidad, hay previstas una larga serie de actividades extraordinarias con motivo del bicentenario.

Cruzó las manos sobre la mesa y sonrió a Silje. Ella le correspondió.

—¿Qué opinas, comisaria Sørensen? ¿Seréis tú y tu gente capaces de proteger a nuestros conciudadanos en el gran día?

Silje sintió la necesidad de insultarle. Lo que más le apetecía era cancelar toda la fiesta nacional. Si por ella fuera, la gente debería quedarse encerrada en su casa, aislada, el resto del mes de mayo. Tendrían que estar reclusos en sus hogares hasta que ella y su gente, como decía el alcalde, pudieran resolver la espantosa situación en que les habían dejado las dos bombas de los terroristas.

Además, el mes de mayo parecía un plazo de tiempo en exceso optimista, a la vista del cariz que estaba tomando el asunto.

—Nadie puede garantizar nada, por supuesto —dijo obligándose a bajar el tono de voz—, eso es evidente. Pero la Dirección General de la Policía... —señaló con un leve movimiento de cabeza a Caroline Bae— nos ha garantizado que no se escatimará en presupuesto ni en personal. Se mantiene la orden provisional para que la policía vaya armada...

—¿Van a vigilar el desfile infantil con metrallas? —exclamó el alcalde

—. Eso sería...

La ministra de Justicia Salomonsson le interrumpió con autoridad:

—De momento no podemos plantearnos retirar las armas a la policía. Es mi decisión, y solo mía, basándome en los consejos de los expertos policiales y la información del PST. Es innecesario perder un tiempo valioso con ese tema.

Como si quisiera reforzar la impresión de su propia impaciencia, miró su reloj de pulsera con gesto elocuente.

—De acuerdo —dijo el alcalde en tono algo menos amable—. Entonces nos queda la familia real. ¿Cómo será, jefe de la corte Damsgaard? ¿Todo el mundo en el balcón? *Same procedure as every year?*

—Por razones de seguridad no podemos hacerlo público.

—¿Quieres decir que...?

—La agenda de la familia real ya pasó a ser confidencial el martes 8 de abril. Los reyes, los herederos y, en parte, la princesa siguen desempeñando algunas de sus funciones. Pero con otro nivel de seguridad. Y eso limita el número de apariciones públicas. No damos preavisos. Puede que salgan al balcón. Pero también podría ser que no lo hagan. Ni siquiera es seguro que se encuentren en palacio.

Apretó los labios, que dibujaron la ranura de una hucha tacaña, y luego los volvió a abrir para proseguir:

—Estamos en permanente comunicación con la escolta policial. Que a su vez colabora de cerca con su órgano directivo.

Movió la cabeza en dirección a Silje.

Ella sabía que los reyes se encontraban en Estados Unidos en ese mismo instante, aunque de la web de palacio se podría deducir que estaban en su residencia de verano. Dios sabía qué maniobras habrían tenido que hacer para que les permitieran crear tal nebulosa.

—De acuerdo —dijo el alcalde volviendo a pasear la vista entre los otros cinco responsables de que el Diecisiete de Mayo de 2014 no desembocara en una catástrofe total—. ¡Solo nos queda disfrutar!

Dio la clara impresión de que era el único que tenía esa intención.

Estaba seguro de que nadie que no fuera él podría haber descubierto tantas cosas en un plazo de tiempo tan breve sin apenas utilizar internet. Henrik

Holme estaba tan orgulloso que tuvo la sensación de que su nuez daba vueltas cuando Hanne le abrió la puerta y le llevó hasta un despacho en lugar de a la mesa del comedor.

La habitación tenía el tamaño justo y era muy elegante.

Los armarios con puertas de metal gris eran tan originales que sintió la necesidad de tocarlos. El escritorio era muy diferente a la minúscula mesa de cocina que él utilizaba como mesa de trabajo en su casa. Pero lo más impresionante era un cuadro enorme que colgaba de una de las paredes. Vio enseguida que se trataba de Las Vegas. De noche. El Strip, luces de neón y una cascada de colores en contraste con el cielo negro. Dos coches de policía en movimiento en primer plano.

—¡Vaya! —exclamó—. Es el mejor cuadro que he visto en mi vida.

—¿De veras? —dijo Hanne.

No daba la impresión de estar muy entusiasmada y le pidió que tomara asiento.

—Ida está con unos amigos —añadió—, por eso tenemos que reunirnos aquí. ¿Qué has averiguado?

Henrik ya se estaba acostumbrando a que la mujer no perdía el tiempo charlando. Esperaría un poco antes de contarle que había vuelto a ver a Gunnar. No le había pedido permiso y prefería empezar impresionándola con todas las otras cosas que había descubierto. De camino en el taxi había planificado que necesitaba tener algo en la reserva por si se enfadaba.

—Empecé por el registro civil —dijo acomodándose en la bonita silla azul grisácea para las visitas—. Quería saber más sobre el entorno familiar. Después hablé con...

—A la mierda con eso. Puedes escribir un informe sobre los métodos que has empleado. Lo que me interesa es saber qué has averiguado.

Se sonrojó sin medida y se dio tres golpes en el hombro izquierdo con el puño derecho.

—Vaya —murmuró mirándose la mano.

Ese tic era nuevo.

—Kirsten Ranvik —se apresuró a decir—. Nacida el 14 de noviembre de 1950 en el hospital para mujeres de la calle Josefinegate. O, mejor dicho, el Hospital Regional Femenino de Oslo, como en realidad se llamaba.

Todavía no había echado mano a sus apuntes, seguían en la pequeña mochila que se había dejado olvidada en el recibidor al quitarse los zapatos y

el abrigo. Daba igual.

—Cuando nació tenía dos hermanos mayores. Arne, nacido en el 48, y Walter, en el 46. A los dieciséis meses tuvo un tercer hermano, Simon. En la actualidad están repartidos por toda Noruega. Uno en Tromsø, otro en Ålesund y el último en Sandefjord.

Se sorprendió un poco al ver que Hanne había cogido papel y bolígrafo y tomaba notas.

—Eh... —balbuceó—. ¿Perdón?

Ella levantó la vista.

—He preparado un informe escrito muy detallado. Está en el recibidor.

—¿Y qué más da? Sigue.

El bolígrafo raspó ligeramente el papel cuando volvió a escribir.

—Los hermanos se apellidan Kalvefjord. Bueno, Kirsten se casó en 1976 con Trond Ranvik y adoptó su apellido. Era diez años mayor que ella. Tenía un ultramarinos en Lilleborg. O mejor dicho Torshov, como lo llaman ahora. Tuvieron su primer hijo en 1977. Se llama Peder.

Hanne volvió a levantar la vista.

—¿Así que Gunnar tiene un hermano mayor?

—Sí. Es militar de profesión. Capitán. Me ha costado un poco averiguar dónde está destinado, casi no hay nada sobre él en la red.

Tamborileó con fuerza con los dedos sobre la mesa.

—Pero encontré una foto suya en Facebook. En la página de una señora de su edad, vamos, pues él no está en ningún medio social que yo haya podido localizar. Lleva boina morada; en otras palabras, está en Defensa, operaciones especiales. Hay mucho secretismo en todo lo relativo a esa unidad, así que... he utilizado algo internet, pero no mucho.

Ella no le miraba. Había dejado de tomar notas.

—Hay algunos aspectos de la historia familiar que podrían ser relevantes —prosiguió, inseguro—. ¿Te los cuento ahora?

—Sí.

—El padre de Kirsten, Albert, Walter y Simon se llamaba Birger Kalvejordet. Durante la guerra perteneció a la resistencia. Luchó junto a los héroes de la resistencia Max Manus y Kjakan Sønsteby, hasta que fue capturado por los alemanes en 1943. Volvió en los autobuses blancos que trajeron a los liberados de los campos de concentración dos años después. Le condecoraron y todo. Abrió el ultramarinos de Torshov que su yerno Trond

heredó.

Hanne levantó por fin la vista.

—Bien —dijo con algo más de interés.

—Y si doy un gran salto adelante en el tiempo, Trond quebró en 1986.

—Los pequeños supermercados independientes ya iban muy mal en esa época —dijo Hanne—. Fue cuando llegaron con fuerza las grandes cadenas de alimentación.

—Sí. Pero la némesis de Trond no fue ninguna cadena. Fue un colmado turco. Uno de esos en los que trabaja toda la familia desde la mañana a la noche, y el hijo mayor va a comprar a las granjas a las tres de la mañana.

—En otras palabras, un negocio en el que el dueño se esfuerza, recibe ayuda de los suyos. En busca de un bien común.

—Eh... Sí. Por cierto, he utilizado mal la palabra «némesis». Trond no había hecho nada malo, y «némesis» en realidad hace referencia a una especie de castigo divino...

—No te distraigas, Henrik. ¿Adónde quieres ir a parar?

—A que fueron extranjeros quienes acabaron con su negocio. Abrieron su local justo en la acera de enfrente. Con un montón de verduras frescas. Precios económicos. También con aceitunas y quesos exóticos. Cosas de las que Trond no tenía ni idea y que tampoco le gustaban.

Volvió a sonrojarse.

—O eso me imagino. No lo sé.

—¿Y?

Hanne cruzó los delgados brazos sobre el pecho. Estaba sentada en una silla de oficina corriente, con frecuencia se trasladaba de la silla de ruedas a otros asientos. Henrik se preguntó si lo hacía para ejercitarse. Tal vez resultara nocivo para el cuerpo estar siempre en la misma postura.

—Lo único que está claro es que murió a finales de ese año.

—¿De qué?

Henrik se encogió de hombros.

—No he podido averiguarlo con seguridad, pero fui al archivo en papel del diario *Aftenposten* y di con una necrológica. Puede que fuera un suicidio. No lo dice con esas palabras, cierto, pero leí entre líneas. Y es algo que debe de resultar bastante evidente para alguien como tú.

Sonrió con timidez. Ella le miró muy seria con los ojos entrecerrados.

—¿Y por qué crees que es interesante?

—Racismo —respondió él titubeante—. Motivo para...

—Henrik. No estamos investigando a Kirsten Ranvik para averiguar si es racista. En términos estrictos no estamos investigando a Kirsten Ranvik. Estamos intentando llegar al fondo de la cuestión de dónde está Karina Knoph, lo que en el fondo es un caso totalmente diferente. ¿De acuerdo?

Hanne no parecía estar tan molesta como sus palabras podían dar a entender. Henrik se enderezó un poco el cuello de la camisa y se toqueteó los gemelos de los puños.

—No estás siendo justa —dijo en voz baja.

—¿Yo?

—Sí. Era precisamente Kirsten Ranvik a quien tenía que investigar. Me pediste que averiguara si había algo en su vida que pudiera confirmar esa...

Por fin se atrevió a levantar la vista. Hanne no movió un músculo de la cara.

—... teoría de tu amigo de que llevaba una especie de...

Ella seguía mirándole sin decir nada.

—Bueno, que podría estar influyendo en chicos jóvenes. Usando ese club de lectura. Si había alguna base para creer que era de extrema derecha. Eso fue lo que me pediste que hiciera.

Su silencio le desconcertaba y le hizo seguir hablando sin tener mucho más que decir.

—Cuando Kirsten Ranvik apareció en los dos casos fue cuando empezaste a sentir curiosidad. Y yo también, la verdad. Y después he hecho exactamente lo que me pediste.

—Tienes razón.

—¿Qué?

—No he sido justa. Lo lamento. Valoro lo que has descubierto. Es impresionante. Tú eres impresionante, Henrik. Pero ahora mismo quiero centrarme en Karina.

Le había dicho que era «impresionante». Su puño izquierdo golpeó el omóplato derecho tres veces antes de metérselo debajo de los muslos.

—Creo que sé exactamente lo que le ocurrió a Karina —dijo feliz—. O... No con toda precisión, no. Pero casi.

—Cuéntame.

—He vuelto a ver a Gunnar —dijo en voz baja.

—¿Sí?

—Esta mañana —dijo en voz un poco más alta—. Cuando su madre se marchó a trabajar. Tengo...

Se levantó y fue a buscar la mochila. Sacó un folio, lo desdobló y lo puso frente a ella.

—Es una especie de... informe —dijo—. No nos hemos puesto de acuerdo sobre cómo vamos a organizar el papeleo de este caso, pero yo...

Hanne no le estaba escuchando. Leía. Rápido, por lo que él pudo ver. Mientras esperaba se mordió la uña del dedo índice, que ya estaba demasiado corta.

—Buen trabajo, Henrik.

Dejó la hoja y se quitó las gafas.

—¿Y tuviste estómago para dejarle solo?

Henrik creyó intuir las arrugas de una sonrisa en torno a sus ojos.

—Me costó —confesó—. Pero también me sentía un poco... contento. Por todo lo que me dijo, después de todo.

—Tenías motivos. Veamos...

Miró al techo.

—Basándonos en la conversación que mantuviste en el parque de Frogner con Abid Kahn, las dos charlas con Gunnar Ranvik y tu visita a la prisión de Ullersmo, concluyes lo siguiente: Karina y Gunnar son medio novios, pero él está bastante más interesado que ella. Ella tonteaba con drogas, al menos con el hachís, y le llevó al lago Maridal el 3 de septiembre de 1996. Dos colegas de Karina, Fawad y Mohamed, fueron con ellos o aparecieron por allí.

—Creo que se presentaron allí.

—Ellos también quieren hachís. Se pelean. O bien porque Karina no se muestra muy generosa, o bien porque opina que no hay suficiente para todos. Se empujan, Karina cae al río y ...

Puso los codos sobre la mesa y apoyó la barbilla sobre las manos.

—Ahí se acaba mi imaginación —concluyó Hanne.

—Ella cae al agua —tomó el relevo Henrik, entusiasmado—. La corriente es fuerte. Las paredes, de hormigón.

—Son aguas poco profundas. Se hace pie, ¿no?

—Bueno, mucha gente se ha ahogado en el río Aker a lo largo de los años, ¿no?

—Continúa.

—Los chicos son presa del pánico. La sacan del río, puede que los tres

ayuden. Pero ¿y si está muerta? Puede haberse dado un golpe en la cabeza o haberse congelado, o...

—No se tarda tan poco en morir por congelación.

—Pues puede haberse dado un golpe en la cabeza. Como ya te he dicho fui a ver el sitio y las paredes son escarpadas y bastante altas. Bueno, al final consiguen sacarla.

Hizo una breve pausa para pensar. Hanne seguía mirándole fijamente.

—Está muerta. Los chicos están aterrados. Gunnar quiere ir en busca de ayuda. Grita que hay que llamar a la policía. Les amenaza. Está histérico. No es él quien ha provocado la muerte de Karina. Fawad y Mohamed le pegan hasta matarle.

—Gunnar está vivo, Henrik. No le mataron de una paliza.

—Pero ¿y si lo creyeron muerto?

Hanne parecía cada vez más escéptica, pero asintió con la cabeza de manera casi imperceptible. Él lo tomó como una invitación a seguir hablando.

—Gunnar está allí tirado, inconsciente y apaleado. Karina está muerta. Fawad y Mohamed tienen que deshacerse de dos cadáveres.

—Henrik, es una zona bastante transitada. Se arriesgaban a verse sorprendidos por excursionistas en cualquier momento.

—¡Pues eso hace que sea todavía más importante deshacerse de los cuerpos! Además era otoño, hacía frío y había anochecido. No había mucha gente en la calle. Ellos...

De pronto dio la impresión de que Hanne había perdido todo el interés. Empujó el folio hacia el centro de la mesa y manoseó el bolígrafo.

—... necesitaban ayuda —concluyó él a pesar de todo—. Y mientras estuvieron ausentes, Gunnar fue capaz de ponerse de pie tambaleándose y alejarse tanto que cuando volvieron no dieron con él.

Hanne sonreía.

Le pareció que era una sonrisa amable. Una sonrisa como la que uno dedicaría a un niño que se ha portado bien, pero no lo bastante. Ella abrió la boca para decir algo cuando una idea repentina, inesperada, se abrió paso en la mente de Henrik.

—¡Espera! —exclamó saltando de la silla—. ¿Tienes la copia del caso? ¿Del caso policial de la agresión a Gunnar?

Hanne señaló el armario del fondo. Él se acercó y la miró interrogante. Ella asintió con la cabeza.

—¿Recuerdas que estuvimos de acuerdo en que este caso no estuvo mal llevado? —dijo sentándose con los papeles en el regazo—. La policía hizo un trabajo lamentable tras la desaparición de Karina, pero se destinaron muchos recursos a averiguar qué había pasado con Gunnar. Entre otras cosas fueron de puerta en puerta en el vecindario. Para preguntar si habían oído o visto algo sospechoso. Entre otras cosas preguntaron...

Henrik pasó las páginas con prisa. Hanne seguía sin decir nada. Por fin sacó una única hoja.

—Bingo. Coches desconocidos. Los vecinos de Kjelsås se habían fijado en un total de seis coches aparcados que no solían circular por la zona.

Volvió a saltar de la silla y dejó la hoja frente a Hanne.

—Ahí —señaló con el índice de uña mordisqueada—. Hubo dos coches que nunca localizaron. La descripción era demasiado vaga. Los otros cuatro fueron identificados. Tres pertenecían a gente que pernoctó por la zona, en las calles Myrerveien y Mittoddveien. Por último, había una furgoneta. Resultó que pertenecía a un albañil.

Su dedo golpeó un nombre de la lista.

—Una empresa de albañilería llamada Herederos de Eilif Andersen. La vecina se había fijado en la furgoneta porque el logo del lateral le pareció curioso. Era el mayor de los tres cerditos, con una gorra de albañil y una paleta en la mano.

Hanne se inclinó hacia un lado y le miró de reojo.

—La verdad es que no sé adónde quieres ir a parar.

—¡Un albañil! Descartaron el vehículo porque esa empresa estaba trabajando en los cimientos de... —agarró la hoja y la sujetó en el aire— la calle Mitoddveien 34 C. ¡Una empresa de albañilería, Hanne!

Henrik se sacó el smartphone del bolsillo a toda velocidad y escribió algo. Pocos segundos después se quedó petrificado. Los brazos le colgaban a lo largo del cuerpo.

—El hermano de Fawad —dijo despacio, notando que, por una vez, se estaba quedando pálido—, Imran Sharif. Trabaja en la empresa Herederos de Eilif Andersen. Es su empleo actual. ¿Y si...? ¿Y si ya trabajaba allí en 1996? En ese caso la ayuda no andaba muy lejos, Hanne. En ese caso Fawad y Mohamed tenían ayuda a mano para transportar los cadáveres.

Ella no contestó. Le miraba. Pensaba.

—Fue en ese preciso instante cuando Fawad se cerró en banda —dijo

Henrik volviendo despacio a su silla, pero no se sentó—. Fue al preguntarle qué hacía Imran en 1996 cuando Fawad perdió todo interés por un nuevo ordenador.

Se quedaron en silencio. Mucho rato.

—Creo que vas a hacer una visita a Mortensrud —dijo Hanne por fin—. Me parece que puede resultar interesante que vayas por allí.

A los niños ya no les interesaba lo más mínimo la filatelia. Se notaba en las subastas y en las reuniones del club. La edad media era cada vez mayor. En estos tiempos solo importaban los ordenadores y la acción. No veía con frecuencia a sus nietos pero tenía la clara impresión de que la infancia había cambiado mucho desde los años cincuenta.

Él había empezado su colección a los cinco años, cuando recibió la primera postal del extranjero. De Estados Unidos, con los saludos de un tío suyo que era marinero y que acabó adquiriendo la costumbre de mandarle postales de todo el mundo. Fue el principio de una pasión que le había durado toda la vida. Puede que la colección no valiera gran cosa en comparación con el tiempo que le había dedicado, pero para él era un tesoro. Y contenía alguna que otra joyita, eso era indudable.

Después de haber pasado toda su vida adulta en Ålesund, los últimos diecisiete años como jefe de sección del astillero de Fiskarstrand, en fechas recientes se había planteado la posibilidad de volverse a Oslo. Su mujer había fallecido, sus dos hijos se largaron del pueblo en cuanto fueron adultos. Los dos vivían en la región de Oslo, y si él también se mudaba, al menos vería algo más a sus nietos.

Y puede que también a su hermana, aunque con ella había mantenido poco contacto en los últimos años. Era Peder quien prefería que fuera así. Solo intercambiaban breves saludos en Navidad y por sus cumpleaños. Le dejaban que hiciera una breve visita a la casa de la calle Skjoldveien cuando en alguna rara ocasión viajaba a la capital.

Durante un tiempo estuvo tentado de dejarlo todo y volver a casa. Pero en los últimos años se había dado cuenta de que Oslo ya no era su ciudad. De niño había ido al colegio de Sagene. Un par de años antes se había dado un paseo por el río Aker y se acercó al colegio, a tiro de piedra de la fábrica de telas de Hjula, que aún fabricaba tejidos durante los años de su infancia.

Ahora el patio del colegio estaba lleno de hijos de negros. Niñas con hiyab y niños canijos y descarados que robaban como gitanos. Vio alguna que otra cabeza rubia en el revoltijo de críos indisciplinados y sintió pena por ellos. Un chiquillo pegado al portón de la entrada, delgado y mocososo, parecía estar tan solo entre la multitud que Simon le dio un billete de cien coronas. No había acabado de darse la vuelta y ya estaban allí. Los chavales mayores que ya tenían un bigote ralo a los doce años. Le quitaron el billete, por supuesto. Simon había vuelto para recuperarlo, pero entonces sonó el timbre. La muchedumbre desapareció en el interior del edificio escolar como cucarachas debajo de la bañera al encender la luz.

Él no era racista.

Simon Ranvik era nacionalista. Creía en Noruega. En el rojo, blanco y azul de la cruz cristiana de la bandera. Su tío, que recorrió los mares durante más de treinta años, contaba montones de anécdotas divertidas de gentes de todo el mundo. Pero podían quedarse en sus lugares.

Sobre todo los musulmanes.

Resultaba extraño que la gente no lo comprendiera. Que no se percatara del experimento absurdo al que se habían prestado. Que no se dieran cuenta de que detrás había un plan muy completo, muy fácil de ver si uno quería mirar. No era para esto para lo que luchó su padre durante la guerra. No había sacrificado años de su vida para tener diputados musulmanes y negros en el Parlamento. Ni mezquitas ni llamadas a la oración ni gente que no podía ver el dibujo de un cerdo sin hacer volar a otros por los aires.

Noruega, la verdadera Noruega, no sabía lo que le convenía.

Pero las vendas habían empezado a caer de sus ojos. Se estaban empezando a cansar. Lo notaba. No solo en la tienda y en el club filatélico. En la televisión y en la radio, en los periódicos, y en un par de las reuniones del club de jubilados. En todas partes las cosas estaban cambiando. La mayoría de la gente se estaba dando cuenta de lo que hacía mucho que él y su familia habían comprendido.

Los extranjeros destruirían el país si no se tomaban medidas.

Simon Ranvik colocó el último sello en su sitio en el álbum y lo cerró.

Iba a ser un Diecisiete de Mayo histórico.

Los hombres congregados en Eidsvoll habían declarado una Noruega independiente y completamente noruega. No habían imaginado un hervidero de extraños que se atracaban de todo lo noruego y que terminarían por ganar

si nadie les detenía.

El plan de Peder era genial. Los sacrificios que Simon se había visto obligado a hacer por él no eran nada en comparación con los que tuvo que soportar su padre cuando luchaba contra las fuerzas invasoras.

Se levantó y dejó el álbum en su sitio de la estantería. Miró la hora. Vio que eran las cuatro y veinticinco.

Era hora de mandar los mensajes del día. El suceso de Sandefjord había ido bien. El primer mensaje sería una felicitación e iría destinado a su hermano.

Imran Sharif era totalmente opuesto a su hermano.

Él también era de constitución liviana, pero estaba en mucha mejor forma. Los músculos de sus antebrazos abultaban bajo la camiseta. Eran muy parecidos de cara, pero la piel de Imran era homogénea y tenía la dentadura cuidada.

Había recibido a Henrik con sorprendida verborrea y le invitó a pasar. La casa de Mortensrud era grande y estaba bien cuidada, con la inevitable cama elástica en el jardín y un garaje con capacidad para tres coches junto a la calle. Henrik se fijó en que había dos bicicletas infantiles aparcadas junto al portón y le preguntó si podían hablar fuera. Sin que les interrumpieran. Imran se había reído entre dientes y comentó que era poco frecuente que la policía fuera a casa de la gente para interrogarla. No es que tuviera experiencia alguna con los representantes de la ley, pero, como seguramente Henrik Holme sabía, tenía un hermano que había cubierto la cuota de su familia en esos temas. De sobra.

—Es poco habitual —asintió Henrik—. Pero quería molestarte lo menos posible. En realidad se trata de un asunto sin importancia.

Resultó que Imran tenía un despacho para trabajar en casa en la segunda planta del enorme garaje.

—Siéntate —dijo cuando subieron por la empinada escalera y entraron—. ¿Te apetece algo? Tengo de todo en la nevera. Puedo hacer café si quieres. ¡Lo que te apetezca!

Henrik declinó su ofrecimiento y se sentó en un pequeño sofá. Imran escogió una butaca y puso los pies encima de la mesa.

—Supongo que esto tendrá que ver con mi hermano —dijo—. Y debo

decirlo de entrada: no puede vivir aquí cuando salga en libertad. Lo hemos intentado. Fue un auténtico infierno. Entra y sale cuando le da la gana y no paga una mierda. Quiero mucho a mi hermano, ¡eh!, pero ya sabes... No es bueno para los niños que ande por aquí. No de manera permanente. Mi mujer se vuelve loca solo de pensarlo. He hablado con la oficina de seguimiento de convictos en libertad y...

—No, no. No se trata de él. Bueno, sí, también. Pero yo... —Henrik intentó subirse más el cuello del jersey—. Se trata de algo que ocurrió en el otoño de 1996.

—¿Sí?

Imran no pestañeó.

—¿Tratabas mucho a tu hermano en esa época? Tú tendrías unos veinte años y Fawad diecisiete.

—No.

—Eh... ¿Por qué no?

—No nos interesaban las mismas cosas.

El hombre, que no había parado de hablar desde que se conocieran cinco minutos antes, había pasado a responder con una concisión exagerada.

—¿Ninguna afición en común? ¿Por ejemplo el fútbol? Me pareció entender que Fawad era bastante bueno.

—No.

—¿No?

Dar respuestas lo más breves posibles era una técnica bien conocida. En vista de que Imran no tenía antecedentes, debía de haberlo aprendido de su hermano.

—¿Cómo te hiciste albañil?

—Hice un módulo de formación profesional. Construcción. Dos años. Y dos años más de aprendiz.

—Eso quiere decir que... —Henrik fingió que hacía cálculos—, que ese año estabas haciendo prácticas. En 1996.

—Seguro. Si tú lo dices.

—¿Has trabajado en la misma empresa todo el tiempo? ¿Herederos de Eilif Andersen? ¿Los que tienen ese cerdo tan divertido en las furgonetas?

—¿Qué es lo que quieres?

Había bajado los pies al suelo. Se inclinó hacia delante con los antebrazos apoyados en los muslos y las manos entrelazadas. Seguía aparentando

tranquilidad. Pero estaba tenso. No solo se había callado en cuanto Henrik había mencionado el año 1996, todo él parecía estar alerta. Tenía la mirada firme y no se había puesto colorado. Nada de pasarse la punta de la lengua por los labios. Al contrario. Parecía una estatua de sal.

—Solo necesito un par de respuestas —dijo Henrik sonriente—. Nos han encomendado a una colega y a mí revisar algunos casos antiguos sin resolver. Casos fríos, como en la televisión, ya sabes.

—Nunca he tenido nada que ver con ningún delito, ni en 1996, ni antes ni después. ¿Qué es lo que quieres de verdad?

—Había una chica llamada Karina.

Imran seguía sin pestañear. No apartó la mirada ni una milésima de segundo.

—Nunca he oído mencionar ese nombre.

—Seguro que sí. Quiero decir el nombre. No es que sea muy corriente, pero conozco...

—Karine —le interrumpió Imran—, ese sí lo he oído. Y Katrina. Pero nunca Karina. Y ahora debo marcharme. Tengo que recoger a mi mujer en el trabajo.

Se levantó con calma y se dirigió a la puerta.

—Si quieres algo más tendrás que citarme de la manera habitual. En la comisaría. Como debe ser, ¿no? Y entonces valoraré si debo contar con un abogado. Esto parece un poco... —miró a Henrik como si quisiera corregir a un niño travieso— de aficionados, si te soy sincero. Seguramente debería presentar una queja contra ti. Vamos. No tengo tiempo para esto.

—¿Sabes? —dijo Henrik obedeciendo y poniéndose de pie—. Esas series de televisión dan una imagen bastante distorsionada de cómo se relaciona la gente con la policía. En ellas ocurre con demasiada frecuencia que la gente se derrumba y confiesa. Sospecho que es porque cada episodio debe durar una hora escasa. Es como si a esos detectives de la televisión no les diera tiempo a terminar de recoger pruebas. Al final necesitan que les ayuden con una confesión.

—Vamos —dijo Imran, y abrió la puerta.

—En la vida real —prosiguió Henrik— las cosas son completamente diferentes. Lo normal es que nadie confiese nada salvo que les pillen con las manos en la masa o las pruebas sean tan contundentes que sea una estupidez negar la evidencia. No buscamos confesiones entre sollozos. Al menos no en

la primera ronda. Solo estamos reconociendo el terreno. Observamos cómo reacciona la gente. Eso nos da muchas pistas. A mí también, aunque en realidad tienes razón. Se me da muy mal la gente. Soy un aficionado. Pero, paradójicamente, se me da muy bien descubrir mentiras.

—Lo digo en serio —dijo Imran—. Sal de aquí. Parece que estás como una cabra.

—Solo soy un poco raro. No estoy loco, para nada.

Llegó hasta la puerta y salió.

—Gracias por atenderme —dijo al llegar al pie de la empinada escalera.

Imran no contestó.

Cuando llegó al portón, el hombre ya había desaparecido. Henrik pensó satisfecho que aquella excursión había sido un éxito.

Una salida muy provechosa a Mortensrud, y al día siguiente le habían invitado a cenar por segunda vez desde que se mudó a Oslo.

Tenía toda la pinta de que iba a ser un fin de semana memorable.

La comisaria jefe de la policía de Oslo no recordaba haber estado tan preocupada ante la llegada de un fin de semana en toda su vida.

Eran las nueve y media de la mañana del viernes 16 de mayo y llevaba trabajando desde las cuatro de la mañana. Håkon acababa de regresar, después de haberse ido a casa a dormir pasada la medianoche.

No avanzaban.

La policía no estaba más cerca de resolver quién había matado a veintitrés personas en Gimle Terrasse el 8 de abril volando literalmente por los aires una fundación moderada y prodemocrática, destinada a los musulmanes noruegos. Aunque todo parecía indicar que eran los mismos que habían colocado una maleta llena de explosivos C4 en un restaurante atestado de gente en Grønnerløkka dos días más tarde, ni siquiera podían afirmarlo con seguridad.

Varios cientos de policías habían trabajado día y noche durante más de cinco semanas sin llegar a ninguna parte.

Era como si estuvieran persiguiendo un fantasma.

Los técnicos habían conseguido aislar dos elementos externos en el cuerpo de Jørgen Fjellstad. Por desgracia, el aceite de la cadena de la motosierra resultó ser el más vendido en Noruega. Y puesto que casi el 40 por ciento del reino estaba cubierto de bosques y las motosierras no exigían ningún tipo de licencia, todos los intentos de dar con la herramienta habían resultado infructuosos de momento.

Además, habían aparecido dos fragmentos minúsculos de plástico negro en el cadáver. Enseguida se vio que eran de unas bolsas de basura corrientes. Tan corrientes que se vendían en la cadena de supermercados Rema 1000, y era imposible localizar al comprador o al propietario.

En el cuerpo no se encontró ni siquiera un cabello ajeno, ni una partícula de piel ni una gota de saliva.

Nada.

Una de las muy pocas preguntas para las que sí habían encontrado respuesta fue cuándo habían colocado la bomba en Gimle Terrasse. En la tarde del lunes 7 de abril un técnico había estado en las oficinas para reparar una fotocopiadora. En su declaración insistió en que había tenido que apartarla de la pared. Como los terroristas habían montado una de las cargas justo detrás de la Rank Xerox, si hubiera estado allí la habría visto. El último empleado del ISAN había echado la llave de las oficinas a las siete y veinte de la tarde. El primero llegó a las ocho menos veinte a la mañana siguiente.

Los terroristas habían dispuesto de algo más de doce horas.

En cuanto a la explosión en La Hierba Más Verde, se había descubierto que la maleta era del tipo que estaba a la venta en COOP entre 2001 y 2004, un total de mil seiscientos setenta unidades.

En otras palabras: imposible de localizar, aunque un par de agentes seguían trabajando en ello.

El número de datos disponibles estaba adquiriendo dimensiones cósmicas. Cientos de policías del distrito policial de Oslo, la policía judicial y el PST habían trabajado día y noche recopilando información, procesándola y analizándola. Hasta la fecha habían tomado declaración a más de seiscientos personas. Defensa había participado en la investigación sin que ello hubiera supuesto cambio alguno. El PST seguía buscando a ciegas. La vigilancia de Andreas Kielland Olsen se había dado por terminada. No había nada que decir de él, salvo que era un joven excepcionalmente aburrido y cumplidor con una sorprendente falta de aficiones.

Cinco días antes Silje había considerado muy en serio la posibilidad de que la ministra de Justicia aceptara la ayuda que les había ofrecido el FBI.

Pero Harald Jensen lo impidió.

En una de las muchas reuniones que celebraron, el director del PST le advirtió en voz queda de que, si los norteamericanos llegaban a saber lo poco que sabían en realidad, se preocuparían muchísimo. Eso podría tener consecuencias negativas sobre su colaboración mutua durante años.

El mundo exterior debía creer que estaban sobre la pista.

Sobre la pista de algo.

A pesar de la insistencia interminable de los medios de comunicación y de las permanentes acusaciones de incompetencia dirigidas a todo el aparato de justicia, habían conseguido dar la impresión de que estaban avanzando. No parecía que se lo creyeran, pero Silje sabía por experiencia que mientras

podieran recurrir a la frase «por respeto a la investigación» seguiría siendo posible dar la impresión de que se estaban acercando.

Al menos de momento.

Cuando faltaban veinticuatro horas para la gran celebración del día nacional de Noruega, el único elemento positivo era que no se había producido ningún ataque desde el 10 de abril. La bomba falsa de Sandefjord resultó estar compuesta por una caja metálica de la época de la Segunda Guerra Mundial llena de baterías de coche descargadas de los años sesenta. La policía judicial trabajó a fondo para analizarlo todo, pero a los dos días del incidente de la plaza de Hval ya habían concluido que no había ni una huella biológica en el pesadísimo artefacto. Ni en la carta, cuyo contenido era mucho más preocupante que el del inocuo paquete del que formaba parte.

El texto estaba escrito con un bolígrafo Bic de los baratos, que se había vendido en todas partes durante años. El autor había sido lo bastante listo como para utilizar una regla con letras, una de esas con las que suelen entretenerse los niños. Por ello resultaba imposible analizar la letra, pero algunos indicios parecían apoyar la tesis de que quien la había escrito era diestro. No había ningún error ortográfico, lo que podría indicar que la había escrito un noruego, pero no era seguro. La tinta era azul, el papel había sido bañado en lejía y secado antes de usarlo. Los técnicos no sabían muy bien por qué.

La nota llevaba la firma de la Verdadera Umma del Profeta.

Su contenido era una arenga medio religiosa sobre lo fácilmente que Noruega se dejaba humillar. Y que aún no habían terminado.

Y que Alá era grande.

Eso era todo.

Por fortuna su contenido no se había filtrado, a pesar de que todos los medios de comunicación conocieron su existencia nada más producirse el suceso. La causa no había sido una filtración de la policía, menos mal, sino que las barreras policiales no habían podido impedir el paso a un adolescente curioso. Había conseguido llegar hasta un coche que estaba aparcado a tan solo diez metros del lugar en el que los expertos en explosivos habían entregado la bomba y la carta al responsable de la operación. Dos horas más tarde había ganado veinte mil coronas con la venta de una foto clara y bien enfocada a las redacciones de cuatro medios distintos.

Por suerte la foto no permitía leer la carta.

No habían tenido la misma suerte con la historia del robo del C4 en el campo de maniobras de Defensa en Åmot. Cuatro días antes el diario *VG* le había dedicado cuatro páginas interiores y una portada tan llamativa que parecía que hubieran dado la exclusiva de la década.

Y casi era así.

A pesar de que Silje Sørensen, en solo dos meses en el puesto, se había empezado a dar cuenta de que las filtraciones eran una de las mayores pesadillas de la dirección de la policía, aquella resultó ser bastante oportuna. Tenía que reconocerlo, aunque solo en su fuero interno. Por un tiempo los tiburones se dedicaron a perseguir a Defensa. De hecho, no había vuelto a leer ni una petición para que dimitiera desde que el *VG* publicara la historia del escándalo de Åmot.

Llamaron a la puerta y Håkon entró sin esperar respuesta, como era su costumbre.

—Por favor te lo pido —dijo Silje—. Tráeme una buena noticia. Una buena noticia, aunque sea pequeña, es lo que necesito.

—*Sorry* —dijo sentándose—. No tengo nada que contarte. Todo el mundo trabaja en lo suyo pero, de momento, nadie ha conseguido nada. Salvo esto, claro.

Dejó un dossier sobre la mesa.

—Las instrucciones para mañana. Las provisionales ya se difundieron la semana pasada, como sabes. Estas, que son las definitivas, se están difundiendo en este momento.

Silje se quedó mirando fijamente los documentos.

—Dime los puntos principales, por favor.

—No se podrá aparcar en el interior de...

Silje se inclinó y pasó las hojas hasta llegar a la última. Un mapa con una línea roja que recorría calles y carreteras.

—Pero eso es... —cogió la hoja— todo Oslo.

—Bueno. Todo el centro, al menos. Una ciudad sin coches, algo con lo que mucha gente ha soñado. La gente tendrá que utilizar el transporte público. O caminar. Habrá autobuses que partían de varios de los grandes aparcamientos que rodean la ciudad, como en el lago Songsvann y en el valle de Maridalen.

—Y nada de bolsas.

—No está permitido llevar nada que exceda del tamaño de un bolso de señora corriente. Ni carritos de bebé, mochilas ni portabebés. He leído que el

Aftenposten ha calculado, después de hacer una encuesta, que unas diez mil personas evitarán bajar al centro por ese motivo.

—No es de mucha ayuda.

—Además, los colegios han informado de que la participación en el desfile infantil será menor de lo habitual. Está claro que la gente está preocupada por sus hijos. Las últimas estimaciones indican que participarán unos treinta mil niños. Parece que sobre todo los musulmanes están muy motivados. Este año habrá bastantes pequeñajos de cabello moreno y ojos castaños vestidos con el traje regional.

—Madre mía —murmuró Silje—. Yo no dejaría que mis hijos participaran en ese desfile.

—Menos mal que no te ha oído nadie —dijo Håkon—. Mejor que no digas eso en público.

No contestó. Volvió a concentrarse en el mapa.

—La mochila de la foto del satélite —dijo Håkon.

—¿Qué pasa con ella? —preguntó Silje sin levantar la vista.

—Abajo, en nuestra sección, consideramos que ahora mismo esa mochila es nuestra mayor esperanza de conseguir una respuesta entre la población. Debemos hacer un llamamiento público. De verdad, Silje, hace varias semanas que tenemos esa posibilidad. Deberíamos utilizarla cuanto antes. Cada día está más claro que...

—Hazlo.

—¿Qué?

—Haz un llamamiento público. Pero no hará falta que te explique que el texto debe redactarse con mucha prudencia. Quiero verlo antes de que hagáis nada con él.

Håkon se puso de pie con una amplia sonrisa.

—Está preparado. Mis mejores agentes llevan una semana trabajando en él. Voy a buscarlo ahora mismo.

Apoyó las palmas de las manos sobre la mesa y se inclinó hacia ella.

—Puede que por fin ocurra algo. Por fin.

—Esperemos que tengas razón —dijo ella, desanimada, y le echó de la oficina con un movimiento de la mano mientras añadía—: Roguemos a los dioses que por fin ocurra algo.

El cristalero por fin había ido a la calle Kruse para reponer la ventana rota. El apartamento de Hanne y Nefis no era el único que necesitaba cristales nuevos tras el atentado del 8 de abril, así que la comunidad había pedido a la aseguradora que los arreglaran todos a la vez.

Hanne se fijó en que el operario era como la mayoría. A pesar de que por escrito se aseguraba que la retirada de materiales y cristales estaba incluida en el trabajo, Hanne acababa de encontrar cuatro esquirlas de cristal bastante grandes en la alfombra.

Se deslizó hasta la chimenea.

En una caja de aluminio había periódicos viejos. Demasiados. Era responsabilidad de Ida vaciarla un par de veces a la semana. Solo debían quedar dos o tres en la caja para encender la chimenea. Hanne agarró un montón, cada vez más enfadada. Los puso en su regazo, fue hasta el recibidor y los dejó delante de la puerta. Esperaba que fuera recordatorio suficiente cuando la niña volviera del colegio.

Se dirigió con los dos últimos periódicos del montón hacia la ventana nueva, debajo de la cual, en el suelo, había una peligrosa cantidad de cristales rotos.

Uno de los periódicos estaba abierto por las esquelas.

Un nombre le resultó conocido y comprobó las fechas.

Lunes 14 de abril.

Una semana escasa después del primer atentado con bomba. La esquila correspondía a una de sus víctimas.

Nuestra querida madre, abuela y bisabuela, hermana, cuñada y tía

Ranveig Ranvik

Nacida el 2 de enero de 1934

Nos fue arrebatada el 8 de abril de 2014.

A continuación había una serie de nombres. Los tres últimos, antes de los inevitables «amigos y demás familia», los conocía Hanne.

«Kirsten, Peder y Gunnar.»

Hanne se quedó mirando la esquila.

Mucho rato.

Arrancó la página de golpe, la dobló y la metió en la cesta bajo el asiento. Se agachó, recogió los cristales y los envolvió en el resto del papel de

periódico. Cuando se hubo deshecho de todo en el cubo de basura de la cocina, fue hacia el despacho.

Por una vez cerró la puerta.

Buscó el juego de copias del caso de Gunnar Ranvik, además de una carpeta roja con los informes que había elaborado Henrik Holme. Puso los dos sobre el escritorio, sin abrirlos.

«¿Y si...?»

No debía pensar así.

Había que basar las teorías en hechos. No elaborar una teoría y luego hacer que los hechos encajaran.

«¿Y si...?»

—Hechos —se dijo en voz baja, buscó papel y un bolígrafo y empezó a escribir.

Kirsten Ranvik.

Militó en el Partido del Progreso.

En pasado, ahora no.

Hanne sintió un leve escalofrío y siguió anotando:

Quiebra del negocio familiar.

Muerte de su marido. (¿Suicidio? ¿Consecuencia de la quiebra?)

Arruinado por la competencia de los turcos.

Su hijo apaleado (casi muerto) por noruegos de origen paquistaní, según sus propias palabras.

Su hijo ya adulto (edad mental en estadio infantil) manifiesta un fuerte rechazo a los paquistaníes/inmigrantes. Utiliza calificativos denigrantes.

Hanne mordisqueó el bolígrafo. Leyó lo escrito dos veces. Y otra más, en busca de las conclusiones lógicas que se pudieran obtener de los datos con los que contaba.

Cogió otra hoja y la colocó junto a la primera.

De orientación política derechista.

Las palabras negativas de Gunnar pueden ser resultado de la

influencia de su madre.

Y eso era todo.

—Mierda —dijo en voz baja.

Vació la carpeta roja. Tardó muy poco en dar con el informe de Henrik sobre las circunstancias familiares de la calle Skjold. En la parte de atrás estaba la foto borrosa de Peder Ranvik que Henrik había sacado de Facebook.

Boina morada.

Comando especial de Defensa.

Acercó el ordenador portátil y entró en nrk.no. La noche anterior el robo del C4 del campo de maniobras de Åmot había vuelto a ser la noticia de portada. Hanne buscó el informativo en el que habían utilizado fotos de archivo. De otro ejercicio, en otro lugar.

Muchos hombres de uniforme con boina morada.

Siguió moviéndose por la red. Leyó:

El comando especial de Defensa es una fuerza operativa flexible con gran capacidad de reacción. Apoyan a la policía en la lucha antiterrorista, por ejemplo en plataformas petrolíferas y de gas en alta mar, buques fondeados en puertos noruegos e instalaciones en tierra.

Peder Ranvik combatía el terrorismo.

Sabía de terrorismo.

—Henrik —se dijo Hanne en voz baja—. ¿Qué pensaría Henrik?

«¿Y si...?»

Henrik habría pensado «¿Y si...?».

Echó una mirada rápida al móvil antes de desechar la idea de llamarle. Prefirió volver a leer el folio con los detalles de la vida de Kirsten Ranvik.

Los pocos que tenía.

De pronto se vio asaltada por la idea de que Billy T. podía tener razón.

¿Y si su preocupación por Linus estaba justificada?

El bolígrafo volaba sobre el papel.

¿Y si Linus ha sido reclutado por una organización de ultra-derecha que está detrás de los atentados? ¿Y si el reloj de Linus estaba en las oficinas del ISAN porque él lo perdió allí? ¿Y si Kirsten Ranvik ha

aprovechado su puesto para reclutar a jóvenes noruegos en situación de desarraigo con alguna experiencia negativa con inmigrantes (barrio de Groruddalen)? ¿Y si Kirsten en principio era una escéptica ante la inmigración que ha pasado a convertirse en una extremista por las trágicas circunstancias acontecidas en su familia? ¿Y si Peder Ranvik comparte su punto de vista? ¿Y si ha tenido acceso a

Se detuvo de pronto y volvió sobre la lista de hechos probados sobre la mujer de Korsvoll. En el periódico se dijo que los terroristas habían accedido a las oficinas por el sótano, un fallo de seguridad muy grave del que el actual director del ISAN había asumido la responsabilidad y la crítica. Hanne añadió otro dato.

Pueden haber tenido acceso a las oficinas del ISAN a través de su cuñada Ranveig Ranvik. ¿Engañaron a la anciana?

No, esto era un error.

Hanne Wilhelmsen no era una persona inclinada a especular. No era su método de trabajo. No era así como debía conducirse una investigación. Además no estaba trabajando con los atentados. Y, ahora que lo pensaba, tampoco en el caso de Gunnar Ranvik. Estaba contratada temporalmente por la comisaria de la policía de Oslo para averiguar qué le había pasado a Karina Knoph cuando desapareció sin dejar rastro en 1996. Un misterio que Henrik Holme iba a resolver ese mismo día, si los astros se alineaban con ellos.

Kirsten Ranvik no era asunto suyo.

Billy T. no había vuelto a la calle Kruse después de su tremendo ataque de pánico. Y ya habían pasado unos cuantos días. Con un poco de suerte, ya no volvería por allí.

Ni Linus, ni Billy T., ni los ataques terroristas ni Kirsten Ranvik le atañían. Cerró el ordenador y recogió las hojas en las que había estado tomando notas. Las arrugó y las tiró a la papelera.

Se detuvo a mitad de camino. Sacó el móvil del bolsillo lateral de la silla con aire dubitativo. Lo observó unos instantes antes de empezar a escribir.

Silje. En cuanto a los atentados terroristas hay algo que me gustaría comentarte. Puede que no sea nada, pero llámame cuando puedas.

Hanne W.

No haría ningún daño informando, pensó empujándose hacia la cocina para buscar algo de comer.

Llevaba un día entero sin comer. En realidad, llevaba casi dos meses comiendo muy poco. Notaba que su peso disminuía deprisa, al igual que sus fuerzas.

Billy T. se había rendido.

Ya no era posible seguir echándole la culpa a una rodilla dolorida. Había vuelto al trabajo y hacía el mínimo imprescindible antes de volver a casa, al piso casi siempre vacío. Linus apenas pasaba por allí de vez en cuando, sobre todo para dormir. Billy T. mataba las noches ante el televisor y había desechado por completo la idea de ponerse en forma.

El ataque de pánico en casa de Hanne supuso un punto de inflexión. La sensación desconocida de perder el control por completo le seguía aterrando. Pasaba los días con miedo constante a que se repitiera el ataque, como si las pocas fuerzas que aún le quedaban se destinaran a mantener la angustia a raya.

No era el miedo a morir lo que le había descolocado tanto.

Lo horrible había sido morir.

Lo supo en ese momento, ante el frigorífico en casa de Hanne y Nefis, su corazón se estaba parando. La muerte se había presentado como un hecho concreto, cercano, no como una potencial amenaza. Había notado cómo le fallaba el corazón. Sintió que su cerebro se vaciaba por completo. Que sus pulmones no podían más. Supo que solo le quedaban segundos de vida.

Ataque de pánico. Así lo había llamado Hanne.

Ansiedad y pánico. Eso había descubierto que era. Por internet. No se atrevió a decirle nada a la doctora cuando intentó que le prolongaran la baja por sus supuestos problemas de rodilla. Al contrario, cuando esta, algo preocupada, le preguntó si todo lo demás iba bien, se había obligado a sonreír con optimismo y le había asegurado que tenía muchas ganas de volver al trabajo.

La angustia que le producía el miedo a un nuevo ataque le dejaba sin iniciativa, pasivo. Unas cervezas viendo un par de capítulos de alguna serie

televisiva por la noche y a la cama. Luego pasaba horas dando vueltas hasta que el sueño le vencía de madrugada y le ayudaba a pasar con vida, a duras penas, el amanecer.

Así transcurrían los días, y Linus no decía nada.

Eran las once y media y, en circunstancias normales, tendría un hambre canina. En lugar de ir a la pequeña cafetería para almorzar algo, abrió la tercera botella de Cola-Cola Zero de la mañana y navegó apático por las noticias.

El diario *Dagbladet* encabezaba su página con la foto de una mochila roja.

Decía que la policía buscaba una mochila como aquella.

En relación con la investigación de los atentados. Eso decía. Así, en general, y sin dar más datos.

Billy T. sintió que la sangre se le iba de la cabeza. Por unos instantes creyó haberse desmayado. Seguía sentado en la silla. La imagen de la pantalla seguía mostrando una mochila roja y seguía denominándola como el modelo Gaupekollen de Bergan.

Era como la que Billy T. le había comprado a Linus como regalo de confirmación. Y que ahora estaba en el trastero del sótano de Billy T. Tuvo que cambiarla de sitio cuando machacó la figura de Darth Vader para deshacerse de ella para siempre.

La policía buscaba una mochila como esa.

Billy T. se dio cuenta de que buscaban la mochila de Linus. Salió lanzado por la puerta.

Henrik Holme estaba en la puerta, tapándose los oídos.

Tendría que haber aceptado los cascos insonorizados que le habían ofrecido. El martillo hidráulico ya hacía bastante ruido por sí solo, y en un sótano con paredes de cemento el estruendo era casi insoportable.

—Toma —le gritó un operario vestido con un mono, poniéndole un par de cascos rojos sobre las orejas.

Eran eficaces, del mismo modo que lo había sido Henrik.

Le había llevado exactamente catorce días conseguir algo que, en circunstancias normales, podría haber tardado meses. Hacía dos semanas justas del momento en que se dio cuenta de que Imran Sharif tenía algo que ocultar. Y ya estaba en pleno proceso de taladrar un suelo de cemento para

ver si era allí donde había gato encerrado. O Karina enterrada.

No debería pensar en ella como un gato, y se tocó las dos aletas nasales tres veces. Rapidísimo.

Henrik tenía que reconocer que la suerte había estado de su parte. No les habrían dado un permiso judicial para levantar el suelo. En eso estaban de acuerdo Hanne y Henrik. Los indicios eran demasiado vagos. Cuando, a pesar de todo, Henrik se atrevió a preguntarle al dueño de la casa si daría su consentimiento para que la policía destrozara su casa, el hombre se puso contento, con gran asombro por su parte.

Hacía poco que había adquirido la vivienda, explicó, y quería acondicionar un apartamento en el sótano para alquilarlo. Le faltaban cuatro centímetros de altura para que le dieran la cédula de habitabilidad, y tenía que levantar el suelo antes de ponerse manos a la obra. Que la policía lo quisiera hacer por él, y encima a costa del erario público, era un auténtico regalo de Navidad entregado con retraso. Su alegría se moderó bastante cuando supo que Henrik buscaba un cadáver. Por otra parte, si era así, sería bueno que se lo llevaran.

Hanne se había ocupado de la parte económica.

O tenía muy buena relación con la comisaria, o Silje Sørensen estaba tan agobiada que dijo que sí para que la dejaran en paz con un caso que no tenía nada que ver con los atentados terroristas. Puede que se dieran las dos circunstancias, el caso es que Hanne había recibido la aprobación del gasto de cincuenta mil coronas tan solo un cuarto de hora después de mandar el correo con la solicitud.

Henrik había estado presente durante los preparativos de la mañana. Les había dado instrucciones sobre lo que estaban buscando y lo que debían hacer si encontraban algo, y luego se marchó al dentista para una cita concertada tiempo atrás. Ya estaba de vuelta.

No pintaba bien.

Habían taladrado más de la mitad de la habitación más grande del sótano. El mayor de los dos empleados se ocupaba del martillo hidráulico, mientras que el más joven revisaba con cuidado los pedazos grandes y pequeños desprendidos del suelo antes de llevarlos al contenedor en dos cubos.

El tipo informó a Henrik de que el contenedor, de momento, solo contenía escombros reglamentarios.

Cemento fragmentado.

Hasta ese momento Henrik había estado lleno de expectativas, casi

emocionado. La noche anterior apenas había conciliado el sueño.

Era peligroso estar tan seguro.

A Henrik le había resultado fácil constatar que Imran era empleado de Herederos de Eilif Andersen desde sus tiempos de aprendiz. Por desgracia, los registros de pedidos y la contabilidad se destruían al cabo de diez años. Por eso, la amable secretaria de la mediana empresa de albañilería lamentó no poder darle más información sobre qué operarios habían realizado trabajos en la calle Mittoddveien 34 C en septiembre de 1996. Por lo que ella sabía, podría tratarse de alguien que hubiera dejado de trabajar en la empresa años antes. Le susurró, en confianza y con gesto contrariado, que había mucho cambio de personal, sobre todo entre los más jóvenes. No todo el mundo tenía el mismo sentido de la fidelidad de los más veteranos.

—Imran es un tipo de una pieza —aseguró a Henrik—. ¿No se habrá metido en líos?

Él le había devuelto la sonrisa asegurándole que para nada. Instantes después iba camino de casa de Hanne Wilhelmsen con el objeto de pedir permiso para levantar el suelo de un sótano.

Hanne lo había entendido muy bien. Dijo que en sus tiempos había tomado decisiones basadas en indicios bastante más dudosos que aquellos.

Pero ahora a Henrik su fundamento le parecía cada vez más endeble. Miraba entristecido cómo iban despejando hasta tres cuartas partes del suelo. El operario joven iba sacando cubo tras cubo de cemento machacado.

El martillo hidráulico se detuvo.

El silencio subsiguiente fue atronador, total, los oídos de Henrik seguían aullando cuando se arrancó los cascos.

—Aquí hay algo —dijo el operario de más edad inclinándose hacia el suelo.

—No lo toques —dijo Henrik en voz alta—. Apártate, por favor.

Se acercó despacio. Sacó una pequeña cámara que se había llevado del trabajo. Se puso en cuclillas en el límite entre los tres cuartos del suelo levantado y el que seguía estando liso.

Cabellos. Eso le pareció. Prendidos de un cráneo que seguía estando en parte cubierto de cemento. Hizo cuatro fotos desde ángulos diferentes y luego se puso un par de guantes de vinilo y arrancó un poco de cabello con un dedo.

Sopló. Bajo el polvo gris asomó el color: el pelo era opaco y levemente azulado.

—Joder —soltó el mayor de los hombres—. Tenías razón, tío. Hay un cadáver.

—Sí —dijo Henrik Holme muy serio.

En su vida se había sentido tan importante.

—Lo más importante es que podrás comer tarta y helado, Gunnar. He comprado un montón. Sería muy complicado ir al centro con todas las restricciones que ha decretado la policía.

Kirsten Ranvik acarició la mejilla de su hijo.

—Pero siempre hemos ido al centro —protestó él con tristeza—. Siempre vemos pasar el desfile infantil. Y a la Guardia Real. Me gusta mucho ver desfilar a la Guardia Real, mamá.

—Lo pasaremos muy bien viéndolo en la televisión. Nunca lo hemos hecho y seguro que será muy bonito. Lo veremos mejor, ¿sabes? En nuestro propio y acogedor cuarto de estar. ¿Hay que darles nueces a todas?

—Son para todas —dijo Gunnar descontento, y atendió a Ingelill.

Sus crías habían crecido. Una había heredado la bonita estrella del pecho de su padre. Se llamaba Coronel-Lille y no lo venderían. Los otros dos ya estaban reservados. Dentro de poco más de una semana podrían volar y los entregarían.

—Son bonitas, estas palomas tuyas.

Kirsten se había colocado una cría de color gris claro en la mano.

—¿Cómo se llama este?

—Cher Ami. Le he puesto el nombre de una paloma heroica de la Primera Guerra Mundial. Cher Ami salvó a casi doscientos soldados y recibió una medalla.

—Preciosa.

Le acarició la espalda con dos dedos.

—Quiero ir al centro mañana, mamá. Por favor.

—No vamos a discutir eso más.

Su voz había adquirido el tono afilado y agudo que tanto miedo le daba. Callado e irascible, siguió con la tarea de limpiar el palomar.

—¿Para qué has usado mis palomas? —preguntó él al rato.

—Para practicar.

—¿Practicar qué?

Ella sonrió y volvió a dejar a Cher Ami sobre una percha cercana al techo.

—Vuelo, claro. Necesitan entrenarse.

—Pero ¿quién las ha soltado? Han vuelto a casa mucho después que Peder y tú, así que tiene que haberlas soltado otra persona. ¿Quién?

Se había colocado en el centro del suelo recién barrido y empezó a moverse despacio de un lado a otro mientras miraba de reojo al techo.

—Tranquilo —le dijo su madre con firmeza—. Unos jóvenes. Hombres muy educados y decentes que se han portado bien con tus palomas.

—¿Por qué se las has prestado?

Se dio cuenta de que lloriqueaba. A su madre no le gustaba la voz que ponía cuando estaba triste, pero él no comprendía por qué tenía que dejarles sus palomas a extraños.

—Pues porque las palomas mensajeras son eso, mensajeras. Y déjalo ya, Gunnar. Me han traído mensajes, han nacido para eso. Lo sabes bien. Eres tú quien me ha entregado los mensajes que traían a su regreso.

—Pero entonces ¿Peder y tú las habéis dejado por ahí? ¿Las habéis escondido en algún sitio para que esos hombres las encontraran? ¿Han estado solas en sus jaulas esperando? Tardan mucho en volver a casa, mamá. Tardan mucho en volver a casa.

—Es hora de cenar —dijo su madre con voz aguda.

—¿Las palomas tienen que ver con tu trabajo, mamá?

Kirsten Ranvik agarró la escoba y la colocó cerca de la puerta. Cerró una ventana y se alisó la falda con las manos.

—Sí. Tienen que ver con mi trabajo. El trabajo de cuidar de nuestro país. El trabajo de preocuparme por que podamos celebrar el Diecisiete de Mayo en años venideros. Debes sentirte orgulloso de que tus palomas sirvan para proteger a tu país.

—No nos gustan los paquistaníes, mamá.

—No decimos esas cosas, Gunnar. Solo los tontos hablan así. Ven. Es hora de cenar.

Su voz tenía un eco que no había oído antes. No era aguda y severa, como cuando estaba enfadada, pero tampoco insistente, como a diario. Era como si fuera otra persona quien hablaba, como si hubiera una señora desconocida dentro de mamá. Alguien a quien él no le acababa de gustar.

Eso le daba miedo, y decidió dejar de dar la lata para ir al desfile del Diecisiete de Mayo por el momento.

A lo mejor podría volver a preguntar por la mañana.

Tenía que estar de vuelta en la comisaría de Oslo tan temprano que casi resultaba absurdo pasar por casa. Por unos instantes sopesó la posibilidad de dormir en el sofá del despacho, pero enseguida desechó la idea. Quería meterse en su propia cama, aunque solo fuera un par de horas. Usar su propio cuarto de baño. Volver a casa.

Silje Sørensen estaba clasificando el montón de papeles que habían acabado sobre su mesa a lo largo del día. Por desgracia muy pocos de ellos irían a parar a la bandeja de los asuntos resueltos, apenas había hecho lo más imprescindible.

Tampoco ese día.

Pero, al menos, la tarde había tenido su pequeña alegría.

Sobre las cinco le habían informado de que Hanne Wilhelmsen había encontrado el cadáver de la que con casi toda seguridad era una joven desaparecida sin dejar rastro en algún momento de los años noventa. Impresionante. Y una alegría que aquella tarde había conseguido apartar todo lo demás y ser portada en la mayor parte de los medios de comunicación.

Al menos durante media hora o así.

Hanne se negaba a tratar con la prensa. El agente raro que Silje le había encasquetado quedaría fatal en televisión. Por eso le había pasado la pelota a Håkon Sand, que había hecho un trabajo excelente. Era fácil cuando se tenía una buena noticia que ofrecer, y además podía rechazar la mayoría de las preguntas diciendo que todavía quedaba mucho por investigar.

Silje dejó caer el teléfono del trabajo en el bolso y sacó el particular. Casi no lo había mirado desde la mañana.

Once llamadas perdidas.

Tres mensajes de texto.

Vio que uno era, precisamente, de Hanne Wilhelmsen, y lo abrió. Lo había mandado a las 10.49, y era breve.

Lo leyó dos veces. No le cuadraba nada. Al ver el nombre de Hanne estuvo convencida de que se trataría del hallazgo del cadáver. Sintió como si su cerebro no fuera capaz de cambiar de registro.

Hanne quería hablar con ella de los atentados terroristas.

Costaba imaginar qué podría saber una mujer confinada en una silla de

ruedas, que apenas salía de su apartamento, que quisiera compartir con la comisaria de la policía. Por otra parte, Hanne, en cinco semanas, había resuelto un caso de asesinato que nadie había conseguido aclarar en dieciocho años.

Eran las doce menos veinte.

Demasiado tarde para llamar.

Iba a dejar el teléfono en el bolso otra vez, podía revisar el resto de los mensajes camino de casa.

Se quedó con el móvil en la mano.

Hanne Wilhelmsen era una leyenda. Merecía la pena dedicar dos minutos a saber qué tenía que contar.

Silje puso el pulgar sobre el icono de llamada.

—Hola —dijeron al segundo tono.

—Hola, Hanne. Soy Silje Sørensen. Lamento que...

—No hay problema. Gracias por llamar.

—¡Enhorabuena!

—Gracias.

—¡Y tú sola! No he tenido tiempo de leer...

—No he sido yo.

—¿Qué? Quiero decir que, bueno, alguien tuvo que taladrar ese suelo, pero...

—El agente Henrik Holme ha hecho un trabajo brillante. El honor es suyo. No entiendo por qué encargaste a Håkon que saliera a presumir de esto. Henrik merecía haber aparecido en la televisión.

Silje se sentó.

—Es que parecía un poco...

—¿Raro? Sí, es raro. Pero es el mejor investigador que he conocido en mi vida. Es casi tan bueno como lo fui yo. Puede llegar a ser mejor que yo. Me lo quedo. Y puede dar entrevistas sin ningún problema. No lo olvides la próxima vez.

—Vale. OK. Bien.

Silje se sintió sedienta de pronto y miró a su alrededor buscando algo para beber.

—Pero no era por eso por lo que quería hablar contigo —dijo Hanne.

—No...

Silje solo encontró té a temperatura ambiente en una taza mediada.

—No sé muy bien cómo decir esto —oyó que explicaba Hanne—. Y sé que puedes contarme muy poco de los atentados terroristas. O tal vez debería llamarlo entramado terrorista. Menudo caso para que te caiga nada más asumir el cargo.

—Sí.

Se hizo un silencio.

—¿Hola? —dijo Silje.

—Estoy aquí. Escúchame...

Un crujido. Silje creyó oír el sonido de agua corriendo, y sintió aún más sed.

—Supongo que os habéis centrado en los yihadistas —dijo Hanne—. A causa de todas esas tonterías sobre la Verdadera Umma del Profeta. Es evidente que ese grupo no existe. Esos chicos han sido manipulados por alguien. Con mucha habilidad y, por lo que puedo ver, no tenéis ni idea de quiénes son esos manipuladores.

—No puedo comentar eso.

—Por supuesto que no puedes. No te pido que lo comentes. Te pido que escuches. ¿Y si no se trata de yihadistas, sino de la extrema derecha? ¿Nacionalistas? ¿Racistas?

Se quedaron en silencio, como si Hanne esperara una respuesta.

Antes de que la pausa se hiciera demasiado incómoda, Hanne prosiguió:

—Esto no es ninguna novedad para vosotros, claro, aunque no la hayáis hecho pública. Apuesto a que Harald Jensen se tira de los pelos cuando ve todos los trolls y caballeros del teclado que hay. Y que tenéis que descartar del caso.

—De verdad que no puedo...

—Pues no me contestes. Pero estoy muy pendiente, Silje. Quiero decir que estoy muy bien informada de todo lo que pasa.

Su tono no dejaba lugar a dudas, y Silje se dio cuenta de que estaba asintiendo con la cabeza.

—Y lo que veo es que vais de farol. No tenéis una mierda, Silje. Nada sobre el asesinato de ese converso. Nada sobre quién puso las dos bombas de los atentados terroristas. Vais a ciegas, Silje. Pasadas cinco semanas resulta más que evidente.

—Te pido que por el bien de la investigación respetes...

Hanne se echó a reír.

—Estás hablando conmigo —dijo—. Ahorra saliva. Estoy de tu lado, Silje, no lo olvides.

Silje se acercó a la cafetera e intentó sacar el depósito del agua con una mano.

—Mientras Henrik y yo investigábamos el caso de la desaparición de Karina Knoph han...

Ahora era Hanne quien tenía dificultades para dar con las palabras adecuadas. El depósito de agua por fin cedió y Silje bebió con ansia el agua templada.

—... surgido varias cosas —dijo Hanne—. Es una larga historia. Pero como es tarde y mañana te espera un día muy duro voy a ir directa al grano.

Silje se llevó el contenedor de plástico al escritorio y volvió a sentarse.

—Deberías poner a tu gente a revisar un nombre —dijo Hanne—. O, mejor dicho, una familia.

Silje sintió que la oreja que tenía pegada al teléfono ardía.

—Tres cosas —dijo Hanne tajante—. ¿Tomas nota?

—Eh... Espera un momento.

Silje dejó el teléfono, se colocó los auriculares y sacó papel y bolígrafo.

—Estoy lista —dijo con voz débil.

Y sintió que estaba molesta. Era la comisaria jefe de la policía de Oslo. Hanne Wilhelmsen era una detective jubilada, desechada. Y era casi medianoche.

—Hay una mujer —dijo Hanne concisa.

Silje tragó saliva y escribió «mujer» en la parte alta de la hoja.

—Es bibliotecaria.

Silje escribió «bibliotecaria».

—Tengo razones para sospechar que sus simpatías políticas están con la extrema derecha.

—Como las de tantos otros —objetó Silje por fin.

—Sí, pero hay más. Tiene una cuñada...

Sonó como si Hanne estornudara.

—... o, mejor dicho, tenía una cuñada. Vivía en uno de los pisos situados encima de las oficinas del ISAN. Murió.

Silje soltó el bolígrafo.

—Vale —dijo bebiendo otro trago del depósito de agua.

—Eso le daba la posibilidad de acceder al sótano del ISAN.

—Me temo que por desgracia es mucha la gente que ha tenido acceso a ese sótano —dijo Silje apartando la hoja—. Estamos en un proceso de trabajo muy detallado para poder determinar los movimientos...

—¡Silje! Que estás hablando conmigo. No tenéis nada. Escúchame, ¿vale? Silje volvió a asentir.

Fue como si Hanne pudiera oírlo.

—Esta bibliotecaria ha tenido una especie de red de contactos con chicos —prosiguió Hanne—. Hombres jóvenes. En apariencia era una iniciativa bienintencionada para reconducir a los que andaban perdidos. Formación. Lectura. Búsqueda de empleo y esas cosas. Pero algunos de esos chicos...

Una pausa prolongada. Silje dejó que durara.

Al menos ya no se sentía cansada.

—Digámoslo de esta manera —empezó Hanne otra vez—. Algunos padres están muy preocupados por la evolución de estos muchachos. Me refiero al periodo en que han estado expuestos a la influencia de esta bibliotecaria. Se han escorado hacia la derecha. Han ido mucho más lejos que el Partido del Progreso, por así decirlo.

—Ese tipo de elementos están bajo la estricta observación del PST.

—¿El PST?

Volvió a reírse en voz baja, con ironía.

—Esa gente está sentada ante la pantalla de un ordenador y creen que todo el mundo se encuentra en su interior. La verdad es que buena parte sí que está, pero no todo. Y lo más llamativo de este... grupo de chicos de la señora bibliotecaria es que huyen de la red. Parece como si se hubieran desconectado, como si estuvieran *offline*. Muy inteligente en esta época. Si no quieres llamar la atención del PST, quiero decir.

Ya no era que a Silje le ardieran las orejas, sino que le parecía estar oyéndose a sí misma unos días antes, en la reunión en el despacho del jefe del PST. Recuperó la hoja y volvió a coger el bolígrafo. Notó que le temblaba la mano.

—Exacto —dijo con voz inexpresiva.

—Y luego hay otro elemento —dijo Hanne. Su voz sonaba lejana—. La bibliotecaria tiene un hijo. Es oficial del ejército. Está en el comando especial de Defensa, que en realidad es una manera de llamar a los soldados más peligrosos que tenemos. Los mejores. Y ese comando es, por lo que sé, la parte de nuestra Defensa que está más rodeada de secretismo. Ni siquiera se

hace público el número de efectivos con los que cuenta. Y como parece que ha quedado claro que los explosivos de los terroristas proceden de unas maniobras de Defensa, pensé que...

—¿Cómo se llama esa familia?

—Si tuviera que hacer una estimación, diría que hasta ahora habréis tomado declaración a casi un millar de personas. Tenéis tanta información que espero de verdad que la policía haya mejorado en el tratamiento y criba de datos desde mi época.

—¿Cómo se llama esa familia? —repitió Silje con insistencia.

—Haced una búsqueda en todo lo que habéis recogido —dijo Hanne—. Por Ranvik. R-A-N-V-I-K. La madre se llama Kirsten, el oficial Peder. Si tengo razón, será demasiado bonito para ser verdad, pero creí que merecía la pena comentarlo.

—Ranvik —repitió Silje.

El bolígrafo cayó al suelo.

—Sí. Peder y Kirsten. Como te decía...

Dijo algo más, pero Silje había dejado de escuchar.

Lo primero que oyó Hanne Wilhelmsen el Diecisiete de Mayo de 2014 fue una versión tristona y arrítmica de la antigua *Marcha de cazadores*. La banda escolar no podía estar muy lejos. La habían despertado. Se empujó hasta quedar sentada y alcanzó como pudo la ventana para cerrarla.

Nefis farfulló algo. Se dio la vuelta y siguió durmiendo. Hanne se pasó a la silla de ruedas, se echó una manta sobre las piernas desnudas y rodó hacia la cocina en silencio.

Nefis había acabado por ceder la tarde anterior. Este año celebrarían la fiesta nacional de puertas adentro. Después de media hora de discusión en la que Ida había aparecido y, para su desesperación, había tomado partido por Nefis, Hanne se había enfadado.

Se enfadaba muy rara vez.

Podía ser decidida, a veces tajante. Pero casi nunca se enfadaba.

Las dos habían cedido. Ida parecía casi angustiada cuando Hanne perdió los papeles. Les llevó una media hora jugando a las cartas conseguir que Ida se tranquilizara, además de prometerle que podrían hacer carreras de sacos dentro de casa e invitar a quien quisiera.

Henrik iba a venir.

Había sido tan feliz el día anterior. Después de convocar a los expertos en escenas de crímenes y asegurar el sótano con el cadáver de cabello azul, se había presentado en la calle Kruse. Hanne lo envió de vuelta a la comisaría casi nada más llegar. Había informes que escribir y jefes a los que informar. Estaba claro que había hecho un buen trabajo en ambos casos. En el telediario, Håkon Sand apareció tan enterado del caso que casi parecía que lo había resuelto el subdirector de la policía.

Seguía estando molesta porque hubieran ignorado a Henrik.

Con movimientos bruscos echó granos de café en el molinillo. En realidad habían acordado no hacer ruido mientras en la casa hubiera alguien dormido. Pero ese día le dio igual, puesto que se acercaba otra banda escolar. Cuando

el café estuvo molido, oyó el himno nacional, «Ja vi elsker», tocado a un ritmo más adecuado para un funeral que para la fiesta nacional de un país que cumplía doscientos años justos.

Hanne no soportaba las bandas.

Sus padres la habían obligado a tocar la corneta durante todos los años de primaria. Todavía podía sentir el metal helado contra sus labios ateridos y sus dedos congelados en las frías mañanas de mayo, con lluvia y aguanieve. Los guantes de nailon blanco solo empeoraban las cosas en su recuerdo.

Tuvo escalofríos cuando la banda sufrió la competencia de otra que llegaba de la calle Frogner.

Un pensamiento inesperado se abrió paso con tanta fuerza que se quedó paralizada. La música seguía sonando en su cabeza. Cerró los ojos.

Las fotos de Billy T.

Se las había enseñado varias semanas antes, cuando tuvo el ataque de pánico, justo aquí, delante del frigorífico. Una serie de fotos tomadas en el sótano de Kirsten Ranvik y el apartamento de Arfan Olsen en Årvoll. Su relato era un caos, una mezcla incoherente y difícil de seguir, y no dejaba de ser un enigma la razón por la que había entrado. Puede que no lo recordara bien, pero si era así, había algo que no cuadraba en absoluto.

Comprendió que Billy T. no le había contado toda la verdad.

Había mentido porque le daba vergüenza.

Tenía que volver a esas fotos. Era urgente. Agarró el teléfono y notó que respiraba con dificultad, con la boca abierta.

Eran las siete de la mañana cuando por fin se oyeron ruidos en la puerta. Billy T. se levantó y fue hacia el descansillo.

—¿Dónde has estado? —preguntó pasando junto a su hijo.

Cerró la puerta y echó la cadena de seguridad antes de girarse. Linus le miró malhumorado y murmuró algo incomprensible.

—¿Dónde has estado? —repitió Billy T.

—Voy a volver a salir. Es el Diecisiete de Mayo, por si lo has olvidado.

Atacó al joven por sorpresa, tal y como Billy T. había planeado durante una larga tarde y una noche que nunca parecía llegar a su fin.

Había dedicado el tiempo a recuperar fuerzas.

A intentar ser el que había sido.

Todavía le quedaba energía para hacer un último esfuerzo, y metió a Linus en el cuarto de baño con una fuerza que había olvidado que tenía. Ya dentro de la pequeña habitación sin ventanas situada en el centro de la vivienda, obligó a Linus a arrodillarse dándole patadas en las corvas, luego le retorció los brazos en la espalda y consiguió cerrar las esposas antes de que el chico comprendiera qué le estaba pasando.

Con fuerza.

Linus gritó. Billy T. le agarró del pelo y le metió la cabeza en la taza del váter.

—¡Papá, estás loco! ¡Joder, papá! ¡Suéltame!

Sus gritos pasaron a ser gemidos cuando intentó oponer resistencia. Billy T. puso todas sus fuerzas y todo su peso sobre la nuca de Linus. Su cara se aproximaba al agua, en la que Billy T. había orinado dos veces a lo largo de la noche sin tirar de la cadena.

—La mochila —siseó Billy T. sacando de un tirón la cabeza de su hijo de la taza y haciendo girar su cara hacia la ducha.

Allí estaba la mochila roja, desmadejada y vacía.

—La policía la busca, Linus. Tu mochila. ¿Para qué la has usado? ¿Para trasladar pedazos de un cadáver a la sierra? ¿No?

Puso la rodilla sobre la nuca de Linus antes de volver a meterle la cabeza en el retrete.

—Vas a contármelo todo. Absolutamente todo lo que has hecho, lo que vas a hacer y con quién.

—Gilipollas de mierda —gimió Linus—. Me vas a matar, joder.

Billy T. volvió a introducir la cara del chico en el agua con orina.

—Uno —siseó—. Dos, tres, cuatro, cinco.

Y sacó la cabeza de un tirón. Linus ya no gritaba. Intentaba respirar, escupía y tosía. Billy T. cogió el enorme cuchillo que había dejado en el lavabo, escondido debajo de una toalla. Con un solo movimiento sujetó el torso de Linus entre sus rodillas y acercó el cuchillo a su garganta.

Y apretó. Un delgado hilo de sangre empezó a brotar bajo la nuez, manando en diagonal.

Linus estaba callado. Tenía la cabeza echada hacia atrás y hacia arriba, y estaba atrapado entre la pared, las piernas de su padre y la taza del váter.

Billy T. tomó aire. Por primera vez Linus le miró de frente. El terror que había en su mirada llevó a Billy T. a apretar el cuchillo con más fuerza contra

su garganta.

—Me vas a matar —consiguió decir Linus.

—Sí. Si no me dices en este instante en qué estás metido, te mataré. Créeme.

Linus lloraba. Cuando le devolvió otra vez la mirada a su padre, Billy T. comprendió dos cosas.

La primera era que su plan para obligar a su hijo a hablar había tenido éxito.

La segunda, que su propia vida pronto habría terminado.

El hombre conocido como Zapatonos pensó que el Diecisiete de Mayo la vida no estaba tan mal. Al menos era más fácil conseguir comida. Resultaba increíble lo que la gente era capaz de tirar. Y los niños de hoy en día estaban increíblemente consentidos. Les daban casi todo lo que pedían, por lo menos en días como aquel. Estaban saciados antes de las diez de la mañana, pero seguían dándoles cosas todo el día. Y, además, con tanta gente en el centro era más fácil pillar algo, tanto de los puestos provisionales como de los quioscos de siempre que estaban abiertos. A Zapatonos no le gustaba robar y no solía hacerlo, pero a veces la tentación resultaba demasiado fuerte.

El ambiente no era el de siempre.

La gente parecía estar alerta. Por alguna razón, había menos niños de lo habitual y, ahora que lo pensaba, no había visto ni un carrito de bebé.

Parecía que el centro estaba lleno de musulmanes. No le gustaban especialmente, pero es que no le gustaba mucho la gente en general. No se gustaba ni él mismo, y los musulmanes no eran ni mejores ni peores que los demás.

Salvo porque nunca daban limosna.

Pero, en todo caso, cada vez lo hacía menos gente. Los malditos gitanos, que ahora de pronto se llamaban romaníes después de haber sido gitanos durante cientos de años, habían estropeado el mercado de la limosna por completo.

No sentía mucho aprecio por los gitanos.

Los musulmanes, por el contrario, no daban problemas, y había que ver cómo se habían arreglado para la ocasión.

Las mujeres llevaban la ropa más colorida, los hombres los trajes más

oscuros. Llevaban las tradicionales cintas con los colores de la bandera más largas, las banderas más grandes, y las agitaban con más entusiasmo que nadie.

Pero este año era como si nadie respondiera a su esfuerzo. Zapatones se había fijado en que era frecuente que el Diecisiete de Mayo la gente hiciera fotos de los niños de origen paquistaní vestidos con el traje tradicional de alguna región de Noruega. Señoras mayores que sonreían y tomaban fotos, y gente llegada de todas partes a la que le parecía encantador ver a los niños de pelo oscuro vestidos con el traje típico.

Pero hoy no había visto nada así. Al contrario. En la plaza de Stortorget, donde había encontrado una botella de Coca-Cola sin abrir en una papelera, oyó cómo dos mujeres hablaban despectivamente de un crío de flequillo moreno con el traje de fiesta azul marino y calcetines rojos hasta la rodilla.

—Estropean la tradición del traje —le había dicho una de ellas, indignada, a la otra.

Ni siquiera llevaban los trajes auténticos, en eso estaban muy de acuerdo las dos señoras. El traje del barrio de Grorud. Una copia barata de los almacenes Bogerud, no debería estar permitido.

Zapatones pensó que era evidente que algo había cambiado, y no era solo la excepcional presencia policial. Estaban por todas partes. A pesar de que por lo demás no parecía haber tráfico en el centro, por doquier se oía el ladrido breve y penetrante de las sirenas cada vez que un coche de la policía tenía problemas para abrirse camino entre la gente.

Había llegado al cruce de la calle Karl Johan con la calle Kongen. Tenía miedo de que le pisaran los pies doloridos. Ya había pasado dos veces e intentaba mantenerse pegado a las paredes de las casas tanto como era posible. A lo largo de las aceras la gente se peleaba por ocupar los puestos delanteros para cuando se acercara el desfile.

Estuvo a punto de chocar con un vendedor de globos. El hombre llevaba una nariz de payaso y agarraba con fuerza un gran ramillete de globos de aluminio mientras intentaba ocupar un lugar en la explanada frente a los almacenes Cubus. Zapatones perdió el equilibrio cuando una niña de unos diez a doce años intentó tirar de su padre hacia el vendedor de los llamativos globos.

Zapatones consiguió a duras penas sostenerse de pie. Encontró un punto de apoyo inesperado en unos instrumentos que una banda debía de haber dejado

olvidados. Había un tipo vestido con el uniforme de la banda intentando vigilarlos, pero en medio de aquel caos sería fácil hacerse con uno. Zapatones acababa de empezar a preguntarse cuánto le darían en una tienda de segunda mano por un tambor de los grandes cuando sintió que una mano se posaba con fuerza sobre su hombro.

—Oye, tú —dijo una voz grave, y Zapatones se dio la vuelta resignado.

—Hoy no —pidió con un hilo de voz—. ¡Es fiesta, joder! ¡Hoy no!

—Sacá todo lo que tengas en los bolsillos —ordenó el policía mientras le empujaba contra la pared más cercana—. Ahora.

—Por favor. Digo yo que tendréis otras cosas que hacer hoy mejor que meteros conmigo.

—Sacá todo lo que tengas en los bolsillos. Ya.

Zapatones nunca le había visto antes, pero la policía de Oslo había empezado a poner en la calle a tipos muy extraños desde que explotaron las malditas bombas. Podían pasar varios días sin que viera una cara conocida. Por sus galones vio que era un alumno de la academia de policía en prácticas. Probablemente nunca había patrullado las calles. Iba a hacerse el gallito, ¿no?, y solo se atrevía a meterse con un pobre yonqui de pies doloridos.

A pesar de que el uniforme era un tipo bien grandote.

—Vale, vale. No me atosigues.

Zapatones intentó esconder entre el índice y el anular un paquetito envuelto en papel de aluminio con la dosis que tenía. Pero al sacar la mano del bolsillo cayó al suelo.

—¿Qué tenemos aquí? —dijo el aspirante a policía con tono brusco, y recogió el insignificante paquetito—. Y el otro bolsillo.

Zapatones sacó una navaja suiza. Era de las más gruesas, con un montón de herramientas que rara vez le hacían falta.

—¿Llevas un cuchillo en un lugar público?

El gigante uniformado alargó la mano con gesto imperativo.

—Siempre me dejan quedármelo —dijo Zapatones desconsolado—. Es casi lo único que tengo, de verdad.

—Trae aquí. Ahora.

—¿Qué está pasando aquí? —dijo en ese momento una voz cargada de autoridad.

—Menos mal. Gracias a Dios —dijo Zapatones.

—Lo que parece una dosis de heroína y un cuchillo —soltó el estudiante

de policía—. ¿Le detengo o solo me incauto de lo que lleva?

—¿Detener a Zapatones? ¿Nada menos que el Diecisiete de Mayo? Tenemos cosas mejores que hacer. Déjame ver el cuchillo, Zapatones.

Lars Johan Austad depositó la pesada navaja en la mano del agente recién llegado.

—Nunca te he visto de uniforme —murmuró.

—Sí, sí que me has visto. En el juzgado siempre lo llevo. Bonita navaja.

Pasó el pulgar sobre la superficie lisa y roja con la cruz suiza. Luego le dio la vuelta. En la parte de atrás llevaba grabado el logo de los veteranos de Naciones Unidas en oro y azul claro sobre el metal rojo.

—Creo que Zapatones debería quedarse con ella —dijo devolviéndosela—. Pero guárdatela en el fondo del bolsillo, ¿vale?

—Claro.

Zapatones se la metió a la velocidad del rayo en el bolsillo del pantalón.

—Yo, eh... No tengo dinero para más que esa única dosis.

Miró implorante al agente. Este lo pensó unos instantes y alargó la mano hacia el estudiante en prácticas.

—Sal del centro —le dijo metiéndole el paquetito en el bolsillo de la camisa—. No es seguro que el siguiente vaya a ser tan amable como yo. Como has visto, somos muchísimos hoy.

—Muchas gracias —dijo Zapatones con una gran sonrisa—. Nunca lo olvidaré. Me dirigiré a la estación y desapareceré todo lo deprisa que pueda.

No era su intención para nada, pero por si acaso añadió un par de juramentos fantasiosos, se abrió camino entre la multitud y desapareció.

A Billy T. se lo había tragado la tierra.

Hanne había intentado llamarle por lo menos veinte veces. Media hora antes había intentado desesperadamente recordar el nombre completo de Grete. Al principio no hubo manera, hasta que recordó que Linus se apellidaba Bakken. Ese no era el apellido de su padre, y después de preguntar al servicio de información telefónica 1881, encontró tres Grete Bakken en Oslo. Cruzó los dedos para que la madre de Linus siguiera viviendo en la capital, y empezó a llamar.

La primera persona con la que dio era, por su voz y su manera de hablar, una persona de mucha edad. Hanne colgó deprisa después de disculparse por

haber marcado el número equivocado. La segunda pareció totalmente desconcertada cuando Hanne mencionó el nombre de Linus. Esta conversación también fue breve.

La tercera mujer residente en Oslo de nombre Grete Bakken no contestó al teléfono. Después de cinco tonos de llamada saltó el contestador. No reconoció la voz. Por otra parte, había hablado con Grete cinco o seis veces en su vida, y debía de hacer por lo menos doce años de la última vez.

Dejó una petición muy insistente de que devolviera la llamada.

Habían pasado veinte minutos y ya eran las nueve y cuarto.

Faltaban cuarenta y cinco minutos para que empezara el desfile infantil.

Del salón llegaban risas y música a mucho volumen. Otros cinco padres de la clase de Ida habían considerado que era una idea excelente mantener la celebración de ese año alejada de las calles de Oslo. Henrik había llegado diez minutos antes de la hora, con traje azul y corbata roja. Debía de ser el único policía de Oslo que se había librado de patrullar las calles ese día.

Daba la impresión de que la dirección de Delitos Violentos no tenía ni idea de lo valioso que era aquel hombre. Eso pensó Hanne mientras se escabullía otra vez más para echar un vistazo a la red. La ciudad estaba tomada por la policía.

Sonó su teléfono.

Hanne dio un respingo y estuvo a punto de dejarlo caer.

—¿Diga?

—Hola. Mi nombre es Grete Bakken, y me han llamado de este número hace...

—Hola, Grete. Muchas gracias por llamar. Como sabrás por mi mensaje, soy Hanne Wilhelmsen. No sé si me recuerdas, pero...

—Claro que me acuerdo de ti, Hanne. De hecho, viniste a recoger a Linus a casa varias veces cuando era pequeño. También le trajiste un par de veces, si no me equivoco.

—Exacto.

Hanne contuvo la respiración unos instantes.

—Voy a hacerte una pregunta muy extraña. Es de extrema importancia que contestes con toda la precisión y con toda la sinceridad de la que seas capaz. Ahora mismo no puedo explicarte por qué te lo pregunto, pero...

—Pregunta. No voy muy bien de tiempo, he quedado para comer en casa de unos amigos.

—Se trata de Linus.

—¿Sí?

—¿Toca en una banda?

—¿Qué?

Grete dejó escapar una risa tensa, como si no acabara de comprender del todo la pregunta y fuera ella la que tenía algún tipo de problema.

—¿Toca Linus en una banda? —repitió Hanne—. ¿O lo ha hecho alguna vez?

—¿Linus?

Esta vez su risa fue algo más alegre.

—No, para nada. Es la persona menos musical del mundo. No, él siempre ha jugado al fútbol, hasta que cumplió dieciséis o diecisiete años y ya no era lo bastante bueno para jugar con los mejores. ¿Una banda?

Ahora reía con ganas.

—¿Por qué me preguntas eso?

—Como te he dicho —respondió Hanne sintiendo que le ardían las mejillas—, no puedo decirte nada al respecto. De momento. Muchas gracias, y que pases un buen día.

—¿Era solo eso? ¿No querías preguntarme más que eso?

—Sí. Muchísimas gracias por llamar.

Hanne colgó.

Su corazón latía como mínimo a ciento veinte pulsaciones por minuto y se llevó la mano al pecho.

En el armario de Linus estaba colgado el uniforme de una banda. A Hanne no le cuadró con el Linus que había conocido de niño y le había preguntado a Billy T. qué instrumento tocaba su hijo. Billy T. había respondido que el trombón, y lo confirmó una segunda vez después de pensarlo un poco.

Trombón.

Había mentido por vergüenza.

Billy T. sabía tan poco de sus hijos que no tenía ni idea de cuáles eran sus aficiones. No quería admitirlo, y recurrió a algo que creyó que era una mentira pequeña, insignificante.

El problema era que había un uniforme igual en el piso de Andreas Kielland Olsen. Hanne lo había visto en un armario, fotografiado con el móvil de Billy T. entre, por lo menos, otras quince fotos.

Y en el sótano de Kirsten Ranvik había un bombo.

Hanne lo recordaba con total seguridad. Estaba en una estantería, encima de una tabla de surf verde azulada en el sótano más ordenado que había visto en su vida.

El centro de Oslo estaba completamente limpio de coches, salvo por los vehículos policiales. No había carritos de bebé, mochilas, bolsos voluminosos ni carritos. Ni siquiera habían autorizado sillas de ruedas eléctricas.

Pero no sería el Diecisiete de Mayo sin instrumentos, y Oslo estaba lleno de ellos en aquel mismo instante.

Bombos. Tubas.

Material para guardar explosivos.

Grandes instrumentos que a nadie le llamaban la atención. Eran lo más natural del mundo en un día como hoy.

—Dios mío —susurró Hanne intentando controlar sus pulsaciones.

No sabía qué hacer y todavía no había tenido noticia alguna de Billy T.

Billy T. iba camino de la muerte.

No había tomado ninguna decisión al respecto. No había ningún proceso detallado y bien planificado detrás. La decisión había llegado por sí sola, en el baño, cuando obligó a su hijo a decir la verdad y Billy T. tuvo que admitir, sin ambages, lo que era capaz de hacerle a una persona a la que amaba tanto.

Una persona que, a la vez, no sabía quién era.

Llevaba las manos metidas en los bolsillos.

La cazadora vaquera ya le quedaba bien de talla, pero había empezado a oler mal.

No le importaba, porque ya nada tenía importancia alguna.

Sus sospechas habían sido fundamentadas. Hasta el último minuto, hasta que tuvo a Linus de rodillas con el cuchillo contra su garganta, había tenido la esperanza de que finalmente se produjera un milagro. De que todo tuviera una explicación distinta, de que su hijo no hubiera sido corresponsable de la pérdida de tantas vidas humanas.

Pero no fue así.

Linus había colaborado en el transporte del cadáver de Jørgen Fjellstad al bosque. El chico de Lørenskog tuvo que morir. Cuando empezó a tener dudas después de haber grabado los vídeos, Peder quiso asegurarse.

Peder, así le había llamado Linus, pero no conocía su apellido.

Linus había estado en el ISAN cuando colocaron las bombas. Y sabía que iban a poner una bomba en La Hierba Más Verde.

Billy T. había estado a punto de matarle.

Había clavado la puerta del baño para retener a su hijo. La puerta se cerraba desde fuera con una llave muy sencilla. Para estar seguro de que Linus no podría escapar, Billy T. había clavado tres gruesas tablas de madera sobre la puerta, después de arrancar las jambas para dejarla enrasada con la pared. Había clavado cuarenta clavos grandes, probablemente asomaban como la cama de un faquir al otro lado. Además, había quitado las esposas de una de las muñecas de Linus y la había sujetado a la llave de paso del agua.

El chico estaba tan asustado, magullado y agotado que apenas había ofrecido resistencia.

En el baño había agua. El joven no moriría de sed.

Billy T. había mandado un SMS a Grete pidiéndole que se pasara a recoger un álbum de fotos por el que había preguntado muchas veces. A la mañana siguiente. Sin falta. Billy T. se iba de viaje por un tiempo indeterminado y quería dejar zanjado el tema del álbum.

No echó la llave de la puerta de la entrada. Si Linus no tenía fuerzas para gritar cuando oyera que alguien venía, el estado de la puerta del cuarto de baño resultaría lo bastante llamativo como para que Grete reaccionara. Por si acaso, había dejado una palanqueta en el suelo.

No tenía ni idea de lo que le pasaría a Linus.

Ahora había comprendido que no sabía nada de Linus y empezó a llorar al pensar en la historia que había obligado a su hijo a contarle. Resultaba insoportable. Billy T. no sabía qué era peor. Que su hijo hubiera participado en las explosiones que mataron a veintinueve personas y a otra con cianuro, o que hubiera engañado a un viejo amigo causando su muerte.

Le había prometido a Shazad cinco mil coronas por devolver la figura de Darth Vader a su dueño. Puesto que se la había comprado a Linus un año antes por quinientas, era una oferta que Shazad no podía rechazar. Se encontrarían en Gimle Terrasse, Linus le dijo que allí vivía una tía suya que era rica. También iría Mohamed Awad y luego los tres acudirían a una reunión de la Red del Islam.

Mientras la sangre y los mocos corrían por su cara, Linus había contado cómo los dos jóvenes, vestidos con vestimenta tradicional musulmana, debían ser vistos por la zona y reforzar el mensaje que más tarde difundirían sobre la

Verdadera Umma del Profeta. Que Mohamed llegara en el mismo momento en que explotó la bomba fue una suerte. Murió, al igual que Shazad lo haría un cuarto de hora más tarde, en el bulevar Bygdøy.

Así habían matado dos pájaros de un tiro, farfulló Linus, y Billy T. sollozó. El filo del cuchillo penetró un milímetro más en la piel del cuello.

«Son idiotas», había gritado Linus. Habían creído ciegamente en Andreas y en él. Se habían creído que simpatizaban con ellos, que Andreas se había convertido. Se habían entusiasmado con la idea de la Verdadera Umma del Profeta. Ni siquiera comprendieron que estaban siendo utilizados. Mohamed, Shazad y Jørgen eran unos perfectos ignorantes que ni siquiera tenían permiso para relacionarse con los yihadistas de verdad. Eran así de ignorantes e incapaces de pensar por sí mismos.

Se lo merecían.

No tenían derecho a estar aquí.

Billy T. se iba cruzando con grupos de gente vestida de fiesta. Habían empezado a evitarle. Los padres tomaban a sus hijos de la mano y los cogían en brazos al verle tambaleándose camino de la calle Trondheim. Las madres llamaban a los pequeños y parecían asustadas.

Aceleró.

Había una cosa que debía hacer antes de morir. Cuando se acercaba al cruce de las residencias de estudiantes y el hipódromo de Bjerke, sacó el móvil. Aminoró el paso un par de veces mientras presionaba las teclas, mareado, con la mente vacía.

Se sentía más tranquilo.

Decidido, en cierta manera.

El mensaje era largo. Cuando casi había terminado, ya había llegado al paso elevado que cruzaba la autopista 4, unos diez metros al sur del gran puente para los coches. Se detuvo del todo y terminó el mensaje.

Si pudieras mantener a Linus fuera del caso me harías feliz. Supongo que será imposible. Pero al menos le he impedido participar en lo que ocurra hoy.

Nunca he sido lo bastante bueno para nadie que no fuera yo mismo.

A ti te he amado desde que tenía veintidós años.

Those were the days, Hanne.

Te deseo lo mejor. Billy T.

Se subió y se situó en la parte exterior de la barandilla. Seguía teniendo el teléfono en la mano cuando recuperó el equilibrio, con los brazos abiertos en cruz agarrados a la barandilla.

Se acercaba un autobús interurbano desde el sur. Estaba adornado con banderas noruegas y ramas de abedul prendidas de los retrovisores. Billy T. pasó el pulgar por el mensaje, y echó una última mirada a la pantalla para asegurarse de que se había enviado.

Debería pensar en el conductor del autobús. En las personas que iban a bordo de humor festivo, pero no tenía fuerzas. Solo veía los ojos de su propio hijo, la mirada que Linus le dedicó cuando de verdad creyó que su padre sería capaz de matarle.

Cuando el autobús estuvo a unos cinco metros del puente, Billy T. se soltó y cayó.

Un caballo de la policía tropezó y estuvo a punto de caerse.

La gente gritó. La comisaria de la policía, Silje Sørensen, intentó sonreír con tranquilidad a los espectadores que se agolpaban a ambos lados de la calle cuando el jinete consiguió de manera experta que el animal recuperara el equilibrio.

Daba la sensación de que los caballos se habían contagiado del tenso ambiente reinante.

Incluso las banderas restallaban en el aire con más fuerza de la habitual. Durante la noche se había levantado un fuerte viento.

Silje iba a ir al frente de la comitiva por primera vez, junto con el alcalde y el comité del Diecisiete de Mayo. Iba de uniforme, al contrario que los agentes de paisano que se mezclaban con los miles de niños que iban tras ella.

Pero ellos sí iban armados.

El teléfono que llevaba en el bolsillo izquierdo del uniforme, el particular, había sonado varias veces. Comprobó la pantalla con todo el disimulo del que fue capaz.

Era Hanne Wilhelmsen, por cuarta vez.

El desfile estaba empezando.

Silje tecleó a gran velocidad.

Desfile. No puedo hablar. Llama a Håkon. Cero resultados Ranvik.

Luego dejó caer el teléfono otra vez dentro del bolso, puso su mejor sonrisa y rezó una plegaria en su interior para que aquel día acabara pronto.

A pesar de que solo eran las diez de la mañana.

Lars Johan Austad estaba frente al número 10 de la calle Storting rascándose la cabeza. Todo era bastante extraño.

Hacía tiempo que había acabado en la calle.

Solo era la sombra del soldado de élite que fuera antaño, pero en realidad nunca había dejado de estar alerta. Y eso le venía bien. Nunca le habían robado y era un experto en encontrar buenos lugares en los que pasar la noche. En los meses de verano a veces se iba a la sierra y se quedaba allí durante días. Tenía tres pequeños refugios con una tienda de campaña, saco de dormir y unas latas de conserva. Era la mejor época del año. Si no fuera porque no solía conseguir droga para más de dos o tres días pasaría todo el verano dando vueltas por allí. No se desplazaba mucho cada día, sus piernas respondían peor en terreno irregular, pero conocía buenos lugares para acampar por todas partes.

Era raro.

Los instrumentos debían llevarlos consigo los músicos.

Ya había visto tres bombos solos, abandonados sobre la acera. El primero, delante de los almacenes Cubus, donde el entusiasta aspirante a policía casi había conseguido arruinarle el día, parecía estar más o menos a cargo de un tipo uniformado. ¿O no?

Zapatones se rascó la cabeza con las dos manos.

Creía que eran piojos, tendría que ir a la calle Urtegata a que le atendieran los voluntarios sanitarios. También necesitaba cremas para las heridas de las piernas.

El tambor que estaba detrás del quiosco de Narvesen, en Spikersuppa, estaba abandonado a su suerte. Parecía olvidado, sin que Zapatones pudiera comprender cómo alguien podía dejarse olvidado un bombo. Y dos minutos antes, cuando por fin había conseguido cruzar la calle Karl Johan hasta la de Storting, llegó un solitario músico de la banda juvenil de Sinsen y dejó su

instrumento frente a la relojería Christensen.

Y se marchó, sin más.

Zapatones observó el tambor con más detalle.

No era nuevo. El logo del fabricante estaba impreso en la piel y en parte desgastado. Pero seguro que podría ganarse unas coronas con él. La cuestión era si colaría que recorriera Oslo con un bombo auestas. Lo que era seguro es que nadie le iba a confundir con un músico. Tampoco tenía muy claro dónde esconder algo tan grande mientras encontraba a alguien que se lo quisiera comprar.

Había algo raro en ese tambor.

Intentó levantarlo.

Pudo hacerlo sin problemas, pero no envidiaba a quien tuviera que cargar con algo así todo el Diecisiete de Mayo. Estaba claro que debería tener la espalda en mejores condiciones que la suya.

No cuadraba que pesara tanto.

Hacía años que Zapatones no era capaz de acuclillarse. Los daños causados a los nervios de sus pantorrillas se lo impedían, así que optó por ponerse de rodillas con gran esfuerzo.

Vio que habían reparado la piel. Un parche de unos diez por diez centímetros presentaba un color mucho más claro que el resto. Tal y como estaba colocado el tambor, el parche estaba cerca del suelo. Zapatones acercó un dedo con cuidado.

El parche se soltó un poco.

Pensó que tal vez el bombo estuviera estropeado. Inservible. Que quizá por eso lo habían abandonado allí y el dueño iría a buscar el instrumento carente de valor en coche a la mañana siguiente.

En realidad, pesaba mucho.

Sin pensarlo más, arrancó el parche.

Vio que el tambor no solo estaba estropeado.

El tambor era una bomba.

—Por lo menos no ha habido bombas hasta ahora —le dijo Håkon Sand a una agente que pasó por su despacho con un pedazo de pastel y una taza de café—. ¡Y el desfile ya está en marcha!

Ella no respondió. La sonrisa que le dedicó camino de la puerta le hizo

devolvérsela con la boca llena de nata y bizcocho.

Había desperdiciado la mayor parte de la noche siguiendo una pista que le había llegado a Silje de una fuente que se negaba a desvelar. No les había llevado a ninguna parte. Una mujer de nombre Kirsten Ranvik estaba relacionada de algún modo con la red terrorista, según se empeñó en afirmar Silje.

Håkon tenía que reconocer que no se había dejado la piel en el asunto. Delegó la tarea en un joven investigador que en los últimos meses había demostrado ser más entusiasta que eficaz. El tipo volvió pasada hora y media y le informó de que Kirsten Ranvik era bibliotecaria, se ocupaba de un hijo discapacitado y no tenía antecedentes. La única vinculación política que habían podido atribuirle era una antigua militancia en el Partido del Progreso.

Nada por lo que detener a la mujer, en otras palabras.

Además, era la madre de un capitán de las fuerzas especiales de Defensa.

Según había podido comprobar Håkon en persona, Peder Ranvik era un gilipollas. Después del fracaso de la primera toma de declaración, Håkon había intentado organizar otra. Había sido como intentar atrapar un arenque a mano.

Era imposible contactar con el capitán Ranvik. Tenía un número de móvil, pero una metálica voz femenina respondía que el número no estaba activo. Después de que varios investigadores y finalmente Håkon mismo se pusieran en contacto con el comando especial de Defensa en Rena, la única información que obtuvieron fue que no era posible localizar a Peder Ranvik de momento.

Håkon nunca se había relacionado con una institución tan opaca. Tampoco podían decirle dónde se encontraba. Ni cuándo estaría de vuelta. Ni siquiera le podían decir si se encontraba en Noruega. Håkon estaba tan molesto que incluso pidió una confirmación de que Peder Ranvik existía, pero tampoco se la proporcionaron.

Al final amenazó con mandar una patrulla a Rena para buscarle, pero entonces colgaron.

De momento daba por cerrado el asunto Peder Ranvik, y no había perdido el tiempo con él durante la noche. Su madre sería una señora reaccionaria de Korsvoll, pero no una terrorista.

Le gustaría saber quién le había dado ese soplo a Silje.

La tarta no estaba muy buena. El bizcocho y la nata estaban rescos, y las

fresas importadas solo sabían a agua.

Sonó el teléfono.

No reconoció el número, pero contestó.

—Sand —dijo con la boca llena de tarta.

—Hola, Håkon. Soy Hanne. Hanne Wilhelmsen.

Masticó. Intentó tragar.

—Hola —logró farfullar.

—He intentado contactar con Silje. Está en el desfile y no puede hablar.

Por eso te llamo a ti.

La nata creció en su boca hasta parecer mantequilla azucarada. Cogió una carta de la bandeja de correo, le echó una mirada y escupió una masa pringosa y rosada que luego dejó caer en la papelera.

—Sí —dijo cogiendo una lata de tabaco de mascar de un cajón.

—Hay bombas colocadas en diversos lugares de la ciudad, Håkon.

Se metió una dosis de tabaco debajo del labio superior.

—¿Qué?

—Están escondidas en instrumentos musicales. Cuatro bombos y una tuba, por lo que sé. Concentraos en localizar los instrumentos que estén abandonados.

—¿Cómo...? ¿Qué coño...?

—Escúchame, Håkon. Por favor.

Su voz sonaba extraña. Parecía tensa, casi a punto de echarse a llorar, y se preguntó si de verdad se trataba de Hanne Wilhelmsen.

—Comprenderás que no puedo actuar por una llamada de alguien que dice ser...

—¡Håkon! ¡Escúchame! Comimos arroz con leche de postre en la cena de Nochebuena en mi casa en 2002, unos días antes de que me dispararan. Harrymarry os había invitado sin avisarme. ¿Vale? ¿Me vas a escuchar ahora?

—Vale —murmuró desabrochándose un botón de la camisa.

—Vamos muy, muy mal de tiempo. Lo primero que debes hacer es dar a todos los efectivos orden de buscar tambores. Y una tuba. Luego debes enviar patrullas a la calle Skjold en Korsvoll para detener a una mujer que se llama Kirsten Ranvik.

Håkon se dio cuenta de que tenía la boca abierta y la cerró de golpe.

—¿Con qué motivo?

—Invéntate algo. Te lo juro, Håkon, te daré todos los detalles a lo largo de hoy. Tengo... Billy T...

Increíble, pero parecía que estaba llorando.

Håkon nunca había oído llorar a Hanne Wilhelmsen.

Creía que era incapaz de llorar.

—Sinceramente, no entiendo nada de nada.

—Lo entenderás. Kirsten Ranvik está al frente de un grupo que es responsable de los dos atentados con bomba. Billy T. me ha mandado...

De nuevo parecía que tenía dificultades para seguir hablando.

—¿Oye? —dijo Håkon.

—¡Hazlo! —gritó ella—. Por el amor de Dios. Tambores y una tuba, Håkon. Y detén a Kirsten Ranvik. Tiene un hijo que también está implicado. Peder. Peder Ranvik. Estas personas son activistas de extrema derecha, son muy peligrosos, Håkon, tienes que hacerme caso, por favor...

—¿Has dicho Peder Ranvik, capitán de Defensa?

—Sí, está en una fuerza especial, por lo que sé. Y hasta es posible que él robara los explosivos, no tengo ni idea, pero tienes que...

Peder Ranvik, pensó Håkon dejando caer los brazos.

—¿Oye?

Le pareció que Hanne gritaba, el auricular estaba ahora sobre la mesa.

Si alguna vez volviera a surgir la cuestión del robo del C4, después de que la propia Defensa tapara el asunto, Peder Ranvik sería el único que quedaría totalmente libre de sospecha. Era el que más ruido había hecho. Era Peder Ranvik quien había exigido una denuncia policial. Era él quien había echado a los perros de Defensa sobre dos sospechosos.

A la vez, Peder Ranvik sabía que Defensa nunca se arriesgaría a desvelar uno de sus secretos mejor guardados y más valiosos. Se había sentido seguro todo el tiempo. Y se había buscado una sólida tapadera por si más adelante volvía a hablarse del asunto.

Por ejemplo, en caso de que los explosivos fueran empleados para cometer un atentado terrorista.

—¡Hola! —oyó otra vez—. ¿Estás ahí?

Volvió a agarrar el teléfono.

—Sí. ¿Puedes venir?

—Si me prometes hacer lo que te he pedido, iré. Manda un coche patrulla a recogerme. Te lo explicaré todo. Pero tienes que confiar en mí, Håkon. Esta

vez tienes que confiar en mí.

Hanne va a volver a la comisaría, pensó él.

Por primera vez en once años.

Estaba claro que aquello iba muy en serio, y Håkon se dio cuenta de que las piezas estaban encajando.

—En serio —le dijo un policía muy nervioso a otro frente al número 10 de la calle Storting—. ¡Deja que lo haga! Ha sido soldado de las fuerzas especiales. Concéntrate en alejar a la gente. ¡Haz lo que te digo! ¡Aparta a la gente!

Se llevó la mano al hombro y ladró otra orden.

Las radios policiales echaban chispas y crepitaban por toda la ciudad. Algunos civiles habían empezado a darse cuenta de que la policía estaba muy activa. La intranquilidad se iba extendiendo.

Zapatones permanecía ajeno a toda aquella tensión.

Volvía a ser soldado.

Como si los últimos catorce años se hubieran borrado. Había vuelto a ser el que había sido y tal vez nunca hubiera dejado de ser. Sentía las manos firmes, la mirada clara. Su corazón latía tranquilo y rítmico. Hizo exactamente lo que tenía que hacer con su navaja de veterano, en el momento y en el orden que sabía que eran los correctos. Ya no le dolían las piernas. No las sentía, llevaba tanto tiempo arrodillado que se le habían dormido por completo.

No importaba nada.

Ya nada tenía importancia, salvo la misión que había asumido sin que nadie se lo pidiera.

Cada vez había menos gente a su alrededor. El único que seguía sobre la acera, además de Zapatones, entre las calles Rosenkrantz y Universitet, era el policía que le había reconocido. Desde la calle Karl Johan seguían llegando notas musicales y gritos de «Viva», pero cada vez se mezclaban más sirenas.

No le molestaban.

Nada le molestaba, y los dolores de las piernas habían desaparecido. Una alegría que creía perdida invadió su cuerpo como una droga cuando, sin titubear, cortó el último cable e intentó enderezar la espalda.

No pudo. Se quedó a cuatro patas, como un perro.

—Hecho —dijo sereno—. Está desactivada. Hay otra detrás del quiosco de

Narvesen, en aquel cruce. ¿Puedes...? ¿Podrías llevarme hasta allí?

Levantó un brazo y señaló.

El policía le ayudó a ponerse de pie sin decir palabra.

—Tendrás que montarte sobre mi espalda —se limitó a decir, y se cargó a Zapatones a hombros.

Cuando la extraña montura empezó a moverse, todavía no había explotado ninguna bomba.

Kirsten Ranvik estaba sentada en un coche patrulla de la policía camino de Grønlandsleiret 44. Sabía que solo faltaban unos minutos para el estallido.

Los cuatro hombres que habían ido a buscarla habían sido muy educados. Les había recibido como debía ser, con dignidad. Le habían mostrado un papel que decía que estaba acusada de delito fiscal según los artículos 5-2 y 12-1.

Fraude fiscal.

La ocurrencia la había hecho sonreír. Estaba claro que andaban mal de tiempo, porque acusar de aquello a una empleada de una biblioteca pública, sin más fuentes de ingreso que su sueldo, era síntoma de falta de imaginación. Sobre todo un Diecisiete de Mayo.

Pero también era cierto que tenían mucha prisa, eso lo sabía con seguridad.

Por segunda vez las cosas no habían ido del todo como estaba previsto. Linus no se había presentado. Le preocupaba, pero no había ninguna manera de ponerse en contacto con él. Al menos, la ausencia de Linus no había estropeado sus planes. Era un borrón, solo un bache en el camino, igual que tampoco había previsto que hallaran al musulmán en medio de la sierra. Peder le había asegurado que no había nada que pudiera relacionar el cadáver con él, Andreas o Linus. Podía estar tranquila.

Las cinco semanas que habían pasado sin novedades parecían indicar que tenía razón, como siempre.

Peder era un soldado de élite y sabía lo que hacía.

La policía no la había esposado.

Al contrario, el agente más joven la había ayudado a bajar por el sendero de gravilla hasta el coche patrulla. Llevaba zapatos de fiesta y era difícil caminar con esos tacones.

La idea de dejar a Gunnar le preocupaba un poco, pero se consoló

pensando que no le pasaría nada por estar ocho o diez horas solo. Ella estaría de vuelta en casa mucho antes.

No tenían nada contra ella.

Ni un documento. Ni una huella dactilar o rastro electrónico. Ninguna compra de ingredientes para fabricar una bomba, ningún manifiesto idiota remitido a cientos de personas.

La policía no tenía nada de eso porque nada de eso existía.

Era una bibliotecaria de Korsvoll con un palomar en el jardín y rosales premiados. No era ni terrorista ni evasora de impuestos. Al pensarlo, sonrió.

Una noche que ella y Peder se quedaron conversando a solas, después de que Gunnar se hubiera dormido, le explicó que lo único que podría perjudicarles era que uno de los chicos hablara.

No lo harían.

Estaban tan convencidos como ella.

Linus y Andreas, Marius y Theo eran chicos en los que se podía confiar plenamente. Lo supo en cuanto les conoció, primero a Marius y luego a Theo, el primer año de Lee y Corre. A los otros dos, hacía algo más de un año. Kirsten sabía ver quién se dejaba influir por el sentido del orden. Por la limpieza y las antiguas virtudes. La disciplina. La mayor parte de los chicos que participaban en el proyecto se iban quedando por el camino, algunos conseguían un trabajo que les duraba un mes o dos, otros adquirían un cierto interés por la literatura. Pero no era a esos a quienes ella estaba buscando.

Y no era con esos con los que se había quedado.

Peder estaba más entusiasmado con Andreas. Era muy inteligente, según Peder, y Andreas fue quien tuvo la idea de la Verdadera Umma del Profeta. Enfrentar a los yihadistas extremistas con los llamados moderados.

No existían musulmanes moderados. Los noruegos no comprendían que la *taqiyya* era el arma estratégica más importante de que disponía el islam, su caballo de Troya invisible. El islam era una fuerza de guerra organizada. La *taqiyya* debía ser desenmascarada. Era Linus quien había escogido a los musulmanes, un pequeño grupo de perdedores que había sido fácil utilizar y aún más fácil deshacerse de ellos.

La gente por fin iba a despertar.

Notaba que estaban despertando ya.

Peder solía decir que no bastaba decidir que ya no contarían con los números impares. Si uno los eliminaba de las matemáticas porque no le

gustaba que no fueran divisibles por dos, la economía en su totalidad se hundiría. De la misma manera no podían cerrarse los ojos ante las diferencias entre las etnias y creer que todo saldría bien. Diferencias culturales. Diferentes valores fundamentales, honestidad y raciocinio. Diferencias raciales.

Eso era lo que estaban haciendo los políticos. Cerrar los ojos. Con su ingenuo abrazo a la multiculturalidad querían hacer creer a la gente que esas diferencias no existían.

Habían decidido que un número impar podía dividirse por dos.

Pero los números impares existían, eso lo sabía Kirsten Ranvik, y si uno no lo asumía el mundo se hundiría.

La gente había empezado a comprender.

Peder solo tenía nueve años cuando Trond se quitó la vida. Había intentado ocultar la verdad a los niños, pero había rumores, y Peder era un chico espabilado. Era culpa de los turcos, claro. No llevaban sus negocios en las mismas condiciones que los esforzados noruegos que cumplían con la ley. Infringían todas las normas y leyes, y así llevaron a Trond a la ruina, haciendo trampas y vendiendo mierda barata.

Trond lo comentaba a menudo. Que hacían trampas con la caja registradora. No daban entrada a todas las ventas, él mismo les había visto meter dinero en una caja de zapatos que tenían debajo del mostrador. Su hijo de trece años trabajaba cinco horas diarias en la tienda, al volver del colegio. No era legal.

Trond quebró y eso le costó la vida.

El día que Gunnar despertó del coma y les contó que le habían atacado dos chicos de origen paquistaní, su hermano mayor se echó a la calle al llegar la noche. Volvió de madrugada, con la ropa ensangrentada y un ojo hinchado. Explicó sin más que había dado una paliza a un paquistaní y se fue a la cama.

Desde aquel momento Peder nunca había hablado de política con nadie. Entró en la academia militar, llegó a ser un soldado de élite y nunca se casó. Solo hablaba abiertamente de sus opiniones con su madre y sus tres tíos. Cuando Kirsten se dejó engatusar y fue de relleno en las listas del Partido del Progreso en las elecciones locales, se había cabreado. Ella se dio de baja del partido a toda prisa y desde entonces había permanecido callada, como él.

El coche patrulla se acercaba a la plaza de Carl Berner.

Había mucha gente en la calle, incluso allí arriba, muy lejos de la ruta del

desfile infantil. Se veía que hacía mucho viento. Las banderas ondeaban con fuerza.

La bandera noruega era hermosa.

Esperaba llegar a casa para arriarla antes de las nueve, tal y como exigían las normas.

Las reglas mantenían a la sociedad en funcionamiento. Normas comunes. Orden, sistema y unanimidad sobre cómo debía comportarse la gente. Los que no estuvieran de acuerdo podían quedarse allí donde la gente pensara como ellos.

Miró la hora y sonrió.

El coche patrulla seguía un recorrido extraño. Sería por toda la gente y los cortes de tráfico en el centro. Al menos iban en la dirección correcta.

Este no era el final.

Sus hermanos habían participado desde el principio. Ellos también tenían contactos. Un grupo de gente sin nombre, cada vez mayor, con muy poco contacto entre ellos.

Solo se comunicaban lo imprescindible, y nunca a través de medios modernos. Todos los hermanos sabían morse y, en caso de necesidad, podían recurrir al correo. Las palomas mensajeras de Gunnar eran útiles, aunque no imprescindibles.

Pero era una idea hermosa. Combatir con palomas mensajeras.

El ave de la paz.

La gente estaba cambiando.

Lo había notado desde que se produjo la primera explosión, tanto en la televisión como en la prensa, pero también en el trabajo. La gente había empezado a murmurar que ya estaba bien.

Que ya habían tenido bastante.

El coche había llegado a la calle Åkeberg.

Parecía que iban a entrar por la parte de atrás. Solo había estado en la comisaría para renovar el pasaporte. Y para eso se accedía por el otro lado.

Habían llegado, y pronto la llevarían de vuelta a casa. No tenían pruebas porque no había pruebas. Sería amable con la policía, puesto que las fuerzas del orden debían ser tratadas con respeto, pero no diría gran cosa.

Aceptó la mano del policía joven para bajarse del asiento trasero. Le sonrió y él le devolvió la sonrisa algo desconcertado.

Cuando apoyó un pie en el suelo se oyó una explosión.

No muy violenta, el suelo no tembló, pero un estallido intenso, agudo, en algún lugar del centro.

La radio del coche patrulla se quedó repentinamente en silencio. Kirsten Ranvik se alisó la falda con las manos y se enderezó el abrigo.

Esto solo era el principio.

Epílogo

Este libro no podría haberse escrito sin la inspiración proporcionada por numerosas lecturas. Como autora de ficción es difícil dar una lista concreta de títulos, puesto que nunca sabemos exactamente qué es lo que nos ha influido. Por eso me conformaré con dar las gracias a todos los periodistas, autores e investigadores que dedican su tiempo y sus capacidades a arrojar luz sobre los aspectos más oscuros de nuestro mundo: el extremismo en todas sus variantes.

Este libro no podría haberse escrito si no hubiera leído muchas cosas deprimentes. Quiero llamar la atención sobre el hecho de que todas las declaraciones que se atribuyen a los extremistas de ambos bandos, de manera directa o indirecta, en *Offline* son citas casi literales de declaraciones reales. Están tomadas de fuentes a las que tiene acceso el público general como libros, blogs, páginas web, comentarios y redes sociales.

Gracias a los que me habéis ayudado con vuestras charlas y correos. Sabéis quiénes sois. Esta vez también Twitter me ha servido de ayuda. Gracias por vuestras entusiastas respuestas a todas mis preguntas. Debo agradecer especialmente su ayuda a @v36ar. Conozco su nombre auténtico, pero nunca nos hemos visto. Es una persona fascinante, un erudito en muchos aspectos, y ha contestado a mis numerosas preguntas de manera generosa y competente.

Los posibles errores y simplificaciones en un tema tan amplio y complicado son responsabilidad solo mía, por supuesto.

Y, como siempre, gracias a Tine por sus muchísimas aportaciones, discusiones y consejos. Ella y Iohanne demuestran una paciencia infinita con una escritora exigente y, en ocasiones, ausente. Les estoy profundamente agradecida.

ANNE HOLT
Larvik, 7 de junio de 2015

Tras varios años sin ejercer, postrada en una silla de ruedas, Hanne Wilhelmsen vuelve a las filas de la policía de Oslo, como asesora especial. Su exilio autoimpuesto ha terminado. Pero tras el atentado vuelve a cruzarse en su camino un viejo amigo, Billy T., cuya vida últimamente ha sufrido cambios inquietantes y sospecha que su hijo, Linus, puede estar involucrado en los atentados.

En un ambiente de pura desesperación, quizá no haya protección posible para nadie, ni siquiera para la capital noruega: Oslo se enfrenta a un peligro nunca visto, porque quienes desean la destrucción siempre van un paso por delante.

«Con *Offline*, Anne Holt regresa al puesto más alto del podio de la novela negra literaria.»

Verdens Gang

Anne Holt (1958) es una de las escritoras de novela negra de más éxito en Escandinavia. Trabajó como periodista y presentadora de informativos y durante dos años formó parte del gabinete de asesoría legal del Departamento de Policía de Oslo. Eso fue antes de fundar su propio bufete de abogados y convertirse en ministra de Justicia de Noruega. Actualmente compagina el periodismo deportivo y la escritura. En palabras de Jo Nesbø, «Anne Holt es la madrina de la novela negra noruega». Sus obras se han traducido a más de veinticinco idiomas y han vendido más de siete millones de ejemplares en todo el mundo. Buena parte de este logro ha sido gracias a la serie protagonizada por Hanne Wilhelmsen, de las que Roja & Negra ha publicado hasta la fecha las ocho primeras entregas: *La diosa ciega* (1993), *Bienaventurados los sedientos* (1994), *El hijo único* (1995), *En las fauces del león* (1997, escrita en colaboración con Berit Reiss-Andersen), *La broma* (1999), *Sin eco* (2000, escrita en colaboración con Berit Reiss-Andersen), *Más allá de la verdad* (2003) y *1222* (2007). Tras una pausa de ocho años, han visto la luz recientemente las novelas novena y décima de la serie en Noruega, *Offline* (2015) y *I støv og aske* (2016), cuya publicación está prevista pronto en español.

Título original: *Offline*

Edición en formato digital: septiembre de 2017

© 2015, Anne Holt

Publicado por acuerdo con Salomonsson Agency

© 2017, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2017, Lotte Katrine Tollefsen, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Ruxandra Duru

Fotografía de portada: © Douglas Mark Black / Arcangel

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-16709-99-1

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

Índice

Offline

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Epílogo

Sobre este libro

Sobre Anne Holt

Créditos